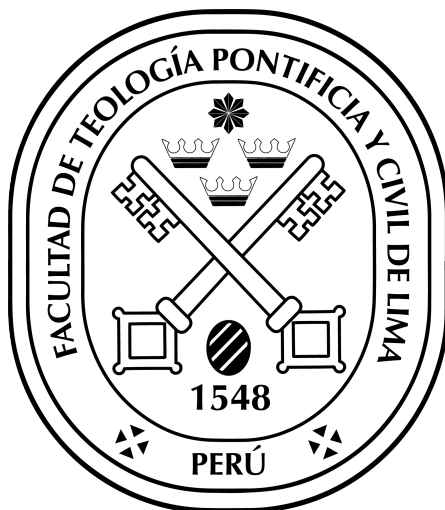


# **FACULTAD DE TEOLOGÍA PONTIFICIA Y CIVIL DE LIMA**

Alexandre José Rocha de Hollanda Cavalcanti



MARÍA EN LA ESTRUCTURA FUNDANTE DE LA  
SALVACIÓN Y LA PRESENCIA DE ESTA DOCTRINA  
EN LA COLECCIÓN DE MISAS DE LA VIRGEN MARÍA

**LIMA  
2012**

**ALEXANDRE JOSÉ ROCHA DE HOLLANDA CAVALCANTI**

**MARÍA EN LA ESTRUCTURA FUNDANTE DE LA  
SALVACIÓN Y LA PRESENCIA DE ESTA DOCTRINA  
EN LA COLECCIÓN DE MISAS DE LA VIRGEN MARÍA**

Tesis presentada en la Facultad de Teología Pontificia y Civil de Lima, como requisito para la obtención del título de Licenciatura Canónica y Maestría Civil en Teología Dogmática.

Orientador: Mons. Dr. Pedro Hidalgo Díaz.

**LIMA  
2012**

## DEDICATORIA

*A María Santísima puerta de la aurora de la salvación, quién con su consagración virginal ha abierto, cual preciosa llave de oro, las cerradas rejas del cárcel del pecado y lleva a cada uno de nosotros, con mano de madre, a los caminos de la virtud.*

## AGRADECIMIENTOS

En primer lugar a mis padres que me han transmitido el don de la vida, recibido gratuitamente de Dios y me presentaron a la Santa Iglesia para recibir el Bautismo y con él, el don inestimable de la fe Católica.

A mis formadores, confesores y directores espirituales, que con desinteresado celo apostólico se han esforzado para que la semilla de fe fructificase en perseverancia.

A Mons. João Sconamiglio Clá Dias, fundador y superior general de los Heraldos del Evangelio que desde los albores de mi vida religiosa ha sido un hermano, un padre; a veces con dedicación hasta maternal, para mantener siempre fértil la tierra donde Dios ha plantado su semilla. A él debo, con el auxilio precioso de la Virgen María, la formación integral y la integridad en la fidelidad a la Santa Iglesia Católica y Apostólica.

A Mons. Dr. Pedro Hidalgo Díaz, Rector de la Facultad de Teología Pontificia y Civil de Lima, orientador de mi tesis, que desde el primer momento me ha acompañado con incentivo paternal y estímulo a la creatividad en la elaboración de mi trabajo, guiándome con maestría para mantenerlo fiel a los dictámenes de la ortodoxia doctrinal y a los rigores académicos de la ciencia teológica.

Al Pbro. Dr. Carlos Rosell de Almeida, Director de Estudios Teológicos de la Facultad de Teología Pontificia y Civil de Lima y en su persona a todo el cuerpo docente, que nos ha acompañado con su incentivo y denodado esfuerzo durante los años de estudios en la Facultad.

Al Pbro. Lic. Martín Arenas Calagua, por su atención y preciosa colaboración en las conclusiones de la Tesis.

*Ave, oh Madre del Astro perenne,  
Ave, aurora del místico día,  
Ave, las fraguas de errores Tú apagas,  
Ave, conduces con tu brillo a Dios.  
Ave, al odioso tirano arrojaste del trono,  
Ave, Tú a Cristo nos das, clemente Señor,  
Ave, rescate Tú eres de ritos nefandos,  
Ave, Tú eres quien salvas del cieno opresor.  
Ave, Tú el culto del fuego destruyes,  
Ave, Tú extingues la llama del vicio,  
Ave, Tú enseñas la ciencia al creyente,  
Ave, Tú gozo de todas las gentes.*

*(Himno Akathistos)*

## RESUMEN

La Nueva Alianza se inicia con la Encarnación, para la cual el Señor quiso la contribución voluntaria de María; en consecuencia, Ella se ha insertado en la Historia de la Salvación participando como *socia Christi* en la estructura fundante de la redención del hombre. Las Escrituras, los Padres y el Magisterio Eclesiástico han testimoniado la fe en la Maternidad divina de María como base de todos sus privilegios cristalizados en la *lex credendi* de la Iglesia, dando origen a la devoción mariana que la fue insertando en la Liturgia, promoviendo la perfecta simbiosis con la *lex orandi*, que ha influenciado definitivamente las definiciones dogmáticas marianas. El progreso de la comprensión de la participación de María en la obra salvífica de Cristo y su devoción ha plasmado la edición de la *Colección de Misas de María*, resumen litúrgico y orante de la doctrina multiseccular respecto a de la Madre de Dios, de los hombres y de la Iglesia.

**PALABRAS CLAVES:** Devoción mariana, Estructura fundante de la salvación, Santísima Virgen María, Colección de Misas de María.

## ABSTRACT

The New Covenant begins with the Incarnation, for which the Lord wanted Mary's voluntary contribution. Consequently, she is inserted in the history of salvation as *socia Christi* participating in the founding framework of man's redemption. The Scriptures, the Fathers of the Church and the Ecclesiastical Magisterium have witnessed to the faith in the divine Motherhood of Mary as the basis of all her privileges, crystallized in the *lex credendi* of the Church and giving rise to Marian devotion, introducing Mary in the Liturgy, promoting therefore perfect harmony with the *lex orandi*, which has definitely influenced the Marian dogmatic definitions. Progress in the understanding of Mary's participation in the saving work of Christ and devotion to her has shaped the edition of the *Collection of Masses of Mary*, liturgical and prayerful summary of centuries of doctrine concerning the Mother of God, men and the Church.

**KEYWORDS:** Marian Devotion, Founding framework of salvation, Blessed Virgin Mary, Collection of Masses of Mary.

## SIGLAS Y ABREVIATURAS

- AAS – *Acta Apostolicæ Sedis*.  
ASS – *Acta Santæ Sedis*.  
ACR – Carta Encíclica *Ad Coeli Reginam*, de Pío XII.  
ADI – Carta Encíclica *Ad Diem Illum Laetentibus*, de S. Pío X.  
BAC – Biblioteca de Autores Cristianos.  
CD – *Chistus Dominus* – Decreto sobre el Ministerio Pastoral de los Obispos.  
CEC – *Cathecismus Ecclesiæ Catholicæ*.  
CMV – Colección de Misas de la Virgen María.  
DA – Documento de Aparecida.  
DH – Denzinger – Hünermann.  
DS – Denzinger-Schön.  
DV – Constitución Dogmática *Dei Verbum*, sobre la Revelación divina.  
EE – Encíclica *Ecclesia de Eucharistia*, de Juan Pablo II.  
GS – Constitución Pastoral *Gaudium es spes*, sobre la Iglesia en el mundo actual.  
ID – Bula *Ineffabilis Deus*, de Pío IX.  
LG – Constitución Dogmática *Lumen gentium*, sobre la Iglesia.  
MC – Exhortación Apostólica *Marialis Cultus*, de Pablo VI.  
MDi – Carta Apostólica *Mulieris Dignitatem*, de Juan Pablo II.  
MD – Constitución Apostólica *Munificentissimus Deus*, de Pío XII.  
MR – *Missale Romanum*.  
NUALC – *Normæ Universales de Anno Liturgico et de Calendario*.  
OM – Carta Encíclica *Octobri mense*, de León XIII.  
p. — Página.  
pp. — Páginas.  
PG — *Patrologia Graeca*.  
PL — *Patrologia Latinæ*.  
RM — Carta Encíclica *Redemptoris Mater*, de Juan Pablo II.  
Rmi — Carta Encíclica *Redemptoris misio*, de Juan Pablo II.  
*S. Th III – Summa Theologiæ, Pars III*.  
TVDe — Tratado de la Verdadera Devoción a la Santísima Virgen, de San Luis María Grignon de Montfort (en español).  
TVDF – *Traité de la Vraie Devotion à la Sainte Vierge*, Librarie Monfortaine, de Saint Louis-Marie de Montfort (en francés).  
UR – Decreto *Unitatis redintegratio*, sobre el ecumenismo.  
ac – Antífona de Comunión  
pd – Prenotandas  
sr – Salmo Responsorial  
ae – Antífona de Entrada  
aEv – Aclamación antes del Evangelio  
Ev – Evangelio  
pf – Prefacio  
pl – Primera Lectura  
oc – Oración Colecta  
oso – Oración sobre las ofrendas  
odc – Oración después de la Comunión



## SUMARIO

<b>Siglas y Abreviaturas</b> .....	7
<b>Introducción</b> .....	10
<b>Capítulo I</b> .....	14
<b>María en la Estructura Fundante de la Salvación</b> .....	14
<b>1. María la Elegida</b> .....	14
1.1. La nueva Eva.....	15
1.2. El prototipo de mujer.....	20
1.3. Modelo de virgen, madre y esposa.....	24
1.4. El término mujer utilizado por Jesús.....	27
<b>2. María como clave del Misterio de Cristo</b> .....	28
2.1. El Misterio de Cristo.....	29
2.2. La alianza irreversible.....	32
2.3. Maternidad divina.....	34
2.3.1. Una Virgen elegida para Madre de Dios.....	37
2.3.2. Realización de las Alianzas anteriores.....	39
<b>3. Los testimonios Veterotestamentarios</b> .....	39
3.1. Textos de marcado sentido mariológico.....	40
a) Enemistad pondré entre ti y la mujer .....	41
b) ...entre tu linaje y su linaje.....	41
c) ...él te pisará la cabeza, mientras tú acecharás su calcañar.....	41
3.2. Textos de sentido mariológico discutido.....	46
<b>4. Testimonios neotestamentarios, libertad y maternidad marianas</b> .....	46
4.1.1. Literatura paulina.....	46
4.1.2. Evangelio según San Marcos.....	47
4.1.3. Evangelio según San Mateo.....	47
4.1.4. Evangelio según San Lucas.....	49
4.1.5. Evangelio según San Juan.....	53
4.1.6. Apocalipsis.....	54
4.2. María en el plan divino de nuestra salvación.....	56
4.3. La libertad de María en la aceptación del plan divino.....	56
<b>5. Los testimonios Patrísticos</b> :.....	58
5.1. Antes del Concilio de Nicea.....	59
5.2. Periodo posniceno.....	62
5.3. Los Concilios Ecuménicos.....	63
<b>6. Participación de María en la Estructura fundante de nuestra salvación</b> .....	64
6.1. La estructura fundante.....	65
6.2. María en la estructura fundante.....	66
6.3. La redención preservativa de María.....	72

6.4. Polarización en la Mariología.....	76
6.5. La plenitud final de gracia.....	81
<b>7. María en nuestra vida.....</b>	<b>85</b>
7.1. Necesidad de la cooperación de María en la espiritualidad cristiana.....	86
7.2. El aspecto dialógico: Llamada y respuesta.....	88
7.3. Maternidad espiritual y sus consecuencias.....	88
7.3.1 Maternidad voluntaria y total.....	89
7.3.2. Maternidad histórica.....	91
7.3.3. Madre: Tesorera y Dispensadora.....	91
7.3.4. Maternidad espiritual y ternura.....	92
7.3.5. María y los santos.....	92
7.3.6. La perfecta devoción.....	93
<b>Capítulo II.....</b>	<b>95</b>
<b>Presencia de María en la Liturgia.....</b>	<b>95</b>
<b>1. Orígenes de la devoción mariana.....</b>	<b>97</b>
1.1 Primeras oraciones.....	97
1.2 Las letanías marianas.....	103
<b>2. Presencia de María en los textos litúrgicos.....</b>	<b>109</b>
2.1. La <i>Traditio Apostolica</i> de San Hipólito de Roma (†235).....	110
2.2. Los panegíricos de Theoteknos de Livias.....	111
2.3. Las homilias marianas de San Andrés de Creta (†740).....	114
2.4. Ritos orientales y rito latino.....	118
2.5. Las Misas dedicadas a la Virgen.....	120
2.6. Los textos que prepararan las definiciones dogmáticas.....	125
2.7. Los textos litúrgicos modificados por las definiciones dogmáticas.....	129
<b>3. La colección de misas dedicadas a la Virgen María.....</b>	<b>130</b>
3.1. La Virgen María en cuanto stirpe y continuidad con el Pueblo de Israel.....	131
3.2. La Anunciación hace de la Virgen Madre de Dios.....	139
3.3. La Virgen María en las manifestaciones epifánicas del Señor.....	147
3.4. Santa María, discípula del Señor y madre de sus discípulos.....	153
3.5. Santa María, Fuente de luz, vida y esperanza de la Iglesia.....	160
3.6. El nombre de María, la nueva mujer, templo y esclava del Señor.....	164
3.7. El trono de la Sabiduría: Madre y auxilio de la Iglesia y de los cristianos.....	168
3.8. El Inmaculado Corazón de la Virgen María.....	174
3.9. La Madre del buen consejo y de la misericordia, Reina de la paz.....	177
<b>Conclusión.....</b>	<b>181</b>
<b>Bibliografía.....</b>	<b>188</b>

## INTRODUCCIÓN

En la sociedad turbulenta de nuestros días la liturgia, muchas veces, es comprendida como algo sin utilidad práctica, destinada a estar en la reclusión de un templo, sin vinculación con el *ethos* del hombre pragmático de la actualidad dinámica. El *logos* de los textos litúrgicos y de la palabra escuchada parecen no tener relación con el *ethos* de la actualidad<sup>1</sup>. El género humano se halla en un período caracterizado por cambios profundos y acelerados que se expande con la fuerza centrífuga del dinamismo de las pasiones para el universo entero<sup>2</sup>. La evidente supremacía del pensamiento sobre la acción hace percibir con facilidad como esta construcción modernista está fundada sobre la arena de lo efímero, de la época de lo descartable, en la que el hombre no acepta compromisos serios y perennes, lo eterno se identifica con el nunca, el divino con el etéreo, la oración con pérdida de tiempo o como simple repetición terapéutica de un *karma* que tenga la utilidad de tranquilizar el *stress* de la faena diaria y permitir la recuperación de fuerzas para seguir a pasos galopantes en busca del vacío; en que el yo es el centro de todo. Los incrédulos no consiguen comprender que la fe lanza el ser racional a un mundo superior, mucho más opulento que aquél que es percibido tan sólo por los cinco sentidos animales<sup>3</sup>. El racionalista, – afirma Lacordaire – sonríe viendo pasar un cortejo de personas que repiten una misma palabra. El que está iluminado por una mejor luz comprende que el amor no tiene sino una palabra y que, diciéndola siempre, no la repite jamás<sup>4</sup>. La liturgia sacra tiene el poder de unir lo humano y lo divino, lo racional y lo sobrenatural, abriendo el conocimiento y el alma humana a una dimensión superior que lo simplemente concreto, rompiendo su egocentrismo natural, elevando su ser, de una manera global, casi sin percibirlo, a una superioridad espiritual para la cual él no era capaz de ascender. La liturgia nos permite percibir vivencialmente la unión alma-cuerpo, intrínseca a la existencia humana, muchas veces olvidada a causa de la materialidad que nos rodea. El mayor poder de la liturgia<sup>5</sup>, desde el punto de vista pedagógico y humano consiste en esta indescriptible posibilidad de unión espíritu-materia, que recuerda al hombre la dimensión

---

1 Cf. GUARDINI, Romano. *El Espíritu de la Liturgia*. Cuadernos Phase. Barcelona: Centre de Pastoral Litúrgica, 2006, pp. 89-91.

2 Cf. GS n. 4.

3 Cf. VIDIGAL DE CARVALHO, José Geraldo. *O Culto à Mãe de Deus na Tradição Católica*. Mariana: Dom Viçoso, 1990, p. 12.

4 «*Le rationaliste sourit en voyant passer des files de gens qui redisent une même parole: Celui qui est éclairé d'une meilleure lumière comprend que l'amour n'a qu'un mot, et qu'en le disant toujours il ne le répète jamais*». LACORDAIRE, Henri-Dominique. *La vie de Saint Dominique*: Précédée du Mémoire pour le rétablissement en France de l'Ordre des Frères Prêcheurs. 5 ed. París: Librairie de Mme. Ve. Poussielgue-Rusand, 1857, p. 133.

5 Evidentemente la función principal de la Sagrada Liturgia es el culto a Dios y la santificación de los hombres, pero aquí se habla de los efectos de la misma sobre la psicología humana.

superior a su materialidad antropomórfica<sup>6</sup>. El verdadero sentido del «espíritu de la liturgia», hace percibir cómo, además de la pedagogía del *logos* vetero y neotestamentarios, de la eficacia salvífica del *Logos* encarnado y de la presencia real del Creador entre las criaturas, la liturgia es capaz de «romper» el caparazón del *ego* encerrado en el *ego*, toda vez que ella no parte del *yo*, sino del *nosotros*. El sujeto de la liturgia no es el individuo, es la comunidad que se congrega en el tiempo y en el espacio<sup>7</sup>, como un verdadero pueblo de Dios que camina hacia la esperanza perdida por el ateísmo actual.

La Iglesia, siempre guiada por el Espíritu y concedora de las dificultades de sus hijos, como Madre y maestra de la verdad, que ejerce con amor la misión de guiar su rebaño para las verdes praderas del Señor, conoce el poder real de la liturgia y busca su inserción en la vida del hombre actual: Llevar la fe a los hombres y traer los hombres a la fe a través del Misterio de Cristo realmente presente en la Eucaristía; presencia que la pluma elocuente del Beato Papa Juan Pablo II – en la Encíclica *Ecclesia de Eucharistia* – remite a la habitación pobre de una doncella, casi una niña, que cumplía sus deberes diarios cuando recibió una embajada divina, haciéndose «mujer eucarística» mucho antes de la propia institución del «Misterio de nuestra fe»:

«En cierto sentido, María ha practicado su *fe eucarística* antes incluso de que ésta fuera instituida, por el hecho mismo de *haber ofrecido su seno virginal para la encarnación del Verbo de Dios*. La Eucaristía, mientras remite a la pasión y la resurrección, está al mismo tiempo en continuidad con la Encarnación. María concibió en la anunciación al Hijo divino, incluso en la realidad física de su cuerpo y su sangre, anticipando en sí lo que en cierta medida se realiza sacramentalmente en todo creyente que recibe, en las especies del pan y del vino, el cuerpo y la sangre del Señor»<sup>8</sup>.

El *logos* del ángel encontró la respuesta en el *logos* de María y el *Logos* se ha hecho carne. Ella «puede guiarnos hacia este Santísimo Sacramento porque tiene una relación profunda con él»<sup>9</sup>.

Aunque los relatos evangélicos no hablen sobre el tema, es muy probable que la Santísima Virgen María estuviese presente en la Última Cena y que haya recibido, con inmensa felicidad, el Cuerpo y la Sangre Eucarísticos de su Hijo, rememorando los nueve meses en que Lo llevó en su interior. María, como afirma el Papa Juan Pablo II, es quien ha proferido la primera «fórmula de Consagración» de la historia al decir su «*fiat mihi*» y

---

6 Cf. PLAZAOLA, Juan. *Historia y sentido del Arte Cristiano*. Madrid: BAC, 1996, pp. 3-4.

7 Cf. GUARDINI, Romano. *El Espíritu de la Liturgia*. Cuadernos Phase. Barcelona: Centre de Pastoral Litúrgica, 2006, p. 27.

8 EE, n. 55.

9 EE, n. 53.

concebir el Cuerpo del Verbo en su seno<sup>10</sup>. Habiendo aceptado la encarnación del Hijo de Dios en su seno purísimo, María ha colaborado para la posibilidad de que en el futuro se produjese la Eucaristía, pudiéndose así considerarla también madre de este Sacramento, pero nunca como ministra del mismo, instituido por Cristo a sus apóstoles. Así la relación entre María y la Eucaristía, María y la Liturgia es íntima e indisoluble, alcanzando una dimensión de gran actualidad en la «transición epocal de ciclo largo» que vive la cultura occidental<sup>11</sup>. María es alabada desde los albores del culto litúrgico y este proceso de conocimiento e inserción de la devoción mariana en los textos eucológicos ha representado un progreso muy significativo en la teología católica, caminando junto con las explicitaciones de esta ciencia religiosa en la percepción de la función activa de María en la salvación de la humanidad, sobreponiendo las posturas minimalistas anteriores y comprendiendo cada vez más la colaboración de María como elemento estructural y fundante del edificio de la *historia salutis*, tema central de este trabajo.

Después del Concilio Vaticano II ya no hay dudas respecto de la participación activa de María en la Redención operada por Cristo, pero la cuestión que se levanta es a qué niveles ha colaborado María en este proceso salvífico. ¿Es Ella necesaria para la salvación de los hombres? ¿De qué tipo de necesidad? ¿Sin María la salvación, como fue querida por Dios, se habría operado? ¿Esta participación sigue activa y actual en nuestros días, o es una memoria de algo pasado? Los dos capítulos de este trabajo buscan afrontar estas cuestiones abordando primero el papel definitivo y necesario de María en la estructura misma de la salvación humana, en cuanto Nueva Eva, por su aceptación voluntaria representativa de todos los seres humanos, toda vez que es Ella el prototipo de la mujer, del género humano y de la propia Iglesia, que la hace integrante del Misterio mismo de Cristo en sus dimensiones teológica, histórica y antropológica, abriendo la Nueva Alianza de Dios con los hombres de una manera definitiva e irreversible. Todo esto es corolario de un punto esencial: La elección de María para la maternidad divina, *humus* en el cual se enraízan todos los privilegios con que la Providencia Divina le ha distinguido como «bendita entre todas las mujeres» que viene a reparar el pecado de la «primera madre», aplastando la cabeza de la serpiente, como había promulgado Dios en el primer libro de las Escrituras y venciendo al dragón infernal como lo atesta el último de los Libros Sagrados. El capítulo II se confronta con los interrogantes sobre el desarrollo histórico de la devoción mariana, su presencia en la Liturgia en interrelación con

---

10 Cf. EE, n. 55.

11 Cf. GONZÁLEZ MARTÍN, Marcelo. Nuevos escenarios y líneas emergentes en la teología católica contemporánea. En: Revista de la Facultad de Teología de la Pontificia Universidad Católica Argentina, N°. 84, 2004, pp. 41.

el conocimiento teológico y definiciones dogmáticas, la formación de los textos litúrgicos y la inserción progresiva de los mismos en la eucología occidental y oriental, culminando con formularios de Misas destinados explícitamente a honrar, dentro del Sacrificio Eucarístico, la memoria de la Santísima Madre de Dios en sus diversas invocaciones, lo que la Iglesia ha cristalizado en la célebre *Colección de Misas de María*<sup>12</sup>, que, en el último apartado del capítulo, es cotejada con las definiciones magisteriales y declaraciones de autores patristicos y modernos, proponiendo al lector una apertura para una visión de conjunto de la relación de María con la vida de cada hombre, antes, durante y después de su existencia terrenal, que se actualiza cotidianamente a través del Sacrificio Eucarístico, que renueva toda la faz de la tierra.

---

12 Un significativo y elaborado trabajo de reunión de formularios de misas en contexto mariano fue ofrecido por la Iglesia en la *Colección de Misas de la Virgen María*, acompañada del segundo volumen que consiste en el *Leccionario de las Misas de la Virgen María*, destinados ante todo a los santuarios marianos y que será el tema profundizado en el último apartado de nuestro trabajo (Cf. MAGGIONI, Corrado. *Maria nel Lezionario della Messa: Principi e prassi del "Missale Romanum"*. En: AAVV. *María e la parola de Dio: Rivelata celebrata vissuta*, a cura di TONIOLO, Ermanno M. Roma: Centro di Cultura Mariana «Madre della Chiesa», 2009, pp. 86-91.).

# CAPÍTULO I

## MARÍA EN LA ESTRUCTURA FUNDANTE DE LA SALVACIÓN

La historia de la salvación engloba todo el designio salvífico de Dios en relación a los hombres, desde la creación hasta la Parusía y los eventos escatológicos. Una correcta hermenéutica de continuidad entre la era precristiana en que el Pueblo de Dios camina hacia la plenitud de los tiempos y la presencia del Redentor entre nosotros nos presenta la condescendencia de la Segunda Persona de la Trinidad que se hace hombre como miembro de este pueblo, descendiente de David, en todo semejante a nosotros – excepto en el pecado (Cf. Heb. 4, 15) – con el objetivo de sacrificarse por la humanidad pecadora y alcanzar la salvación que había perdido con la desobediencia de la primigenia pareja. Jesús es el Hijo de Dios hecho hombre para nuestra salvación, por medio de su muerte y resurrección, en Él se cumplen las esperanzas mesiánicas<sup>13</sup>, toda vez que es el prometido por los profetas y al mismo tiempo el Λόγος que toma una concreción humana, continuando totalmente Dios y tornándose totalmente hombre. Su contemplación no puede prescindir del aspecto teológico ni del antropológico.

### 1. María la Elegida

En su tiempo, María pasó inadvertida, como una más entre las mujeres de su pueblo. La casi totalidad de sus días pasaban de una manera muy parecida a las jornadas de las demás mujeres, ocupadas en cuidar de su hogar, de su familia y educar a sus hijos, santificando el trabajo de cada día<sup>14</sup>. Pero Ella es al mismo tiempo Reina de los cielos y esclava del Señor. Ella se encuentra, en efecto, entre los pobres de espíritu, los *anawin*<sup>15</sup>, o «pobres de Yahveh»

---

13 Cf. ESQUERDA BIFET, Juan. *Espiritualidad Mariana de la Iglesia: María en la vida espiritual cristiana*. Madrid: Sociedad de Educación Atenas, 1994, p. 43.

14 Cf. ESCRIVÁ DE BALAGUER, Josemaría. Homilía pronunciada el 04.05.1957. En: *Es Cristo que pasa: homilías*, 35. ed. Madrid: Rialp, 1973, p. 309.

15 La mención a María como *anawin* es común en toda la mariología, sobre todo por estar presente en el propio «*Magnificat*», pero la «Cristología de la Liberación» que busca la visualización de la participación de María en función de la praxis liberadora de Cristo, la presenta como paradigma de los *anawin*, considerando el *Magnificat* como la carta magna de la teología de la liberación, donde se expresa la alegría por la salvación que el Señor opera a los marginados y pobres, con la consecuente humillación de los opresores y potentados, comprendiendo la función soteriológica de María exclusivamente en su carácter de liberación terrena (Cf. BASTERO DE ELEIZALDE,

que no confían ni esperan la salvación de los bienes terrenales, sino de la misericordia de Dios y por eso son alabados por Cristo en el Sermón de las Bienaventuranzas, donde el Señor enseñó a vivir la paz a los hombres de buena voluntad. Así, es de los delicados labios de una mujer que oímos el loor vibrante de sentimientos y piedad por esos pobres. Aunque prometida a un descendiente de la estirpe real de David, María es de corazón pobre y humilde, limpio de la soberbia. Corazón que atrae la mirada del Creador que en Ella se fija y la elige para la misión de dar al mundo el Salvador<sup>16</sup>. La Madre – afirma la *Lumen gentium* n. 52 – es también medianera, miembro ejemplar y tipo del Pueblo de Dios y de la Iglesia:

«Con Ella, excelsa *Hija de Sión*, se cumple la plenitud de los tiempos y se inaugura la nueva economía, cuando el Hijo de Dios asumió de Ella la naturaleza humana para librar al hombre del pecado mediante los misterios de su carne».

### 1.1. La nueva Eva

El principio paulino de la recapitulación de todas las cosas en Cristo (*ἀνακεφαλαιώσασθαι τὰ πάντα ἐν τῷ Χριστῷ* – Ef. 1, 10) nos presenta la visión de que todo lo ocurrido anteriormente por el pecado de Adán, como cabeza de la humanidad pecadora, debe ser recapitulado en Cristo, como el Nuevo y último Adán, que se hizo Cabeza de la humanidad redimida, deshaciendo la obra mal hecha por el primer hombre<sup>17</sup>. Esta concepción patristica es confirmada en la actualidad por la Constitución Pastoral *Gaudium et spes*, n. 22:

«Adán, el primer hombre, era figura del que había de venir, es decir, Cristo nuestro Señor, Cristo, el nuevo Adán, en la misma revelación del misterio del Padre y de su amor, manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación».

---

Juan Luis. *Virgen Singular*: La reflexión teológica mariana en el siglo XX. Madrid: Rialp, 2001, pp. 52-53). La utilización de esta terminología busca resaltar el aspecto de diferencia de clase social con el objetivo de fundamentar ideas basadas en una filosofía filomarxista, cuya estructura gnoseológica se basa en la lucha de clases, el reemplazo del magisterio y del *sensus fidei* por la comunidad como instancia hermenéutica fundamental, visualizando la fe como fidelidad a la historia y el amor como opción por los pobres, sustituyendo la ortodoxia por la ortopraxis. (Cf. HIDALGO DÍAZ, Pedro. *El Continente de mi esperanza*: Juan Pablo II y la Nueva Evangelización de América. Lima: Sociedad de San Pablo, 2011, pp. 46-47). Colocando a parte esta concepción liberacionista, la consideración de María entre los *anawin* del pueblo hebreo busca ensalzar la profunda humildad de la Reina de los cielos y de la tierra, como explica la Constitución Dogmática *Lumen gentium*, n. 55: «Ella misma sobresale entre los humildes y pobres del Señor, que de Él esperan con confianza la salvación».

16 Cf. RAHNER, Hugo. *María y la Iglesia*. Madrid: Cristiandad, 2002, p.121-122.

17 Cf. GONZÁLEZ, Carlos Ignacio. *María en los Padres Griegos*: Estudio introductorio y textos. México: Conferencia del Episcopado Mexicano, 1993, p. 36.



Jesús resucitado es el «Primogénito de entre los muertos» (Col 1, 18), es el primer hombre de una humanidad nueva y por eso es el Nuevo Adán<sup>18</sup>. En el capítulo 5 de la Carta a los Romanos, se establece el paralelismo entre los dos momentos «originales» del desarrollo de la existencia humana: En el primero, la muerte ha asegurado su dominio sobre el género humano y en el otro la vida se le ha dado superabundantemente. Esta visión paulina subraya el papel de Cristo como «nuevo Adán», paralelo que pone de relieve su carácter soteriológico, tras recordar que la muerte de Cristo ha manifestado con claridad el amor de Dios a los hombres, que se habían hecho enemigos suyos por el pecado. La afirmación de Pablo es clara:

«Por tanto, como por un solo hombre entró el pecado en el mundo y por el pecado la muerte, y así la muerte alcanzó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron; [...] si por la falta de uno solo reinó la muerte, con mucha más razón, vivirán y reinarán por medio de un solo hombre, Jesucristo, aquéllos que han recibido abundantemente la gracia y el don de la justicia. [...] donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia». (Rm 5, 12-21)

Así como el delito de uno solo atrajo a todos los hombres la condenación, también la obra de justicia operada por Cristo rescató de una sola vez la totalidad de los pecados, engendrando una nueva raza que ha nacido de su sacrificio redentor. Aparentemente, la atención del Apóstol se concentra sólo en Jesucristo – Segundo Adán –, simplificando el relato del Génesis, con la supresión de la persona de Eva, copartícipe en la culpa<sup>19</sup>. El Pecado Original no fue individual, de un solo hombre, sino un pecado de «la humanidad», pues toda la humanidad (Adán y Eva) lo ha cometido conjuntamente, quebrando en sí mismos el plan divino original de la unidad humana en la gracia santificante. Y, como nadie puede dar lo que no tiene, se transmite la vida humana privada de los dones sobrenaturales y preternaturales que poseía al principio, cargando con la división – entre Dios y los hombres y entre los hombres entre sí – causada por el pecado, tornando esa división una herencia transmitida por las generaciones<sup>20</sup>. Una consideración de la culpa extendible a toda la humanidad necesita de Eva como «socia del pecado» y, por tanto, indisociable de Adán en la determinación de la muerte para toda la humanidad. La simplificación didáctica de San Pablo del texto del Génesis, personificando en el hombre el pecado de nuestros «primeros padres» debe ser comprendida en el contexto y en la unidad de los libros sagrados, como nos enseña la Constitución Dogmática *Dei Verbum*, en su n. 12<sup>21</sup>. Si así no fuera, el delito de Adán sería un

---

18 Cf. CHARPENTIER, Etienne. *¡Cristo ha resucitado!*. 4. ed. Navarra: Verbo Divino, 1981, p. 59.

19 Cf. GRELOT, Pierre. *Hombre, ¿quién eres?*: Los once primeros capítulos del Génesis. Navarra: Verbo Divino, 1976, p. 41.

20 Cf. OROZCO, Antonio. *Madre de Dios y Madre Nuestra*: Iniciación a la Mariología. 2. ed. Madrid: Rialp, 1996, p. 68.

21 «Hay que atender no menos diligentemente al contenido y a la unidad de toda la Sagrada Escritura, teniendo en cuenta la Tradición viva de toda la Iglesia y la analogía de la fe».

pecado individual, sin consecuencias para sus descendientes. Una lectura inclusiva que toma como punto de partida la antropología de Gn 1, 26-27; 2, 23-24, nos muestra a Adán y Eva como la totalidad del ser humano e imagen de Dios formada por una dualidad personal complementaria que realiza en una forma solidaria el pecado, dividido en tres momentos esenciales<sup>22</sup>: El acto pecaminoso iniciado por Eva y completado por Adán; la enemistad consiguiente entre la mujer y la serpiente; la victoria final de la descendencia de la mujer sobre la serpiente, que se dará en Cristo, el Nuevo Adán. De estos momentos, el texto paulino de Rm 5, 12ss se fija claramente en el primero, eclipsando la enemistad y el combate final, que son partes indisolubles del texto veterotestamentario. Una exégesis inclusivo-corporativa nos muestra que todo el proceso se inicia con Eva sola, que tras su caída arrastra a su consorte y **ambos** pecan, siendo condenados por Yahveh y expulsados (siempre los dos) del Paraíso terrenal, con la consecuente pérdida de los dones que tenían en el Paraíso<sup>23</sup>. La propia descripción bíblica «distribuye los papeles» que han tenido la mujer y el hombre en el pecado, idea presente en otros textos como, por ejemplo, la Carta de San Pablo a Timoteo: «Porque Adán fue formado primero y Eva en segundo lugar. Y el engañado no fue Adán, sino la mujer» (1 Tim 2, 13-14). Por lo tanto, el primer pecado es el *pecado del hombre*, creado por Dios varón y mujer, «*progenitores*» de todo el género humano y a ello se debe su carácter hereditario<sup>24</sup>. En este sentido lo llamamos «Pecado Original». Como afirma Santo Tomás, «el pecado original se transmite por el acto generador, pues es por él que se comunica la naturaleza humana, a la cual se refiere propiamente»<sup>25</sup>. San Bernardo sustenta que aunque podría bastarnos Cristo, «era mucho mejor para nosotros que el hombre no estuviera solo» y por tanto era «conveniente que habiendo contribuido uno y otro sexo a la caída, ambos contribuyeran a nuestra reparación»<sup>26</sup>. De la misma forma que el «primer Adán» es considerado por San Pablo, como la humanidad pecadora y que la exégesis comparativa con el texto del Génesis deja claro la dualidad constitutiva de la humanidad pecadora (Adán y Eva), el paralelismo de Jesús como el segundo Adán, lleva al paralelismo entre la primera y la segunda Eva. García Paredes, en su obra *Mariología*, presenta un cuadro comparativo sobre ese paralelismo, que nos parece interesante conocer.

---

22 Según Gn 3, 1-7.

23 Cf. ARTOLA ARBIZA Antonio María. *Mística y sistemática en la Mariología*. Callao: Facultad de Teología *Redemptoris Mater*, 2010, pp. 247-249.

24 Cf. MDi, n. 9.

25 *S. Th.* III, q. 27, a.1: «*Peccatum originale trahitur ex origine in quantum per eam communicatur humana natura, quam respicit proprie peccatum originale*».

26 BERNARDO DE CLARAVAL. *Sermón en el domingo dentro de la octava de la Asunción*. En: YÁÑEZ NEIRA, María Damián (organización). [BERNARDO DE CLARAVAL]. *Las alabanzas de María y otros escritos escogidos*. Madrid: Ciudad Nueva, 1998, p. 181.

<b>El primer Adán</b>	<b>El segundo Adán</b>
➤ Desobediente en el madero	➤ Obediente en el madero
<b>La primera Eva</b>	<b>La segunda Eva</b>
➤ La virgen Eva ya estaba destinada a un hombre. Seducida por el sermón del ángel prevaricó de su Palabra. ➤ Desobedeció a Dios. ➤ Por medio de la virgen entró la muerte en el género humano. ➤ Desobediencia virginal.	➤ Bien evangelizada por el ángel aquella virgen María que ya estaba bajo varón. ➤ Obedeció a la Palabra de Dios. ➤ El género humano fue salvado por medio de la Virgen. ➤ Obediencia virginal. ➤ La Virgen María se hizo abogada de la virgen Eva.
<b>Primer Adán</b>	<b>Segundo Adán</b>
➤ El pecado del primer hombre ➤ La prudencia de la serpiente.	➤ Corregido y enmendado por el Primogénito. ➤ Vencida por la sencillez de la paloma.
Así se rompieron las cadenas que nos tenían atados a la muerte <sup>27</sup> .	

La antigua Eva aparece vinculada al primer Adán como María está siempre vinculada a su Hijo, Jesús. La primera y la segunda Eva aparecen como mujeres vírgenes, prometidas a varón. La seducción de que fue víctima la virgen Eva, destinada al primer hombre fue deshecha por la buena nueva de la verdad anunciada por el ángel a María, ya desposada con un hombre. Eva fue castigada por su desobediencia; María mereció traer al propio Dios en su seno, obedeciendo a la palabra de Dios transmitida por Gabriel<sup>28</sup>, el primer «profeta» del Nuevo Testamento<sup>29</sup>. El paralelismo entre Eva y María se rompe – como resalta San Ireneo – cuando María se hace abogada de Eva. María con su obediencia a la palabra de Dios abogó por la desobediente Eva: «*Ut virginis Evæ Virgo Maria fieret advocata*»<sup>30</sup>. Toda la teología de Ireneo gira en torno al proyecto salvífico del Padre y tiene como término la resurrección de Cristo para que resucitemos con Él. Ireneo recoge de San Justino la figura de María como Nueva Eva centrada en el concepto de la salvación del hombre por la recapitulación que Cristo opera. Para Ireneo es claro que la primera promesa salvífica (Gn 3, 15) recae sobre *la descendencia de la mujer*, que es Cristo, pues él sigue el texto de la *Septuaginta* que resalta el

27 Cf. GARCÍA PAREDES, José Cristo Rey. *Mariología*. Madrid: BAC, 1995, p. 208.

28 Cf. IRINEU DE LIÃO. *Contra as Heresias: Denúncia e refutação da falsa gnose*, L. V, 19, 1. São Paulo: Paulus, 1995, p. 569.

29 Cf. MIRAVALLE, Mark I. *Mary, Coredeptrix, Mediatrix, Advocate*. Santa Barbara: Queenship Publishing Company, 1993, p. 5.

30 IRINEU DE LIÃO. Op. cit., L. 19, 2, p. 569.

masculino singular *αὐτός*, o sea: **Él** te quebrantará la cabeza. Desde ese momento fue anunciado que la cabeza de la serpiente sería aplastada por aquél que debía nacer de una virgen<sup>31</sup>. Ireneo profundiza en la sumisión mariana a la misión divina para la cual es convocada, siguiendo de modo inverso de la atadura, se han de desatar los primeros nudos hechos por Eva con su pecado, luego los siguientes que volverán a ser desatados por María, la nueva Eva, que deshace los nudos a través de la *recirculatio*, en unión a la *recapitulatio* de Cristo. Aquello que Eva ha atado, María ha desatado con su fe. De la misma forma que hay una «recirculación» de Cristo a Adán, hay de María a Eva<sup>32</sup>. De la misma forma como la muerte fue achacada al hombre por el pecado de Adán y Eva, el hombre ha recibido la vida por Jesús y por María<sup>33</sup>, que obedeció y se dejó conocer por Dios, tornándose abogada de la primera Eva, función que no excluye, sino que resalta su misión de socorrer a los hombres pues María no interviene sólo en favor de Eva, sino de todo el género humano decaído por el pecado, **cooperando decisivamente** con nuestra salvación, como Eva colaboró decisivamente para nuestra perdición.

Eva, la primera mujer, la primera madre, da a luz para la muerte, pues sus hijos son todos condenados a morir, como consecuencia de su pecado. María al alumbrar al Salvador, que resucita y trae la vida, se convierte en la pura consumación de lo que simboliza la palabra Eva: La promesa de la mujer y su fertilidad. Se convierte en Madre del que es la Vida y de la vida misma<sup>34</sup>. Ella es, así, la mujer de las doce estrellas, la nueva Eva, elegida por la misericordia de Dios que pone ahora en acción el plan profetizado a nuestros primeros padres, después de anunciar la enemistad entre la mujer y la serpiente: «Pondré enemistad entre ti y la mujer». (Gn 3, 15). María es así elegida desde toda la Eternidad y profetizada desde los albores de la creación como el camino a través del cual vendrá nuestra salvación.

Estas palabras del Génesis – afirma el Beato Papa Juan Pablo II – se han considerado como el «*protoevangelio*», o sea como «el primer anuncio del Mesías Redentor». Efectivamente ellas dejan entrever el designio salvífico de Dios hacia el género humano, que después del Pecado Original se encontró en estado de decadencia (*status naturæ lapsæ*). La primera reacción del Señor no consistió en castigar a los culpables, sino en abrirles una

---

31 Cf. IRINEU DE LIÃO. *Contra as Heresias*: Denúncia e refutação da falsa gnose, L. V, 19, 1. São Paulo: Paulus, 1995, p. 569.

32 Cf. GONZÁLEZ, Carlos Ignacio. *María en los Padres Griegos*: Estudio introductorio y textos. México: Conferencia del Episcopado mexicano, 1993, pp. 39-41.

33 Cf. IRINEU DE LIÃO. Op. cit., L. 23, 2, p. 580.

34 Cf. RATZINGER, Joseph; SEEWALD, Peter. *Dios y el Mundo, una conversación con Peter Seewald*: Las opiniones de Benedicto XVI sobre los grandes temas de hoy. Madrid: Galaxia Guttemberg, 2005, p. 276.

perspectiva de salvación y comprometerlos activamente en la obra redentora, constituyendo su plan salvífico en acontecimiento central de la humanidad<sup>35</sup>. Es ese mismo acontecimiento al que se refiere la IV Plegaria Eucarística (Canon IV), cuando se dirige a Dios con esta profesión de fe:

«Y tanto amaste al mundo, Padre Santo, que, al cumplirse la plenitud de los tiempos, nos enviaste como Salvador a tu único Hijo. El cual se encarnó por obra del Espíritu Santo, nació de María la Virgen, y así compartió en todo nuestra condición humana, menos en el pecado»<sup>36</sup>.

Hay un detalle especialmente significativo, si se tiene en cuenta que en la historia de la Alianza, Dios se dirige primordialmente a hombres (Noé, Abraham, Moisés...): En el «*protoevangelio*» la precedencia parece ser de la *mujer*, naturalmente por consideración a su *Descendiente*, Cristo. En efecto, «muchísimos Padres y Doctores de la Iglesia ven en la *mujer* anunciada en el “*protoevangelio*” a la Madre de Cristo, María»<sup>37</sup>. De esta forma, María es también la que por primera vez participa en esa victoria lograda por Cristo: «*Está libre del pecado original y de cualquier otro pecado*», como subrayó ya el Concilio de Trento (Cf. DS 1516; 1573)<sup>38</sup>.

## 1.2. El prototipo de mujer

Una cristología verdaderamente antropológica no puede prescindir del hecho evidente de que María es verdaderamente mujer, criatura de Dios y en cuanto tal, miembro del género humano, pero no un miembro común, sino él más excelente<sup>39</sup>, el modelo de femineidad, de virginidad, de maternidad y por lo tanto, el prototipo de mujer en su totalidad antropológica y sociológica. El don singular dado a la Madre del Señor atestigua el respeto del Creador por la mujer y manifiesta la consideración profunda que hay, en los designios divinos, por su papel insustituible en la historia de la humanidad. La excelencia única de María y su perfección elevan a todos, hombres y mujeres, a la perfección moral y a la santidad; igualmente ofrece a las mujeres la posibilidad de descubrir dimensiones de su condición, que antes no habían sido percibidas suficientemente, posibilitando la comprensión de la dignidad, de la grandeza de la

---

35 Cf. JUAN PABLO II. *María en el Protoevangelio*, Catequesis de 24 de enero del 1996. En: *L'Osservatore Romano*, edición semanal en lengua española, 26 de enero del 1996.

36 MR. Plegaria Eucarística IV.

37 JUAN PABLO II. *Audiencia general* de 17 de diciembre de 1986. En: *Creo en Dios Padre*: Catequesis sobre el Credo, Tomo I. 5 ed. Madrid: Palabra, 1999, p. 355.

38 Ibid.

39 Exceptuada la humanidad de Cristo, hipostáticamente unida en la unidad de la Persona divina.

misión y del pleno desarrollo de la vocación femenina<sup>40</sup>. **María es mujer**. Es la mujer que une el Antiguo y el Nuevo Testamento. En efecto, a pesar de que su elección sólo tiene sentido bajo una perspectiva cristocéntrica, en la Escritura Ella es anunciada antes que su Hijo. En el propio cántico del *Magnificat*, la Virgen Santísima utiliza expresiones que resaltan su unión con la Alianza de Israel y que se aplican al pueblo elegido. Puede decirse, sin duda, que Ella es la personificación más alta de Israel<sup>41</sup>.

La inolvidable Bula *Ineffabilis Deus*, que proclamó la Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen María, reafirma que la Madre de Dios «aplastó la osadía de la engañosa serpiente y levantó maravillosamente la esperanza de nuestro linaje». Continúa Pío IX:

«Con este divino oráculo fue de antemano designado clara y patentemente el misericordioso Redentor del humano linaje, es decir, el unigénito Hijo de Dios Cristo Jesús, y designada la Santísima Madre, la Virgen María. (...) Así como Cristo, mediador de Dios y de los hombres, asumida la naturaleza humana, borrando la escritura del decreto que nos era contrario, lo clavó triunfante en la cruz, así la Santísima Virgen, unida a Él con apretadísimo e indisoluble vínculo hostigando con Él y por Él eternamente a la venenosa serpiente, y de la misma triunfando en toda la línea, trituro su cabeza con el pie inmaculado»<sup>42</sup>.

La substancial individualidad de la mujer respecto al hombre desde su momento ontogenésico, cronológicamente posterior y ontológicamente concomitante, hace que la misma aparezca en el Génesis como la «ayuda adecuada» del varón, pero no una ayudante desigual, sino como compañera *sibi simile* y madre de todos los vivientes. El fundamento antropológico de estos aspectos consiste en las relaciones decisivas como mujer y madre. María, en cuanto mujer, está orientada a Cristo, como Eva estaba orientada a Adán, en este sentido su vinculación a la obra de la salvación se da **específicamente** por su condición femenina, por ser mujer, portadora de una profundidad substancial propia del sexo femenino, con un código genético distinto del hombre, un alma con manifestaciones psicológico-morales que reflejan la metafísica propia al género destinado por Dios a la donación integral de su ser al otro por el amor sponsal, por la maternidad con toda su naturaleza ordenada por Dios para la obra maravillosa de la generación<sup>43</sup>.

El pasaje de Gálatas 4, 4 es privilegiado en el sentido cristológico y mariológico siendo considerado el texto mariológicamente más significativo del NT. En él se muestra el origen

---

40 Cf. JUAN PABLO II. *Audiencia general* del Miércoles, 29 de noviembre del 1995. En: *La Virgen María: Catequesis sobre el Credo* (V). 2 ed. Madrid: Palabra, 2001, pp. 45-46.

41 Cf. LAURENTIN, René. *Structure et Théologie de Lucas I-II*. París: Gabalda, 1957, p.150.

42 PÍO IX. Bula *Ineffabilis Deus*: Epístola apostólica del 8 de diciembre de 1854, sobre la Inmaculada Concepción, n. 9, *Acta Pii IX*, parte I, vol. 1, p. 616.

43 Cf. RODRÍGUEZ, Victorino. *Estudios de antropología teológica*. Madrid: Speiro, 1991, pp 53-54.

humano de Jesús y la aportación decisiva de María como mujer: «Al llegar la plenitud de los tiempos *envió Dios a su Hijo, nacido de mujer*»<sup>44</sup>. Con estas palabras San Pablo entrecruza los momentos principales del misterio «preestablecido en Dios» (Cf. Ef 1,9). El Hijo, Verbo consubstancial al Padre, nace en su concreción humana de una mujer. Es significativo que San Pablo eclipsa el nombre propio de María, presentándola como mujer, estableciendo una concordancia clara con Gn 3, 15, colocando aquella «mujer» en el corazón del acontecimiento salvífico que decide la «plenitud de los tiempos» y que se realiza en Ella, y por medio de Ella, a través de la unión madre-hijo específica del género femenino<sup>45</sup>, lo que caracteriza la participación activa de María en la *historia salutis*, con un papel exclusivamente femenino y, por lo tanto, como arquetipo de la dignidad personal de la mujer<sup>46</sup>. El enemigo no habría sido vencido con justicia – afirma San Ireneo – si el hombre que lo venció no hubiera nacido de una mujer, pues desde el principio él se opuso al hombre, dominándolo por medio de una mujer. Por eso el Señor declara ser el «Hijo del hombre», recapitulando en sí aquél primer hombre a partir del cual fue modelada la mujer<sup>47</sup>.

María — la mujer de la Biblia — es la expresión más completa de la dignidad y vocación femenina, que por su condición humana es el ápice de todo lo creado. La mujer es reconocida inmediatamente por el hombre como «carne de su carne y hueso de sus huesos» (Cf. Gn 2, 23) y por eso es llamada «mujer». En el lenguaje bíblico este nombre indica la identidad esencial con el hombre: *'is - 'issah, homo-hæmina* (Gn 2, 23), cosa que, por lo general, las lenguas modernas, desgraciadamente, no logran expresar. «Ésta será llamada mujer (*'issah*), porque del varón (*'is*) ha sido tomada» (Gn 2, 23)<sup>48</sup>. De esta forma se comprende que a pesar de ser ontológicamente iguales en sustancia de imagen y semejanza de Dios, el hombre y la mujer se realizan de modos diferentes en su dignidad y vocación, de acuerdo con la riqueza de los recursos propios de la masculinidad o femineidad con que Dios ha caracterizado cada uno de los géneros<sup>49</sup>. El carácter de la maternidad es exclusivo de la

---

44 Cf. ARTOLA ARBIZA Antonio María. *Mística y sistemática en la Mariología*. Callao: Facultad de Teología *Redemptoris Mater*, 2010, pp. 179-180.

45 Cf. MDi, n. 3.

46 Cf. MDi, n. 5.

47 Cf. IRINEU DE LIÃO. *Contra as Heresias: Denúncia e refutação da falsa gnose*, L. V, 19, 1. São Paulo: Paulus, 1995, p. 569.

48 Cf. MDi, n. 6.

49 Cf. MDi, n. 10. En el Documento de Santo Domingo (n. 105) hay un interesante aporte sobre esto: «En nuestro tiempo la sociedad y la Iglesia han crecido en la conciencia de la igual dignidad de la mujer y el varón. Aunque teóricamente se reconoce esta igualdad, en la práctica con frecuencia se la desconoce. La Nueva Evangelización debe ser promotora decidida y activa de la dignificación de la mujer; esto supone profundizar en el papel de la mujer en la Iglesia y en la sociedad. Hoy se difunden diversas proposiciones reduccionistas sobre la naturaleza y misión de la mujer, se niega su específica dimensión femenina, se la pospone en su dignidad y

mujer y fue este carácter exclusivo que Dios utilizó para insertarse en la historia de la humanidad, evidenciado la condición de María no sólo como prototipo de mujer, sino también como prototipo de la humanidad misma, la persona humana más próxima a Dios, punto clave y puente entre la criatura y el Creador, toda vez que el Verbo Encarnado, siendo Arquetipo del género humano, está unido hipostáticamente a la divinidad<sup>50</sup>.

«Tanto el arquetipo como el prototipo representan modelos originales. Sin embargo, el arquetipo es una forma ideal que define un modelo inmutable y eterno, mientras el prototipo no tiene tales características y está abierto críticamente a la posibilidad de su propia transformación»<sup>51</sup>.

María es prototipo de mujer en cuanto virgen y en cuanto madre. Sólo esta única mujer – afirma San Agustín – es madre y virgen a la vez no sólo espiritual, sino también físicamente<sup>52</sup>. La constitución biofísica y psicológica de la mujer está orientada a la maternidad, lo que lleva a pensar que la plenitud de su realización se da en la generación de un nuevo ser y en las funciones propias de la maternidad en el desarrollo de la nueva vida: La finura fisiológica y psíquica, la mayor sensibilidad moral, la propensión a la intimidad, la singular paciencia y tolerancia del dolor, el deseo de agradar, la propensión a lo concreto y unitario, a la donación personal, son cualidades admirables de indudable proyección a la maternidad que, juntamente con las virtudes de la mujer – esposa y madre – han sido muy valoradas tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento<sup>53</sup>. Sin embargo, en este último la dignidad de la virginidad<sup>54</sup> es plenamente valorada y promovida, sobre todo en la literatura

---

derechos, se la convierte en objeto de placer, con un papel secundario en la vida social. Ante esto queremos proponer la doctrina evangélica sobre la dignidad y vocación de la mujer, subrayando su papel «como madre, defensora de la vida y educadora del hogar». (CONSEJO EPISCOPAL LATINOAMERICANO. IV Conferencia General del Episcopado latinoamericano (Santo Domingo, 1992). *Nueva Evangelización, promoción humana, cultura cristiana*: «Jesucristo ayer, hoy y siempre». Lima: Conferencia Episcopal Peruana, 1992, p. 98).

50 La antropología cristiana resalta la igual dignidad entre varón y mujer en razón de ser creados a imagen y semejanza de Dios. El misterio de la Trinidad nos invita a vivir una comunidad de iguales en la diferencia. La relación entre la mujer y el varón es de reciprocidad y colaboración mutua [...] Se trata de armonizar, complementar y trabajar sumando esfuerzos. La mujer es corresponsable, junto con el hombre, por el presente y el futuro de nuestra sociedad humana. (DA 451-452), V CONFERENCIA GENERAL DEL EPISCOPADO LATINOAMERICANO Y DEL CARIBE. *Aparecida*: Documento final. Lima: Conferencia Episcopal Peruana, 2007, p. 217.

51 SCHÜSSLER FIORENZA, Elisabeth. *En memoria de ella*: Una reconstrucción teológico-feminista de los orígenes del cristianismo. Bilbao: Desclée de Brouwer, 1989, p. 69.

52 AGUSTÍN DE HIPONA. *La santa virginidad*, c. 4, 4. En: *Obras completas de San Agustín*, edición bilingüe, Tomo XII, *Tratados morales*. Madrid: BAC, 2007, p. 699.

53 Cf. RODRÍGUEZ, Victorino. *Estudios de antropología teológica*. Madrid: Speiro, 1991, pp. 58-59.

54 Según San Agustín la virginidad sólo comenzó a ser honrada a partir de la Madre del Señor. (*Serm* 51, 25, 26). Ésta no es honrada por ser virginidad sino por estar consagrada a Dios. (*La santa virginidad*, c. 8, 8). La posición del Cartaginense se halla en medio de dos errores opuestos: Los que, amparándose en 1 Cor 7, 27, igualan virginidad y matrimonio, y los que, apoyados en 1 Cor 7, 28, condenan el matrimonio (19, 19; 21, 21). Los primeros subestiman la virginidad; los segundos, el matrimonio. Apelando a la recta razón y a la Sagrada Escritura el santo revaloriza la virginidad contra los primeros y el matrimonio contra los segundos. Sostiene, en síntesis, que el matrimonio es un bien pero que la virginidad es un bien mayor. DE LUIS, Pío. *La Santa Virginidad*: Introducción, versión, bibliografía y notas. En: AGUSTÍN DE HIPONA, Op. cit., p. 677.



Paulina, que pone de relieve esta condición como excelencia de la realización de la vocación humana, no para todos, sino para aquellos a quienes el llamado divino lo indique. «El ideal evangélico de la virginidad – dice Juan Pablo II – constituye una clara novedad en relación con la tradición del Antiguo Testamento»<sup>55</sup>. Se trata de una especial opción por el Reino de los cielos, que es una gracia especial de Dios<sup>56</sup>, tema ya destacado en RM. El consentimiento de María a la maternidad fue «sobre todo fruto de la donación total a Dios en la virginidad», entrega que sería impensable sin la plenitud de la gracia que había sido dada a María en su Inmaculada Concepción, en el origen de su vida en el seno de su madre Ana. De esta forma se evidencia un aparente antagonismo respecto a la plenitud de la femineidad: Virginidad consagrada a Dios o maternidad. Ambas significan donación: La primera a Dios de forma directa y a la sociedad de forma indirecta cuando esta virginidad está destinada al servicio, y la segunda está orientada a la donación a seres concretos, en este caso, al esposo y a los hijos. Ambas son dimensiones particulares de la realización de la personalidad femenina. A la luz del Evangelio éstas adquieren la plenitud de su sentido y de su valor en María, en quien se realizan simultáneamente de forma admirable<sup>57</sup>. No se puede imaginar que María tuviese los mismos planes de futuro de las doncellas judías de su tiempo y que el anuncio del ángel los hubiese destruido. Ella estaba preparada por la gracia de Dios para la Anunciación, coronando, con la embajada angélica, su deseo de virginidad con el mandato de ser madre de Dios. La virginidad es la expresión corporal de la disposición para la actuación divina. En la virginidad perpetua de María encontramos la íntima unión entre la realidad corporal y la entrega espiritual, aspectos que se unen, entrecruzan y subliman en la vocación antropológica de María como mujer: Esposa, virgen y madre.

### **1.3. Modelo de virgen, madre y esposa**

La fe de la Iglesia en la virginidad perpetua de María es más antigua que la expresión dogmática de la Maternidad divina, que se origina en el siglo III y es definida en Éfeso. El título *Παρθένος* estaba en uso frecuente desde el siglo II y se encuentra en los símbolos de fe originados en el sacramento fundamental del bautismo, cuyos testimonios más antiguos aparecieron en el siglo II, con San Hipólito de Roma y Tertuliano, en el Símbolo Bautismal I. En esta reversibilidad María realiza corporalmente lo que la Iglesia realiza espiritualmente en su fe: La virginidad en la fertilidad y la consecuente maternidad. Ser mujer fue designio

---

55 Cf. MDi, n. 20.

56 Cf. MDi, n. 19, II.

57 Cf. MDi, n. 17-18.

divino; ser virgen fue su elección. María fue modelo de todas las vírgenes y vivió este modelo de pureza y dedicación, de plenitud sobrenatural que es el amor indiviso a Dios a través de la virginidad consagrada. Pero la plenitud de la mujer en su dimensión espiritual y corporal es la maternidad. En la economía salvífica de Dios el misterio de la «mujer» comprende las dimensiones de virgen, madre y esposa<sup>58</sup>, plenamente realizadas en María, como pone de relieve el Beato Papa Juan Pablo II que resume de forma poética esta doctrina:

«Desde el momento de la venida de Cristo la espera del Pueblo de Dios debe dirigirse al Reino escatológico que ha de venir y en el cual él mismo ha de introducir “*al nuevo Israel*”. En efecto, para realizar un cambio tan profundo en la escala de valores, es indispensable una nueva conciencia de la fe, que Cristo subraya por dos veces: “*Quien pueda entender, que entienda*”; esto lo comprenden solamente “*aquellos a quienes se les ha concedido*” (Mt 19, 11). María es la primera persona en la que se ha manifestado esta nueva conciencia, ya que pregunta al ángel: “*¿Cómo será esto, puesto que no conozco varón?*” (Lc 1, 34). Aunque “*estaba desposada con un hombre llamado José*” (Cf. Lc 1, 27), Ella estaba firme en su propósito de virginidad, y la maternidad que se realizó en Ella provenía exclusivamente del “*poder del Altísimo*”, era fruto de la venida del Espíritu Santo sobre Ella» (Cf. Lc 1, 35)<sup>59</sup>.

La constitución pneumatológica permanente de la maternidad de María resalta su aspecto esponsal como mujer: Virgen-esposa-madre, donde la obra de Dios se hace evidente en los tres aspectos de su femineidad considerada en perspectiva escatológica como anticipación del futuro absoluto que remite a la acción única de Dios en su condescendencia salvífica. El hecho de la presencia permanente del Espíritu Santo en su vida da el mayor valor posible a su participación activa en la obra redentora y es el fundamento de su colaboración con Cristo y de su plenitud perpetua en la gracia, iniciada con su Inmaculada Concepción<sup>60</sup>. Este aspecto esponsal nos presenta a María, en cuanto mujer viviente en la sociedad, como esposa de José, cuyo matrimonio, aunque *sui generis*, por la ausencia de unión carnal, es real, pues «*consensus facit matrimonium*» y María estaba desposada con José, según las leyes judaicas, que determinaban el «*consensus*» o el «contrato nupcial» y la posterior convivencia. Por esa promesa de fidelidad mutua, María es considerada esposa verdadera de José, con los tres elementos constitutivos de un matrimonio: *Fides, proles et sacramentum*<sup>61</sup>, que están

---

58 Cf. MDi, n. 22.

59 MDi, n. 20.

60 Cf. MIRAVALLE, Mark I. (Editor). *Mary, Coredeptrix, Mediatrix, Advocate: Theological foundations. Towards a Papal Definition?* Santa Barbara: Queenship Publishing Company, 1995, p. 236.

61 La Encíclica *Casti Connubii*, de Pío XI, en su n. 5 afirma: «Estos, dice San Agustín, son los bienes por los cuales son buenas las nupcias: *Prole, fidelidad, sacramento*». (Pío XI, Carta Encíclica *Casti Connubii*, sobre el matrimonio cristiano, del 31 de diciembre de 1930, *AAS* 22 (1930), p. 543). De hecho, afirma San Agustín en *De bono coniugali*, 24, 32: «El matrimonio es, en todos los pueblos y entre los hombres todos, un verdadero bien; un bien que consiste en la generación de hijos (*proles*), y en la fidelidad de la castidad conyugal (*fides*). Por lo que

presentes de manera que María es real y perfectamente esposa de José y esposa del Espíritu Santo, cumpliendo en las dos dimensiones (natural y sobrenatural) la característica perfecta de mujer-esposa. Es en esta condición antropológica de mujer virgen-esposa-madre que María participa como *socia redemptrix*, o sea, como expresión de la cooperación del ser humano en la salvación efectuada por el sacrificio único del Verbo Encarnado.

María, en su condición femenina de esposa-virgen-madre, es prefigurada por muchas mujeres: Miriam, Débora, Ana, Rut, Judit, Ester, la madre de los Macabeos, que representan figuras femeninas e imágenes del pueblo. En determinados momentos de la historia, encarnan una situación de sufrimiento y pasan a simbolizar la salvación del Pueblo de Dios anunciada por los profetas en el contexto del exilio y de los pobres de Yahveh, los *anawin*. María es la hija de Sión, en cuanto encarnación del pueblo de Dios, que confía en las promesas de Yahveh, llorada en el exilio y en la destrucción de Jerusalén, alabada como esperanza de nuevos tiempos cuando se profetizan sus alegrías (Cf. Sof 3,14; Zac 2,14; 9,9). María, como la mujer del Cantar de los Cantares, se abre como una flor que engendra al nuevo Mesías de su pueblo. Gracias a su actitud de donación en cuanto virgen y madre, se convierte en prototipo de mujer: Aquella que por su «sí» a Dios crea una nueva imagen femenina, preanuncio de los nuevos tiempos, de un nuevo pacto de Dios con la humanidad, rompiendo, con la encarnación el dualismo humano-divino<sup>62</sup>. La Virgen Santísima, en su condición femenina y por su íntima unión con Jesús, es la mujer que abre el Nuevo Testamento y lo enlaza al Antiguo, el eslabón de unión y continuidad entre la Antigua y la Nueva Alianza, como afirma la Congregación para la Doctrina de la fe:

«María, como la hija elegida de Sión, recapitula y transfigura en su femineidad la condición de Israel/Esposa, a la espera del día de su salvación. Por otra parte, la masculinidad del Hijo permite reconocer como Jesús asume en su persona todo lo que el simbolismo del Antiguo Testamento había aplicado al amor de Dios por su pueblo, descrito como el amor de un esposo por su esposa. Las figuras de Jesús y María, su Madre, no sólo aseguran la continuidad entre el Antiguo y el Nuevo Testamento, sino que superan aquel»<sup>63</sup>.

---

se refiere al pueblo de Dios, consiste además en la santidad del sacramento (*sacramentum*) [...] El bien del matrimonio pivota, en definitiva, en estas tres bases, que son igualmente bienes: *Los hijos, la fidelidad, el sacramento*». (AGUSTÍN DE HIPONA. *La bondad del matrimonio*, c. 24, 32. En: *Obras completas de San Agustín*, edición bilingüe, Tomo XII, *Tratados morales*. Madrid: BAC, 2007, pp. 637, 638).

62 MESTERS, Carlos y equipo bíblico CRB. *Seguir a Jesús: Los Evangelios*. Serie Tu Palabra es vida. Navarra: Verbo Divino, 2000, pp. 219-223.

63 Cf. CONGREGATIO PRO DOCTRINA FIDEI. *Lettera ai vescovi della Chiesa Cattolica sulla collaborazione dell'uomo e della donna nella Chiesa e nel mondo*, n. 10, 31 de mayo del 2004. En: CONGREGATIO PRO DOCTRINA FIDEI, *Documenta: Inde a Concilio Vaticano Secundo expleto edita* (1966-2005). Città del Vaticano: Libreria Editrice Vaticana, 2006, p. 611.

#### 1.4. El término *mujer* utilizado por Jesús

Los padres de María le impusieron el nombre de *Myriam* (מִרְיָם), en honor, quizá, de la hermana de Moisés, que fue la primera mujer en la Sagrada Escritura a llevar esse nombre (Cf. Ex 15, 20). La *Septuaginta* lo traduce por *Mariam* (Μαριαμ), palabra que vemos después algunas veces en los Evangelios, aunque la forma María es la más frecuente y la que ha prevalecido entre el pueblo cristiano. Los filólogos y lingüistas no se han puesto de acuerdo sobre el significado del nombre. Las principales versiones propuestas son: Señora, Exaltada, Muy Amada, Mar Amargo, Estrella del Mar, Gota del Mar, Iluminada, Mirra, etc., todas ellas convenientes a María en su sentido propio o alegórico<sup>64</sup>. Jesús se dirigía a su Padre eterno con el título de *Abbá* (Mc 14, 36), pero, para referirse a su madre, María, como se ve, por ejemplo, en las Bodas de Caná y en la escena de María a los pies de la cruz, Él utiliza el título de *mujer*. Este uso de Jesús parece referir la persona de María con la *mujer del protoevangelio* o como la *Nueva Eva*. En una visión menos estricta, también con la *mujer* del Apocalipsis o la esposa del Cantar: «¿Quién es ésta que surge como el alba, bella como la luna, esplendorosa como el sol?» (Ct 6, 10) o la *Hija de Sión*, la humanidad que avanza a través de Israel hacia la victoria escatológica del Cordero, representado en el hijo de la *mujer* apocalíptica en lucha contra el dragón que desencadena las potencias de este mundo contra el «nacido de mujer» (Ga 4, 4)<sup>65</sup>. El título de *mujer* no implica un pretendido rechazo por parte de Jesús, sino más bien una profundización del título madre, de modo que la condición materna no se reduzca sólo al plano biológico, sino que esté conectado con la hora de Jesús, en la que María ocupa un lugar destacado. Jesús se manifiesta como el Mesías y establece con la Virgen unos lazos nuevos en el contexto del misterio de la Nueva Alianza. Ponce Cuéllar explica que algunos estudiosos piensan que el término *mujer* hace referencia a Eva – como mencionábamos anteriormente – pero otros exégetas sostienen que aunque tal alusión no deba descartarse, es preferible acudir al símbolo de la mujer «Hija de Sión», que también incluye el aspecto de maternidad. De acuerdo con ese simbolismo María se ve insertada en toda la corriente mesiánica del Antiguo Testamento, y por ello puede decir Vanhoye que «en su maternidad física la Madre de Jesús resume y representa al pueblo, del que Cristo ha salido»<sup>66</sup>.

---

64 Cf. ROYO MARÍN, Antonio. *La Virgen María: Teología y espiritualidad marianas*. Madrid: BAC, 1996, p. 6.

65 Cf. BIANCHI, Enzo. *El Apocalipsis: Comentario exegético-espiritual*. Salamanca: Sígueme, 2009, p. 171.

66 Cf. PONCE CUÉLLAR, Miguel. *María, Madre del Redentor y Madre de la Iglesia*. 2 ed. Barcelona: Herder, 2001, p. 164.

## 2. María como clave del Misterio de Cristo

El escándalo eterno del cristianismo, de Cristo y de su Iglesia, se inicia históricamente en Judea, durante el decimoquinto año del imperio de Tiberio<sup>67</sup>, con el «escándalo de la Encarnación», que fue desde su eclosión en la historia de la humanidad, el signo de contradicción atestiguado por Simeón en el Templo y seguirá dividiendo a los hombres hasta el combate escatológico con el «anticristo». El conocimiento de Dios uno fue paulatina y dinámicamente revelado al pueblo elegido, que ha pasado del politeísmo inicial caldaico, al henoteísmo<sup>68</sup> de Abraham, hasta la comprensión de la existencia de un solo Dios, Creador del cielo y de la tierra, cuya fe fue consolidada en la teofanía del Sinaí. En la Antigua Alianza aparecen vestigios de la Trinidad, como en Génesis «hagamos el hombre a nuestra imagen y semejanza»<sup>69</sup> o en la teofanía del Mambré<sup>70</sup> donde aparecen tres hombres a Abraham, tres que – enfatiza Schillebeeckx – sin embargo eran uno<sup>71</sup>, pero no está revelada con la misma claridad del monoteísmo hebraico. María fue el primer ser humano quien recibió la revelación de la Trinidad de personas en Dios, en el día de la Anunciación y por esto Santo Tomás la llama «*totius Trinitatis nobile triclinium*»<sup>72</sup>. La Encarnación del Verbo por acción del Espíritu Santo, como Hijo del Padre trajo la revelación definitiva del Misterio trinitario, introduciendo el conocimiento de lo mismo en la fe cristiana: La Unidad y Trinidad de Dios. Junto con la Trinidad, la Encarnación del *Logos* constituye uno de los principales misterios de la fe cristiana. Misterio insondable, hermético, inaccesible a la pequeñez del entendimiento humano. Es tal la distancia entre los hombres y la divinidad que no es posible a la criatura el total conocimiento del Misterio de Cristo. Por eso San Máximo, el Confesor, exclama:

---

67 Cf. RAHNER, Karl. *Meditazioni di un teologo sull'avvento e sul natale*. Torino: San Paolo, 1997, p. 18.

68 Henoteísmo (del griego *ενος θεος*, «uno dios») es un término creado por el orientalista Friedrich Max Muller (1823-1900) para designar la creencia en un dios único pero aceptando la existencia o posibilidad de existencia de otros, reconociendo sólo a éste la dignidad de recibir el culto de adoración. Existe evidencia de que el judaísmo fue henoteísta en sus comienzos para luego evolucionar hacia el monoteísmo estricto cerca del siglo VII a.C. Algunas muestras de esto se pueden observar en fragmentos del Antiguo Testamento como los siguientes:

(Cántico de Moisés, pasado el mar Rojo): «¿Quién como tú, Yahveh, *entre los dioses?*» (Éx 15, 11).

(Jetró, suegro de Moisés, refiriéndose a los egipcios): «El mal que hicieron se volvió contra ellos y, en esto, reconozco que Yahveh *es el Dios más grande*» (Ex 18, 11).

El propio Decálogo fue dado por Dios a Moisés considerando la cultura henoteísta del pueblo judío: «No tengas *otros dioses* delante de mí»; «*No te postres ante esos dioses*, ni les des culto, porque Yo, Yahveh, tu Dios, *soy un Dios celoso*» (Éx 20, 3-5). El concepto de un único dios que con su poder alcanza a todo el universo es muy posterior, de la época de los profetas, quienes presentaron a los otros dioses como ídolos que «*tienen ojos y no ven, tienen boca y no comen*». En ese período, el primitivo henoteísmo hebreo se transformó en el riguroso monoteísmo judío actual.

69 Gn 1, 26.

70 Gén. 18, 1-15.

71 Cf. SCHILLEBEECKX, Edward. *En torno al problema de Jesús: Claves de una cristología*. Madrid: Cristiandad, 1983, p. 111.

72 Cf. RODRÍGUEZ, Victorino. *Estudios de antropología teológica*. Madrid: Speiro, 1991, p. 56.

«El gran misterio de la encarnación de Dios permanecerá siempre como un misterio. ¿Cómo puede el Verbo que está en persona y esencialmente en la carne existir al mismo tiempo en persona y esencialmente junto al Padre? ¿Cómo puede el Verbo totalmente Dios por naturaleza, hacerse totalmente hombre por naturaleza, sin detrimento alguno de las dos naturalezas, ni de la divina, en la cual es Dios ni de la humana, en la cual se hizo hombre? Sólo la fe puede alcanzar estos misterios, toda vez que Ella es precisamente la sustancia y el fundamento de las realidades que sobrepasan toda inteligencia y comprensión»<sup>73</sup>.

## 2.1. El Misterio de Cristo

La misericordia infinita de Dios no quiso dejar sin respuesta el cuestionamiento antropológico del Misterio del Verbo Encarnado. La carta a los Efesios afirma:

«Fue por medio de una revelación como se me dio a conocer este misterio, tal como acabo de exponérselo en pocas palabras. Al leerlas, se darán cuenta de la comprensión que tengo del misterio de Cristo, que no fue manifestado a las generaciones pasadas, pero que ahora ha sido revelado por medio del Espíritu a sus santos apóstoles y profetas. [...]» (Ef. 3, 3. 5-7) A través de la Revelación, por lo tanto, el Misterio de Cristo es anunciado a los hombres, que de otra manera no tendrían como conocerlo.

El Misterio de Cristo puede ser analizado bajo tres dimensiones: Teológica, histórica y antropológica. La teología es más teología cuando es cristocéntrica y cristológica<sup>74</sup>, por eso la dimensión teológica del Misterio de Cristo es de importancia fundamental para su conocimiento. Eternamente generado por el Padre, el Hijo es igual a Él en sustancia (*homoousius*), pues la generación no se refiere a la substancia, sino a la relación, toda vez que la relación es el único accidente que no se refiere a la substancia sino a otra persona, lo que no colisiona con la unidad esencial de Dios, pues en Él todo es uno, hasta donde no exista oposición de relaciones<sup>75</sup>. El Prólogo del Evangelio de San Juan<sup>76</sup> constituye un resumen de la cristología teológica, al presentar la verdadera personalidad del Hijo como Palabra de Dios y describir los atributos del *Logos*, posteriormente referidos a Jesucristo a lo largo del texto del

---

73 SENTENÇAS DE SÃO MÁXIMO CONFESSOR, ABADE. Centuria 1, 8: PG 90, 1182-1186). En: *Liturgia das Horas, segundo o Rito Romano*, Tomo I, Advento e Natal. São Paulo: Editores Reunidos, 1999, p. 467.

74 Cf. HIDALGO DÍAZ, Pedro. *Cuestiones Actuales de Cristología*. Lima: Facultad de Teología Pontificia y Civil de Lima, 2010. (Apuntes de clase).

75 [*In Deo*] *omnia unum sunt unde non obviat relationis oppositio* – Concilio de Florencia (1439-1442) – (DH 1330, 2007).

76 San Andrés de Creta en la *Homilia IV in nativitatem B.M.V.* (PG 97, 865. 3), mencionada en la nota 47 de la RM n. 23, cita la frase de Orígenes sobre el Evangelio de San Juan: «Los Evangelios son las primicias de toda la Escritura, y el Evangelio de Juan es el primero de los Evangelios». (*Comm. in Ioan.*, 1,6: PG 14, 31). Cf. ESQUERDA BIFET, Juan. *Espiritualidad Mariana: María en la vida espiritual cristiana*. Madrid: Sociedad de Educación Atenas, 1994, p. 81.

Evangelio. La primera idea presentada por Juan es la preexistencia y eternidad del *Logos*: «'Εν ἀρχῇ ἦν ὁ λόγος καὶ ὁ λόγος ἦν πρὸς τὸν θεόν καὶ θεὸς ἦν ὁ λόγος» (Jn 1, 1). La expresión *πρὸς τὸν* permite tres tipos de traducción: El *Logos* estaba vuelto hacia Dios, abajo de Dios o junto de Dios, siendo la última la más aceptada. El *Logos* aparece como realidad teológica en identidad con el Padre y en vida íntima con Él. Continúa el Prólogo: «Καὶ ὁ λόγος σὰρξ ἐγένετο καὶ ἐσκήνωσεν ἐν ἡμῖν» (Jn 1, 14). El Misterio de la Encarnación del *Logos* está aquí revelado. En los otros evangelios la descripción se refiere más a la concepción virginal, mientras que Juan enuncia textualmente la Encarnación y profundiza en el sentido del Misterio, preparado por los sinópticos, terminando el Prólogo con la afirmación de que Cristo puede revelar al Padre porque lo conoce desde siempre. Desde el punto de vista teológico es fundamental la definición de la divinidad del *Logos* «καὶ θεὸς ἦν ὁ λόγος» (Jn 1, 1), bien como de la filiación divina «Hijo único, lleno de gracia y de verdad» (Jn 1, 14). El *Logos* posee la vida y es dador de la vida. Vida que es luz y que brilla en la tinieblas.

En su **dimensión histórica**, el Misterio de Cristo es la irrupción del amor divino que, con la Encarnación, se inserta espacial y temporalmente en la realidad histórica y concreta de la humanidad. La presencia terrenal del Hijo es consecuencia del amor de Dios al mundo que revela, en la plenitud de los tiempos, el Misterio de la *koinonía* trinitaria inmanente. La realidad antes desconocida y oculta es revelada cuando el Misterio de Cristo se hace plenitud de la historia, constitutiva de la naturaleza humana, toda vez que no hay hombre sin tiempo ni sin historia. Esta irrupción del Misterio de Cristo en su dimensión histórica instaura una relación directa, afectiva, relacional entre el hombre y su Creador, a partir de ese momento ontológicamente semejantes en naturaleza – por total condescendencia divina –, inaugurando una hermenéutica dialógica antes imposible por la diferencia esencial Creador-criatura. La *Dei Verbum* propone que la Palabra de Dios es «historiable» y sólo se hace cognoscible en virtud de la condescendencia encarnatoria de Dios que antes hablara por los profetas y ahora nos habla de manera definitiva a través de su Hijo (Cf. Heb 1, 1). El hombre, a diferencia de los animales, es consciente de su personalidad y por eso es naturalmente histórico en relación a su pasado y a su futuro. Dios siendo trascendente y eterno dialoga con el hombre que existe históricamente, no apenas adecuando su lenguaje a nuestra naturaleza, más haciéndose igual a nosotros, concretando la dimensión histórica del Misterio de Cristo en la centralidad única y singular de la existencia del Verbo Encarnado, en el período de su presencia física limitada espacial y temporalmente en la historia de la humanidad, sin subordinarse a esa historia ni identificarse con Ella. El mismo Verbo Encarnado crece en estatura, sabiduría y

gracia y alcanza su plenitud humana insertado en el despliegue histórico de la humanidad, que no es accidental ni accesorio a la Revelación<sup>77</sup>, más que, en su dimensión humana es parte constituyente del Misterio de Cristo.

El Hijo de Dios, en su **dimensión antropológica** es, por la Encarnación, hijo de una mujer, miembro de la humanidad, aunque no insertado en la dimensión caduca y pecadora de la misma, por ser al mismo tiempo Dios y hombre en unidad de persona y dualidad de naturalezas. Jesús es hombre: Lloro, tiene hambre y sed, siente dolor y lástima, alegría y tristeza; Jesús es Dios: «Yo soy» fue la respuesta dada a Caifás, cuando, mediante su conjura respondió al proceso eclesiástico afirmando su divinidad, después de la patente afirmación de su humanidad en el proceso civil delante del tribuno romano<sup>78</sup>.

El Hijo de Dios que es generado eternamente por el Padre, se une hipostáticamente a la concreción humana y se hace hijo de una mujer elegida. Se da entonces la unión excepcional entre Jesús y la Virgen, entre el Misterio de Cristo y el Misterio de María, que se hace perfectamente abierta a recibir ese «don de lo alto» (Sant 1, 17). El Hijo, siendo generado, recibe todo del Padre, la receptividad pura delante de la fuente pura; gratitud eterna que corresponde a la gratuidad eterna, nos muestra que no sólo el dar, sino que también el recibir es divino. *Mutatis mutandis* y considerando la distancia infinita entre Creador y criatura, la Virgen es objeto criado de la complacencia divina, la criatura que acoge la iniciativa de Dios con receptividad pura y gratitud fecunda, la amada que obedece en todo el querer del Eterno y con ese darse entera y recibir todo, es el verdadero ícono del Hijo eterno de Dios en su acogimiento fecundo. María es, en el seguimiento de Cristo que nos ha precedido en el combate, agonía y lucha, y en su aceptación que no fue simplemente pasiva, el ícono terrenal que se nos ofrece como el modelo de la humanidad<sup>79</sup> que vive según la imagen ideal del Hijo, así como el ícono «escrito»<sup>80</sup> por manos humanas es signo accesible de una realidad meta-humana inaccesible a los sentidos del *homo viator*.

---

77 Cf. ZÁRATE RENGIFO, Nilton Ronie, *Hereméutica de la Revelación*. Lima: Facultad de Teología Pontificia y Civil de Lima, 2010. (Apuntes de clase).

78 Cf. HIDALGO DÍAZ, Pedro. *Cuestiones Actuales de Cristología*. Lima: Facultad de Teología Pontificia y Civil de Lima, 2010. (Apuntes de clase).

79 Cf. FORTE, Bruno. *Maria, a mulher ícone do mistério*: Ensaio de mariologia simbólico-narrativa. São Paulo: Paulinas, 1992, pp. 168-169.

80 La mayoría de los cristianos occidentales se admira delante de la belleza de un ícono, pero ignora la profundidad teológica que lo acompaña en la liturgia oriental, en la cual no se dice que se pinta o produce el ícono, sino que los monjes iconógrafos «escriben», sus íconos según la tradición milenaria en el sentido de que transmiten a través de ellos una «palabra» que escucharon de Dios en la oración o un retiro. (Cf. STEAGALL DE TOMMASO, Wilma. *Arte sacra no Oriente*: Estilo bizantino. En: AAVV. *Teologia e Arte*: Expressões de transcendência, caminhos de renovação. São Paulo: Paulinas, 2011, pp. 82-83).



## 2.2. La alianza irreversible

Es preciso tener conciencia clara de que Cristo no es un personaje mítico ni la personificación de ideales éticos o religiosos, sino un hombre real y concreto; el Verbo se ha encarnado y ha nacido de la Virgen María. Jesús es Dios verdadero y hombre verdadero. Él ha asumido, en plenitud, la condición del hombre y su destino, poniendo de manifiesto que la existencia humana no es resultado del azar, sino responde a un destino personal en Dios. La enseñanza de Jesús es el elemento esencial que caracteriza su persona y su obra, constituyendo la respuesta a las aspiraciones más profundas del alma humana, mostrando el verdadero orden de las realidades y del sentido de la vida. Como Nuevo Adán, su vida se extiende de un modo armónico a lo largo del tiempo y a través de su ejemplo resplandece el llamado a ser perfectos cómo lo es el Padre celestial<sup>81</sup>. Cristo es la verdadera sabiduría que buscaban los paganos y el signo esperado por los judíos que anhelaban al Mesías, así, se puede afirmar que Cristo es el centro, sentido, meta y fin de la Historia. Dios ha salido al encuentro del mismo hombre para ofrecerle su salvación. La Constitución *Gaudium et spes* n. 22, sabiamente afirma:

«Porque Adán, el primer hombre, era figura del que había de venir, es decir, Cristo nuestro Señor, Cristo, el nuevo Adán, en la misma revelación del misterio del Padre y de su amor, manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación. Nada extraño, pues, que todas las verdades hasta aquí expuestas encuentren en Cristo su fuente y su corona».

Siendo el Misterio de Cristo, el misterio de nuestra salvación por excelencia, la Encarnación de la Segunda Persona de la Santísima Trinidad fue el paso principal, la aurora que dio inicio al «día» del conocimiento y de la aplicación de este misterio a la humanidad. Bajo esta perspectiva, se puede comprender claramente cómo la anunciación a María, su aceptación, la concepción y el nacimiento de Cristo, generado en su seno virginal, tienen un papel determinante en el Misterio de Cristo<sup>82</sup>, como enfatiza el Beato Juan Pablo II en su memorable Encíclica *Redemptoris Mater*:

«El plan divino de la salvación, que nos ha sido revelado plenamente con la venida de Cristo, es eterno. Abarca a todos los hombres, pero reserva un lugar particular a la “mujer” que es la Madre de Aquél, al cual el Padre ha confiado la obra de la salvación»<sup>83</sup>.

---

81 Cf. Mt 5, 48.

82 Cf. LAURENTIN, René. *María Clave del Misterio Cristiano*: La más cercana a los hombres, porque es la más cercana a Dios. Madrid: San Pablo, 1996, p. 35.

83 RM, n. 7. Sobre la predestinación de María, Cf. DAMASCENO, Juan. *Hom. in Nativitatem*, 7; 10: S. Ch. 80, 65;

Estas palabras del añorado Pontífice son eco de la afirmación del Concilio Vaticano II:

«Ella misma es insinuada proféticamente en la promesa dada a nuestros primeros padres caídos en pecado», según el libro del Génesis (Cf. 3, 15). “Así también, Ella es la Virgen que concebirá y dará a luz un Hijo cuyo nombre será Emmanuel”, según las palabras de Isaías (Cf. 7, 14). De este modo el Antiguo Testamento prepara aquella “plenitud de los tiempos”, en que Dios “envió a su Hijo, nacido de mujer, [...] para que recibiéramos la filiación adoptiva”<sup>84</sup>.

Sin embargo, María juega un papel históricamente mediador entre el Dios Santo y el hombre pecador. Ésta es la razón de que, desde el siglo VIII, los predicadores bizantinos le dieran el título de Mediadora. Mediadora por parte de la tierra, decían, como el arcángel Gabriel lo era por parte del cielo: Gabriel transmitía la invitación de Dios y María, sola, respondía en nombre de toda la humanidad<sup>85</sup>, con un consentimiento que sella una nueva alianza de Dios con los hombres. Esta alianza es irreversible ya que Dios en persona se compromete en la aventura humana y su solidaridad plena se enraíza en su Madre. Con su «*fiat*» María nos hace hermanos de Dios, consanguíneos de Cristo<sup>86</sup> y herederos de su gloria<sup>87</sup>, Ella es introducida definitivamente en el Misterio de Cristo<sup>88</sup>. Dios podría, en su omnipotencia actuar de forma impositiva y determinar la Encarnación del Verbo sin consultar a María, pues la criatura, en cuanto obra y ser contingente está completamente bajo el poder del Creador; sin embargo, si así fuera, María sería un mero instrumento, como el pincel en manos de un pintor o como alguien que, bajo presión física o moral, o aun bajo promesa de pago, hiciese una buena acción. En el caso de la Anunciación, Dios quiso contar con la aceptación libre de María. Dios quiso establecer una alianza con la humanidad y la clave de esta alianza era María. Por eso, Dios le propone y pide su consentimiento. Hasta el momento del «*fiat mihi*» todo podría volver atrás, pero con el consentimiento amoroso y total de María, estaba sellada la alianza que no tendría vuelta atrás<sup>89</sup>. El Verbo divino asumió la naturaleza humana: El alma racional y el cuerpo formado en el seno purísimo de María. La naturaleza divina y la humana se unían en una única Persona: Jesucristo, verdadero Dios y, a partir del

---

73; *Hom. in Dormitionem* I, 3: S. Ch. 80, 85: «Es Ella, en efecto, que, elegida desde las generaciones antiguas, en virtud de la predestinación y de la benevolencia del Dios y Padre que te ha engendrado a ti (oh Verbo de Dios) fuera del tiempo sin salir de sí mismo y sin alteración alguna, es Ella que te ha dado a luz, alimentado con su carne, en los últimos tiempos ...».

84 LG, n. 55.

85 Cf. LAURENTIN, René. *María Clave del Misterio Cristiano*: La más cercana a los hombres, porque es la más cercana a Dios. Madrid: San Pablo, 1996, p. 19. A partir de ese momento, la «Elegida», pasó a ser también la «Clave» del misterio cristiano.

86 Cf. ESCRIVÁ DE BALAGUER, Josemaría. Homilía pronunciada el 11.10.1964. En: *Amigos de Dios*: Homilias. 25. ed. Madrid: Rialp, 1977, p. 398.

87 Cf. Id. *Camino*. 4. ed. Lima: Hemisferio, 1998, p. 161.

88 Cf. RM, n. 8.

89 Cf. LAURENTIN, René. Op. cit., 1996, p. 20.

*fiat*, verdadero Hombre; Hijo verdadero de María, que siendo Dios acepta la condición de ser concebido como un ser humano. Vemos – dice San Juan Crisóstomo – «Que Jesús ha salido de nosotros y de nuestra sustancia humana, y que ha nacido de Madre Virgen», tornando esta alianza en el cimiento de toda la historia, toda vez que Cristo es el centro de la misma. Continúa San Juan Crisóstomo:

«No entendemos cómo puede haberse realizado este prodigio. No nos cansemos intentando descubrirlo: Aceptemos más bien con humildad lo que Dios nos ha revelado, sin escudriñar con curiosidad en lo que Dios nos tiene escondido»<sup>90</sup>.

### 2.3. Maternidad divina

El entonces Cardenal Ratzinger explica que la expresión Madre de Dios suscitó intensas discusiones durante mucho tiempo. En estas discusiones, lo que en el fondo se debatía era cuán profunda es la unión entre Dios y el hombre llamado Jesucristo; si es tan grande que permita decir: «Sí, el que ha nacido es Dios y, en consecuencia, Ella es la Madre de Dios». Lógicamente no lo es en el sentido de que Ella haya producido a Dios, sino que fue madre de aquella Persona que tiene completa unión con Dios (unión hipostática). De este modo Ella ha entrado en una unión única con Dios<sup>91</sup>. La verdadera humanidad de Jesús y su divinidad resaltan la Maternidad divina como el mayor privilegio de la Virgen María, en virtud del cual, le fueron concedidos todos los otros privilegios, incluso cronológicamente anteriores, como es el de la Inmaculada Concepción. El Concilio de Nicea (325) en contraposición a la herejía arriana definió solemnemente la divinidad de Jesucristo, pero el título de Madre de Dios (*Θεοτόκος*) es todavía más antiguo. Es proclamado por primera vez antes del nacimiento del Mesías por Santa Isabel: «*Μήτηρ τοῦ Κυρίου*» (Lc 1, 43) «Madre de mi Señor», lo que equivale a decir «Madre de Dios». Pero, el primer testimonio indiscutible lo encontramos en una carta circular del Obispo Alejandro de Alejandría (250-†328), en la cual se afirma:

«Después de esto profesamos la resurrección de los muertos cuya primicia fue nuestro Señor Jesucristo, quien realmente, y no sólo en apariencia, tomó un cuerpo de María, la Madre de Dios» (*Ἐκ τῆς θεοτόκου Μαρίας*; 1,12)<sup>92</sup>.

---

90 JUAN CRISÓSTOMO. *In Matthæum homiliae*, 4, 3 (PG 57, 43).

91 Cf. RATZINGER, Joseph; SEEWALD, Peter. *Dios y el Mundo, una conversación con Peter Seewald*: Las opiniones de Benedicto XVI sobre los grandes temas de hoy. Madrid: Galaxia Guttemberg, 2005, pp. 277-276.

92 QUASTEN, Johannes. *Patrología II*: La edad de oro de la literatura patristica griega. Madrid: BAC, 1962, p. 13. Como se verá en el ítem 5.1, el historiador Sócrates refiere una mención de Orígenes a la Virgen María como *Theotókos*, pero no es un testimonio indiscutible.

Ya posteriormente a Nicea, San Atanasio, en *Orationes contra Arianos*<sup>93</sup>, que es su obra dogmática más importante, afirma:

«El argumento que prueba que María es en realidad de verdad “madre de Dios” (*Θεοτόκος*) es la unidad personal que existe entre las naturalezas divina y humana [de Cristo]: “La Escritura contiene una doble descripción del Salvador: Que fue siempre Dios, y es el Hijo, siendo el Verbo, el Resplandor y la Sabiduría del Padre; y que más tarde tomó por nosotros carne de una Virgen, Madre de Dios (*Θεοτόκου*), y se hizo hombre”» (*Or. Arian.* 3,29; 3,14)<sup>94</sup>.

La invocación de María como *Θεοτόκος* se encuentra también en la oración *Sub tuum praesidium*, encontrada en el papiro *Rylands Gk 470*, escrito en griego, descubierto en el desierto de Al Fayum – Egipto –<sup>95</sup>, donde la Virgen Santísima es invocada bajo el título de *Θεοτόκος*, posteriormente traducido al latín como *Dei genitrix*. Aproximadamente contemporáneo de este papiro es el grafito con el saludo «Ave María» en griego, descubierto no hace mucho en la sinagoga judeocristiana de Nazaret<sup>96</sup>. El uso del término *Θεοτόκος*, que literalmente debería ser traducido como *deípara*, evidencia que la comprensión cristiana de la Maternidad divina de María es completamente diferente de la concepción pagana que utilizaba el término *μήτηρ θεοῦ* para referirse a una madre de un dios mitológico, pues esta madre sería a su vez una diosa, como en el caso de Perseus hijo de la supuesta unión entre Zeus y Danae. María, – explica San Justino en la polémica con el judío Trifón – siendo mujer engendró por obra divina a su Hijo Jesús, Verbo eterno de Dios. De esta forma, la presencia del título *Θεοτόκος* en la oración al parecer del siglo III demuestra la clara concepción cristiana de la Maternidad divina de María, que es Madre de Dios en su naturaleza humana, totalmente diferente de la concepción pagana de *μήτηρ θεοῦ*. Cuando el paganismo era aún vigente, los cristianos evitaban la palabra corriente para la designación de madre de dios, prefiriendo el término griego para la expresión «aquella que ha parido a Dios», o sea, *Θεοτόκος*, que el cristianismo traduce por Madre de Dios.

La maternidad divina de María pertenece al fundamento mismo de la fe cristiana, es el título de honra más importante de María, toda vez que su participación maternal no es obra de un proceso biológico, sino obra de la fe, constituyéndose en el acontecimiento central de la *historia salutis*, puesto que esa maternidad aceptada libremente por María se verifica por acción del Espíritu Santo posterior a esta aceptación, aunque ayudado por la gracia eficaz,

---

93 La fecha de composición es dudosa; unos la ponen 356-362 y otros 338-339. Cf. IBAÑEZ, Javier. *San Atanasio*. En: *Gran Enciclopedia Rialp*: Humanidades y Ciencia. Rialp, España, 1991.

94 QUASTEN, Johannes. QUASTEN, Johannes. *Patrología II*: La edad de oro de la literatura patristica griega. Madrid: BAC, 1962, p. 80.

95 Cf. FERNÁNDEZ, Aurelio. *Teología Dogmática*: Curso fundamental de la fe católica. Madrid: BAC, 2009, p. 405.

96 Cf. BAGATTI, B. *L'Eglise de la Circoncision*. Jerusalén: Studium Biblicum Franciscanum, 1965, p. 106.

caracteriza una auténtica cooperación de la humanidad con Dios<sup>97</sup>, pues convenía – afirma San Agustín – que Cristo «se hiciese hombre por el hombre»<sup>98</sup>. Es por tanto en función de esta cooperación activa en la salvación, caracterizada por la Maternidad divina, que María fue redimida preservativamente de la culpa original, fue llena de gracia, para cumplir en la perfección este mandato, primer principio del estudio de las grandezas de la Virgen de Nazaret y el término primero de la elección divina con respecto a María. La Maternidad divina hace que María pertenezca a un orden singular y único con su Hijo: El orden de la unión hipostática<sup>99</sup>. La Virgen Santa María, Maestra de entrega sin límites, como lo testimonia el propio Cristo: «El que cumple la voluntad de mi Padre, ese – esa – es mi madre!»<sup>100</sup>, entra, por así decir, en este orden, dando el ejemplo de Madre llena de fuerza de amor y liberación, al pronunciar con inmensa generosidad su «*ecce ancilla Domini*», que realizó los caminos de nuestra salvación.

Cyril Vollert, S.I., en su estudio, «*Principio Fundamental de la Mariología*», afirma, después de larga y profunda investigación:

«Así, de la verdad básica de que María es la Madre de Dios, todo lo demás sigue [...] La maternidad divina es la base de la relación de María con Cristo, por lo que es la base de su relación con la obra de Cristo, al Cristo total, para toda la teología y el cristianismo. Por lo tanto, es el principio fundamental de la mariología»<sup>101</sup>.

También el P. Raniero Cantalamessa, predicador de la Casa Pontificia, ilustra cómo la maternidad de María y la espiritualidad están siempre unidas:

«Debido a la relación excepcional y única que se crea entre Ella y Jesús y entre Ella y toda la Trinidad, la maternidad divina ha sido y seguirá siendo, desde el punto de vista objetivo, el mayor honor y un privilegio que no puede ser igualado»<sup>102</sup>.

La mencionada afirmación de Cyril Vollert, S.I. de que la Maternidad divina es el **principio básico** de toda la mariología, que informa, cohesiona y da unidad a toda su concreción científica como una rama de la ciencia, se basa en que ella reúne al menos las **tres condiciones** siguientes:

---

97 Cf. RAHNER, Karl. *María Madre del Señor*. Barcelona: Herder, 1966, p. 14.

98 AGUSTÍN DE HIPONA. *Sermón LXXII A 4*. En: *Obras completas de San Agustín*, edición bilingüe, Tomo X, *Sermones (2º)* 51-116. Sobre los Evangelios Sinópticos. Madrid: BAC, 2007, p. 359.

99 «*La maternité divine est donc le principe de la mariologie comme l'union hypostatique l'est de la christologie. Mieux encore, elle n'est ce principe que dans la mesure où elle associe Marie à la grâce de l'union hypostatique*» (NICOLAS, Marie-Joseph. *Theotokos le Mystere de Marie*. Paris: Desclée, 1965, p. 49).

100 Cf. Mc 3, 35; Mt 12, 50; Lc 12, 21.

101 VOLLERT, Cyril. *Fundamental Principle of Mariology*. En: CAROL, Juniper B. (editor) *Mariology*, vol. 2. Milwaukee: The Bruce Publishing Company, 1957, p. 87.

102 CANTALAMESSA, Raniero. *María Espejo de la Iglesia*. Valencia: EDICEP, 1991, p. 61.

1. **Que sea una verdad de fe:** Por lo menos a partir del Concilio de Éfeso (431), se puede afirmar con toda certeza que la Maternidad divina de María es doctrina revelada, perteneciente al Depósito de la Fe y no apenas una opinión teológica especulativa.
2. **Que sea uno solo, no dos o más:** Todos los dones concedidos a la Virgen Santísima lo son en virtud de su vocación para ser Madre de Dios.
3. **Que constituya el último fundamento y la base de las demás verdades mariológicas:** Esto se comprueba del estudio de las demás verdades de la mariología científica: Todos los privilegios de María le fueron concedidos porque había de ser la Madre del Verbo Encarnado<sup>103</sup>.

El título de Madre de Dios – juntamente con el de Virgen santa – es el más antiguo; constituye el fundamento de todos los demás títulos con los que María ha sido venerada y sigue siendo invocada de generación en generación<sup>104</sup>. No se entiende que la Madre de Dios haya podido ser en algún momento «*hija de la ira*» (Cf. Ef 2, 3), la preservación de la mancha original tiene un sentido de preparación para la Maternidad divina: Es como la preparación del templo<sup>105</sup> en que Dios había de habitar<sup>106</sup>.

### 2.3.1. Una Virgen elegida para Madre de Dios

Hasta el momento de la Anunciación María probablemente desconocía su elección. La profundidad del texto del *Magnificat* – que puede ser comprendido como la autorrevelación personal de María<sup>107</sup>– sugiere la convicción de que la Virgen conocía las Escrituras y sabía que las profecías mesiánicas se cumplirían en su tiempo<sup>108</sup>. La expectación del Mesías, que

---

103 Cf. ROYO MARÍN, Antonio. *La Virgen María: Teología y espiritualidad marianas*. Madrid: BAC, 1996, pp. 40-44.

104 Cf. BENEDICTO XVI. *Homilía en la Solemnidad de la Madre de Dios*. 01 de enero del 2008. En: *Insegnamenti di Benedetto XVI*, Vol. 1, 2008. Città del Vaticano: Libreria Editrice Vaticana, 2009, pp. 1-5.

105 «*Deus qui per immaculatam Virginis Conceptionem dignum Filio tuo habitaculum præparasti*» (Oración en la fiesta de la Inmaculada Concepción). En: PEZZINI Domenico. *Preghiamo: Meditazioni sulle Collette delle domeniche e delle feste*. Bologna: Paoline, 1995, p. 164.

106 Cf. POZO, Cándido. *María en la obra de la Salvación*. Madrid: BAC, 1984, p. 24-25.

107 Cf. PASCUAL DÍAZ DE AGUILAR, Juan Antonio. *Manifestación de María a través de la liturgia*. Madrid: BAC, 2004, p. 18.

108 No discutimos la opinión de que el Magnificat es un texto atribuido a María. Puede ser que sí, muchos sustentan que no. Pero su conocimiento de las Escrituras no debe causar extrañeza, pues por ser llena de gracia, Ella – afirma M. M. Philipon, O.P. – era dotada de una inteligencia «superior a la de los más grandes genios, pero sobre todo iluminada directamente por el Espíritu Santo» (PHILIPON, Marie-Michel. *Los dones del Espíritu Santo*. Barcelona: Balmes, 1966, p. 370). A creer en la antigua tradición de que María habría vivido en el templo por más o menos diez años, con certeza ahí habría estudiado las Escrituras con el auxilio de los rabinos y escribas. Esta tradición no encuentra base histórica, puesto que sólo se presenta escrita en el *Protoevangelio de Santiago*, apócrifo, pero recibe una señal de aceptación eclesiástica en la fiesta de la Presentación de María en el templo, el 21 de noviembre (*lex orandi, lex credendi*) y teológica en muchos autores, como, por ejemplo San

vivía todo el pueblo de Israel, en María se hace personal. Cuando el mensajero divino, con toda la conmoción de aquel hecho inaudito, le anunció su elección para ser la Madre de Dios, del interior de María, como respuesta a su inexplicable presentimiento, brotó la respuesta: «He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra» (Lc 1, 38)<sup>109</sup>.

Con el Pecado Original el hombre estaba condenado a la eterna ausencia en relación a Dios y todo el género humano llevaba en su sangre y en su espíritu este hecho y sus consecuencias<sup>110</sup>, por las cuales, en la hermenéutica paulina, surge la mencionada expresión «*hijos de la ira*». Era necesaria una redención para quebrar las cadenas que nos ataban al pecado. Desde Eva hasta el nacimiento de María – aun anunciada por los oráculos de los profetas de la Antigua Alianza –, esta condena parecía mantenerse sobre la humanidad como una invencible fuerza centrífuga. La historia de la humanidad parecía estar destinada al fracaso y a la perdición. Pero es exactamente en esa perícopa de la historia que Dios suscita su elegida. El Espíritu Santo personaliza esta salvación en María, al introducirla en la historia de su pueblo, que es compendio y signo de la historia universal. No separa a María de los otros hombres, sino que la introduce en el camino y meta de la historia. Por eso, al final del Antiguo Testamento, al pronunciar el «*fiat*» humano necesario<sup>111</sup> para el cumplimiento escatológico, María ha respondido a Dios en nombre de toda la humanidad. Ella recibe el Espíritu a manera de culmen de la historia: Como Hija de Sión donde confluyen las antiguas esperanzas. Por eso la llamamos transparencia del Espíritu: Expresión de su presencia y signo de su fuerza entre los hombres y decimos: La misma historia es sacramento del Espíritu y no sólo la persona aislada de María<sup>112</sup>.

---

Andrés de Creta, en la homilía sobre la Natividad de María. Aunque haya permanecido en casa con sus padres, debió recibir una educación religiosa especial y debía conocer las escrituras y las profecías mesiánicas confiadas a su pueblo, asistiendo a las sinagogas en las fiestas judías y todos los sábados, donde se leía por la mañana y por la noche la Ley y los Profetas, traducidos al arameo, se hacían comentarios y se cantaban los salmos. Sin embargo María debería ir a Jerusalén todos los años en peregrinación (a partir de los doce), aprendiendo los salmos graduales mientras caminaban hacia la Ciudad Santa. La Virgen poseía en grado eminente el Espíritu de ciencia, las cosas aparecían a sus ojos iluminadas por la claridad de Dios, por el don de entendimiento dado a Ella como no fue dado a nadie jamás. «El Espíritu de inteligencia – enseña el P. Philipon – la hacía penetrar hasta un grado único el profundo sentido de todos los misterios de Dios. Ella leía las Sagradas Escrituras con el alma llena de luces mayores que las de Isaías y los demás profetas» (Ibid., p. 370). Comprendía más que todos los justos del Antiguo Testamento el simbolismo de las profecías que leía en el templo. (Cf. ROYO MARÍN, Antonio. *La Virgen María: Teología y espiritualidad marianas*. Madrid: BAC, 1996, pp. 7; 323 pp. 7; 320-323). Si en el *Magnificat* – parafraseando Joachim Jeremías – no encontramos «*ipsissima verba Mariæ*», encontramos su corazón. Afirmar lo contrario sería negar la verdad de las Escrituras.

109 Cf. GUARDINI, R. *La Madre del Señor: Una carta y en ella un esbozo*. Madrid: Guadarrama, 1965, p. 40-43.

110 Cf. OROZCO, Antonio. *Madre de Dios y Madre Nuestra: Iniciación a la Mariología*. 2. ed. Madrid: Rialp, 1996, p. 67.

111 Necesario, como veremos más adelante, de una necesidad hipotética, pues, como dice San Luis María Grignion de Montfort, el Señor no tenía absoluta necesidad de María en la obra de la redención, pero Él quiso libremente hacer necesaria su participación.

112 Cf. PIKAZA IBARRONDO, Xavier. *La Madre de Jesús: Introducción a la mariología*. 2. ed. Salamanca:

### 2.3.2. Realización de las Alianzas anteriores

La venida del Hijo de Dios entre los hombres es la realización y cumplimiento de todas las alianzas anteriores. La clave de este misterio salvador, la alianza nueva entre Dios y los hombres pasa por María, nace en María, brota como flor bendecida de su Corazón sapiencial e inmaculado al responder a Dios representado por su embajador angélico: «*Ecce ancilla Domini; fiat mihi secundum verbum tuum*» (Lc 1, 38). Esta afirmación de una joven judía opera la transición del Antiguo al Nuevo Testamento, divide la historia en antes y después de Cristo, la Nueva y la Antigua Alianza, no como dos realidades separadas, sino complementarias: La Nueva es realización de la Antigua bien como de todas las alianzas anteriores. Cristo le dará después el cumplimiento total al instituir la Eucaristía, en la que nos da «*la sangre de la Nueva Alianza*», signo perpetuo del sacrificio que realizará poco después<sup>113</sup>. Esta sangre de Cristo derramada por nosotros y todos los días renovada en el Sacrificio Eucarístico, consumó nuestra Redención iniciada con el *fiat* de María y la Encarnación del Verbo en su seno virginal. Así como María ha intervenido en la Encarnación y en la Redención de Cristo, con su aceptación libre y amorosa, de algún modo también interviene la Santísima Virgen en el Santo Sacrificio de la Misa por la íntima unión que tiene con la Trinidad Beatísima y porque es Madre de Cristo, de su Carne y de su Sangre. Jesucristo concebido en las entrañas de María Santísima, sin obra de varón, lleva en sí la sangre formada con la participación de su Madre: Y esa Sangre es la que se ofrece en sacrificio redentor, en el Calvario y en la Santa Misa<sup>114</sup>.

### 3. Los testimonios Veterotestamentarios

El Antiguo Testamento narra la historia del pueblo de Israel en la cual se advierte – mediante una revelación progresiva – la acción de Dios en la vida de la humanidad. Dios prepara de forma cada vez más precisa la venida de Cristo, en quien se realiza la plenitud de los tiempos (Ga 4, 4) y quien redime de una vez para siempre a todos los hombres. Los escritos veterotestamentarios pueden ser considerados como una gradual preparación a la venida de Cristo. Todos ellos se orientan y dirigen al Mesías, de tal manera que Él está presente en cada una de las páginas de la Biblia (*ubique de Ipso*). Ahora nos preguntamos si podemos decir algo análogo de María, o sea si María está preanunciada en el Antiguo Testamento o si su presencia se puede verificar sólo en los Evangelios y demás escritos

---

Sígueme, 1990, p. 336.

113 Cf. LAURENTIN, René. *María Clave del Misterio Cristiano*: La más cercana a los hombres, porque es la más cercana a Dios. Madrid: San Pablo, 1996, p. 20.

114 Cf. ESCRIVÁ DE BALAGUER, Josemaría. Homilía pronunciada el 14.04.1960, Jueves Santo, in, *Es Cristo que Pasa*: Homilias. 35. ed. Madrid: Rialp, 1992, p. 198-199.



neotestamentarios. Según el mariólogo español Juan Luis Bastero de Eleizalde, los exégetas responden de maneras dispares a este cuestionamiento. Para unos, María está ausente en el Antiguo Testamento o las alusiones a Ella son tan implícitas e indirectas, que es imposible encontrar allí el menor esbozo de doctrina mariana. Otros afirman que la Virgen Santísima se encuentra, al menos de forma indirecta, en toda la Biblia porque donde se habla del Mesías, por la indisoluble unión entre el Hijo y la Madre, también se habla de Ella: *Ubique de ipsa*; si la Biblia es el libro de Cristo, debe ser a la vez el libro de María<sup>115</sup>. La Constitución Dogmática *Lumen gentium* en su número 55, confirma esta posición:

«La Sagrada Escritura del Antiguo y del Nuevo Testamento y la venerable Tradición, muestran en forma cada vez más clara el oficio de la Madre del Salvador en la economía de la salvación y, por así decirlo, lo muestran ante los ojos. Los libros del Antiguo Testamento describen la historia de la Salvación en la cual se prepara, paso a paso, el advenimiento de Cristo al mundo. Estos primeros documentos, tal como son leídos en la Iglesia y son entendidos bajo la luz de una ulterior y más plena revelación, cada vez con mayor claridad, iluminan la figura de la mujer Madre del Redentor; Ella misma, bajo esta luz es insinuada proféticamente en la promesa de victoria sobre la serpiente, dada a nuestros primeros padres caídos en pecado (Cf. Gen 3,15). Así también, Ella es la Virgen que concebirá y dará a luz un Hijo cuyo nombre será Emmanuel (Is 7, 14; Miq 5, 2-3; Mt 1, 22-23). [...] En fin, con Ella, excelsa Hija de Sión, tras larga espera de la primera, se cumple la plenitud de los tiempos y se inaugura la nueva economía, cuando el Hijo de Dios asumió de Ella la naturaleza humana para librar al hombre del pecado mediante los misterios de su carne».

### 3.1. Textos de marcado sentido mariológico

Los textos que la mayoría de los autores considera como de sentido mariológico específico – **Gn 3, 15**, **Is 7, 14** y **Miq 5, 23** – parten de la base de que contienen una auténtica revelación, aunque solamente bosquejada, sobre la Madre del Mesías. El primer texto, de **Gn. 3, 15**, revela el singular destino de la mujer que habiendo precedido al hombre en el pecado, se convierte en la primera aliada de Dios que, invirtiendo la situación, hará de la mujer la enemiga de la serpiente<sup>116</sup>. Sobre esta perícopa del primer libro de las Escrituras, afirma el Beato Papa Juan Pablo II:

«Los exégetas concuerdan en reconocer que el texto del Génesis, según el original hebreo, no atribuye directamente a la mujer la acción contra la serpiente, sino a su linaje. De todos modos, el texto da gran relieve al papel que Ella desempeñará en la lucha contra el tentador: Su linaje será el vencedor de la serpiente»<sup>117</sup>.

---

115 Cf. BASTERO DE ELEIZALDE, J. L. *María, Madre del Redentor*. 2. ed. Pamplona: EUNSA, 2004, p. 79-80.

116 Cf. JUAN PABLO II. *María em el Protoevangelio*, Catequesis de 24 de enero del 1986. En: *L'Osservatore Romano*, edición semanal en lengua española, del 26 de enero del 1996.

117 Ibid.

Esta revelación se descubrirá de manera patente aplicando la luz que arrojan sobre ellos el Nuevo Testamento y la interpretación usual de la Iglesia, como vimos en el citado texto de la *Lumen gentium*. El original hebreo, citado por Juan Pablo II, puede ser traducido de la siguiente manera:

**a) Enemistad pondré entre ti y la mujer:**

En el ítem “a”, se puede considerar este texto como mariológico si previamente hemos comprobado su sentido mesiánico, porque únicamente estando presente Cristo, se puede advertir en esta perícopa la presencia de María. Este carácter mesiánico se puede afirmar si en él se muestra la victoria del bien sobre el mal; victoria conseguida por el linaje de la *mujer*. Por tanto, es preciso acudir al ítem “c” para verificarlo.

**b) ...entre tu linaje y su linaje:**

La palabra hebrea que traducimos por linaje – *zera*’ – significa literalmente semilla<sup>118</sup>, pero también se aplica a la descendencia o posteridad, tanto en sentido colectivo (una estirpe), como en sentido individual (un descendiente concreto). En el idioma hebreo, el vocablo *zera*’ admite igualmente un sentido moral: El conjunto de personas que persiguen el mismo objetivo (Cf. Is 1, 4). En esta perícopa es evidente que el linaje de la serpiente está usado en sentido moral y colectivo<sup>119</sup>. Así, se ve que el linaje de la *mujer* debe ser entendido en el mismo sentido colectivo, o sea la posteridad de la *mujer*.

**c) ...él te pisará la cabeza, mientras tú acecharás su calcañar.**

La traducción literal de este versículo evidencia el singular masculino, pues en hebreo se encuentra *hû* (*ipsum*) y no *hî* (*ipsa*) que es la lectura propuesta por la antigua Vulgata. La Nueva Vulgata ya presenta la expresión «*Ipsum conteret caput tuum*». Por tanto, es el linaje de la *mujer* el que aplastará la cabeza de la serpiente; es decir la lucha escatológica, aquélla en que la enemistad llega al radicalismo más profundo, se entablará entre la serpiente tentadora y un descendiente concreto de la *mujer*. Así, esta perícopa tiene una clara dimensión mesiánica, lo que nos permite descubrir ahí una referencia a la Madre del Mesías.

---

118 Cf. CEUPPENS, P. F. *Theologia Biblica*, Tomo IV. Torino: Marietti, 1948, p. 3.

119 Cf. POZO, Cándido. *María en la obra de la Salvación*. Madrid: BAC, 1984, p. 102.

La situación dual de Eva – María, conlleva a la cuestión de la descendencia de la mujer, citada en el «*protoevangelio*», que presenta la dualidad mujer-serpiente; en consecuencia, la descendencia de la mujer y la descendencia de la serpiente. Hay ahí una enemistad puesta por Dios. La descendencia de la mujer alude a los efectos de su acción maternal. No hay descendencia sin que la mujer sea madre y se multiplique su naturaleza en los hijos. La mujer está presente en toda su descendencia. Así, ésta no es una enemistad aislada y sin continuidad, ella perdura en toda la descendencia de la mujer como en la descendencia de la serpiente. La descendencia que protagoniza el combate es – ante todo – la de la mujer, de toda su prole; pero personalizada en un descendiente privilegiado: El Mesías. Él será quien reporte la victoria, mas con toda la descendencia y con la madre que personaliza en primera línea el odio de la serpiente. Se diría que el único que queda al margen de la lucha y del triunfo es Adán. Con él hay que contar sólo para dar a la mujer una descendencia por el ejercicio de la fecundidad maternal, imposible sin su intervención<sup>120</sup>.

Bastero de Eleizalde<sup>121</sup> divide las posturas de los diversos autores sobre este particular en cuatro corrientes: Los que sostienen que la *mujer* citada en esta frase bíblica es exclusivamente Eva<sup>122</sup>, los que afirman ser la *mujer* Eva en sentido literal y María en sentido espiritual<sup>123</sup>, mientras un tercer grupo de exégetas y teólogos ve en la *mujer*, en sentido literal, a María<sup>124</sup>. Por fin – puntualiza – otros consideran que la *mujer* es Eva en sentido literal inmediato, y María en sentido literal profundo y pleno<sup>125</sup>.

**Resumiendo** – continúa P. Bastero – la mayoría de los autores considera que María, sin excluir a Eva, es la *mujer* del «*protoevangelio*»; ésta es en sentido obvio e inmediato; aquélla en sentido pleno, pero ambas en sentido literal. Sobre este particular, afirma el Papa Juan Pablo II:

---

120 Cf. ARTOLA ARBIZA Antonio María. *Mística y sistemática en la Mariología*. Callao: Facultad de Teología *Redemptoris Mater*, 2010, p. 249.

121 BASTERO DE ELEIZALDE, J. L. *María, Madre del Redentor*. Navarra: EUNSA, 2004, p. 85.

122 Cf. GOOSEN, W. *De cooperati onde immediata matris ad Redemptionem objectivan*. París, 1999, p. 90-95; LENNERS, H. *De Beata Virgine*. Roma, 1957, p. 935; CEUPPENS, P. F. *De Historia Primaeva*. Roma, 1924.

123 Cf. MANGENOT, E. *La Genèse*. En: *Dictionnaire de Théologie Catholique*, Tomo VI. París: Letouzey et Ane, 1913, p. 1212; LAGRANGE, M.J. *Inocence et Peché*. Jerusalén: Revue Biblique Internationale 6, 1897, p. 354; BONNETAIN, P. «*Immaculée Conception*». En: *Dictionnaire de la Bible*, Supplément. IV. París, 1949, pp. 245-250.

124 Cf. BOVER, J. *Universalis Beatae Virginis mediatio ex Proto-Evangelio (Gen 3, 14-15) demonstrata*. GR 5 (1924), p. 573; ROSCHINI, G.M. *La Madre de Dios*, Tomo I. Madrid, 1962, pp. 222 ss.

125 Cf. POZO, Cándido. *María en la obra de la Salvación*. Madrid: BAC 1984, p. 162ss; GALOT, Jean. *Immaculée Conception*. En: MANOIR, H. Du (dir.). *María*, Tomo VII, París, 1964, pp. 28, 32; RÁBANOS, R. *La Maternidad espiritual en el Protoevangelio y en S. Juan*. Madrid: Estudios Marianos 7, 1948, p. 17ss.

«¿Quién es esta mujer? El texto bíblico no refiere su nombre personal, pero deja vislumbrar una mujer nueva, querida por Dios para reparar la caída de Eva: Ella está llamada a restaurar el papel y la dignidad de la mujer, y a contribuir al cambio del destino de la humanidad, colaborando mediante su misión materna a la victoria divina sobre Satanás. A la luz del Nuevo Testamento y de la tradición de la Iglesia sabemos que la mujer nueva anunciada por el *Protoevangelio* es María, y reconocemos en “su linaje” (Gn 3,15), su Hijo, Jesús, triunfador en el misterio de la Pascua sobre el poder de Satanás»<sup>126</sup>.

El segundo texto, de **Isaías 7, 14** afirma de manera inequívoca: «Pues bien, el Señor mismo va a daros una señal: He aquí que una doncella está encinta y va a dar a luz un hijo, y le pondrá por nombre Emmanuel» (Is 7, 14). Si la persona que nacerá – el Emmanuel – es el Mesías, ese texto es mesiánico y a la vez mariológico porque se cita explícitamente a su madre – la doncella –.

Hay quien ve en la doncella anunciada por Isaías (*'almah*) la esposa del rey Ajaz, madre de Ezequías, pero es importante recordar que la palabra *'almah*, aunque signifique directa y formalmente una chica o muchacha joven e indirectamente comporta siempre la virginidad, en las Sagradas Escrituras siempre significa una doncella que se presume virgen y nunca es aplicada a una mujer casada<sup>127</sup>. En Alejandría, cuando los autores griegos criaron la versión de los LXX, se utilizó la palabra «*parthénos*»<sup>128</sup>, virgen en sentido estricto. La versión sirio-peshitta lo transcribió por *bethulah*, que también significa virgen y la Vulgata por *virgo*. Sin embargo, las versiones griegas de Aquila y Simmaco lo traducen por joven, con abstracción de la virginidad. No obstante, hay que decir que estas versiones, realizadas después de Cristo, tienen un marcado matiz anticristiano y procuran prescindir de toda connotación positiva<sup>129</sup>. La exégesis de esta perícopa ha costado mucha tinta y, según Martin Buber<sup>130</sup>, sería el versículo más discutido de todo el Antiguo Testamento. La teología rabínica procura negar el carácter mesiánico de la profecía de Isaías por estar fuera del contexto del libro, por Jesús no haber sido rey y por María no haberle puesto el nombre de Emmanuel al Niño, objeciones que resultan de la visión horizontal del judaísmo que esperaba un Mesías humano, rey y libertador político del estado hebraico. El propio nombre Emmanuel – Dios con nosotros – indica el

---

126 JUAN PABLO II. *María en el Protoevangelio*, Catequesis de 24 de enero del 1986. En: *L'Osservatore Romano*, edición semanal en lengua española, del 26 de enero del 1996.

127 Cf. BASTERO DE ELEIZALDE, J. L. *María, Madre del Redentor*. Navarra: EUNSA, 2004, p. 91.

128 El pagano Celso presenta una versión blasfema de la concepción de María que habría sido repudiada por concebir un hijo con un soldado llamado Pantera (*Contra Celsum I*, 28). Aquí se percibe la confusión con el término *parthenós* presente en la versión de los LXX. (Cf. PADOVESE, Luigi. *Introducción a la Teología Patristica*. Navarra: Verbo Divino, 1996, p.145).

129 Cf. BASTERO DE ELEIZALDE, J. L. Op. cit., p. 93.

130 STICKELBROECK, Michael. *María Colaboradora del Redentor*. Lima: Facultad de Teología Pontificia y Civil de Lima, 2011, p. 12.

carácter erróneo de esta convicción. Ya el anuncio del ángel Gabriel a María confirma la profecía de Isaías: «El santo que nacerá de ti será llamado Hijo de Dios» (Lc 1, 35), o sea, a partir de la Encarnación Jesús es, de hecho, «Dios con nosotros». Por último la cuestión del contexto torna aún más evidente el carácter mesiánico de la profecía, que se destaca del contexto histórico del anuncio de Isaías referente a la situación política de Palestina en peligro de caer en manos de los asirios, mientras el Profeta asegura a Ajaz que no debe temer<sup>131</sup>. Por el año 732 a.C. Rezim, rey de Siria fue muerto en la ocupación de Damasco por las tropas del rey asirio Tiglate-Pileser, que marchaba contra Israel y Judá. Ajaz, rey de Judá, debería resistir con resolución y no aceptar alianza con el poderoso Tiglate-Pileser de Asiria, que sabía que Israel y Siria habían establecido una coalición contra él y seguramente atacaría a las fuerzas aliadas antes de que pudieran completar sus planes, aplastando a las pequeñas naciones occidentales<sup>132</sup>. Pero Ajaz, no haciendo caso de las advertencias del Profeta Isaías, no quiso limitarse a resistir. Tendría miedo que Tiglate-Pileser considerase la neutralidad como un signo de enemistad secreta. Entonces, Ajaz envió embajadores con ricos presentes a Tiglate-Pileser pidiéndole ayuda contra la coalición de los israelitas, sirios y damasquinos, prometiéndole gran cantidad de dinero. El rey asirio vino en persona y devastó Siria, tomó Damasco, donde murió el rey Rezim. Marchó después contra los israelitas y llevó varios esclavos. Ajaz fue a Damasco para agradecerle, llevando todo el oro y plata de sus cofres y del tesoro del Templo. Ya cuando era enemigo de los sirios, adoraba sus dioses y cuando vio la victoria de Tiglate-Pileser, pasó a adorar las divinidades de los vencedores. Mandó cerrar el Templo, prohibiendo los sacrificios y la adoración al verdadero Dios<sup>133</sup>. Esta aceptación traicionera de la supremacía asiria le fue duramente criticada por el profeta Isaías, que le había prometido la ayuda divina para conservar el trono de David, del cual habría de nacer el Mesías. Con vehemencia, le dice Isaías: «¡Pide a Dios una señal!», pero Ajaz le contesta que no quiere tentar a Yahveh<sup>134</sup>. Isaías, tomado por el espíritu de profecía, no le deja sin un oráculo del Señor, que proclama no sólo para Ajaz, que no lo había aceptado, sino para todo el mundo: «He aquí que la virgen concebirá y dará a la luz un hijo» (Is 7, 14). El hijo prometido puede referirse a un hijo de Ajaz, pero la profecía va más allá de las circunstancias y se refiere al nacimiento del Mesías, hecho que se refleja en el nombre Emmanuel (Dios con

---

131 Cf. STICKELBROECK, Michael. *María Colaboradora del Redentor*. Lima: Facultad de Teología Pontificia y Civil de Lima, 2011, pp. 12-13.

132 Cf. SCHULTZ, Samuel J. *A história de Israel no Antigo Testamento: Um exame completo da História e Literatura do Antigo Testamento*. São Paulo: Vida Nova, 2008, pp. 234-235.

133 Cf. JOSEFO, Flavio. *História dos Hebreus: De Abraão à queda de Jerusalém*. Obra completa. Rio de Janeiro: Casa Publicadora das Assembléias de Deus, 2008, pp. 458-459.

134 Cf. ASIMOV, Isaac. *Guía de la Biblia: Antiguo Testamento*. Barcelona: Plaza & Janes, 1988, pp. 309-310.

nosotros) y en la relación de esta profecía con otras parecidas (Is. 8, 8; 9, 1-6; 11, 1-9), en una dinámica que señala el futuro nacimiento del Mesías, de la tribu de David. La confirmación de la profecía por San Mateo y los relatos de la Anunciación del ángel a María clarifican el misterio de la profecía y evidencian su carácter mesiánico, la concepción virginal de María y la divinidad de Jesucristo como Mesías, al mismo tiempo, descendiente de David y «Dios con nosotros». San Mateo, anunciando el cumplimiento de la profecía de Isaías, afirma: «*Ved que la “virgen” concebirá y dará a luz un hijo y le dará el nombre de Emmanuel*» (Mt 1, 23). Isaías garantiza a Ajaz la permanencia de su trono: Es la salvación a ser concluida en su plenitud por el Mesías, el Dios con nosotros, que ejerce una acción anticipada en los tiempos de Ajaz<sup>135</sup>. La profecía de Isaías, ratificada<sup>136</sup> por la doctrina contenida en Mt 1, 23 se refiere, en su sentido más profundo, al Mesías (el Emmanuel) y a su Madre que lo engendrará virginalmente.

El profeta **Miqueas (Mq 5, 1ss)** nos presenta un oráculo todavía más claro. Después de haber anunciado los castigos que recaerían sobre Judá por su infidelidad a Yahveh (cap. 1-3), relata en el capítulo cuarto la promesa futura que vendrá sobre Sión: Será el reino de Yahveh (vv. 1-5). En este contexto se enuncia la profecía mesiánica:

«Y tú, Belén Efratá, tan pequeña entre los clanes de Judá, de ti me nacerá el que debe gobernar a Israel: Sus orígenes se remontan al pasado, a un tiempo inmemorial. Por eso, el Señor los abandonará hasta el momento en que dé a luz la que debe ser madre; entonces el resto de sus hermanos volverá junto a los israelitas. Él se mantendrá de pie y los apacentará con la fuerza del Señor, con la majestad del nombre del Señor, su Dios. Ellos habitarán tranquilos, porque él será grande hasta los confines de la tierra. ¡Y él mismo será la paz!» (Miq 5, 1-4)

Es innegable el parentesco de esta profecía con Is 7, 14, con ella se completa el vaticinio de Isaías, afirmándose que la *'almah* dará a luz al Emmanuel en Belén-Efratá. También la exégesis judaica procura negar el carácter mesiánico de la profecía de Miqueas, afirmando que Efratá era el antiguo nombre de Belén y que, por tanto, no cabría la repetición del nombre. Basados en esto afirman que la profecía se refiere a un hombre llamado Belén, hijo o nieto de otro llamado también Belén, o Efratá. Por consiguiente, la afirmación «ha de dominar en Israel» habla de un ser futuro cuyos «orígenes se remontan al pasado», lo que conecta con el Prólogo del Evangelio de San Juan cuando afirma la eternidad del Verbo, utilizando la fórmula: «En el principio era el *Logos*», o sea, literalmente habla de principio, pero la afirmación evidente es de que no hubo principio cronológico, sino lógico.

---

135 Cf. STICKELBROECK, Michael. *María Colaboradora del Redentor*. Lima: Facultad de Teología Pontificia y Civil de Lima, 2011, pp. 13-14.

136 Cf. BASTERO DE ELEIZALDE, J. L. *María, Madre del Redentor*. Pamplona: EUNSA, 2004, p. 92.

### 3.2. Textos de sentido mariológico discutido

Los otros textos, como Jeremías 31, 22; La esposa del Cantar de los Cantares; el Salmo 45, son considerados de sentido mariológico discutido. Además se consideran también los textos mariológicos por acomodación, como en Proverbios 8, Eclesiástico 24, etc. Por fin hay muchas figuras y símbolos marianos en el Antiguo Testamento como lo son: Sara, Rebeca, María, hermana de Moisés; Ana, Madre de Samuel; Ester, esposa de Asuero; Débora y Judit, viuda de Manasés. La devoción mariana ha cantado sus prerrogativas por medio de diversas comparaciones y analogías pertenecientes a la historia bíblica. Estos símbolos, a veces de gran belleza, son una manera de ensalzar las perfecciones de María<sup>137</sup>.

## 4. Testimonios neotestamentarios, libertad y maternidad marianas

### 4.1.1. Literatura paulina

Sobre la importancia del texto de Ga 4, 4 para la mariología, el P. Antonio Artola afirma: «Es grande - no se puede negarlo - la importancia de Ga 4, 4 como primer enunciado teológico del Cristianismo naciente sobre la Maternidad divina de María»<sup>138</sup>. Este es el texto neotestamentario probablemente más antiguo relacionado a la Madre de Jesús, escrito en torno del año 57 de nuestra era. Pablo no buscaba describir detalles biográficos de la vida de Jesús en sus cartas, que tenían un carácter más pastoral. En la primera Carta a los Corintios habla de la muerte, sepultura y resurrección del Hijo de Dios. Ya en la Carta a los Filipenses Pablo presupone su existencia eterna antes de aceptar acceder a la condición humana, lo que se evidencia en el himno cristológico presente en el segundo capítulo de la susodicha carta. Pablo da pocos datos sobre la vida de María y ni siquiera cita su nombre, afirmando tan sólo que es «nacido de mujer», sometido a la Ley de Moisés. Aun así esta breve perícopa, que revela la riqueza de singular densidad a la referencia paulina, es considerada por el historiador de los dogmas Geor Söll:

«El texto mariológicamente más significativo del Nuevo Testamento, aunque su importancia no haya sido plenamente notada por algunos teólogos de ayer y de hoy. Con Pablo se inicia la unión de la mariología con la cristología justamente mediante el testimonio de la maternidad divina de María y la primera intuición de una consideración histórico salvífica de su significado»<sup>139</sup>.

---

137 Cf. BASTERO DE ELEIZALDE, J. L. *María, Madre del Redentor*. Pamplona: EUNSA, 2004, pp. 94-101.

138 Cf. ARTOLA ARBIZA Antonio María. *Mística y sistemática en la Mariología*. Callao: Facultad de Teología *Redemptoris Mater*, 2010, p. 201.

139 SÖLL, Geor. *Storia dei dogmi mariani*. Roma, 1981, p. 31, apud FORTE, Bruno. *Maria, a mulher ícone do mistério*: Ensaio de mariologia simbólico-narrativa. São Paulo: Paulinas, 1992, pp. 46-47.

Consideración que se inicia espacial y temporalmente en el contexto histórico del mundo con el nacer de una mujer, lo que inserta a María en el misterio de la Encarnación tornándola inseparable de la misión de su Hijo. Pablo, sin hablar de la virginidad y concepción virginal de María, afirma la humanidad de Jesús y al mismo tiempo su divinidad.

#### **4.1.2. Evangelio según San Marcos**

Pasando del texto cronológicamente más antiguo al primer Evangelio, en sentido literario, que ha servido de base para los escritos de San Mateo y San Lucas, se encuentra que el relato de Marcos, iniciando su narración con el bautismo de Cristo, no describe nada sobre la niñez de Jesús, hablando de la Virgen María sólo dos veces, cuando cuenta de «su madre y sus hermanos» (Mc 3, 31) que buscan a Jesús y una segunda vez cuando afirma expresamente que Jesús es «Hijo de María» (Mc 6, 3), la misma denominación que es dada en el Corán<sup>140</sup>. Suenan extraños en la sociedad semítica esta denominación de Jesús como «Hijo de María», pues el hijo era denominado con el nombre de su padre, costumbre que, en cierto sentido permanece hasta nuestros días también en las sociedades occidentales, donde se da preeminencia al apellido paterno. Aunque se suponga la muerte de San José<sup>141</sup>, denominar a Jesús por el nombre de la Madre sigue inusitado y sin precedentes. Para nosotros cristianos es señal evidente del reconocimiento por parte del evangelista de la concepción virginal de María sin concurso de varón.

#### **4.1.3. Evangelio según San Mateo**

Los otros dos sinópticos, especialmente el relato lucano, son pródigos en alabar la fe de María y describen el nacimiento virginal del Hijo de Dios, la anunciación del ángel y la aceptación de María. San Mateo, a su vez, parece escribir para creyentes venidos del judaísmo, opinión corroborada por las citas del Antiguo Testamento y la ausencia de explicaciones de las costumbres judaicas. Mateo insiste en la procedencia judaica del Mesías y su descendencia de David, presentando su genealogía iniciada a partir de Abraham en el comienzo de su Evangelio. Sin embargo, cuando dice: «Jacob era padre de José, esposo de María»; Mateo resalta: «De Ella ha nacido Jesús que es llamado Cristo, el Mesías» (Mt 1, 16).

---

140 Cf. El Corán, Sura 2, v. 87, 253; Sura 4, v. 157, 171; Sura 5, v. 17, 46, 72, 75, 78, 110, 112, 114, 116; Sura 6, v. 31; Sura 19, v. 34, 50; Sura 33, v. 7, 57; Sura 57, v. 27; Sura 61, v. 6, 14. El Corán habla 36 veces de María, cuyo nombre está presente en 21 de sus páginas, siempre refiriéndose a Jesús como el «Hijo de María», poniendo de relieve la virginidad de Ella, sin aceptar todavía la filiación divina de Jesús, a quien denomina «El Ungido». En la Sura 66 se reconoce la virginidad de María y la infusión del Espíritu Santo en Ella.

141 En lugares paralelos de los otros sinópticos se habla también de José: «¿No es este el hijo del carpintero? ¿Su madre no se llama María?» (Mt 13, 55; Cf. Lc 4, 22), lo que parece un indicio indirecto de que San Marcos no supone la viudez de María.



El objetivo principal de San Mateo es demostrar que Cristo es el Mesías esperado y la universalidad de su reino, extendido a las gentes quitando el privilegio mesiánico del pueblo judío; por eso es conocido como el «Evangelio del Mesías». Es Mateo, como ya referimos, quien avala las profecías mesiánicas del Antiguo Testamento y las aplica explícitamente a Jesús y a María:

**Mt 1, 18-25:** «María, su madre, estaba comprometida con José y, cuando todavía no habían vivido juntos, concibió un hijo por obra del Espíritu Santo.<sup>19</sup> José [...] resolvió abandonarla en secreto.<sup>20</sup> Mientras pensaba en esto, el Ángel del Señor se le apareció en sueños y le dijo: “José, **hijo de David**, no temas recibir a María, tu esposa, porque lo que ha sido engendrado en Ella proviene del Espíritu Santo.<sup>21</sup> Ella dará a luz un hijo, a quien pondrás el nombre de Jesús, porque Él salvará a su Pueblo de todos sus pecados”. **Todo esto sucedió para que se cumpliera lo que el Señor había anunciado por el Profeta: *La Virgen concebirá y dará a luz un hijo a quien pondrán el nombre de Emanuel*, que traducido significa: “Dios con nosotros”» (Is 7, 14).**

**Mt 2, 5-6:** Sobre el lugar donde debería nacer: «Y tú, Belén, tierra de Judá, ciertamente no eres la menor entre las principales ciudades de Judá, porque de ti surgirá un jefe que será el Pastor de mi pueblo, Israel» (Mq 5, 1-3).

**Mt 2, 11:** «Y al entrar en la casa [los Magos], encontraron al Niño con María, su madre, y postrándose, le rindieron homenaje. Luego, abriendo sus cofres, le ofrecieron dones: Oro, incienso y mirra».

San Mateo enfatiza la función de María en recibir los presentes donados por los Magos<sup>142</sup>, ocupando la función de madre del rey (*gebiráh*) en la dinastía de David. La *gebiráh* tenía tareas determinadas como colocar la corona al nuevo rey (Ct 3, 11) y administrar su herencia después de su muerte.

**Mt 2, 15:** Sobre la niñez de Jesús: «Permaneció [en Egipto] hasta la muerte de Herodes, para que se cumpliera lo que el Señor había anunciado por medio del Profeta: *Desde Egipto llamé a mi hijo*» (Os 11, 1).

La imagen del Niño con su madre María, coincide con el uso de la fórmula «el niño y su madre», con posible alusión al Antiguo Testamento<sup>143</sup>. San José es mencionado sólo con su nombre, mientras la función maternal de María es puesta de relieve diversas veces.

---

142 El estudio iconográfico de las catacumbas de Roma levanta la cuestión del número de los Magos, que San Mateo indica pero no lo precisa y sobre la identidad de los mismos. Los nombres de Gaspar, Melchor y Baltasar son revelados solamente en el apócrifo *Evangelio de la niñez armenio* (5, 10), del siglo V. La iconografía conoce ejemplos de «adoraciones» con dos, tres, o también cuatro Magos. (Cf. DAL COVOLO, Enrico; SERRA, Aristide (a cura di). *Storia della mariologia*. Vol. 1: Dal modello biblico al modello letterario. Italia: Città Nuova, 2009, pp. 363-364).

143 «Moisés tomó a su mujer y a sus hijos, los hizo montar en un asno, y emprendió el camino de regreso a Egipto» (Éx 4, 20).

#### 4.1.4. Evangelio según San Lucas

San Lucas describe la niñez de Jesús bajo la perspectiva de María, mientras Mateo lo hace bajo la perspectiva de San José, pero sus descripciones remarcan acentos diferentes. Mateo escribe para los judíos cristianizados mientras que Lucas tiene en mira garantizar la información histórica y dedica sus escritos a Teófilo, pero con una envergadura evidentemente mucho mayor, o sea, los destina a los cristianos provenientes del paganismo, como afirma en el prólogo que escribe a los «griegos fieles» (cristianos). Orígenes afirma que fue escrito para los «gentiles», lo que se comprueba por un simple análisis del texto que explica costumbres judaicas, omitiendo o suavizando los temas que serían «duros» para los gentiles. Lucas resalta la intervención de las mujeres, realzando su dignidad como bendecidas, perdonadas o seguidoras de Cristo en un ambiente que minusvaloraba la condición femenina. Su objetivo principal es resaltar que Cristo es el Salvador de todos los hombres y no únicamente de los judíos, y por eso pone de relieve la universalidad de la salvación y el espíritu de misericordia; siendo por eso conocido como el «Evangelio de la misericordia». Lucas resalta el nombre de María, su virginidad, el matrimonio con José de la casa de David, la concepción virginal por medio del Espíritu Santo antes de convivir con San José, el mensaje del ángel, el mandato de dar al Niño el nombre de Jesús<sup>144</sup>, el nacimiento en Belén y la residencia posterior en Nazaret. A diferencia de San Mateo, Lucas no cita textualmente las profecías mesiánicas. Su evangelio es de importancia fundamental para toda la mariología bíblica, toda vez que la mayor parte de las informaciones históricas sobre María se encuentran en sus escritos<sup>145</sup>. Es Lucas quien nos relata con detalles la aparición del ángel Gabriel, las reacciones de María delante de la embajada divina y de la invitación a ser Madre de Dios, destacando dos veces el término «virgen», poniendo de relieve la aceptación voluntaria de María y su «*fiat*». Gabriel se presenta reverente delante de María, reconociendo su superioridad por ser la Reina de los Ángeles. Si la naturaleza angélica es ontológicamente superior a la humana, María es superior a los ángeles, puesto que éstos son *mensajeros de Dios*, mientras Ella es la Madre del propio Dios<sup>146</sup>. San Lucas es quien nos relata la visita a

---

144 Karl Rahner explica que el nombre de Jesús significa «Yahveh salva». Si se puede dar un nombre a Dios, al Incomprensible, en último análisis es porque este Dios se hizo conocer en la historia a través de su acción y de su palabra y la manera como estos actos divinos infieren en la realidad histórica de la humanidad. Es Dios que salva, presente en la historia del hombre. Cf. RAHNER, Karl. *Meditazioni di un teologo sull'avvento e sul natale*. Torino: San Paolo, 1997, pp. 59-60.

145 El investigador protestante Walter Delius, afirma: «Con mano de maestro, Lucas ha redactado un concepto de María que contiene casi todas las características de la veneración mariana que se ha desarrollado durante siglos». DELIUS, Walter. *Geschichte der Marienverherung*. Basel, 1963, p. 26. Apud: POSENER, Alan. *María*. Madrid: Edaf, 2004, p. 68.

146 Cf. DOMINI, Anastasia. *Regina Angelorum*. En: AAVV. *Corredemptrix Annali Mariani*, 2008, Santuario

Isabel y el cántico del *Magnificat*, acontecimientos que nos brindan las palabras con que saludamos la Virgen en la primera parte de la oración «Ave María»<sup>147</sup>, como también los temas de los misterios contemplados como «gozosos» en el Santo Rosario, incluyendo la presentación en el templo para la circuncisión y la «pérdida y hallazgo» a los doce años de edad. Al relatar la salutación angélica escribe «Χαῖρε» (Lc 1, 28), un saludo que no es sólo un «buenos días» o el «Ave» romano que utilizamos en la oración. Hasta tiempos recientes se creía traducible por «shalom», el término semítico para desear la paz, pero esta interpretación no había sido utilizada por los Padres griegos, que daban el sentido hoy corriente en todas las traducciones: «¡Alégrate!»<sup>148</sup>, que es más usada en la traducción de los LXX, seguido de la expresión *κεχαριτωμένη* que normalmente se traduce «llena de gracia», misteriosa denominación en íntima relación con el mensaje subsecuente de la invitación a la maternidad divina<sup>149</sup>, remarcando que el hecho de ser María «llena de gracia» es en función de su vocación, anunciada por el ángel Gabriel. Según el benedictino brasileño D. Estêvão Bettencourt, la traducción más precisa no sería «llena de gracia», sino «tú que fuiste y permaneces repleta del favor divino». El concepto de estar repleta – continúa D. Estêvão – es muy importante, pues las traducciones protestantes «agraciada» y «favorecida» empalidecen o anulan la noción de plenitud de favor o de gracia. Para el benedictino, Jesús es «lleno de gracia» (Jn 1, 14), pero no fue llenado; nunca ha existido, en cuanto Verbo de Dios, sin estar lleno de gracia, en cuanto María, hija de Adán, se ha tornado «llena de gracia» por la remisión preservativa<sup>150</sup>. Lucas no menciona expresamente las profecías pero insinúa su conocimiento como, por ejemplo, al relatar que es la madre quien da el nombre al Niño, del mismo modo que en el texto de Isaías. Lucas es quien relata la pregunta de María: «¿Cómo puede ser eso, si yo no conozco ningún varón?» (Lc 1, 34). La palabra «Οὐ γινώσκω» aquí es interpretada por San Agustín como la expresión de un voto o propósito de virginidad previamente hecho por María<sup>151</sup>, toda vez que en los relatos bíblicos de mujeres que deberían concebir por una acción

---

della B.V.M. Del Buon Consiglio. Frigento: Casa Mariana, 2008, p. 210.

147 La segunda parte, como se sabe, es redactada por la Iglesia tras la proclamación del Concilio de Éfeso. Cf. GARCIA MAZO, Santiago José. *El Catecismo de la doctrina cristiana explicado*. Valladolid: Imprenta de Don Julian Pastor, 1839, p. 93; CLARET, Antonio María. *Catecismo de la doctrina cristiana: Explicado y adaptado a la capacidad de los niños*. Barcelona: Imprenta de Pablo Riera, 1851, p. 190.

148 Cf. GARCÍA PAREDES, José Cristo Rey. *Mariología*. Madrid: BAC, 1995, p. 80.

149 Cf. GALOT, Jean. *María en el Evangelio*. Madrid: Apostolado de la Prensa, 1960, pp. 13-14.

150 Cf. BETTENCOURT, Estêvão Tavares. *Curso de Mariologia*. Rio de Janeiro: *Mater Ecclesiae*, 1997, p. 16.

151 Afirma San Agustín: «Es lo que indican las palabras con que María replicó al ángel que le anunciaba que sería madre: ¿Cómo – dice – acontecerá eso, si no conozco varón? (Lc 1, 34) Palabras que ciertamente no hubiera pronunciado si no hubiese consagrado con anterioridad su virginidad a Dios». AGUSTÍN DE HIPONA. *La santa virginidad*, c. 4, 4. En: *Obras completas de San Agustín*, edición bilingüe, Tomo XII, Tratados morales. Madrid: BAC, 2007, pp. 696-697.

milagrosa, ellas nunca hacen esta pregunta, sólo siguen los caminos de la naturaleza y el milagro está en la cura temporal o permanente de su esterilidad. En el caso de María la afirmación de no conocer varón, precedida de la declaración de su estado matrimonial con José, lleva a imaginar que María había consagrado a Dios su perpetua virginidad; de otra suerte, esa pregunta carecería de sentido. En la opinión de muchos Padres, como por ejemplo San Gregorio de Nisa, esto indica un voto de virginidad consagrada<sup>152</sup> y la suposición de un voto también por parte de San José, impulsado por la gracia de Dios, toda vez que ese matrimonio tendría una especial repercusión para toda la historia de la humanidad<sup>153</sup>. Santo Tomás afirma que era conveniente que su virginidad fuese consagrada a Dios por voto, aunque – sigue el Aquinate – las mujeres y los hombres eran instigados a procrear antes del nacimiento de Cristo, porque era por la descendencia carnal que se propagaba el culto a Dios<sup>154</sup>.

En la Carta Apostólica *Rosarium Virginis Mariæ*, el Papa Juan Pablo II afirma:

«Nadie se ha dedicado con la asiduidad de María a la contemplación del rostro de Cristo. Los ojos de su corazón se concentran de algún modo en Él ya en la Anunciación, cuando lo concibe por obra del Espíritu Santo; en los meses sucesivos empieza a sentir su presencia y a imaginar sus rasgos. Cuando por fin lo da a luz en Belén, sus ojos se vuelven también tiernamente sobre el rostro del Hijo, cuando lo “envolvió en pañales y le acostó en un pesebre”» (Lc 2, 7)<sup>155</sup>.

El Beato Pontífice remarca que el «*fiat mihi*» de María fue «fruto de la donación total a Dios en la virginidad», que consagra totalmente una persona al Señor. No se puede imaginar

---

152 La virginidad perpetua, afirma el Papa Pío XII es un bien nacido de la religión cristiana. San Ambrosio escribe que «había vírgenes en el templo de Jerusalén» (S. Ambrósio, *De virginibus*, lib. I, c. 3, n. 12; PL 16, 192), pero el apóstol afirma que «estas cosas ocurrían en figura (1 Cor 10, 11), para sieren indicios de los tiempos futuros». (Cf. Pío XII, Carta Encíclica *Sacra Virginitas*, sobre la sagrada virginidad, del 25 de marzo de 1954. *AAS* 46 (1954), pp. 161-162). A pesar de ser inusual la concepción de la virginidad consagrada en el ambiente judío de aquel tiempo, puesto que todos tenían la esperanza de ser ascendientes del Mesías, esta no era de todo inexistente. Explica San Ambrosio que Elías se mantuvo alejado del comercio carnal (S. Ambrósio, *De virginibus*, lib. I, c. 3, n. 12. (Cf. AMBROSIO DE MILÁN. *Escritos sobre la virginidad*. Introducciones, traducción y notas de Domingo Ramos-Lissón. Madrid: Ciudad Nueva, 2011, p. 42). Según algunos autores, también los monjes esenios del Qumrán, «eram hombres sin mujeres, viviendo en celibato. Ellos baniram el casamiento (Filón, Josefo)». Esta concepción de celibato no debe confundirse con la concepción moderna cristiana pues el esenio podría no ser un hombre no casado y sin hijos (Cf. BOCCACCINI, Gabriele. *Além da hipótese essênica: A separação dos caminhos entre Qumran e o judaísmo enóquico*. São Paulo: Paulus, 2010, p. 68). Por otro lado, las descripciones bíblicas dan a entender que San Juan Bautista vivía virginalmente.

153 Cf. ROYO MARÍN, Antonio. *La Virgen María: Teología y espiritualidad marianas*. Madrid: BAC, 1996, p. 8.

154 Cf. *S. Th.* III q. 28, a. 4. Santo Tomás no cree que la Virgen haya hecho un voto solemne de virginidad antes del casamiento con san José, aunque lo desease mucho. Pero supone que después de los esponsales, junto con su esposo y de común acuerdo, hizo voto de virginidad. Ver también *In Sententiarum Petri Lombardi*, Libro IV, Dist. 30, q. 2, a.1. (Cf. TOMMASO D'AQUINO. *Commento alle Sentenze di Pietro Lombardo e testo integrale di Pietro Lombardo*. Libro Quarto. Distinzioni 24-42. *L'Ordine, il Matrimonio*. Traduzione a cura della Redazione delle Edizione Studio Domenicano. Bologna: ESD, 2001, pp. 344-347)

155 Cf. JUAN PABLO II. Carta Apostólica *Rosarium Virginis Mariæ*, sobre el Santo Rosario, 16 de octubre del 2002, n. 10, *AAS* 95-1 (2003), p. 11.

que, tratándose de la Madre de Dios, ese amor fuera cambiado del Creador por una criatura, puesto que «en virtud de este amor, María deseaba estar siempre y en todo entregada a Dios viviendo la virginidad»<sup>156</sup>.

En el relato de la visita a Santa Isabel, Lucas remarca la gracia de la comunicación de los dos niños y el reconocimiento por parte de su parienta, madre del precursor, de la divinidad del Hijo de María: «Bendito el fruto de tu vientre» (Lc 1, 42), confirmado por el versículo siguiente: «¿Quién soy yo, para que la madre de mi Señor venga a visitarme?» (Lc 1, 43). La expresión *τοῦ κυρίου* denota claramente el reconocimiento del Hijo de María como el Señor, «ὁ κύριος», toda vez que en el lenguaje coloquial, por respeto, no se utilizaba la fórmula Yahveh, sino *Kyrios* o *Adonai*. La intención del evangelista es remarcar el reconocimiento externo de la divinidad de Jesús, incluso antes de su nacimiento, y de nuevo el cumplimiento de las profecías mesiánicas toda vez que la afirmación de Isabel es el reconocimiento de que «Dios está con nosotros».

Lucas describe con detalles el camino hacia Belén y el nacimiento de Jesús en el pesebre, por no haber lugar para ellos en el albergue (Cf. Lc 2, 5-7), la visita de los pastores, dando una atención especial a la persona de María mencionándola en primer lugar y declarando la característica meditativa del alma de la Virgen, al mismo tiempo que presenta la fuente de donde ha cogido las informaciones que transcribe en su Evangelio: «María conservaba estas cosas y las meditaba en su corazón» (Lc 2, 19), frase que repite al relatar el encuentro de Jesús en el templo (Lc 2, 51). El texto lucano resalta la afirmación del profeta Simeón en la presentación del Niño Jesús en el templo, un verdadero ofertorio de la «gran Misa» que es el Misterio Pascual<sup>157</sup>, relacionado por el evangelista con la presencia de María a los pies de la cruz: «Este niño será causa de caída y de elevación para muchos en Israel; será signo de contradicción, y a ti misma una espada te atravesará el corazón» (Lc 2, 34-35). Estos dolores se inician con la perplejidad relatada por San Lucas con ocasión de la pérdida del Niño Jesús a los doce años de edad y su posterior encuentro en el templo (Lc 3, 41ss). El dolor de José y María por la pérdida del Hijo de Dios confiado a su guardia y la reacción de Jesús que ellos no entendieron (Lc 2, 50), eran ya las primicias de la espada anunciada por Simeón. En este momento Jesús hace la primera afirmación de su filiación divina: «¿No sabían que yo debo ocuparme de los asuntos de mi Padre?» (Lc, 2, 49).

---

156 RM, n. 39.

157 Cf. DOMINI, Anastasia. *La Beata Vergine Maria "Summa Contemplatrix": La spada del cuore*. En: AAVV. *Corredemptrix Annali Mariani*, 2008, Santuario della B.V.M. Del Buon Consiglio. Frigento: Casa Mariana, 2008, p. 194.

#### 4.1.5. Evangelio según San Juan

El cuarto Evangelista escribe para los fieles de la antigüedad, casi en el final del primer siglo, explica voces arameas, fiestas y costumbres judaicas, describe detalles de la geografía palestinese e incluso presenta el nombre griego «Tiberíades» del «Mar de Galilea», denominación helénica consecuente a la fundación de Tiberias por Antipas. Juan escribe un Evangelio teológico que busca demostrar que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios; enfatizando la necesidad de «creer» en sus enseñanzas pues Él es, en realidad, el Hijo de Dios encarnado. Escribe con carácter nítidamente apologético, contra las primeras herejías gnósticas surgidas en su tiempo, como la de los discípulos de Cerinto y los nicolaítas (según San Ireneo), los ebionitas y los elkasaítas (según San Jerónimo). Juan omite la agonía en Getsemaní y considera la cruz como glorificación de Cristo, destacando la grandiosidad del Señor, precisamente en su Pasión. Remarca la divinidad eterna del Verbo y la humanidad de Cristo, como expresión de esta divinidad. En sus escritos vamos a encontrar a María primero en las Bodas de Caná (Jn. 2, 2-11), con su papel de Medianera e intercesora, logrando que Jesús opere el primer milagro de su vida pública; a los pies de la Cruz, con su participación activa en nuestra salvación por unirse a los sufrimientos redentores de Cristo y por fin en el Apocalipsis. En la primera escena María aparece en el momento en que falta el vino, hecho que, en el AT aparece como señal de castigo divino (Is 24, 8-11), mientras que la abundancia de vino es anuncio profético de un nuevo tiempo salvífico abierto por Cristo, pero con la participación humana en dos niveles: Un primer nivel, aplicable a toda la humanidad, que es la aceptación de María y un segundo aplicable individualmente a aquéllos que sigan lo que la Virgen indica en esa perícopa: «Hagan todo lo que Él les diga» (Jn 2, 5); o sea, la disposición a abrirse a la voluntad de Jesús y hacer «lo que Él les diga», es la participación necesaria individual exigida para compartir la abundancia del vino, señal del nuevo reino mesiánico. María es el camino que lleva a Cristo, por Ella llegamos a Él y cumpliendo «lo que Él nos dice» participamos de su salvación universal.

Juan nunca declina el nombre de María, siempre se refiere a la Madre de Jesús y coloca en los labios del Mesías la expresión «mujer», tanto en Caná como en el Gólgota, donde nos presenta a María a los pies de la cruz, traspasada de dolor por los sufrimientos de su Hijo, pero dispuesta a hacer su voluntad, de modo que, cuando Jesús le dice «Mujer, aquí tienes a tu hijo» (Jn, 19, 26), Ella con entera voluntad ha recibido ahí no sólo a Juan sino a todos los hombres. Con el testamento hecho a su Madre, con la entrega de sus discípulos, de todos los elegidos, todo estaba consumado y Él podía, después de decir «tengo sed», elevar sus ojos al Padre y proclamar una frase que resonará hasta el final de los tiempos en los cielos de la historia: «*Consummatum est*».

Además de estas alusiones directas a la Madre de Jesús, hay tres indirectas: En el Prólogo, en el discurso del Pan de Vida y en el llamamiento de Natanael. La primera, en el Prólogo, hasta hoy genera polémica, puesto que hay divergencia no sólo de traducciones, sino de manuscritos. Trátase de la referencia a los que «no nacieron de la sangre, ni por obra de la carne, ni de la voluntad del hombre, sino que fueron engendrados por Dios» (Jn 1, 13). Una versión está en singular y, por lo tanto, daría testimonio de la concepción virginal de Jesús, mientras otras, en plural, parecen referirse a los cristianos. Según Aristide Serra, la versión en singular es la más arcaica y más difundida, que resguarda la Persona de Cristo. Ignacio de la Potterie propone que la locución «no de las sangres» estaría inspirada en la prescripción del Levítico (12, 5.7), relativa al parto de la mujer, relacionando con el parto virginal de María, sin pérdida de sangre<sup>158</sup>. El versículo anterior «a los que creen en su Nombre, les dio el poder de llegar a ser hijos de Dios» (Jn, 1, 12) conduce más a pensar en la segunda hipótesis (en plural), que es la más aceptada por los exégetas y está en la mayoría de los manuscritos griegos. Según García Paredes, los grandes manuscritos griegos del cuarto Evangelio – todos ellos posteriores al año 300 – refieren estos versículos a los creyentes, pero los autores del período que va entre los años 100 y 200 emplean siempre la lectura singular «el cual nació» (ὁς ἐγεννήθη). Se trata de textos de San Ireneo, Tertuliano, San Justino, San Hipólito, hecho que lleva a pensar en un amplio marco geográfico. Sólo en el siglo II encontramos la lectura plural en Alejandría y Egipto. Tertuliano<sup>159</sup> da una explicación afirmando tratarse de una falsificación de Jn 1, 13, hecha por los gnósticos valentinianos para fundamentar en un texto bíblico sus teorías sobre el origen divino de los «elegidos» o «perfectos»<sup>160</sup>. En el Discurso del Pan de Vida, Juan describe la escena de algunos que murmuraban: «¿No es este Jesús, hijo de María y de José?». Jesús entonces habla sobre su Padre celestial y de esta forma Juan deja claro la corrección sobre la idea errónea respecto a la paternidad de Jesús por parte de algunos del pueblo. Por fin, cuando Felipe presenta Jesús a Natanael como hijo de José de Nazaret, el encuentro se clausura con el conocimiento de la dignidad de Hijo de Dios proclamada por Jesús a Natanael.

#### 4.1.6. Apocalipsis

El Apocalipsis menciona a la mujer en oposición al dragón (Ap 12), uno de los pasajes más estudiados del Nuevo Testamento, sobre todo, con los aportes de la literatura Qumrálica, se desarrollan en el plano científico, teológico y exegético muchos estudios e hipótesis sobre

---

<sup>158</sup> Cf. SERRA, Aristide. *Miryam Figlia di Sion: La Donna di Nazaret e il femminile a partire dal giudaismo antico*. Milano: Paoline, 1997, pp. 66-67.

<sup>159</sup> TERTULIANO. *De carne Christi*, 19, 1-2 (CCL 2, 907).

<sup>160</sup> Cf. GARCÍA PAREDES, José Cristo Rey. *Mariología*. Madrid: BAC, 1995, p. 127.

el abanico de figuras presentes en la descripción juánica, dando la impresión de una sinfonía de voces armónicamente discordantes<sup>161</sup>. El lenguaje simbólico del texto apocalíptico permite más de una interpretación de la figura femenina en pugna escatológica. En la dimensión histórico-salvífica la mujer es interpretada como símbolo de Israel, cuyas doce estrellas serían símbolo de las doce tribus, en continuidad con el «nuevo pueblo de Dios». La perspectiva eclesiológica encuentra en la *mujer* del Apocalipsis la figura de la Iglesia (12 apóstoles) y la visión mariológica busca su identificación con María, la Madre del Mesías. La eclesiológica es la que parece alcanzar más dimensiones en el lenguaje simbólico de Juan, lo que no aleja la referencia a María como madre del Niño Mesías, sino que permite resaltar la intrínseca relación entre María y la Iglesia, por la unión de cada una de ellas con Cristo, Cabeza de la Iglesia e Hijo de María. Esta perspectiva unitiva Iglesia-María destaca la trilogía *martyria-diakonía-koinonía* que reflejan y sintetizan el obrar de María como hija y Madre de la Iglesia y de la Iglesia como Madre e hija de María.

Iglesia	María
<b><i>Martyria</i></b> : La Iglesia es testigo de la obra salvadora de Cristo para todo el siempre.	<b><i>Martyria</i></b> : Es la primera testigo de Cristo (Jn 19, 25)
<b><i>Diakonía</i></b> : El servicio a Dios y al prójimo, por la liturgia y la caridad.	<b><i>Diakonía</i></b> : María acepta ser Madre del Redentor (1, 38)
<b><i>Koinonía</i></b> : La Iglesia es señal de comunión de los hombres con Dios y de los hombres entre sí.	<b><i>Koinonía</i></b> : La más perfecta unión de un ser humano con Cristo se da en María.

Como María, la Iglesia es virgen pura, santificada por Cristo y sometida a Él, su único Esposo. La Iglesia es a la vez madre a quien la piedad cristiana y la liturgia llamarán «la santa madre Iglesia», pues engendra a sus hijos para la salvación, verificándose en ella, como en María, el misterio de la virginidad fecunda, colmada de la gracia del Amado (Ef 1, 6)<sup>162</sup>.

Sin embargo no todas las características de la visión juánica son aplicables a María. En la *mujer* del Apocalipsis se hace visible la oposición con la serpiente del Génesis vencida por la gloria de Dios. La *mujer* aparece encima de la luna, símbolo de transitoriedad. María sería, en esta interpretación, la *mujer* referida en el primer y en el último libro de la Sagrada Escritura.

161 Cf. VANNI, Ugo. *Lectura del Apocalipsis*: Hermenéutica, exégesis, teología. Navarra: Verbo Divino, 2005, p. 252.

162 Cf. GHERARDINI, Brunero. *Iglesia*. En: DE FIORES, Stefano; MEO, Salvatore. *Nuevo Diccionario de Mariología*. Madrid: Paulinas, 1988, pp. 889-908.



## 4.2. María en el plan divino de nuestra salvación.

La *Lumen gentium*, en su capítulo VIII, acusa la historia de su propia redacción y el ambiente dudoso en que se plasmó, como capítulo de la constitución de la Iglesia. Es un texto singular sobre todo por constituir una mariología casi completa, hecho único en toda la historia de los concilios ecuménicos, bien como por haber sido redactada en una asamblea conciliar, en la que se oyeron no pocas ni pequeñas reservas sobre la Virgen, caso también único. En los números 52 y 53 del capítulo VIII se sitúa a María dentro del plan divino de la salvación y se recogen los vínculos que la unen excepcionalmente a la Santísima Trinidad. En este plano – que es una historia de desarrollo lineal – la persona de Adán marca el inicio de la existencia del hombre en la tierra, presencia que avanza la línea histórica en tensión de promesa y profecía hasta el punto culminante que llama san Pablo «*plenitud de los tiempos*»<sup>163</sup>, en que nace Cristo, para seguir después avanzando en la historia de la Iglesia hasta la consumación escatológica de la Parusía. Este plan divino realizado por Dios, cuenta con la participación del hombre. Esta participación humana empieza con la Encarnación, cuyo término es el Salvador, que es Dios y hombre a la vez. En este plan divino tiene su lugar María, casi como el inicio de la participación humana en la salvación. El texto conciliar lo enuncia sencillamente, recogiendo las palabras de San Pablo: «Envió a su Hijo, nacido de mujer», y la fórmula sagrada del Símbolo: «Se encarnó por obra del Espíritu Santo, de María, la Virgen»<sup>164</sup>, título con que la Santísima Madre de Dios es conocida desde los inicios de la Iglesia. Virgen antes, durante y después del parto; pura, sin mancha, sin división en su amor total e inmaculado a Dios.

## 4.3. La libertad de María en la aceptación del plan divino

La anunciación fue para María la clave de toda su existencia. A lo largo de su conversación con el ángel aparecen claramente su sencillez, su prudencia y sabiduría, su fe, su obediencia y su humildad. Su pregunta no es una oposición sino un deseo de informarse sobre el modo cómo se realizará el misterio. Su fe en la revelación del ángel fue completa y por tanto, su consentimiento, sabiendo que iba a ser la Madre de Dios, no fue pasivo, sino activo, acto consciente en la total integridad de su libertad volitiva, sin coacción o acción que violase su derecho de elección<sup>165</sup>. La constitución metafísica del ser humano como persona individual,

---

163 Ga 4, 4.

164 Cf. DE ALDAMA, José Antonio. *María en sus relaciones con la Santísima Trinidad*. En: AAVV. *Mariología Fundamental: María en el Misterio de Dios*. Salamanca: Secretariado Trinitario, 1995, p. 306.

165 ROYO MARÍN, Antonio. *La Virgen María: Teología y espiritualidad marianas*. Madrid: BAC, 1996, pp. 10-11.

racional y relacional, ópticamente incomunicable confiere a la libertad humana una preeminencia sobre todas las formas infrahumanas de criaturas. De la facultad racional emerge la inteligencia, la voluntad y las demás facultades operacionales espirituales del ser humano, por la cual el hombre es capaz de mérito o demérito por sus acciones, puesto que es capaz de elegir entre hacerlas o no hacerlas<sup>166</sup>. Por tanto, la respuesta de María expresa su libre decisión y su colaboración personal y esencial con la gracia de Dios, plasmándose en un acto sobrenatural de fe, obediencia y docilidad a la voluntad divina, como una colaboración material y humana, aunque subordinada a la acción redentora de Cristo. De ese modo aludían los Santos Padres a una doble concepción del Verbo por María: En su corazón, al aceptar el mensaje del ángel (la palabra de Dios); en su cuerpo, como consecuencia, al recibir al Verbo maternalmente (la Palabra de Dios). Su fe lo acoge en el corazón; su actividad maternal lo acoge en su seno. Por esta segunda acción es verdaderamente su Madre; por la primera, siguiendo un pensamiento agustiniano<sup>167</sup>, debería más bien llamarse su hija.

María ha dado su sí consciente al Mesías y a su pueblo y no a un hijo para sí misma, lo que caracteriza su aceptación como una participación voluntaria en la salvación de toda la humanidad que, por voluntad divina, necesitó pasar por su consentimiento personal, ayudado por la gracia y pronunciado desde su expectación personal del Mesías. El segundo momento de la aceptación es la maternidad divina, en relación con el Verbo de Dios que es la nueva vida del mundo, empezando a serlo gracias a su actividad maternal. Jesús, el *Logos*, Salvador de la humanidad caída por el pecado de Adán, se relaciona a María con una relación de hijo a madre. Esto da a la maternidad divina de María un matiz soteriológico, sin salir aún de la esfera estrictamente maternal<sup>168</sup>. La Redención no sólo nos libra del pecado y nos reconcilia con el Señor: Nos convierte en hijos, nos entrega a una Madre, la misma que engendró al Verbo, según la humanidad<sup>169</sup>, como afirma San Basilio:

«Como el primer Adán no nació de hombre y de mujer, sino que fue plasmado de la tierra, así también el último Adán, que había de curar la herida del primero, tomó un cuerpo plasmado en el seno de Virgen para ser, en cuanto a la carne, igual a la carne de los que pecaron»<sup>170</sup>.

---

166 Cf. RODRÍGUEZ, Victorino. *Estudios de antropología teológica*. Madrid: Speiro, 1991, pp. 260-262.

167 «*Et mater est et virgo. Et mater quidem spiritu, non Capitis nostri quod est ipse Salvator, ex quo illa spiritualiter nata est; quia omnes qui in eum crediderint, in quibus et ipsa est, recte filii Sponsi appellantur*». (*De sancta virginitatis* 6: PL 40, 399).

168 Cf. DE ALDAMA, José Antonio. *María en sus relaciones con la Santísima Trinidad*. En: AAVV. *Mariología Fundamental: María en el Misterio de Dios*. Salamanca: Secretariado Trinitario, 1995, pp.308-309.

169 Cf. ESCRIVÁ DE BALAGUER, Josemaría. Homilía pronunciada el 11.10.1964. En: *Amigos de Dios: Homilias*. 25. ed. Madrid: Rialp, 1977, p. 390-391.

170 Cf. SAN BASILIO, *Commentarius in Isaiam*, 7, 201. (PG 30, 466)

## 5. Los testimonios Patrísticos

La participación activa de María en el plan salvífico de Dios es una concepción dinámica en la comprensión del Misterio revelado en la historia de la teología. Es importante conocer, aunque de manera sucinta, algunos testimonios mariológicos presentes en la patrística, a fin de tener más claro el panorama de su desarrollo histórico. Los dos primeros siglos fueron decisivos en este sentido, en los cuales hubo una gran producción bibliográfica no sólo por parte de los Padres de la Iglesia, sino también de apócrifos, señal de la apetencia del público por el tema. Entre esos destaca el *Protoevangelio de Santiago*, también conocido como *El nacimiento de María*. Aunque apócrifo y lleno de temas fantasiosos, generando las leyendas posteriores sobre la Virgen, describe hechos anteriores a la narración evangélica canónica. Se estima que fue escrito a finales del siglo II si bien algunas partes parecen ser más antiguas. Es compuesto de dos narraciones legendarias: Una que cuenta el nacimiento y la niñez de María y la otra la Anunciación y nacimiento de Jesús. Este apócrifo ha influenciado profundamente el arte cristiano, la piedad tradicional y la liturgia. En él se halla el encuentro de Joaquín y Ana, el nacimiento milagroso de María y su presentación en el templo. Afirma que José era un hombre adulto, viudo y padre de muchos hijos. Cuenta el viaje a Belén, el nacimiento de Jesús y termina con la muerte de Zacarías. Es posible que algunos de estos puntos sean fundados en la tradición extracanónica digna de interés, que históricamente añade poca cosa al conocimiento de Jesús. En compensación, este evangelio apócrifo es el que informa sobre la piedad de ciertos cristianos del siglo II y esboza ya el desarrollo de la piedad mariana<sup>171</sup>. Orígenes, y probablemente Clemente Alejandrino, conocen ya la obra y Justino toca de cerca alguno de sus temas (nacimiento en la gruta, filiación davídica de María). Su objetivo es la glorificación de María y anuncia ya una serie de temas de la mariología. Su explicación de los «hermanos del Señor» fue considerada plausible hasta por San Jerónimo. La interpretación de tales «hermanos» como «primos» de Jesús, no sólo la desplazó, sino que motivó en el Occidente una reacción contraria al *Protoevangelio*<sup>172</sup>. Muchos de los temas de este apócrifo fueron asumidos por la devoción popular y posteriormente en fiestas de la Iglesia. A nivel teológico la producción es menos abundante pues las polémicas en torno de la humanidad y divinidad de Cristo tomaban gran parte de las discusiones teológicas del tiempo<sup>173</sup>.

---

171 Cf. PIÉ-NINOT, Salvador. *La teología fondamentale: «Rendere ragione della speranza»*. 3. ed. Brescia: Queriniana, 2007, p. 354-355.

172 Cf. TREVIANO ETCHEVERRIA, Ramón. *Patrología*. Madrid: BAC, 1994, pp. 57-58.

173 Cf. PADOVESE, Luigi. *Introducción a la Teología Patrística*. Navarra: Verbo Divino, 1996, pp. 143-144.

## 5.1. Antes del Concilio de Nicea

**San Ignacio de Antioquía** (35-†107) en sus cartas del inicio del segundo siglo reafirma, contra la herejía docetista la verdadera humanidad de Cristo y en la polémica con los judíos su verdadera divinidad. Ignacio pone de relieve que Cristo, Hijo de María, es también Hijo de Dios, Dios mismo. Los sufrimientos de su carne son denominados sufrimientos de Dios. «Jesús – sustenta San Ignacio – engendrado como hijo de María, es también ingénito<sup>174</sup>, impasible, intemporal, invisible, en virtud de su esencia divina». Para el Antioqueño, «la divinidad de Cristo [...] preexistía. Estaba ya antes de los siglos junto al Padre. Es el pensamiento del Padre, que al encarnarse sale del silencio de Dios»<sup>175</sup>. Para Ignacio, María está ligada de manera íntima al Misterio de la Encarnación y por eso a la historia de la salvación, toda vez que el *Logos*, integrante de la Trinidad divina, se ha encarnado en su seno, hecho que, en la concepción del mártir, quedó desconocido por el príncipe del mundo. Sus cartas son testimonios inflamados del amor a Cristo que se desdoblaron en su veneración a la Madre del Redentor verificable en las innumerables menciones a la Santísima Virgen María. San Ignacio menciona tres misterios que han permanecido ocultos para el demonio: La virginidad de María, el parto y la muerte del Señor.

La polémica contra Marción pone de relieve la figura de **San Justino** (103-†162-168), filósofo convertido al Catolicismo, puesto que Marción, prescindiendo totalmente de María y habiendo borrado los dos capítulos del Evangelio de San Lucas, afirmaba que Jesús no nació ni creció, mas que «en el año decimoquinto del reinado de Tiberio se manifestó de repente en la sinagoga de Cafarnaún». Completa sus alucinaciones afirmando que a partir de este momento Jesús tuvo una apariencia humana que conservó hasta su muerte en la cruz<sup>176</sup>. Justino es el primer autor cristiano que presenta el paralelismo entre María y Eva en contrapartida al paralelismo paulino Cristo-Adán. En la polémica con Trifón insistió en la autenticidad de la palabra *Παρθένος*, presente en la versión de los LXX y avalada por San Mateo, como la mejor interpretación para la profecía de Is 7, 14, llamando a María «la Virgen».

---

174 San Ignacio utiliza la palabra ingénito (no engendrado) en el sentido de que el Hijo existía antes de la Encarnación, pues un Dios único no puede ser sino ingénito. No niega con eso la generación eterna del Padre, pero niega cualquier tipo de subordinacionismo del Hijo en relación al Padre y sobre todo en relación a María. San Gregorio de Nisa afirma que las «calificaciones “ingénito” y “génito” se originan en el pensamiento humano, mientras Orígenes afirma que «El Padre es ingénito, el Hijo es génito (CCels VIII 13)», afirmación que mantiene las dos personas fuera del ámbito de la creaturalidad, pero «respira» el ambiente subordinacionista de la teología alejandrina en que el Hijo es de alguna manera «segundo Dios», habiendo como a una jerarquía descendente en la acción de las personas divinas. (Cf. TREVIJANO ETCHEVERRIA, Ramón. *Patrología*. Madrid: BAC, 1994, pp. 36; 163; 194; 209).

175 Cf. *Ibid.*, p. 36.

176 Cf. QUASTEN, Johannes. *Patrología I*: Hasta el concilio de Nicea. Madrid: BAC, 1961, p. 258.

En la época prenicena encontramos pasajes muy importantes en **San Ireneo** (130-†202), que marcan las líneas esenciales de la mariología, cuando analiza por ejemplo Ga 4, 4-5 y presenta la Encarnación del Verbo en el amplio panorama de la teología de las misiones divinas. En su contestación a las doctrinas gnósticas San Ireneo procuró demarcar bien el misterio de la Trinidad, el misterio de Cristo y por ende el misterio de María; todos unidos por el hilo conductor que es la historia de nuestra salvación, utilizando para esto la afirmación de que hay un solo Dios y un solo Señor Jesucristo, Hijo de Dios e Hijo de María, que ha sido enviado por el Padre para ser el primogénito de toda la creación y para que por medio de su primogenitura recibiésemos la adopción filial<sup>177</sup>:

«[...] hay un solo Dios, el cual ha anunciado por medio de los profetas la promesa que se refiere al Hijo; y que hay un solo Jesucristo, Nuestro Señor, que proviene de la descendencia de David según la generación que procede de María: Constituido Hijo de Dios con potencia, Él, el Cristo, según el Espíritu de santidad a partir de la resurrección de los muertos (Cf. Rm 1, 4), para que sea el primogénito de toda la creación (Cf. Col 1, 15), Él, el Hijo de Dios que ha llegado a ser Hijo del hombre, para que por su medio recibiésemos la adopción filial, de modo que el hombre llevase, acogiese y abrazase al Hijo de Dios»<sup>178</sup>.

Como vimos anteriormente, a partir de la idea paulina de la «recapitulación», llevada a cabo por el Hijo de Dios hecho hombre, nuevamente se toca el paralelismo entre María y Eva:

«Era justo y necesario que Adán fuese restaurado en Cristo, a fin de que lo mortal fuese absorbido y aniquilado en la inmortalidad; y que Eva fuese restaurada en María, a fin de que una Virgen, convertida en abogada de otra virgen, cancelase y aboliese la desobediencia de una virgen mediante su obediencia de Virgen»<sup>179</sup>.

En el Siglo III **Tertuliano** (170-†220) identifica el misterio de María con el de la Iglesia, como había hecho anteriormente San Ireneo. En una interesante exégesis de Gn 2, 18 – «No es bueno que el hombre esté solo» –, el sabio cartaginense considera la bondad de Dios, el cual dispone que la *mujer* se convierta en bienhechora de la humanidad. Hay que tener presente que, estando en los inicios de la teología mariana, Tertuliano, que defendió con ardor la concepción virginal del Salvador en el seno purísimo de María, desconocía la doctrina sobre su perpetua virginidad, imaginando que Ella tuvo dolores de parto y otros hijos después del nacimiento de nuestro Redentor: «*Virgo quantum a viro: Non virgo quantum a partu y et*

---

177 Cf. MATEO-SECO, Lucas F. *Envió Dios a su Hijo, nacido de Mujer*: Gálatas 4, 4-5 en el pensamiento patrístico anterior al Concilio de Éfeso. En: *Scripta Theologica*, Revista de la Facultad de Teología de La Universidad de Navarra, Vol. 32, Fasc. 1. Pamplona: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, 2000, p. 13-14.

178 Cf. IRENEO DE LYON. *Adversus Hæreses*, III, 16, 3PG 7, 922. SCh 211, 298.

179 Cf. KÖEHLER, Th. *Historia de la Mariología*. En: DE FIORES, Stefano; MEO, Salvatore. *Nuevo Diccionario de Mariología*. Madrid: Paulinas, 1988, p. 837.

*si virgo concepit in partu suo nupsit*» (*De ame Christi* 23)<sup>180</sup>; por eso San Jerónimo afirma: «Por lo que se refiere a Tertuliano, no tengo más que decir que no fue un hombre de Iglesia»<sup>181</sup>. En defensa de la realidad antropológica de Cristo, Tertuliano pone de relieve que su cuerpo no es celestial, sino que nació realmente de la propia substancia de María, *ex Maria*. Este autor también considera a María la segunda Eva, considerando que si el edificio de la muerte fue construido por el pecado de una virgen, también en una Virgen el Verbo de Dios venía a levantar el edificio de la vida, a fin de que el mismo sexo que fue la causa de nuestra ruina fuera el instrumento de nuestra salvación<sup>182</sup>.

El conocido “*Adamasto*” alejandrino – **Orígenes** (185-†253) – puede ser considerado como un teólogo de la Encarnación del Verbo, puesto que para él la concepción virginal del Hijo de Dios en María es uno de los elementos básicos de la fe cristiana. Descubre diversas “etapas” de la existencia de Cristo:

«Él es desde siempre el Hijo engendrado del Padre, por Él fueron creadas todas las cosas y se comunicó la revelación en el Antiguo Testamento, y Él mismo (que estuvo unido a un alma santísima desde la creación de ésta)<sup>183</sup> por medio de esa alma se unió al cuerpo formado en el seno virginal de María por el Espíritu Santo»<sup>184</sup>.

En Orígenes encontramos la primera referencia a la Virgen María como *Theotókos*. El historiador Sócrates refiere que el *Adamasto* comentaba este título en su obra perdida sobre la Carta a los Romanos<sup>185</sup>.

Comentando el citado texto paulino en Ga 4, Orígenes se inserta en el uso de los Padres anteriores e insiste en la verdad del nacimiento del Señor, reforzando que el Apóstol dice expresamente nacido de (*ex*) María, y no por medio de (*diá*) María<sup>186</sup>. Puntualiza también que la virginidad de María no queda en entredicho por el uso paulino del término mujer. Con eso, demuestra la verdad de la Encarnación y la verdad de la virginidad de Santa María, inaugurando una línea exegética duradera<sup>187</sup>.

---

180 Cf. KÖEHLER, Th. *Historia de la Mariología*. En: DE FIORES, Stefano; MEO, Salvatore. *Nuevo Diccionario de Mariología*. Madrid: Paulinas, 1988, pp. 836-837.

181 «*Et de Tertulliano quidem nihil amplius dico, quam Ecclesiae hominem non fuisse*». HIERONIMY, Eusebi. *De Perpetua Virginitate Beatæ Mariæ, Adversus Helvidium*, Liber unus, n. 17, PL 23, 211, ed. 1883.

182 QUASTEN, Johannes. *Patrología II: La edad de oro de la literatura patristica griega*. Madrid: BAC, 1962, pp. 607-608.

183 Recuérdese que Orígenes enseñaba la preexistencia de las almas.

184 Cf. GONZÁLEZ, Carlos Ignacio. *María en los Padres Griegos: Estudio introductorio y textos*. México: Conferencia del Episcopado Mexicano, 1993, p. 46.

185 Cf. KÖEHLER, Th. Op. cit., p. 837.

186 ORÍGENES, *In Epist. ad Gal.* PG 14, 1298 A.

187 Cf. MATEO-SECO, Lucas F. *Envió Dios a su Hijo, nacido de Mujer: Gálatas 4, 4-5 en el pensamiento patristico anterior al Concilio de Éfeso*. En: *Scripta Theologica*, Revista de la Facultad de Teología de La

## 5.2. Período posniceno

En el Oriente el diácono sirio **San Efrén** (306-†373) inaugura una teología poética de alabanza a María de extraordinaria calidad. María es «*hermana, esposa y sierva de Cristo*». En un contexto litúrgico inserta el paralelismo Iglesia-María y Eva-María: «La Iglesia nos ha dado el pan vivo en lugar del pan de fatigas que había dado Eva». Hacia finales del Siglo IV, la doctrina de la virginidad de María es afirmada en Constantinopla por **San Juan Crisóstomo** (347-†407) y en Capadocia por **San Basilio el Grande** (330-†379), **San Gregorio de Nisa** (335-†394) y su homónimo de **Nacianzo** (329-†390). Hablando sobre la virginidad de María durante el parto el obispo de Nisa aplica a la Virgen la imagen de la «*zarza ardiente*». Para explicar Lc 1, 34 Gregorio está convencido de que María hizo voto de virginidad. **San Epifanio** (315-†402), un palestino que llegó a ser obispo de Salamina (Chipre), añade a los títulos de *Theotókos* y «siempre virgen» el de «madre de los vivientes» (en lugar de Eva) y «causa de vida». Es interesante la apreciación de Epifanio respecto del destino último de la Virgen Santísima. Él se pregunta: ¿Murió o no? ¿Fue sepultada? El obispo salaminopolitano habla de prodigio y cita Ap 12, 13ss (la *mujer* fue conducida al desierto), haciendo eco a tradiciones y escritos apócrifos, no llegando al final a una explicación cabal.

En el Occidente, **San Jerónimo** (347-†420) afirma que una vez que la Virgen María concibió en su seno y dio a luz un niño, quedó rota la maldición recibida por Eva<sup>188</sup>. En Italia **San Ambrosio** (340-†397) y en África **San Agustín** (354-†430) expresaron la doctrina en fórmulas que se hicieron fundamentales para la tradición. Comenzaron a trazar un retrato de la persona de María, lo que fue un progreso definitivo para el crecimiento de la devoción mariana. María es la digna Madre del Señor, el Hijo de Dios: «¿*Qué hay más excelente que la Madre de Dios?*». Es recomendada como el modelo por excelencia de las vírgenes en la carta de San Ambrosio a su hermana Marcela. Juntamente con **San Atanasio** (295-†373) de Alejandría, el obispo de Milán considera a María como tipo de la Iglesia. Comentando este hecho, el Papa Pío XII, en la Encíclica *Ad Cæli Reginam*, afirma:

«Lo mismo se deduce de San Jerónimo, cuando expone su pensamiento sobre las varias “interpretaciones” del nombre de María: “Sébase que María en la lengua siríaca significa Señora”<sup>189</sup>. E igualmente se expresa, después de él, San Pedro Crisólogo<sup>190</sup>: “El nombre hebreo María se traduce *Domina* en latín; por lo

---

Universidad de Navarra, Vol. 32, Fasc. 1. Pamplona: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, 2000, pp. 24-25.

188 Cf. SAN JERÓNIMO. *A Eustoquia*. En: *Cartas de San Jerónimo*, Edición Bilingüe, Tomo I. Introducción, versión y notas por Daniel Ruiz Bueno. Madrid: BAC, 1962, p. 179.

189 Cf. Id. *Liber de nominibus hebræis*: PL 23, 886.

190 Cf. SAN PEDRO CRISÓLOGO. Sermo 142 *De Annuntiatione B.M.V.*: PL 52, 579 C; Cf. etiam 582 B; 584 A:

tanto, el ángel la saluda Señora para que se vea libre del temor servil la Madre del Dominador, pues éste, como hijo, quiso que Ella naciera y fuera llamada Señora”»<sup>191</sup>.

### 5.3. Los Concilios Ecuménicos

En la era posnicena la polémica nestoriana fue sin duda la cuestión más importante en la historia conciliar de los primeros siglos. Su raíz se encuentra en la diferencia conceptual cristológica entre las escuelas de Antioquía y Alejandría. Los antioquenos, que habían asumido el esquema del *Logos-anthropos*, comprendían con facilidad la dualidad de naturalezas en Cristo pero tendrían dificultad en aceptar la unidad personal. La alejandrina, habiendo adoptado el esquema *Logos-sarx*, aceptaba con facilidad la unidad personal, pero tenía dificultad en relación a la dualidad de naturalezas. El tema de la Maternidad divina, a pesar de esta divergencia, era normalmente aceptado por las dos escuelas, hasta que, en el 428, el monje Nestorio fue nombrado Patriarca de Constantinopla, centro del Imperio Romano mundial. Nestorio, como consecuencia de su equivocada cristología, no aceptaba que María fuera llamada *Theotókos*, mas quiso imponer la fórmula *Christotókos*, toda vez que, reconociendo una sola persona en Cristo, en la práctica comprendía dos sujetos diferentes. Para él María era madre del hombre Cristo y por eso no podría llamarse Madre de Dios. La escuela Alejandrina, representada por el Patriarca San Cirilo por destacar la unidad de persona en Cristo defendía el título Madre de Dios para María, que es madre de Dios por haber dado a luz el Hijo eterno de Dios, en su humanidad. La discusión llegó a Roma y el Emperador Teodosio II convocó el Concilio de Éfeso (431) donde triunfó la posición defendida por el Santo Patriarca de Alejandría<sup>192</sup>.

La historia ha conservado testimonios de la alegría de los cristianos ante la decisión del Concilio realizado en la ciudad en la cual, según la tradición, María Santísima habría residido. Ahí se proclamó que «si alguno no confiesa que el Emmanuel es verdaderamente Dios, y que por eso la Santísima Virgen es Madre de Dios, puesto que engendró según la carne al Verbo de Dios encarnado, sea anatema»<sup>193</sup>. Cuando los Padres Conciliares anunciaron esta sentencia

---

«*Regina totius exstitit castitatis*».

191 ACR, n. 5.

192 Sobre la maternidad divina comenta Santo Tomás: «Una mujer es madre de alguien por haberlo concebido y generado. Donde se sigue que la Bienaventurada Virgen puede ser llamada con propiedad Madre de Dios. Sólo así se podría negar que la Bienaventurada Virgen es la madre de Dios: O porque la humanidad habría sido concebida y nacida antes que aquel hombre fuese Hijo de Dios, como afirmó Fotino, o porque la humanidad no habría sido asumida en la unidad de la persona o hipóstasis del Verbo de Dios, como afirma Nestorio. Las dos proposiciones son falsas. Por lo tanto, es una herejía negar que la Bienaventurada Virgen sea madre de Dios». (*S. Th.* III, q. 35, a. 4)

193 Cf. DS 252 (ed. 1964) - Concilio de Efeso, can. 1: «*Si quis non confitetur, Deum esse secundum veritatem Emmanuel, et propter hoc Dei genitricem Sanctam Virginem (genuit enim carnaliter carnem factum qui est ex Deo Verbum), anathema sit*».



definitiva reafirmando la doctrina de la maternidad divina, todo el pueblo acudió a la Iglesia de Santa María al grito de «¡*Theotókos!*!» a fin de festejar la decisión, como narra Pío XI en su encíclica conmemorativa del XV centenario del mencionado concilio<sup>194</sup>:

«El pueblo de Éfeso estaba asumido de tanta devoción y ardía de tanto amor por la Virgen Madre de Dios, que tan pronto como oyó la sentencia pronunciada por los Padres del concilio, los aclamó con alegre efusión de ánimo y, provisto de antorchas encendidas, en apretada muchedumbre los acompañaron hasta sus residencias. Y seguramente, la misma gran Madre de Dios, sonriendo con dulzura desde el cielo ante tan maravilloso espectáculo, correspondió con corazón materno y con su benignísimo auxilio a sus hijos de Éfeso y a todos los fieles del mundo católico, perturbados por las insidias de la herejía nestoriana»<sup>195</sup>.

Con los cuatro primeros concilios ecuménicos<sup>196</sup> la doctrina mariana quedó precisada por muchos siglos. La proclamación de la identidad de Cristo en la unicidad de su persona divina y en la dualidad de las naturalezas afirmaba claramente que Él era Dios y hombre. El amor de Cristo y la condescendencia divina por nuestra salvación condujeron a una mejor toma de conciencia del misterio de María como una garantía de la verdadera fe y el consecuente amor más explícito a la Madre del Señor, la *Theotókos*<sup>197</sup>.

## 6. Participación de María en la Estructura fundante de nuestra salvación

Si la salvación está total e íntimamente ligada al sacrificio redentor de Cristo y la venida del mismo Cristo está, por libre pero inmutable designio de Dios, ligada a su Encarnación en el seno virginal de María, no se puede negar una relación directa de nuestra salvación con la Madre de Dios. Aunque sea indiscutible la participación de María en la historia de nuestra salvación, hay muchas opiniones sobre cómo se ha dado esta participación, hasta qué punto fue subordinada o colaboradora de Cristo y, sobre todo si la participación en la historia de la salvación implica también la participación en la propia redención de los hombres. Uno de los trazos distintivos del propósito salvífico de Dios es que Él quiso salvar el hombre por el hombre e integrar lo más posible a los hombres en la realización de la obra de la salvación<sup>198</sup>. De esta forma, el paralelismo entre Eva y María, tal como hicieron los Padres del siglo II, da la impresión de que Ella es **absolutamente** necesaria dentro del gran proyecto de Dios sobre el mundo, que no se puede prescindir de Ella porque en caso contrario, – afirma García

---

194 Cf. MONTOJO MAGRO, Ignacio. *La herejía nestoriana y el dogma de la Maternidad Divina*, Revista Heraldos del Evangelio, n. 92. Lima, marzo del 2011, p. 21.

195 Cf. PÍO XI. Carta Encíclica *Lux Veritatis*, en el XV Centenario del Concilio de Éfeso, en que se proclamó la Maternidad Divina de María, de 25 de diciembre de 1931, c. III. *AAS* 23 (1931), p. 512.

196 Nicea (325); Constantinopla I (381); Éfeso (431) y Calcedonia (451).

197 Cf. KÖEHLER, Th. *Historia de la Mariología*. En: DE FIORES, Stefano; MEO, Salvatore. *Nuevo Diccionario de Mariología*. Madrid: Paulinas, 1988, p. 838.

198 Cf. LAURENTIN, René. *Breve Tratado de teología Mariana*. Petrópolis: Editora Vozes, 1965, p. 151.

Paredes – todo el sistema salvífico se caería por tierra. María sería en esa visión, una **estructura fundante** de la salvación. Si Adán y Eva pecaron juntos, representando ahí a toda la humanidad, sería necesaria la participación de María junto con Jesús para alcanzar la completa paridad con el pecado. Por otro lado, voces discordantes hablan tan sólo de la intercesión de María y de la mediación intercesora en la salvación. El problema que se plantea es si la Virgen Madre de Dios forma parte de la estructura fundante de nuestra salvación y, si forma parte, en qué nivel de la estructura se encuentra Ella<sup>199</sup>.

### **6.1. La estructura fundante**

La estructura fundante de nuestra salvación se basa en la mediación única y universal de Cristo, como enseña el Concilio Vaticano II:

«Único es nuestro Mediador según la palabra del Apóstol: “Porque uno es Dios y uno el Mediador de Dios y de los hombres, un hombre. Cristo Jesús, que se entregó a Sí mismo como precio de rescate por todos”» (1 Tim 2,5-6)<sup>200</sup>.

La comprensión paulina de Jesús como Cabeza de la humanidad explica que sus acciones estén en la estructura misma de la salvación del hombre por su carácter de único mediador, por lo cual ninguna salvación o mediación sería posible prescindiendo de Él. El oficio de mediador se aplica a quien hace de medio entre los que están separados para reconciliarlos o para unirlos de alguna forma. En el caso de la mediación salvífica y del sacrificio de su propio cuerpo y de su sangre para reconciliar el hombre alejado de Dios por su pecado inicial, primero, «estructural y fundante» de la humanidad decaída, esta mediación de Cristo es considerada como la estructura fundante de la salvación humana. La Sagrada Escritura da el título de mediadores patriarcas, a Moisés (Cf. Dt 5,5) y a otros enviados por Dios para instituir la alianza entre Él y su pueblo, para mantenerla viva o rehacerla cuando ha sido rota. En la economía divina, que es de la condescendencia y autocomunicación de Dios a los hombres, los mediadores no son primariamente representantes del pueblo ante el Señor, sino representantes de Dios, que se sirve de algunos hombres a los que ha elegido como instrumentos y les ha conferido especiales dones y autoridad sobre los demás. La alianza y la salvación vienen de lo alto, de arriba; no es obra humana. Por eso la iniciativa de la Encarnación sólo se puede encontrar en la condescendencia de Dios que envía a su propio Hijo para reconciliar consigo al mundo y establecer una Alianza entre Dios y la humanidad

---

199 Cf. GARCÍA PAREDES, José Cristo Rey. *Mariología*. Madrid: BAC, 1995, pp. 377-378.

200 LG, n. 60.

que estaba separada de la intimidad divina por el pecado. Sólo Cristo une verdaderamente a los hombres con Dios, en cuanto que por su sacrificio nos reconcilió con Él, redimiéndonos del pecado que nos separaba de Dios. «Uno solo es el Mediador entre Dios y los hombres: Jesucristo hombre» (1 Tim 2,5). O como Él decía: «Nadie va al Padre sino por mí» (Jn 14,6).

Dios no necesitaba crear al hombre. Lo hizo por amor, para comunicar su amor. No necesitaba darle la libertad ni someterlo a la prueba inicial, pero determinó, en su infinita sabiduría hacerlo así, pues ésta es la forma más perfecta. Pero puesto que Él mismo, Dios, ha instituido la libertad humana, Él la respeta y permite incluso que esta libertad atente contra sus propios planes de creación cuando es utilizada en contra de ellos. En este sentido, el argumento «*de necesidad*» de San Anselmo, encuentra un amparo: Dios no necesitaba enviar a su Hijo, pero como Él mismo impuso las reglas iniciales, en cierto sentido, ha creado esta necesidad. También se da el mismo caso con el sacramento del Bautismo: Por determinación de Jesús, cuando dice a Nicodemo: «*Amen, amen dico tibi: Nisi quis natus fuerit desuper, non potest videre regnum Dei*» (Jn 3, 5). No se puede poner límites para la omnipotencia divina, pero considerando que el mismo Hijo de Dios ha determinado que quien no renazca por el agua no entrará en el Reino de los cielos, el Bautismo se torna necesario para la salvación, aunque sea de deseo, implícito o explícito. De esta forma, puede afirmarse que el Bautismo, por institución divina, hace parte de la estructura fundante de la salvación.

## 6.2. María en la estructura fundante

El mismo principio se aplica a la mediación mariana y su participación en la salvación del hombre. Cristo, Verbo eterno de Dios no necesitaba de ninguna criatura para salvarnos, pero la sapientísima voluntad divina quiso que el pecado operado por un hombre y una mujer fuese también rescatado por un Hombre y una mujer, en distintos grados. El pecado, para ser parte de la «estructura fundante de la perdición» necesitaba, como vimos, haber sido cometido por la integridad del género humano (Adán y Eva). Cristo, siendo Dios, tenía la posibilidad de presentar un sacrificio a altura del Ofendido y siendo hombre es Mediador eficaz para la validez de este ofrecimiento. Dios quiso asociar a María al sacrificio de su Hijo y contar con la aceptación voluntaria de Ella para encarnarse. Con esa determinación nos muestra que quiso hacer de María su *socia salutis*, así como Eva fue la *socia peccati* de Adán. En este sentido María fue **introducida** por el propio Dios en la **estructura fundante** de nuestra salvación, tornando necesario, de una necesidad derivada de la voluntad divina, su consorcio para alcanzar la salvación de los hombres. Esta participación de María ha sido explicada a partir de la mediación de Cristo pero otros autores se han detenido a replantear el tema a partir

de la mediación del Espíritu Santo y de la Iglesia, con lo cual María participa como colaboradora en la mediación única de Cristo, en ella insertada por voluntad expresa de la Santísima Trinidad, como el camino deseado por el propio Dios, participativo de la mediación fundante de Cristo y no como un desvío que nos aleja del Señor, puesto que fue el propio Dios quien quiso vincular su encarnación al «sí» de una doncella judía. La participación en la estructura de nuestra salvación no es de una necesidad ineludible sino del divino beneplácito y superabundancia de los méritos de Cristo; se apoya en su mediación y depende totalmente de ella, donde saca todo su poder. La participación de María como mujer, resulta de la propia participación de la naturaleza humana en nuestra salvación. En su teología Lutero claudica al afirmar que esta participación no tenía importancia. Sin embargo es el propio hecho de ser hombre que proporciona la perfecta mediación de Cristo como Salvador de la humanidad irredenta, puesto que es en cuanto hombre (por el sufrimiento, el dolor, la efusión de la sangre) y también en cuanto Dios, que Jesús nos ha rescatado.

La mediación participativa de María fue destacada por el Beato Juan Pablo II como una mediación «en Cristo» (RM 38a), expresión que manifiesta el influjo del teólogo protestante Hans Asmussen, que en sus escritos ha procurado explicar a sus lectores evangélicos la mediación mariana<sup>201</sup>. La criatura participa de alguna manera de las perfecciones del Creador y, por voluntad de Dios, puede participar también de sus acciones, como la redención. En este sentido Cristo es el Redentor y la criatura sería el cooperador activo o pasivo de su acción redentora. En el caso de María, como vimos, esta participación es activa pues la Encarnación ha dependido de su aceptación en la casa de Nazaret y hace parte de la estructura misma de la salvación, a diferencia de las participaciones de las otras criaturas que pueden ser dispensadas o sustituidas por otras, mientras que la participación de María es insustituible. Con el Concilio Vaticano II no se puede sustentar la corriente minimalista que da un papel pasivo a la participación mariana, puesto que los textos conciliares afirman una cooperación de María en toda la obra de la salvación desde la anunciación hasta la cruz de una manera impar (LG 61)<sup>202</sup>. En efecto, afirma la Constitución *Lumen gentium*: «María no fue un instrumento puramente pasivo en las manos de Dios, sino que cooperó a la salvación de los hombres con fe y obediencia libres» (LG 56). De esta forma Ella es «compañera singularmente generosa entre todas las demás criaturas y humilde esclava del Señor» (LG 61). San Ambrosio explica que «Jesús no necesitaba de ayuda para la redención, [...] aceptó el amor de la Madre, pero no

---

201 Cf. STICKELBROECK, Michael. *María Colaboradora del Redentor*. Lima: Facultad de Teología Pontificia y Civil de Lima, 2011. (Apuntes de clase).

202 Cf. Ibid.

buscaba ayuda de otro»<sup>203</sup>. El Himno *Akathistos* llama a María la rehabilitación del antiguo Adán y fin de las lágrimas de Eva, en tanto San Andrés de Creta, al hablar de la Madre del Redentor dice: «En ti fuimos redimidos de la corrupción. Todos nosotros recibimos la salvación por medio de Ella».

En el magisterio de Juan Pablo II se destaca la catequesis mariana del 09 de abril de 1997, publicada en el *L'Osservatore Romano* bajo el título «*María, la única colaboradora en la redención*»:

«A lo largo de los siglos la Iglesia ha reflexionado en la cooperación de María en la obra de la salvación, profundizando el análisis de su asociación al sacrificio redentor de Cristo. Ya san Agustín atribuye a la Virgen la calificación de “colaboradora” en la Redención (Cf. *De Sancta Virginitate*, 6; PL 40, 399), título que subraya la acción conjunta y subordinada de María a Cristo redentor. [...] Por lo demás, el apóstol Pablo, cuando afirma: “Somos colaboradores de Dios” (1 Co 3, 9), sostiene la efectiva posibilidad que tiene el hombre de colaborar con Dios. [...] La cooperación de los cristianos en la salvación se realiza después del acontecimiento del Calvario, cuyos frutos se comprometen a difundir mediante la oración y el sacrificio. Por el contrario, la participación de María se realizó durante el acontecimiento mismo y en calidad de madre; por tanto, se extiende a la totalidad de la obra salvífica de Cristo. Solamente Ella fue asociada de ese modo al sacrificio redentor, que mereció la salvación de todos los hombres»<sup>204</sup>.

Para el mariólogo más conocido del siglo XX, Gabriel Maria Roschini (1900-†1977), la cooperación significa unir la propia actividad con la de otro. Esta actividad común es resultado de sus causas que en el principio son distintas pero que están unidas en la actividad y en el efecto que resulta de ellas. En el caso de María esta obra es la redención del género humano. La cooperación en la encarnación con su «*fiat*» se extiende a todo el misterio de la salvación en la propia estructura del mismo, siempre dependiente del aporte de Cristo, toda vez que Ella misma ya había sido redimida preservativamente por los méritos de su Hijo incluso antes de su concepción inmaculada.

Como quedó demostrado, la participación de María en la obra salvadora de Cristo fue activa y es parte, por voluntad libre de Dios, de la estructura misma de la Redención, de tal manera que se podría parafrasear la célebre exclamación del Pregón Pascual «Oh feliz culpa que nos ha alcanzado tener tan grande Redentor»<sup>205</sup> y aplicarla a aquella que participó de esta redención diciendo: «Oh Feliz culpa que nos ha merecido recibir por madre a Santa María»<sup>206</sup>.

---

203 SAN AMBROSIO. *María al pie de la cruz*, apud, REGAMEY, Pie. *Los mejores textos sobre la Virgen María*. Madrid: Rialp, 1992, pp. 80-81.

204 JUAN PABLO II. Catequesis mariana de 09 de abril del 1997: *María, la única colaboradora en la redención*. En: *L'Osservatore Romano*, edición semanal en lengua española, del 11 de abril del 1997.

205 Cf. MR. Pregón pascual.

206 Cf. ESCRIVÁ DE BALAGUER, Josemaría. Homilía pronunciada el 11.10.1964. En: *Amigos de Dios: Homilias*.

En su encíclica «*Ad diem illum*»<sup>207</sup>, escrita para celebrar el 50<sup>o</sup> Aniversario de la definición dogmática de la Inmaculada Concepción, el Papa San Pío X presenta el misterio de la encarnación redentora como estricta e inseparablemente ligado a la misión maternal de la Santísima Virgen. Según el Papa, la tarea de María sería:

«Engendrar y alimentar a la Víctima, poniéndola en el altar, de donde se deriva la comunión de vida y aflicciones entre la Madre y el Hijo, aflicciones éstas a las que se les puede aplicar, de manera conjunta y de igual manera, las palabras del Profeta: “*Pues mi vida se consume en aflicción y en suspiros mis años*” (Sal 30:11)»<sup>208</sup>.

El Papa habla de «comunión de vida y aflicciones» entre Jesús y María, «desde la casa de Nazaret al lugar del calvario»<sup>209</sup>. Es por lo tanto en el calvario, al pie de la cruz, donde esa comunión de aflicciones alcanza su máxima expresión y la Santísima Virgen María – dice el Papa citando a San Buenaventura – «participó de tal manera en los sufrimientos [del Hijo], que de haber sido posible, con gusto habría padecido Ella misma todos los tormentos que el Hijo soportaba». En esta enseñanza queda clara la misión de colaboradora única y singular de María, ontológicamente unida con la misión redentora de Jesús, estando siempre «con Él y bajo Él», según la precisa definición del Vaticano II (LG 56)<sup>210</sup>. La explicación del Papa prosigue afirmando que en esa «comunión de aflicciones y de voluntades entre María y Cristo», se encuentra la raíz de la gracia por la cual la Santísima Virgen María, en concreto, «mereció convertirse en la más digna Reparadora del mundo pecador, y por lo tanto, Dispensadora de todas las gracias que nos mereció Jesús por su muerte y por su sangre»<sup>211</sup>. Para San Pío X los elementos que constituyen la mediación salvífica de María son principalmente: La «reparación», por la que pagó con el precio del sufrimiento, la inmolación que posibilitó volver a adquirir la gracia perdida por nuestros primeros padres y la «dispensación» de la gracia, equivalente a la mediación universal que distribuye todas las gracias a todas y cada una de las personas redimidas, para su salvación.

---

25. ed. Madrid: Rialp, 1977, p. 400-402 .

207 ADI. ASS 36 (1903-1904), pp. 449-462.

208 Ibid., p. 453.

209 Ibid., pp. 454-455.

210 Gherardini comenta que este texto de San Pío X se refiere a una «comunión» tan perfecta que alcanza los máximos grados de identificación en el «mismo sufrimiento y voluntad», uniendo a Cristo con María en la realización de la misma obra salvífica, precisamente designando a María como Madre del Verbo encarnado, y por lo tanto, «por medio de Él y subordinada a Él, capaz de merecer, junto con Él, el inmenso tesoro de la gracia redentora. [...] Con Él que repara, también Ella es Reparadora. Con Él que reconcilia, también Ella es la Reconciliadora». Cf. GHERARDINI, Brunero. *La Corredentrice nel mistero di Cristo e della Chiesa*. Roma: VIVERE IN, 1998, p.116.

211 ADI. ASS 36 (1903-1904), pp. 453-454.

El Papa Pío XII, en su Encíclica *Ad Cæli Reginam*, que instituye la fiesta de María Reina, explica que al realizarse la obra de la Redención María fue íntimamente asociada a Cristo, de esta forma, como Dios es Padre y Señor de todo, así María reparando todas las cosas con sus méritos, es Madre y Señora de todo y por tanto, como Cristo es nuestro Rey, así la Bienaventurada Virgen es Señora nuestra por su particular concurso prestado a nuestra redención, suministrando su substancia y ofreciendo voluntariamente por nosotros a su Hijo Jesús. Por eso si en la obra de la salvación María fue *socia Christi* casi como Eva fue *socia peccati* con Adán, se puede decir que Ella fue elegida para Madre de Cristo «para serle asociada en la redención del género humano»<sup>212</sup> y se puede concluir que así como a Cristo se lo debe llamar Rey, a la Virgen María se la debe llamar Reina, no sólo por ser Madre de Dios, sino también por su participación activa en el rescate de la humanidad<sup>213</sup>. Sobre el tema de la realeza de María Santísima acogida en el cielo y elevada por encima de todos los coros de ángeles y santos donde reina con Cristo, su divino Hijo, los padres desde la antigüedad la han celebrado como Patrona, Señora, Soberana, Reina, Señora de todas las criaturas, a lo que San Andrés de Creta agrega: «María es Reina de todo el género humano»<sup>214</sup>. La liturgia la venera como Soberana de todos nosotros, Reina del cielo y del mundo. Los papas, en sus encíclicas, la llaman Reina de cielo y tierra (Pío IX), Reina y Señora del universo (León XIII), Reina del mundo (Pío XII)<sup>215</sup>. De esta forma María está colocada en la estructura fundante y en el culmen de la historia de la salvación siempre, está claro, en colaboración participativa con su Hijo.

Los contenidos doctrinales que aquí estudiamos sobreentendidos en el antiguo paralelismo patrístico Eva-María y el calificativo de nueva-Eva han confluído en el tema de la participación activa de María en la estructura fundante de la salvación, como madre y cooperadora del Redentor, pues Ella aparece al lado del Cristo redentor; tema profundizado y formulado sistemáticamente por la reflexión teológica, indicado por los últimos pontífices e introducido en los textos litúrgicos<sup>216</sup>.

Sobre este particular el conocido teólogo Karl Rahner afirma:

«Cuando la Escritura (Jn 19, 25-27) nos presenta a María, la mujer por excelencia (la nueva Eva es madre de los redimidos), al lado de la cruz, podemos comprender que María asumió durante toda su vida hasta la «hora de

---

212 Pío XI. Epist. *Auspiciatus profecto*: AAS 25 (1933), p. 80.

213 ACR, n. 15.

214 SAN ANDRÉS DE Creta. *Hom. 2 in Dormit. Ss. Deiparæ*. PG 97, 1079b, ed. 1865.

215 Cf. LUDWIG, Ott. *Manual de Teología Dogmática*. Barcelona: Herder, 1966, p. 330.

216 Cf. LAURENTIN, René. *Le titre de Coredemptrice*: Étude historique. París: Nouvelles Editions Latines, 1951, apud: NUEVA EVA. En: DE FIORES, Stefano; MEO, Salvatore. *Nuevo Diccionario de Mariología*. Madrid: Paulinas, 1988, p. 1474.

la redención» la función receptiva de la salvación que le es propia como madre de Jesús. Por esta razón - utilizando para ello un concepto cuyo alcance discute todavía la teología católica - se la llama también “corredentora”<sup>217</sup>. Así, en María se encuentran, se corresponden y se condicionan recíprocamente, la misión en la historia de la salvación (maternidad divina) y la santidad personal (“dichosa tú que has creído”)<sup>218</sup>.

Contemporáneamente esta sistematización teológica está presente en el magisterio de los papas<sup>219</sup>, que se ha ocupado de varios modos y con intención de precisar la cuestión específica de la cooperación de María a la Redención, tema que el Concilio Ecuménico Vaticano II afrontó y desarrolló con maestría en el capítulo VIII de la *Lumen gentium*<sup>220</sup>. Un ejemplo muy significativo del desarrollo dogmático posterior al Concilio lo dio el mismo Papa Pablo VI cuando, en su discurso del 21 de noviembre de 1964, al clausurar la tercera etapa conciliar, proclamó oficialmente a María como «*Madre de la Iglesia*», después de haberse aprobado la Constitución sobre la Iglesia donde no figuraba ese título:

«Así, pues, para gloria de la Virgen y consuelo nuestro, Nosotros proclamamos a María Santísima Madre de la Iglesia, es decir, Madre de todo el pueblo de Dios, tanto de los fieles como de los pastores que la llaman Madre amorosa y queremos que de ahora en adelante sea honrada e invocada por todo el pueblo cristiano con este gratísimo título»<sup>221</sup>.

La Iglesia, mientras continúe su peregrinación en la historia, tiene que escudriñar los signos de los tiempos bajo la inspiración del Espíritu Santo. La teología y la misma autoridad eclesial están llamadas a discernir para examinar las propuestas de los movimientos populares marianos, sin permitir que sean manipulados, pero también apreciando el genuino sentido de los fieles (*sensus fidelium*), como elemento importante en el desarrollo de las verdades de fe<sup>222</sup>.

---

217 En este trabajo no entramos en el análisis del título «Corredentora» aplicado a María, por no ser todavía un título definido por el Magisterio Eclesiástico. Apenas citamos el texto de Rahner, sin entrar en el mérito de la aceptación del título. La doctrina, después de la promulgación de *Lumen gentium* se puede decir que es «*verissime in se*» y esto el hoy Papa Benedicto XVI lo afirmaba cuando era Cardenal en la citada obra *Dios y el Mundo*, en la cual pone de relieve que el contenido doctrinal ya está en los documentos pontificios y eclesiales, pero que el término no está definido magisterialmente. Cf. RATZINGER, Joseph; SEEWALD, Peter. *Dios y el Mundo, una conversación con Peter Seewald*: Las opiniones de Benedicto XVI sobre los grandes temas de hoy. Madrid: Galaxia Guttemberg, 2005, pp. 287-288.

218 RAHNER, Karl. *María Madre del Señor*. Barcelona: Herder, 1966, pp. 14-15.

219 Cf. LEÓN XIII. Encíclica *Jucunda semper*, 1894. En: *AAS* 27 (1894-1895), pp. 178-179; Encíclica *Adiutricem populi*, 1895. En: *AAS* 28 (1895-1896), pp. 130-131. SAN PÍO X. Encíclica *Ad diem illum*, 1904. En: *AAS* 36 (1903-1904), pp. 453; BENEDICTO XV. Carta apostólica *Inter sodalicia*, 1918. En: *AAS* 10 (1918), pp. 181-182. PÍO XI. Mensaje Radiofónico del 28 de abril del 1935, en *L'Osservatore Romano*, 29-30 de abril del 1935, p. 1; PÍO XII. Encíclica *Mystici corporis Christi*, 1943. En: *AAS* 35 (1943), pp. 247; Encíclica *Ad caeli Reginam*, 1954. En: *AAS* 46 (1954) 634-635; Encíclica *Haurietis aquas*, 1956, en *AAS* 38 (1956), p. 332.

220 Cf. NUEVA EVA. DE FIORES, Stefano; MEO, Salvatore. *Nuevo Diccionario de Mariología*. Madrid: Paulinas, 1988, p. 1479.

221 Cf. PABLO VI. *Allocuzione de Conclusione della III Sessione del Concilio Vaticano II*: Festa della Presentazione di Maria Santissima al Tempio. Sabato, 21 de noviembre del 1964. En: TRIVIÑO, María Victoria. *Como un sello en el corazón*: Cantar de los Cantares. Madrid: Caparrós, 2007, p. 231.

222 Cf. MANZANERA, Miguel. *María Corredentora en la Historia de la Salvación*. En: *Yanchay*, Revista de



En su libro «Dios y el Mundo, una conversación con Peter Seewald», el entonces Cardenal Ratzinger afirma:

«Es cierto que Cristo forma con nosotros una comunidad profunda, de manera que todo lo que es suyo se hace nuestro y todo lo que es nuestro Él lo ha aceptado haciéndolo suyo; este gran intercambio es el auténtico contenido de la redención, eliminar las barreras de nuestro yo y entrar en comunión con Dios. Dado que María anticipa la Iglesia en cuanto tal, es la Iglesia en persona que se consume en Ella de manera ejemplar. Pero ese “con” no debe hacernos olvidar que el “primero” es Cristo: Todo procede de Él. María es lo que es gracias a Él»<sup>223</sup>.

### 6.3. La redención preservativa de María

La cooperación de María a la obra de la salvación no se limita a la Encarnación, ella se explica por una estrecha asociación a su Hijo. María coopera junto a la cruz ofreciendo sus dolores al Padre por la salvación del mundo, juntamente con Jesús, su Santísimo Hijo. Dado que se inicia en María un nuevo comienzo, Ella no puede pertenecer al contexto del pecado: Su relación con Dios no está perturbada. Ella está desde el principio ante los ojos de Dios, que la «ha mirado» (*Magnificat*) y la dejó alzar la vista hacia Él. Su específica pertenencia a Cristo conlleva también que está completamente en estado de gracia. La palabra del ángel «*llena de gracia*», puede ser interpretada de forma que abarque toda su existencia, pues no es un privilegio sólo para María, sino una esperanza que involucra a toda la humanidad<sup>224</sup>. El Padre habría aceptado juntamente para la redención de la humanidad, la pasión de Cristo y la compasión de María<sup>225</sup>. No falta quien pregunte ante esta afirmación si teniendo María que ser redimida, ¿Cómo habría podido cooperar en la obra misma de la Redención?

La cuestión ha encontrado muchas idas y venidas en el decurso de la historia de la teología, especialmente a partir de las famosas discusiones de San Agustín sobre el Pecado Original, para contestar a la herejía pelagiana, cuyas repercusiones históricas, sobre todo por el posterior agustinianismo exagerado, llevó a la convicción de que el pecado es común a todos de la misma forma que la redención de Cristo es universal. Contra Pelagio y Celestio escribió Agustín algunas de sus obras más importantes entre las que se cuentan: *Del Espíritu y la letra*, *De la naturaleza y la gracia*, y *De la gracia de Jesucristo y del pecado original*. Además, escribió contra Julián de Eclana, pelagiano de la segunda generación, obras como *Contra Julián* y *Obra incompleta contra la segunda respuesta de Julián*<sup>226</sup>.

---

cultura, filosofía y teología, año 15, n. 27. Cochabamba: Universidad Católica Boliviana, 1998, p. 107.

223 Cf. RATZINGER, Joseph; SEEWALD, Peter. *Dios y el Mundo, una conversación con Peter Seewald*: Las opiniones de Benedicto XVI sobre los grandes temas de hoy. Madrid: Galaxia Guttemberg, 2005, pp. 287-288.

224 Cf. *Ibid.*, p. 286.

225 «*Marie a été associée à Jésus dans l'oeuvre de la rédemption; Marie a contribué à notre rechât; Dieu a voulu qu'aux mérites du Christ fusset adjoints a ceux de Marie*». (BOYER, Charles. *Réflexions sur la Corédemption de Marie*. En: *Alma Socia Christi*. Roma, 1952, p. 2)

226 Cf. GONZÁLEZ, Justo L. *Historia del Pensamiento Cristiano*: Desde los principios hasta nuestros días, Tomo

Especialmente en oposición a Julián, el Obispo de Hipona elaboró la doctrina sobre el pecado de la humanidad, causa de todos los males que hoy la oprimen, negando que las miserias actuales hayan podido afligir a la humanidad independientemente del pecado. Este argumento, aplicado a los niños que no han cometido pecados personales, demuestra para San Agustín que el pecado ha sido cometido por el primer padre de todos los hombres<sup>227</sup>. Desprovisto de argumentación sólida, Julián – obispo adherente a la herejía pelagiana – recurre a la concepción de María para oponerse a la doctrina agustiniana de la universalidad del Pecado Original, apoyándose en la piedad popular que venera la santidad de María. El argumento de Julián contra Agustín es elocuente:

«Eres peor que Joviniano: Él evacúa la virginidad de María en la forma del parto; tú la entregas al diablo a María en persona por la forma de su nacimiento»<sup>228</sup>.

San Agustín responde:

«No entregamos a María al diablo por razón de la condición de su nacimiento; y esto precisamente porque esa condición fue suprimida por la gracia de un nuevo nacimiento»<sup>229</sup>.

Agustín supone en María la *conditio nascendi* del Pecado Original. Detrás de ello se oculta la creencia de que el factor transmisor del pecado original es el placer del acto generacional, inexistente únicamente en la concepción virginal y sobrenatural de Cristo<sup>230</sup>. Esta posición de la mayor autoridad teológica de la Antigüedad mantuvo bloqueado durante siglos en Occidente el desarrollo de la cuestión<sup>231</sup>, puesto que él pone como principio indiscutible que la purificación debe ser alcanzada por la gracia de «renacer» en Cristo, no

---

II: Desde San Agustín hasta la Reforma Protestante. Miami: Caribe, 1992, p. 32.

227 FLICK, Maurizio; ALSZEGHY, Zoltan. *Antropología Teológica*. Salamanca: Sígueme, 1970, p. 143.

228 SAN AGUSTÍN. *Opus imperfectum adversus Julianum*, IV. 122. En: *Obras completas de San Agustín*, Tomo XXXVII. Madrid: BAC, 1985, pp. 181-182. Julián destaca que la exclusión de todo pecado en María comporta la exclusión del Pecado Original.

229 «Jul.: *Tu ipsam María diabolo nascendi conditione transcribis.*—Aug.: *Non transcribimus diabolo Mariam conditione nascendi; sed ideo, quia ipsa conditio solvitur gratia renascendi*» (SAN AGUSTÍN. *Opus imperfectum adversus Julianum*, IV. 122. En: *Obras completas de San Agustín*, Tomo XXXVII. Madrid: BAC, 1985, pp. 181-182). En el Sermón 22, 30 (PL 15, 1521), San Agustín afirma: «Con miras al pecado no quiero incluir a María que “en cualquier aspecto” ha superado el pecado». (Cf. HUHN, J. *Ambrosius von Mailand*. En: *Marienlexikon* 1. St. Ottilien: EOS Verlag, 1988, p. 129).

230 «*Aut ergo ipsa (concupiscentia carnis, per quam jactus carnalium seminum provocatur) vitium est, si nulla fuit ante peccatum, aut ipsa sine dubio est vitiata peccato; et ideo ex illa trahitur originale peccatum*». Inmediatamente antes se dice expresamente de María: «*Maria quidem mater eius, de qua carnem sumpsit, de carnali concupiscentia parentum nata est; non autem Christum sic ipsa concepit, quem non de virili semine, sed e Spiritu Sancto procreavit*» (SAN AGUSTÍN. Op. cit., pp. 181-182).

231 Cf. MÜLLER, Alois. *María en el acontecimiento Cristo*. En: AAVV. *Mysterium Salutis: Manual de teología como historia de la salvación*, Tomo III. Madrid: Cristiandad, 1971, p. 894.

mencionando excepción ninguna para Santa María, de forma que su argumento va a ser usado contra la Inmaculada Concepción en las discusiones posteriores, por estar subyacente que para ser redimido es necesario haber participado del pecado de Adán, es decir, que la universalidad de la redención depende de la universalidad de la participación *de facto* en el pecado de origen<sup>232</sup>. Las discusiones se prolongaron por siglos y poco a poco se fue abriendo el campo para afirmar lo que la piedad popular ya creía desde los principios de la Iglesia: La Madre de Dios no podría haber sido un día, un momento que fuera «enemiga de Dios». En Oriente, si bien se rechazó el pelagianismo, la doctrina del Pecado Original no adquirió un desarrollo conceptual tan grande como en Occidente. Tampoco allí se planteó expresamente la cuestión de la ausencia en María del Pecado Original, aunque existen algunos textos bastante categóricos en afirmar esta ausencia.

La fiesta litúrgica de la Concepción de María, que había sido aceptada en Oriente sin precisión dogmática pasó a Inglaterra a partir del siglo XI y después para los otros países europeos, generando discusiones sobre el contenido teológico de esta conmemoración. Ya los argumentos de San Anselmo de que la Virgen habría sido concebida con pecado, pero por su fe, fue purificada en el propio seno materno de Ana a fin de concebir a Cristo<sup>233</sup>, permitieron que su discípulo Eadmero de Canterbury llegase a la conclusión de que María estuvo libre del pecado original<sup>234</sup>. El siglo XII trae la gran controversia contra la fiesta y el misterio que representa. Hasta finales del siglo XIII los nombres importantes se encuentran del lado de los adversarios de la doctrina, entre ellos Pedro Lombardo, Alejandro de Hales, Buenaventura, Alberto Magno y Tomás de Aquino<sup>235</sup>. El Beato Juan Duns Escoto (con Guillermo de Ware y

---

232 Cf. BASTERO DE ELEIZALDE, Juan Luis. *Virgen Singular*: La reflexión teológica mariana en el siglo XX. Madrid: Rialp, 2001, pp. 114-115.

233 Sobre este tema afirma Santo Tomás: «*Ergo dicendum quod etiam in Beata Virgine prius fuit animale, et post id quod est spirituale: Quia prius fuit secundum spiritum sanctificata*» (*S. Th.* III, q. 27 a. 1). En la concepción de Santo Tomás hay un tiempo (no determinado) entre la concepción humana – que él llama animal – y la infusión del alma, momento en que es manchada por el Pecado Original. Ahora – afirma el Aquinate – nada impide que la prole sea santificada después de recibir el alma. Cf. *S. Th.* III, q. 27 a.1 § 4º. Sobre esto, enfatiza Karl Rahner: «No se trata de una cuestión de duración temporal, sino de si María cayó bajo el poder del pecado original y el dominio del diablo, de si el origen de su existencia ocurrió en culpa o gracia». (*RAHNER, Karl. Escritos de Teología III*. Madrid: Cristiandad, 2002, p. 142).

234 «¿No podría [Dios] por ventura conferir a un cuerpo humano [...] la posibilidad de permanecer libre de toda picada de espinas, aunque hubiera sido concebido en medio de los aguijones del pecado? Es claro que podría y quería hacerlo; si lo quiso, Él lo ha hecho». *Tractatus de conceptione sanctæ Mariæ*. PL 159, 305, ed. 1853.

235 San Bernardo de Claraval se opuso a la introducción de la fiesta de la Inmaculada Concepción en la Catedral de Lyon, en el año 1138, afirmando la necesidad de aprobación por la Santa Sede para la misma que – en su opinión – estaría en contra de la tradición. Por este motivo él está incluido entre los grandes autores contrarios a la doctrina de la Inmaculada Concepción. Sin embargo, en el comentario de la Tercera serie de Sentencias, n. 87, este autor, tras puntualizar que María «Fue Virgen **sin mancha de pecado**, sin arruga de fingimiento»; hace un paralelo con las figuras marianas del AT. Cuando comenta la invocación «Torre de Marfil», afirma: «El marfil es muy frío, por eso simboliza la castidad de María, que **mediante el poder divino quedó eximida del pecado**

Raimundo Lulio) llega a una conclusión teológica favorable a la Inmaculada Concepción, levantando la hipótesis de la remisión preservativa para explicar la exención del Pecado Original en María, demostrando que la remisión preservativa es **la forma más perfecta de redención**. Así, la salvación alcanzada por Cristo es universal y redime a María de la forma más perfecta: Evitando que la culpa le toque antes de su concepción. María fue redimida *ante prevista merita* por el sacrificio de Cristo, o sea el Padre aceptó la Pasión de Cristo a favor sólo de María y en un segundo momento, aceptó la Pasión de Jesús y la compasión de María por todos los demás hombres. Sigue la larga polémica entre dominicos y franciscanos, que en 1439 llevó a la definición del Concilio de Basilea de que todos debían aceptar la concepción inmaculada como conforme a la fe católica y a la Escritura y que no estaba permitido enseñar ni predicar lo contrario<sup>236</sup>, pero este Concilio no contaba con la autorización papal, de ahí que no pudiera hablarse de un dogma definido. Por eso la discusión continuará. En 1483, Sixto IV prohibió que se presentara una u otra opinión como herética o pecaminosa (DS 1425s). El Concilio de Trento declaró que «no es intención incluir en este decreto – en el que se habla del Pecado Original – a la bienaventurada e incontaminada Virgen y Madre de Dios, María» (DS 1516)<sup>237</sup>. Sigue la polémica – intermediada por decisiones papales de Pablo V, Alejandro VII y Clemente XI – mientras el argumento de Escoto iba siendo trabajado por los teólogos posteriores, redundando victorioso con la proclamación del dogma de la Inmaculada Concepción, en 1854<sup>238</sup>. El dogma proclamado por Pío IX nos muestra, que un ser humano, que no es el Mediador sino un redimido, no tuvo pecado. Todos nosotros – y también María – somos redimidos por el sacrificio redentor de Cristo, del cual nosotros participamos por el Bautismo y María ha participado antes aún de ser concebida. Por tanto la existencia de María está construida a modo de contrapunto al pecado<sup>239</sup>, constituyendo la singularidad única de la redención preservativa de María un factor que estrecha los lazos de Ella con el Redentor, que es el Verbo encarnado en su seno maternal. Sin embargo la asociación con Él va mucho más

---

**original y personal**; y cubierta por la sombra del Espíritu Santo, no experimentó en modo alguno los incentivos de la concupiscencia. Cf. YÁÑEZ NEIRA, María Damián (organización). [BERNARDO DE CLARAVALL]. *Las alabanzas de María y otros escritos escogidos*. Madrid: Ciudad Nueva, 1998, p. 177.

236 Cf. LE BACHELET, X. *Immaculée Conception*. En: *Dictionnaire de Théologie Catholique*, Tomo VII. París: Letouzey et Ane, 1913, p. 1113; MANSI, Joannes Dominicus. *Sacrorum Conciliorum: Nova et amplissima collectio*, Tomo XXIX. Venecia: Ed. Franciscum ex Nicolao Pezzana, 1788, pp. 182s. La afirmación fue hecha en la sesión 36. Este mismo concilio emanó posturas doctrinales acerca de la supremacía del concilio general sobre el Papa en su 33ª Sesión (15 de mayo de 1439), que fueron condenadas por el Decreto «**Moyses vir Dei**», del 4 de septiembre de 1439, del Concilio Ecuménico de Florencia (1439-1442) [cf. DH 1309, ed. 2007].

237 Cf. MÜLLER, Alois. *María en el acontecimiento Cristo*. En: AAVV. *Mysterium Salutis: Manual de teología como historia de la salvación*, Tomo III. Madrid: Cristiandad, 1971, pp. 894-895.

238 Cf. POZO, Cándido. *María en la obra de la Salvación*. Madrid: BAC, 1984, pp. 25-26.

239 Cf. RAHNER, Karl. *Escritos de Teología III*. Madrid: Cristiandad, 2002, p. 141.

allá. Hay una unión íntima con Él por el hecho de ser su madre: Queda así asociada a su persona. Existe además una ulterior unión con Él por dignidad particular suya: Queda así asociada a su obra redentora<sup>240</sup>.

#### 6.4. Polarización en la Mariología

Con la Bula *Ineffabilis Deus* parecía que todas las cuestiones sobre María estaban resueltas, pero fue exactamente en el centenario de las apariciones de la Virgen a Santa Bernadette Soubirous, donde Ella misma había confirmado el título de Inmaculada Concepción, que hubo una división que marcó la mariología del siglo XX. La polarización de la mariología contemporánea presentaba las dos tendencias principales: La cristotípica y la eclesiotípica, como dos caminos exclusivos frente a los cuales había que optar por uno u otro<sup>241</sup>.

La diferencia esencial está en la manera de concebir el papel de María en la obra de la Redención. Los mariólogos de orientación cristotípica<sup>242</sup> visualizaban la persona de María a partir de su unión íntima con Cristo y su misión salvadora, tomando como punto de partida su predestinación a ser Madre de Dios y, por tanto, en función de la Encarnación y del plan salvífico de Dios, sustentando que la mariología debe ser tratada como un capítulo de la teología y no como un estudio hagiográfico, pues toda la existencia de María se explica en función de la Maternidad divina y por eso los privilegios de María son participativos de los de Cristo; es por tanto una mariología cristológica. Los mariólogos de orientación eclesiotípica, que se ha puesto de actualidad a consecuencia de la publicación de los estudios de O. Semmelroth, H. Köster y A. Müller sobre el tema de María y la Iglesia, cargan el acento más bien sobre los lazos que unen a María con la humanidad<sup>243</sup>. En esta visualización horizontal, la persona de María es ante todo *una creyente*, modelo de los creyentes; no está al lado de la divinidad sino del hombre. Es una mujer del pueblo de Dios siendo importante en Ella no sólo las prerrogativas de gracia irrepetibles, sino lo que tiene de modelo para nosotros, María es así

---

240 Cf. DE ALDAMA, José Antonio. *María en sus relaciones con la Santísima Trinidad*. En: AAVV. *Mariología Fundamental: María en el Misterio de Dios*. Salamanca: Secretariado Trinitario, 1995, p. 305.

241 Las expresiones «perspectiva cristotípica» y «perspectiva eclesiotípica» fueron propuestas por H. M. Köster en el Congreso Internacional Mariológico y Mariano de Lourdes. Cf. *Maria et Ecclesia*, II, Roma, 1959, 21-51. Citación de NAPIORKOWSKY, Stanislaw. *Panorama actual de la mariología*. En: *Concilium*, Revista internacional de Teología, 29, espiritualidad. Madrid: Cristiandad, 1967, p. 476.

242 En el Concilio Vaticano II los obispos que defendían la tendencia cristotípica eran sobre todo obispos italianos, españoles y latinoamericanos, mientras la eclesiotípica era sostenida principalmente por obispos alemanes y franceses. (Cf. ROSELL DE ALMEIDA, Carlos Alberto. *Contexto y Doctrina del Concilio Vaticano II*. Lima: 2010. (Apuntes de clase)

243 Cf. NAPIORKOWSKY, Stanislaw. Op. cit., p. 476-477.

modelo de la Iglesia<sup>244</sup>, una concepción mariana, por tanto, *pro nobis* y no *pro Christi*, se buscaba enfocar la mariología en el prisma eclesiológico, donde María fuese concebida desde su característica de miembro excelente y «tipo» de la Iglesia.

Las dos tendencias fueron tomando cuerpo y una postura de oposición que se caracterizó como una verdadera polarización que «explotó» en el Concilio Vaticano II asumiendo un carácter casi beligerante: La cristotípica quería un documento conciliar específico sobre la Santísima Virgen María en cuanto que la eclesiotípica pretendía incluir la mariología en el documento sobre la Iglesia, elaborándose una mariología eclesiológica. Se proponía que el Concilio declarase a María Madre de Dios y de la Iglesia, lo que aumentaba aún más las divisiones toda vez que la postura eclesiotípica afirmaba no encontrar fundamentación bíblica para el segundo título. La Comisión central había determinado que el esquema «*sobre la Bienaventurada Virgen María, Madre de la Iglesia*» sería tratado separadamente del esquema *De Ecclesia*. Cuando los Padres conciliares alemanes y austríacos recibieron este informe pidieron al P. Rahner que preparase comentarios sobre el mismo, que serían presentados en la conferencia de Fulda<sup>245</sup>. Los comentarios escritos por Karl Rahner afirmaban que, tal como estaba redactado, el esquema era «fuente de gran preocupación» tanto para él mismo, cuanto para los padres Grillmeier, Semmelroth y Ratzinger, quienes lo habían estudiado desde el punto de vista teológico. Afirmó que el texto «produciría un daño inimaginable desde la óptica ecuménica», que harían baldíos todos los esfuerzos del Concilio en este campo. Por eso, defendía la urgencia de que el esquema sobre la Santísima Virgen se convirtiese en un capítulo, o epílogo del esquema sobre la Iglesia. Rahner sostenía también que el esquema utilizaba tácticas que «no son honestas», por declarar que no hay intención de definir nuevos dogmas, pero presenta ciertas enseñanzas como ya pertenecientes a la doctrina de la Iglesia, temas que todavía no son dogmas. Hacía referencia especialmente a la cuestión de la mediación de María y al título de *Mediadora de todas las gracias* que se otorgaba a la Virgen, propuesta como doctrina comúnmente creída por los católicos. Para el perito alemán esta doctrina «debe examinarse de nuevo cuidadosamente», puesto que el documento emanado del Concilio «influirá notablemente sobre la Mariología y la devoción de los fieles a María». La conferencia de Fulda aceptó las sugerencias con una excepción: No se oponían absolutamente a conservar las palabras *Mediadora y mediación* en el esquema, sin embargo no parecía deseable para ellos la expresión *Mediadora de todas las gracias*, ya que

---

244 Cf. VIGIL, José María. *Vivir el Concilio: Guía para la animación conciliar de la comunidad cristiana*. Madrid: Paulinas, 1985, pp. 62-63.

245 Conferencia de los Obispos alemanes. La primera de ellas se dio en 1848, en la ciudad de Würzburg. La segunda se dio en Fulda, el año 1867. Fue reorganizada en 1966 y a partir de entonces ocurre anualmente en Fulda.

cuestionaban cómo la Virgen podía ser mediadora de las gracias sacramentales. Pedían que la Comisión Teológica sopesase las razones de la minoría que pedía la exclusión de los términos *Mediadora y mediación*, para excluirlas si juzgase conveniente. La propuesta citaba escritos protestantes<sup>246</sup> y concluía que el Concilio debía, o guardar silencio o reprender a los culpables de exceso en la materia. En las sesiones hablaron el Cardenal Frings, de Colonia, respaldando la inclusión en el esquema *De Ecclesia*, el Cardenal Silva Henríquez, de Santiago de Chile, afirmando que una constitución separada podría aumentar los excesos de la piedad popular mariana, manifestando su apoyo al Cardenal alemán. También el Arzobispo de Toulouse, Mons. Gabriel Garrone, apoyó la posición de Frings como «antídoto a los excesos devocionales». Para éste la inclusión de María en el documento sobre la Iglesia dejaría claro que Ella «no aparecería como ajena al plan providencial de salvación, sino más bien como parte de él». Dos días después, el Cardenal Benjamín de Arriba y Castro, de Tarragona, representando a sesenta obispos, la mayoría españoles, argumentó que sería mejor adoptar un esquema separado dada la importancia de la Madre de Dios en la economía de la redención. Finalizaba pidiendo que – si la mayoría decidiese por la inclusión – fuese un capítulo entero dedicado a la Santísima Virgen. Se hicieron circular cartas y propuestas por la inclusión como epílogo por parte de los obispos de Inglaterra y Gales. Por otro lado, los obispos servitas divulgaron un folleto donde sugerían la conservación del esquema separado y de la referencia a los títulos de María, a los cuales pedían que se acrecentase el de *Corredemptrix*. Circuló también otro folleto, de pluma del perito de la Comisión Teológica P. Carolus Balić, aduciendo una multitud de razones para conservar el esquema sobre la Santísima Virgen María como un documento propio. Citaba a muchos Padres del Concilio, incluso al Cardenal Spellman, quien, en una intervención escrita afirmaba que «la tarea de un concilio ecuménico es instruir a los miembros de la Iglesia, más que los de fuera de ella». El 24 de octubre los cardenales moderadores anunciaron un debate sobre los motivos a favor y en contra de la inclusión del esquema mariano en el eclesiológico. El primero en hablar fue el cardenal de Manila, Rufino Santos, aportando razones para la separación de los esquemas, pidiendo más tiempo para la votación a fin de que sea mejor madurado el tema.

El segundo orador fue el Cardenal Köning, de Viena, que insistió en las ventajas del esquema único. El día siguiente circuló otra carta, de autoría de cinco Padres de rito oriental, señalando que entre «los orientales unidos a la Sede Apostólica, así como en los separados de ella, la Santísima Virgen María es enormemente venerada» y apremiaban a los Padres que

---

246 Entre los citados estaban el Prof. Meinhold y otros que habían manifestado el deseo de que, si el Concilio se ocupase de la Virgen María, lo hiciese en el esquema sobre la Iglesia, a fin de que «pudiese tener lugar un nuevo enfoque sobre la doctrina de la Santísima Virgen».

votasen un esquema independiente para la Madre de Dios. Las aguas se calentaban cada vez más... El obispo brasileño Giocondo Grotti (servita), difundió pronto una refutación de todos los argumentos de los partidarios a la fusión de los esquemas, afirmando que María no es un miembro igual a los demás de la Iglesia y que por sus singulares privilegios «debe recibir un tratamiento singular». Cuanto a la cuestión de que un esquema aparte sería equivalente a una definición nueva sobre la Virgen, contestaba que nadie había argüido, en todos los folletos y cartas divulgadas, que esos esquemas definiesen algo nuevo en la Mariología. Rebatía también la objeción de que se otorgaría más honor a María que a Cristo, afirmando que María nunca estaría «ni encima ni en contra de Cristo». No dejando brechas en su argumentación, añadió que los abusos devocionales eran un argumento más para un esquema en separado, que pudiera definir mejor las verdades mariológicas y presentarlas con más claridad. En el plenario preguntó el obispo Grotti: «¿Consiste el ecumenismo en confesar la verdad, o en ocultarla? ¿Debe el Concilio explicar la doctrina católica a nuestros hermanos separados? Esta ocultación – seguía el obispo de Acre y Purús (Brasil) – perjudica a los católicos porque figuran como hipócritas y a los hermanos separados porque «les hace aparecer como débiles y capaces de sentirse ofendidos por la verdad». Su argumentación fue concluida con un pedido: «Separemos los esquemas. Profesemos nuestra fe abiertamente. Seamos maestros de quiénes están en la Iglesia instruyéndoles con claridad y no ocultando lo que es verdad»<sup>247</sup>.

Muchos obispos estaban en duda, tenían miedo de ser instrumento para disminuir la exaltación debida a la Madre de Dios. Llegó el día de la votación, 29 de octubre de 1963 y de los 2.193 votantes, 1.114 se han decidido por la inserción en el esquema *De Ecclesia*, mientras 1.074 votaron por un texto dedicado exclusivamente a la Santísima Madre de Dios<sup>248</sup>. La mayoría exigida era de 1.097, la alianza inclusionista había ganado por un margen de 17 votos<sup>249</sup>. De esta manera, «*sin pena ni gloria*»<sup>250</sup> – comenta Yves Congar – triunfó la postura

---

247 Cf. WILTGEN, Ralph M. *El Rin desemboca en el Tiber: Historia del Concilio Vaticano II*. Madrid: Criterio, 1999, p. 106-111.

248 Cf. CONGAR, Yves Marie-Joseph. *Diario del Concilio: Segunda Sesión: Iglesia, episcopado, ecumenismo, la Virgen María*. Barcelona: Estela, 1964, pp. 109-113.

249 Cf. WILTGEN, Ralph M. Op. cit., p. 111.

250 Sobre este resultado, comenta **Hans Küng**: «Por una mayoría de sólo 40 votos, el 29 de octubre de 1963 el Concilio vota a favor de un capítulo sobre María integrado en la Constitución sobre la Iglesia, que también será prudente frente a exageraciones del culto mariano. La nueva teología va, sin duda, por otros derroteros, lo que se hace patente en el nuevo proyecto internacional de “*Concilium*”». KÜNG, Hans, *Libertad conquistada: Memorias*. Madrid: Trotta, 2003, p. 498. Entre otras, la Congregación para la Doctrina de la Fe publicó la *Declaratio de duobus operibus professoris Ioannis Küng*, de 15 de febrero del 1975 [AAS 67 (1975), pp. 203-204] y la *Declaratio de quibusdam capitibus doctrinae theologicae professoris Ioannis Küng*, de 15 de diciembre de 1979, [AAS 72 (1980), pp. 90-92] sobre los escritos de este autor. (Cf. CONGREGATIO PRO DOCTRINA FIDEI, *Documenta: Inde a Concilio Vaticano Secundo expleto edita* (1966-2005). Città del Vaticano: Libreria Editrice Vaticana, 2006, pp.103-104; 154-156).



eclesiotípica y la Constitución Dogmática *Lumen gentium* recibió el capítulo VIII: La Santísima Virgen María, Madre de Dios, en el Misterio de Cristo y de la Iglesia. La posterior proclamación de María como Madre de la Iglesia, por Pablo VI, dejó claro su papel en relación a la Iglesia, de quien Ella es miembro ejemplar como una madre es miembro de una familia: No en la misma posición de los hijos, hermanos entre sí, donde uno es primogénito o *primus inter pares*.

Ambas tendencias se caracterizaban por el modo como concebían la cooperación de María en la obra de la salvación. El Congreso de Lourdes implicó, en efecto, la desaparición de una actitud más reticente y minimalista en el modo de concebir la colaboración mariana a la obra de la salvación, que no admitía más cooperación que la contenida en la Encarnación. La cooperación mariana fue de orden físico y mediata porque el sí de María hace posible la Encarnación y ésta es previa a la Redención<sup>251</sup>, por ende su participación no se limitó a la Encarnación. Dándole a Cristo su naturaleza humana, María le da la posibilidad de morir un día por nosotros, que es lo que propiamente constituye la Redención. Para la corriente minimalista la actuación de María junto a la cruz sería de una cooperación a la redención subjetiva y no a la redención objetiva, o sea esta cooperación junto a la cruz se reduciría a méritos en orden a la distribución de las gracias, sin influjo en la adquisición de ellas. Esta toma de conciencia que se tuvo en Lourdes señaló el declive definitivo de la teoría minimalista ya que la superaba sin obligar a llegar hasta la concepción característica de la Mariología de tendencia cristotípica.

Toda esta polémica reavivó una interesante propuesta anterior a la polarización del Congreso de Lourdes, hecha por J. Alfaro, independiente de las dos tendencias de la Mariología. Alfaro había acentuado la importancia del sí de María en la Anunciación, interpretándolo como colaboración inmediata a la obra de la salvación, ya que la Encarnación no es algo previo a la Redención sino que es ella misma redentora. Como consecuencia del sí de María no se puede pensar en una acción meramente biológica. María no dice sí solamente para que Cristo se engendre en su seno sino para confirmar la aceptación de unir su vida, sus alegrías y sus dolores a la vida, alegrías y dolores de su Hijo<sup>252</sup>. Siendo la Iglesia la reunión de los bautizados y de nuevo nacidos en Cristo, Hijo de María, Ella edifica continuamente la Iglesia, la aúna, la mantiene compacta. Es difícil tener una auténtica devoción a la Virgen y no

---

251 «*Mediata cooperatio esset cooperatio ad aliquid, quod actus redemptivos Christi antecedit, eos posibles reddit, eos præparat (...) Cooperatio enim ad Incarnationem non potest esse nisi mediata cooperatio ad actus redemptivos Christi. Nam Incarnatio non est opus redemptivum Christi*» - LENNERZ, H. *De redemptione et cooperatione in opere redemptionis*: Greg 22 (1941), p. 312s.

252 Cf. POZO, Cándido. *María en la obra de la Salvación*. Madrid: BAC, 1984, pp. 43-48.

sentirse más vinculados a los demás miembros del Cuerpo Místico de su Hijo, más unidos a su cabeza visible, el sucesor del primado Petriño. «*¡Omnes cum Petro ad Iesum per Mariam!*». Al reconocernos hijos de la Iglesia y de María, somos invitados a sentirnos hermanos en la fe, descubrimos con mayor hondura la fraternidad que nos une a la humanidad entera: Porque la Iglesia ha sido enviada por Cristo a todas las gentes<sup>253</sup>.

## 6.5. La plenitud final de gracia

Después de la Ascensión del Redentor al cielo la Iglesia naciente necesitaba de un apoyo sensible para su sustentación, en dos períodos distintamente considerados:

- Desde la Ascensión hasta Pentecostés.
- A partir de Pentecostés.

En el primer período los seguidores del Mesías se encontraban en una situación difícil, habían dado pruebas de miedo y cobardía huyendo y escondiéndose en barrios pobres y en las necrópolis, sin haber ofrecido ninguna resistencia a las sentencias del tribunal sinédrico ni al romano. La duda, el miedo, la inseguridad hacían con que los apóstoles se encontrasen en riesgo de desánimo y disgregación. Pero poco tiempo después de la tragedia del Gólgota los seguidores del Galileo comenzaron a resurgir<sup>254</sup>. En este período ellos tenían necesidad de dirección, de consejos, de ayuda y nadie podía prodigárselos mejor que María<sup>255</sup> cuya presencia consoladora fue, por cierto, la mayor sustentación para la Iglesia naciente que, «cual tierna niña», era cargada en el regazo maternal de la Virgen, como su Fundador lo había sido en el inicio de su vida terrenal. Bossuet, en su segundo Sermón para la fiesta de la Asunción de la Virgen, afirma que María se ha quedado en la tierra después de la Ascensión para consolar a la Iglesia, lo que hizo con su oración y sus méritos, que no cesaron de crecer; sostuvo así a los Apóstoles en sus trabajos<sup>256</sup> y en sus sufrimientos, ejerciendo un apostolado silencioso que fecundaba el *humus* de donde brotaría el robusto árbol de la Santa Iglesia Católica y Apostólica.

---

253 Cf. ESCRIVÁ DE BALAGUER, Josemaría. Homilía pronunciada el 04.05.1957. En: *Es Cristo que pasa: Homilias*, 35. ed. Madrid: Rialp, 1973, p. 292.

254 Cf. ROPS, Daniel. *São Paulo: Conquistador de Cristo*. Porto: Civilização, 2006, p. 8.

255 Cf. GARRIGOU-LAGRANGE, Reginald. *La Madre del Salvador y nuestra vida interior*. Madrid: Rialp, 1990, p. 329.

256 Cf. BOSSUET, Jacques Bénigne. *II.º Sermon pou la fête de L'Assomption de la S.ºe Vierge*, (prêché devant la Reine), Oeuvres de Bossuet, évêque de Meaux, revues sur les manuscrits originaux, et les édition les plus correctes, Tome XV. Versailles: De L'imprimerie de J. A. Lebel, Imprimeur du Roi, 1816, p. 443.

**Texto original:** **Subtítulo:** «*Marie laissée au monde, pour consoler l'Eglise*». **Texto:** «*Il semble qu'il avoit voulu la laisser au monde après lui, pour consoler son Eglise, son Epouse veuve et désolée, durant les premiers efforts de son affliction récente*».

A partir de Pentecostés, momento estructurante de la eclesiogénesis, donde el Paráclito y el Cuerpo apostólico «concelebran» la salvación<sup>257</sup> y el Espíritu se manifiesta como cofundador de la Iglesia<sup>258</sup>, la acción de María fue menos visible y más profunda. Desde el interior de su casa junto al «discípulo amado», Ella alcanzaba las gracias para el crecimiento de la Iglesia. ¿Habría Ella rezado por la perseverancia de Esteban? ¿Por la conversión de Pablo? No lo sabemos, pero es de esperarse que las gracias que sustentaron la Iglesia naciente fueron conquistadas y distribuidas por Ella, como «tesorera» de los dones divinos, sin los cuales sería imposible transformar un conjunto de «medrosos» en héroes que conquistaran el mundo y un perseguidor de la Iglesia en el mayor predicador que la historia ha conocido después del propio Cristo.

Jesús fue concebido *in carne passibili*, o sea en carne mortal y pasible de sufrimientos, lo mismo se ha de decir de la Santísima Virgen. Exentos de cualquier sombra de pecado no tenían la necesidad de morir como los demás seres humanos pero, eran pasibles de eso, por conveniencia de la naturaleza humana y sobre todo por la aceptación voluntaria con que Jesús se ofreció en su Pasión y María co-ofreció a su Hijo por nosotros y se ofreció Ella misma con Él, en el martirio de su propia voluntad, en unión con su Hijo. Cuando, más tarde, llegó el momento en que la plenitud de gracias había alcanzando un culmen inimaginable y la conveniencia de su vuelta a la casa del Padre había sido determinada por los misterios insondables de Dios, el sacrificio de su vida ya había sido realizado: Se renovó bajo la forma perfecta de lo que la tradición ha llamado muerte por amor. La Iglesia nunca se ha pronunciado definitivamente sobre la cuestión de si María murió o no, sólo afirma que «terminado el curso de la vida terrestre fue Asunta a los cielos»<sup>259</sup>, dejando abierta la cuestión de su muerte y utilizando el término «Dormición» para expresar el final de sus días en la tierra<sup>260</sup>. San Andrés Cretense habla de un sueño dulcísimo, de un ímpetu de amor, expresiones que se repiten con frecuencia en otros Padres orientales, como Teodoro de Abucara, Epifanio el Monje, Isidoro de Tesalónica, Nicéforo Calixto, Cosme Vestitor y otros

---

257 Cf. VILLAR, José Ramón. *El Espíritu Santo, «Principium unitatis Ecclesiae»*. En: *Scripta Theologica* 30 (1998/3), Navarra, 1998, p. 855.

258 Cf. CONGAR, Yves Marie-Joseph. *El Espíritu Santo*. Barcelona: Herder, 1991, p. 207.

259 «*Immaculatam Deiparam semper Virginem Mariam, expleto terrestri vitae cursu, fuisse corpore et anima ad caelestem gloriam assumptam*». Pío XII. Constitución Apostólica *Munificentissimus Deus*, del 01 de noviembre de 1950, n. 44, *AAS* 42 (1950), p. 770.

260 Sobre la muerte o no, de María, afirma San Epifanio: «Es posible que esto se haya realizado en María. Pero no lo afirmo de modo absoluto, ni digo que ha permanecido exenta de la muerte. En efecto, la Sagrada Escritura se coloca por encima del espíritu de los hombres y ha dejado este punto en la incertidumbre por reverencia a esa Virgen incomparable, a fin de evitar cualquier conjetura baja o carnal respecto de María. ¿Ha muerto? No lo sabemos». (Cf. BETTENCOURT, Estêvão Tavares. *Curso de Mariologia*. Rio de Janeiro: *Mater Ecclesiae*, 1997, p.79).

autores<sup>261</sup>. Los teólogos que consideran el fin de su vida como muerte afirman que se ha dado como consecuencia de la intensidad de un amor sereno y fortísimo por el cual el alma, ya madura para ir al cielo, abandona su cuerpo y va a unirse con Dios en la visión beatífica semejante a las aguas de un río que desaguan en el océano. En el caso de María esta separación sería momentánea, seguida de la resurrección y Asunción a los cielos. En este sentido afirma San Juan Damasceno que María «murió de una muerte sumamente apacible»<sup>262</sup>. Por su Inmaculada Concepción es imposible afirmar otro tipo de muerte para la Madre de Dios, dice San Francisco de Sales, para quien ésta es «la más noble consecuencia de la más noble de las vidas», puesto que la Madre vivió de la vida de su Hijo, murió también de la muerte de su Hijo, consumida por un amor extremadamente dulce que la atraía como un hierro purísimo por un imán, de modo que la atracción es tanto más activa cuanto más próximo están uno del otro<sup>263</sup>. Así, el fin de los días terrenales de María son la consumación de la plenitud final de gracia que puede alcanzarse en la tierra; corresponde admirablemente a la plenitud inicial que no cesó de crecer desde el instante de la Inmaculada Concepción, que dispone a la plenitud consumada del cielo, siempre proporcional, en los elegidos, al grado de sus méritos en el momento de su pasaje del tiempo para la eternidad<sup>264</sup>. Consumada en santidad, aquélla que fue consorte con el Salvador en su nacimiento y sacrificio, lo sería también en la resurrección y gloria. Desde los antiguos escritores de la Iglesia ya se encuentra la hipótesis de la Asunción de la Virgen a los cielos, independiente de que haya o no muerto. El Papa San León Magno (440-†461) había aducido uno de los principios fundamentales para la aceptación de la Asunción de María a los cielos:

«Si Adán hubiera actuado perseverantemente según esta incomparable dignidad concedida a su naturaleza, observando la ley que le fue dada, su alma intacta habría sido conducida a la gloria celestial con aquella parte de él mismo que era su cuerpo»<sup>265</sup>.

El testimonio litúrgico presenta desde el siglo VI en los ritos orientales la celebración del Tránsito o Dormición de María, fijada el 15 de agosto<sup>266</sup>. En el Occidente, a partir del

---

261 Cf. LUIS, Ángel. *Asunción de Nuestra Señora*. En: AAVV. *Año Cristiano, VIII – Agosto*. Madrid: BAC, 2005, p. 483.

262 S. JOANNIS DAMASCENI. *Homiliae duae de dormitione Virginis Mariae*. PG 96, 686, ed. 1864.

263 Cf. DE SALES, San Francisco. *Tratado del amor de Dios*, VII, c. XII. Buenos Aires: Starveritas, 2006, p. 95.

264 Cf. GARRIGOU-LAGRANGE, Reginald. *La Madre del Salvador y nuestra vida interior*. Madrid: Rialp, 1990, pp. 171-177.

265 (PG 86, 3286ss). Cf. GARCÍA PAREDES, José Cristo Rey. *Mariología*. España: BAC, 1995, p. 273.

266 Los coptos monofisitas celebran la fiesta de la muerte de María el 16 de enero y su resurrección el 15 de agosto. Esto se debe probablemente a una tradición atribuida al Patriarca Teodosio de Alejandría (†567), que basándose en escritos apócrifos de la biblioteca de San Marcos en Alejandría, describe que un día 15 de enero la Virgen fue avisada por una visión de su inminente muerte. Sigue una larga descripción de la muerte de María y

siglo VII se celebra en Roma la misma fiesta patrocinada por el Papa San Sergio I (687-†701), de ahí pasando para Francia e Inglaterra en el siglo posterior con el nombre de «Asunción de Santa María».

Los siglos de VII a IX fueron de incertidumbres, pero comenzaron a aparecer teólogos que afirmaban la Asunción corporal de María, como San Modesto de Jerusalén (537-†634), San Germán de Constantinopla (634-†733), San Andrés de Creta (660-†740), San Juan Damasceno (675-†749), San Teodoro Studita (758-†826), San Jorge de Nicomedia (†880); pero esta creencia se fortaleció a tal punto que el Emperador de Bizancio Andrónico II (1282-†1328) promulgó un decreto consagrando el día 15 de agosto como fiesta solemne de la Asunción. El arte sacro, la teología y la piedad popular se hicieron eco de esta creencia. A pesar de la oposición de los pseudo-reformadores<sup>267</sup>, la creencia evolucionó en la Iglesia universal habiendo varios pedidos de una declaración solemne que culminaron con la solicitud de Pío XII (1939-1958) de que los jesuitas, Wilhelm Hentrich y Rudolf Walter von Moos, publicasen una compilación de estos pedidos, lo que se hizo en 1942, trayendo a la luz las aspiraciones de 820 Obispos Diocesanos, 656 Obispos titulares, miles de presbíteros, religiosos y religiosas, además de millones de laicos. En mayo de 1946 el Papa escribió la Carta *Deiparæ Virginis*<sup>268</sup> a todos los Obispos Diocesanos consultándoles sobre la conveniencia de la proclamación solemne del Dogma. De las 1.191 respuestas sólo 16 Obispos ( 0,5%) ponían dudas sobre el tema. Inspirado por el Espíritu Santo, fortalecido por los estudios teológicos y la aceptación del *sensus fidelium* en todos los niveles del clero y laicado, Pío XII promulgó, el 1º de noviembre de 1950, la Bula *Munificentissimus Deus* proclamando dogmáticamente la Asunción gloriosa de la Virgen María a los cielos<sup>269</sup>, recordada por el Papa Pablo VI en el «Credo del Pueblo de Dios» con estas palabras:

---

la oración que Ella hace por su salvación. Jesús aparece en un carro de luz e invita a la Madre a dejar la tierra. Los apóstoles suplican al Señor que no lleve a la Virgen en este momento. Cristo les explica que todos deben morir pero que María se quedará en la sepultura sólo por 206 días, después de los cuales será revestida de un cuerpo glorioso y transportada al cielo donde suplicará por todos. Jesús da instrucciones sobre cómo debe ser el entierro de la Virgen tras su muerte, que ocurre el día 16 de enero. Después de 206 días, al amanecer del 15 de agosto, los apóstoles habían pasado toda la noche en oración junto a la tumba de María. Por encima de un coro de ángeles viene Jesús con los querubines trayendo el alma de la Virgen. Manda que el cuerpo salga de la sepultura, que se abre repentinamente y el cuerpo de la Virgen sale y se abraza con su alma. Los apóstoles vuelven a Jerusalén dando gracias al Señor. (Cf. DAL COVOLO, Enrico y SERRA, Aristide (a cura di). *Storia della mariologia*. Vol. 1 dal modello biblico al modello letterario. Roma: Città Nuova Editrice, 2009, p. 346).

267 Utilizamos la expresión «Pseudo-reforma» del historiador alemán WEISS, J. B. que, en su *Historia Universal*, prefiere esta terminología por ser más coherente con la realidad. Lo que Lutero, Calvino y otros protestantes propusieron no fue una reforma de la Iglesia Católica, en procura de su perfeccionamiento, sino fue la negación de los dogmas y de la estructura básica de la Iglesia fundada por Cristo. También RATZINGER, Joseph y RAHNER, Karl, en *Revelación y Tradición*, p. 53, presentan la llamada “reforma” protestante como “ruptura dentro de la Cristiandad” y no como continuidad o verdadera reforma.

268 AAS 42, 1950, pp. 782-783.

269 Cf. BETTENCOURT, Estêvão Tavares. *Curso de Mariologia*. Rio de Janeiro: *Mater Ecclesiae*, 1997, pp. 79-85.

«La Beatísima Virgen María, Inmaculada, *terminado el curso de la vida terrestre, fue asunta en cuerpo y alma a la gloria celeste*, y hecha semejante a su Hijo, que resucitó de los muertos, recibió anticipadamente la suerte de todos los justos; creemos que la Santísima Madre de Dios, nueva Eva, *Madre de la Iglesia, continúa en el cielo ejercitando su oficio materno* con respecto a los miembros de Cristo, *por el que contribuye para engendrar y aumentar la vida divina en cada una de las almas de los hombres redimidos*»<sup>270</sup>.

## 7. María en nuestra vida

Por voluntad expresa del mismo Dios, María ocupa un papel muy especial en la vida de cada ser humano, sea él cristiano o no cristiano. La salvación alcanzada por Cristo abarca toda la humanidad, sin ninguna excepción y, por eso mismo involucra a cada hombre en particular. Hay una dimensión antropológica y social de la salvación, pero hay también una dimensión que podríamos llamar individual que se expresa por un relacionamiento filial con la Madre de los hombres. El Avemaría, el Angelus, el Santo Rosario hacen pasar por nuestros corazones los misterios de la conducta admirable de María, íntimamente relacionados con los fundamentos de la fe. Esos detalles van haciendo grandes realidades de santidad personal y de apostolado, contribuyendo a la salvación que Cristo ha venido a traer al mundo<sup>271</sup>. Si nos fijamos en una de las devociones más arraigadas entre los cristianos, en el rezo del Santo Rosario, percibimos que él abarca todas las dimensiones de nuestro relacionamiento filial con María: Alabanza, loor, acción de gracias, meditación, petición. Por eso es la oración predilecta de la Virgen. Rezado en su profundidad de unión perfecta entre la oración mental meditativa y la oración vocal, con un sentido cristocéntrico y bíblico es muy adecuado para la adoración eucarística, en compañía de María y según su escuela<sup>272</sup>. La Iglesia nos anima a la contemplación de los misterios para que se grabe en nuestra alma el gozo, la lucha, el dolor y la gloria de María, el ejemplo del Señor en su Vida, Muerte y Resurrección<sup>273</sup>, pues toda la espiritualidad mariana debe estar totalmente centrada en Cristo. Esta oración entregada por la Virgen Santísima a Santo Domingo de Guzmán es, en su contenido de gracia salvífica, un gran patrimonio de la fe cristiana constituyendo un compendio de la soteriología transformada en oración mariológica totalmente cristocéntrica y por tanto modelo de toda oración a María<sup>274</sup>.

---

270 PABLO VI. *Credo del Pueblo de Dios*, de 30 de junio del 1968, n. 15. *AAS* 60 (1968), pp. 438-439.

271 Cf. ESCRIVÁ DE BALAGUER, Josemaría. Homilía pronunciada el 04.05.1957. En: *Es Cristo que pasa: Homilias*, 35. ed. Madrid: Rialp, 1973, p. 312.

272 Cf. JUAN PABLO II. Carta Apostólica *Mane nobiscum Domine*, 7 de octubre del 2004, n. 18, *AAS* 97-4 (2005), p. 345.

273 Cf. ESCRIVÁ DE BALAGUER, Josemaría. Homilía pronunciada el 11.10.1964. En: *Amigos de Dios: Homilias*. 25. ed. Madrid: Rialp, 1977, p. 398.

274 Cf. MANELLI, Stefano M. *La soteriologia mariana nei misteri dolorosi del Rosario*. En: AAVV.

## 7.1. Necesidad de la cooperación de María en la espiritualidad cristiana

Como se ha visto María no es facultativa en la salvación humana. Ella es intrínseca a la historia de la salvación en su orden actual querida por el Altísimo. Si se retira de esta estructura el hilo, que es María, se deshace todo el tejido<sup>275</sup>. El motivo de la necesidad de cooperación con la obra redentora de Cristo es explicada por Hugo de San Víctor con esta comparación:

«Cristo tomó de nuestra naturaleza la ofrenda sacrificial por nuestra misma naturaleza, a fin de que el sacrificio por nosotros fuera algo nuestro, para que la redención nos perteneciera por cuanto que la víctima había sido tomada de lo nuestro. Participaremos de esa redención si nos unimos mediante la fe en el Redentor que se hizo compañero nuestro mediante la carne»<sup>276</sup>.

En la opinión de René Laurentin la participación de María no era necesaria para la validez del sacrificio redentor; no había necesidad de suplir ninguna deficiencia, pero Dios quiso instaurar a todos los niveles la redención, de acuerdo con la solidaridad total de la obra de la salvación y por eso integró a María con su participación en el Misterio de Cristo. El designio de Dios era salvar al hombre por medio del hombre; no sólo haciéndose hombre sino asociando incluso a su obra a los mismos redimidos y no sólo a la naturaleza humana de Cristo, unida hipostáticamente a la Persona del Verbo. De esta forma María está unida al sacrificio del Calvario, no como otro redentor, como un segundo Cristo, sino en plena comunión de amor con Él.

En suma, considerando este carácter único y personal de la Virgen, puntualiza Laurentin:

«María representa ciertos aspectos que Cristo no asumió formalmente: Como simple criatura, como persona humana, como redimida, como mujer: Nueva Eva junto al nuevo Adán».

Al lado de Cristo, María representa a la Iglesia, pues sólo Ella, entre los hombres, la puede representar por su comunión con Cristo. La voluntad divina de integrar a los hombres en su obra de todas las maneras posibles y a todos los niveles, le valió a la persona que le era más cercana desde el punto de vista humano – su madre – y la persona humana más santa, – María – la participación más exigente y al mismo tiempo más dolorosa en el sacrificio redentor. María manifiesta hasta qué punto Cristo en solidaridad con los hombres los compromete con Él, empezando por su Madre<sup>277</sup>.

---

*Corredemptrix Annali Mariani*, 2008, Santuario della B.V.M. Del Buon Consiglio. Frigento: Casa Mariana, 2008, pp.17-21.

275 GAFFNEY, Patrick. MARÍA. En: DE FIORES, Stefano (dir.). *Diccionario de Espiritualidad Monfortiana*. Santafé de Bogotá: Centro Monfortiano, 1998, p. 789.

276 *Summa de Sacramentis christianae fidei*, I, p. 8, c. 7 [SSL 176, 310]. Cf. AUER, Johann. *Curso de Teología Dogmática*, Tomo IV/2, Jesucristo, Salvador del Mundo, María en el plan Salvífico de Dios. Barcelona: Herder, 1990, p. 231.

277 Cf. LAURENTIN, René. *María Clave del Misterio Cristiano: La más cercana a los hombres, porque es la más*

La Declaración Dogmática *Lumen gentium*, en el número 62, trata de la mediación mariana en la obra de la salvación:

«Esta maternidad de María en la economía de gracia perdura sin cesar, [...] asunta a los cielos, no ha dejado esta misión salvadora, sino que con su múltiple intercesión continúa obteniéndonos los dones de la salvación eterna. [...] Así como el sacerdocio Cristo es participado tanto por los ministros sagrados cuanto por el pueblo fiel de formas diversas, y como la bondad de Dios se difunde de distintas maneras sobre las criaturas, así también la mediación única del Redentor no excluye, sino que suscita en las criaturas diversas clases de cooperación, participada de la única fuente. La Iglesia no duda en confesar esta función subordinada de María, la experimenta continuamente y la recomienda a la piedad de los fieles, para que, apoyados en esta protección maternal, se unan con mayor intimidad al Mediador y Salvador».

La Declaración *Dominus Iesus*, de la Congregación para la Doctrina de la Fe, citando este texto de LG corrobora la idea de la necesidad de una «múltiple cooperación» que participa de la fuente única que es Cristo. Siendo el pecado humano universal, tanto de nuestros primeros padres cuanto de nosotros mismos, la salvación de Cristo tiene que ser también universal. Si todo el que nace es solidario con la desobediencia del primer Adán, la situación humana como tal ha cambiado en base al evento definitivo de la salvación, esto es, la Encarnación del Verbo, su muerte, resurrección y dádiva del Espíritu.

La participación de María no puede ser comprendida fuera del único camino salvador que es Cristo Jesús, como afirma claramente *Dominus Iesus*: «Serían contrarias a la fe cristiana y católica aquellas propuestas de solución que contemplen una acción salvífica de Dios fuera de la única mediación de Cristo»<sup>278</sup>. Doctrina evidenciada por Juan Pablo II en *Redemptoris missio*: Todas las mediaciones son «*parciales, paralelas y complementarias*»<sup>279</sup> al sacrificio redentor de Cristo.

El mismo Papa, cuyo lema de pontificado era un testimonio de su ardiente amor a la Madre de Dios, afirma, en la Encíclica *Redemptoris Mater*:

«La misión maternal de María hacia los hombres de ninguna manera oscurece ni disminuye esta única mediación de Cristo, sino más bien muestra su eficacia, porque hay un solo mediador entre Dios y los hombres, Cristo Jesús, hombre también (1 Tm 2, 5). Esta función materna brota, según el beneplácito de Dios, “de la superabundancia de los méritos de Cristo... de ella depende totalmente y de la misma saca toda su virtud. (LG 61) [...] María es nuestra Madre en el orden de la gracia”. Esta maternidad en el orden de la gracia ha surgido de su misma

---

cercana a Dios. Madrid: San Pablo, 1996, pp. 33-34.

278 CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE. *Declaración Dominus Iesus*: Sobre la Unicidad y la Universalidad Salvífica de Jesucristo y de la Iglesia. Lima: EPICONSA, Conferencia Episcopal Peruana, Paulinas, 2002, p. 25.

279 Rmi, n. 5.



maternidad divina, porque siendo, por disposición de la divina providencia, madre-nodriz del divino Redentor se ha convertido de “forma singular en la generosa colaboradora entre todas las criaturas y la humilde esclava del Señor y que cooperó [...] por la obediencia, la fe, la esperanza y la encendida caridad, en la restauración de la vida sobrenatural de las almas”» (LG 61)<sup>280</sup>.

## 7.2. El aspecto dialógico: Llamada y respuesta

Este aspecto de diálogo entre Jesús y el hombre, la llamada y la respuesta, constituye el designio fundamental de Dios en todas las obras de la salvación y sobre todo en su apogeo que es la Encarnación, afirma San Luis María Grignion de Montfort el «maestro de la espiritualidad mariana»<sup>281</sup>. María edifica continuamente la Iglesia. La unión del cristiano con la Virgen Madre de Dios constituye la respuesta del hombre a la invitación a ser parte del Cuerpo Místico de Cristo, más unidos a su cabeza visible, el Papa, como muestra de que la devoción a María, además del cariño natural del devoto, exige una correspondencia varonil<sup>282</sup> y concreta de amor, una muestra de agradecimiento filial, porque María está unida a la máxima manifestación del amor de Dios a los hombres. María está continuamente al servicio de los hombres llamados a ser hermanos de su Hijo Jesús, tornándose así madre de una gran familia: Madre de Dios y Madre de los hombres<sup>283</sup>.

## 7.3. Maternidad espiritual y sus consecuencias

La explicitación terminológica de la maternidad espiritual que María ejerce continuamente en beneficio de la humanidad<sup>284</sup> en relación a los hombres se comenzó a expresar de forma esporádica a partir del siglo V<sup>285</sup>, pero el hecho de la relación filial de los creyentes se patenta desde la Iglesia primitiva, como se percibe en el propio relato de los Hechos de los Apóstoles: «Todos ellos, íntimamente unidos, se dedicaban a la oración, en compañía de algunas mujeres, de María, la madre de Jesús, y de sus hermanos» (Hch 1, 14). El ejemplo paradigmático de la maternidad espiritual se da con el apóstol Juan, en quien Jesús ha formalizado esa maternidad en su «testamento espiritual». Delante de los soldados los discípulos habían huído y Jesucristo fue abandonado por sus hijos predilectos, Juan recibe a María y la introduce en su casa, en su vida.

---

280 Cf. RM, n. 22.

281 Cf. RM, n. 48.

282 La palabra es utilizada en sentido metafórico no discriminatorio de la condición femenina, más resaltando la acción firme y decidida, como decía Santa Teresa de Ávila a sus monjas: «¡Sed varones!».

283 Cf. ESCRIVÁ DE BALAGUER, Josemaría. Homilía pronunciada el 04.05.1957. En: *Es Cristo que pasa: Homilias*, 35. ed. Madrid: Rialp, 1973, pp. 293-294.

284 Cf. CONGAR, Yves Marie-Joseph. *Sacerdocio y laicado*. Barcelona: Estela, 1964, p. 306.

285 Cf. LAURENTIN, René. *La Vergine Maria: Mariologia post-conciliare*. 4 ed. Roma: Paoline, 1973, p. 122-123.

La relación de María con toda la Santísima Trinidad es de una unión que va mucho más lejos que la relación común establecida por la gracia santificante, cualidad que nos eleva a un estado en el que somos agradables a Dios y nos transforma en templo de la Trinidad. Esta unión con la Trinidad se aplica de modo especial a la mujer destinada a ser la madre espiritual de todos los hombres por ser la Madre de Dios, a quien el Padre comunicó su fecundidad, en cuanto una pura criatura es capaz de recibirla, para que pudiera engendrar a su Hijo. El Hijo no sólo toma carne en su seno, sino que comparte con María lo que hace de Él el Hijo, a saber, la dependencia total de su Padre. El Espíritu Santo se comunica con María como amor infinito que une al Padre y al Hijo y que toma posesión de Ella para el Padre y el Hijo. Cada una de las tres Personas toma posesión de María conforme a lo que es propio de cada una de ellas. No está demás recordar que María es «pura criatura», totalmente relativa a Dios<sup>286</sup>.

### 7.3.1 Maternidad voluntaria y total

La cooperación de María no ha cesado con su Asunción gloriosa a los cielos, Ella cooperó y sigue cooperando con su caridad para que nacieran en la Iglesia los fieles miembros de aquella Cabeza de la que es efectivamente madre<sup>287</sup>. La relación de María con los fieles es una consecuencia de su relación con su Hijo, Cabeza de todos los cristianos. María participa realmente en la obra del Espíritu Santo cuando la Gracia misma, la Sabiduría del Padre, se encarna. El Espíritu Santo formó con Ella y en Ella la «Cabeza de los predestinados»<sup>288</sup>. El gran predicador de la devoción mariana, contemplativo y místico, San Luis María Grignon de Montfort afirma: «Dios Espíritu Santo, que es estéril en Dios, es decir no produce otra persona divina en la Divinidad, se hizo fecundo por María, su Esposa»<sup>289</sup>.

Fuera de una comprensión mística, y extraída de su contexto, esta afirmación parecería muy peligrosa y aún errónea en sentido estricto pero el propio San Luis previene esta mala interpretación que se pudiera hacer de sus palabras:

---

286 Cf. GAFFNEY, Patrick. MARÍA. En: DE FIORES, Stefano (dir.). *Diccionario de Espiritualidad Monfortiana*. Santafé de Bogotá: Centro Monfortiano, 1998, pp. 789-791.

287 Cf. AGUSTÍN DE HIPONA. *La santa virginidad*, c. 4, 4. En: *Obras completas de San Agustín*, edición bilingüe, Tomo XII: Tratados morales. Madrid: BAC, 2007, p. 699.

288 El concepto de predestinación en San Luis María Grignon de Montfort no es el del determinismo calvinista, o de otras herejías que creen que Dios crea algunos para la salvación y otros para la perdición. Para San Luis predestinados son aquéllos que, a ejemplo de Jacob que cogió la primogenitura de Esaú, se colocan en el camino de Dios, o sea, en el camino de la salvación.

289 Cf. GAFFNEY, Patrick. MARIE. En: DE FIORES, Stefano (dir.). *Dictionnaire de Spiritualité Monfortaine*. Québec: Novalis, 1994, p. 864. «*l'Esprit étant stérile en Dieu, c'est-à-dire ne produisant point d'autre personne divine, est devenu fécond par Marie qu'il a épousé*» (TVDF, n. 20, p. 27).

«No quiero decir con esto que la Santísima Virgen dé al Espíritu Santo la fecundidad, como si Él no la tuviese, ya que siendo Él Dios, posee la fecundidad o capacidad de producir tanto como el Padre y el Hijo, aunque no la reduce al acto [...] Quiero decir solamente que el Espíritu Santo, por intermedio de la Santísima Virgen de quien ha tenido a bien servirse, aunque absolutamente no necesite de Ella, reduce al acto su propia fecundidad, produciendo en Ella y por Ella a Jesucristo y a sus miembros»<sup>290</sup>.

San Luis destaca la importancia del consentimiento de Nuestra Señora al designio de Dios afirmando que gracias al «sí» de María se realiza la encarnación redentora. Encuentra en ese «*fiat*» cinco características principales:

- Un consentimiento necesario con necesidad hipotética.
- Dado libremente.
- En nombre de toda la humanidad.
- Eterno porque forma parte de la historia de la salvación.
- Salvífico, dado que la Encarnación es salvífica y el consentimiento a ella, fue un elemento necesario a ese misterio.

La Constitución *Lumen gentium*, en su número 56 afirma que «El Padre [...] quiso que precediera a la encarnación la aceptación de la madre predestinada, para que de esta manera, así como la mujer contribuyó a la muerte, así también contribuyera a la vida». Y añade el Concilio Vaticano II citando a San Ireneo: «[María] obedeciendo fue causa de la salvación propia y de la del género humano».

Por otro lado, en la magistral Exhortación Apostólica *Marialis Cultus*, el Papa Pablo VI refuerza la idea de la naturaleza salvífica y maternal del consentimiento de María al utilizar expresiones como «maternidad salvífica» y «*fiat salvífico*»<sup>291</sup>, bien como cuando añade: «Se percibe como por la aceptación de la humilde servidora del Señor la humanidad comienza su regreso hacia Dios»<sup>292</sup>.

---

290 Cf. GAFFNEY, Patrick. MARIE. En: DE FIORES, Stefano (dir.). *Dictionnaire de Spiritualité Monfortaine*. Québec: Novalis, 1994, p. 865: «C'e n'est pas qu'on veuille dire que la très sainte Vierge donne au Saint-Esprit la fécondité, comme s'il ne l'avait pas, puisque, étant Dieu, il a la fécondité ou la capacité de produire, comme le Père et le Fils, quoiqu'il ne la réduise pas à l'acte [...]. Mais on veut dire que le Saint-Esprit, par l'entremise de la sainte Vierge, dont il veut bien se servir, quoiqu'il n'en ait pas absolument besoin, réduit à l'acte sa fécondité, en produisant en elle et par elle Jésus-Christ et ses membres» (TVDf, n. 21, pp. 27-28).

291 Cf. MC, n. 5-6.

292 Cf. MC, n. 20.

### 7.3.2. Maternidad histórica

La Encarnación y la Redención no son verdades abstractas sino realidades que acontecieron históricamente y que se actualizan en el peregrinar concreto de nuestra salvación, en la cual el oficio principal de María es que Ella sea la Madre de Dios, la *Theotókos*. No madre en abstracto sino con todos los aspectos intrínsecos respecto a la unión de la Trinidad con María y de su consentimiento. Realidad que se podría denominar la «maternidad divina concreta en su totalidad existencial»<sup>293</sup>. Esta maternidad concreta de María es motivo para tener siempre presente su intercesión y mediación frente a su divino Hijo, al punto de que este misterio de amor, inalcanzable por la razón humana acierta a ilustrar cómo una criatura haya sido elevada a dignidad tan grande, hasta ser el centro amoroso en el que convergen las complacencias de la Trinidad<sup>294</sup>. Esta convergencia de todas las complacencias en María hace recordar el momento en que «Dios Padre reunió en un lugar todas las aguas y las llamó mar» y percibir con San Luis Grignon que Él «reunió todas las gracias y las llamó María»<sup>295</sup>.

### 7.3.3. Madre: Tesorera y Dispensadora

María es el tesoro del Señor de cuya plenitud se enriquecen todos los hombres. Dios Hijo comunicó a María todo cuanto adquirió mediante su vida y muerte, sus méritos y virtudes, constituyendo a la Virgen Santísima como tesorera de cuanto el Padre le dio en herencia. Por medio de María, Jesús aplica sus méritos a sus miembros, les comunica sus virtudes y les distribuye sus gracias. El Espíritu Santo también comunica a María sus dones y la nombró dispensadora de los mismos para los hombres, concediendo a Ella poderes plenipotenciarios para distribuirlos a quien quiera, cuanto quiera, como quiera y cuando quiera, porque es de la voluntad de Dios que todo lo tengamos por mediación de María a fin de que sea ensalzada en el cielo Aquélla que durante su vida se empobreció, humilló y ocultó en su profunda humildad, a tal punto que durante su vida terrena no le fueron ahorrados ni la experiencia del dolor, ni el cansancio del trabajo, ni el claroscuro de la fe. A aquella mujer del pueblo que un día prorrumpió en alabanzas a Jesús exclamando: «Bienaventurado el vientre que te llevó y los pechos que te alimentaron» el Señor responde: «*Bienaventurados más bien los que escuchan la palabra de Dios y la ponen en práctica*» (Lc 11, 27-28). Era el elogio del hágase sincero de su Madre, del «*fiat*» cumplido hasta las últimas consecuencias, que no se manifestó en acciones aparatosas sino en el sacrificio escondido y silencioso de cada jornada<sup>296</sup>.

---

293 Cf. GAFFNEY, Patrick. MARÍA. En: DE FIORES, Stefano; MEO, Salvatore. *Nuevo Diccionario de Mariología*. Madrid: Paulinas, 1988, p. 797.

294 Cf. ESCRIVÁ DE BALAGUER, Josemaría. Homilía pronunciada en la fiesta de la Asunción de la Virgen. En: *Es Cristo que pasa*: Homilias. 35 ed. Madrid: Rialp, 1973, p. 356.

295 TVDe, n. 23, p. 16.

296 Cf. ESCRIVÁ DE BALAGUER, Josemaría. *Surco*. Madrid: Rialp, 1986, p.151.

### 7.3.4. Maternidad espiritual y ternura

Llamémosla con fuerza en cualquier peligro y Ella nos brindará con la gracia de su Hijo, el consuelo de su amor, la **ternura** de sus caricias<sup>297</sup>. Decir ternura cuando se habla de María tiene un significado teológico muy profundo, toda vez que – en el hebreo bíblico – el término que se utiliza para significar esta palabra es el mismo que sirve para designar «entrañas» (*rahamim*) plural de *rahem*, el vientre materno, la matriz<sup>298</sup>, o sea aquel vientre que fue el primer tabernáculo de la historia de la humanidad, abierto, como dice San Ireneo<sup>299</sup>, por el Verbo de Dios que Él mismo ha creado puro<sup>300</sup>. Esta ternura de la Madre de Dios y de los hombres acompaña a sus hijos en todos los momentos, de manera que nunca estamos solos, siempre que queramos podemos tener nuestra mano en la mano de María, como las madres de la tierra siempre extienden sus manos a sus pequeños cuando se aventuran<sup>301</sup>. En nuestras caídas involuntarias – caídas de niño – María no nos suelta de su mano amorosa, nos acoge en sus brazos y nos consigue de su Hijo una mirada de misericordia<sup>302</sup>.

### 7.3.5. María y los santos

La lucha de todo ser humano, lo mismo de todo ser racional creado, es precisamente alcanzar la aceptación total de su condición creatural y volver su existencia al Creador. Después del pecado de nuestros primeros padres, el ser humano experimenta en su vida aquel peso del que hablaba San Pablo: «Veo que hay otra ley en mis miembros que es contraria a la ley de mi mente» (Rm7, 23). Es el momento de acordarnos de que somos hijos de Dios, conquistados por Cristo y por eso mismo, hijos de María. El devoto de María – enseña San Luis María Grignon de Montfort – encuentra ante ello una posibilidad pues la devoción a María «*es un arma de salvación que Dios concede a aquéllos que quiere salvar*»<sup>303</sup>. En este sentido es importante conocer lo que declara el P. Pierre Jeanjacquot, S.I., siguiendo la opinión de Santo Tomás de Aquino<sup>304</sup>:

---

297 Cf. Id. *Consideraciones espirituales*. Cuenca, 1934, p. 162.

298 El *Vocabulario de teología bíblica* (Herder, Barcelona, 1980, p. 885) remite a Gn 43, 30 (José trastornado por la emoción en presencia de sus hermanos) y a 1Re 3, 26 (la verdadera madre del niño herida en su ternura durante el juicio de Salomón). También Prov. 12, 10.

299 «*Quoniam Verbum caro erit, et Filius Dei Filius hominis, purus pure puram aperiens vulvam eam quæ regenerat homines in Deus, quam ipse puram fecit*». (*Adversus Hæreses* IV, 33, 11). IRINEU DE LIÃO. *Contra as Heresias*: Denúncia e refutação da falsa gnose, L. V, 19, 1. São Paulo: Paulus, 1995, pp. 477-478.

300 Cf. CONGAR, Yves Marie-Joseph. *El Espíritu Santo*. Barcelona: Herder, 1991, p. 590.

301 Cf. ESCRIVÁ DE BALAGUER, JOSEMARÍA. *Camino*. 4 ed. Lima: Hemisferio, 1998, p. 277

302 Cf. Id. Homilía pronunciada el 03.04.1955. En: *Amigos de Dios*: Homilías. 25. ed. Madrid: Rialp, 1977, p. 200.

303 TVDe, n. 41, p. 28. San Luis presenta esta afirmación como hecha por San Juan Damasceno, entre tanto, ella es atribuida a San Juan Damasceno por Jean Crasset (1618-†1692), como se fuera del *Sermón sobre la Asunción*, pero no aparece en las obras auténticas de este Padre de la Iglesia. (Cf. DE FIORES, Stefano; GAMBERO, Luigi (a cura di). *Testi Mariani del Secondo Millennio*. Tomo 6: Autori moderni dell'Occidente (secc. XVIII-XIX). Roma: Città Nuova, 2005, p. 86; GRIGNON DE MONTFORT, Luigi Maria. *Trattato della vera devozione a Maria*. Introducción, notas y comentarios de Battista Cortinovis. Roma: Città Nuova, 2000, p. 56).

304 Cf. JEANJACQUOT, Pierre. *Simplex explicationes sur la coopération de la Très-Sainte Vierge a l'oeuvre de la*

«Sin duda con fruto, se dice, invocamos a los diversos Santos que a nuestra veneración propone la Iglesia: Mucho puede contribuir el socorro de su intercesión rigurosamente necesaria para determinar y producir la intercesión suprema del Mediador divino. Y aun cuando hubiera que decir que la invocación de los santos, tomada en general, es en la religión necesaria porque forma parte del orden sobrenatural, tal como Dios la ha establecido, verdad sería siempre que la intercesión de tal o cual santo, en tal o cual circunstancia, no es necesaria rigurosamente. Mas en ningún caso y para ninguna suerte de bienes ofrece el divino Salvador sus méritos sin que la Virgen Santísima se lo pida: Que es la intercesión de esta divina Madre complemento de su cooperación a nuestra Redención, como la intercesión del Salvador es el complemento de la Redención misma».

No difiere pues la intercesión de la Santísima Virgen de la de los santos tan sólo en ser más extensa y en tener más peso, sino en la naturaleza y sustancia misma, pues preciso es que se dé ella para que la del mismo Jesucristo se concretice. Así la intercesión de los santos no sustituye a la de la Santísima Virgen, sino contribuye a lograrla<sup>305</sup>.

### 7.3.6. La perfecta devoción

No hay duda de que el camino más perfecto para llegar a Cristo es aquel mismo por el cual Él ha llegado a nosotros. En este sentido la reciente beatificación del Papa Juan Pablo II pone de relieve el tan conocido lema de su pontificado: «*Totus tuus*» que – como él mismo explica – es la fórmula abreviada de la consagración monfortiana<sup>306</sup>, vivamente recomendada por el Beato Papa en la Carta Apostólica *Rosarium Virginis Mariæ*:

«Nuestra perfección consiste en el ser conformes, unidos y consagrados a Jesucristo, **la más perfecta de la devociones** es, sin duda alguna, la que nos conforma, nos une y nos consagra lo más perfectamente posible a Jesucristo. Ahora bien, siendo María, de todas las criaturas, la más conforme a Jesucristo, se sigue que, de todas las devociones, la que más consagra y conforma un alma a Jesucristo es la devoción a María, su Santísima Madre, y que cuanto más consagrada esté un alma a la Santísima Virgen, tanto más lo estará a Jesucristo»<sup>307</sup>.

La espiritualidad mariana no puede ser separada de la propuesta de la «Verdadera Devoción» enseñada por el gran maestro de la devoción a la Virgen, San Luis María Grignon de Montfort, que consiste en la libre consagración como esclavo de amor a la «*Sabiduría eterna y encarnada por las manos de María*». En la carta a la familia montfortiana del 24 de enero de 2004, el Beato Juan Pablo II afirma:

---

*Rédemption et sur sa qualité de Mère des Chrétiens*. París: Joseph Albanel Libraire, 1868, p. 191-192.

305 Cf. TVDe, n. 39, p. 27.

306 Cf. JUAN PABLO II. *Don y misterio*: Autobiografía, en el quincuagésimo aniversario de mi ordenación sacerdotal. Città del Vaticano: Librería Editrice Vaticana, 1996, pág. 38.

307 GRIGNON DE MONTFORT, Luis Maria. *Tratado de la verdadera devoción a la Santísima Virgen*, n. 120, citado en RVM n. 15.

«San Luis María contempla todos los misterios a partir de la Encarnación, que se realizó en el momento de la Anunciación. Así, en el Tratado de la verdadera devoción, María aparece como “el verdadero paraíso terrenal del nuevo Adán”, la “tierra virgen e inmaculada” de la que él fue modelado (n. 261). Ella es también la nueva Eva, asociada al nuevo Adán en la obediencia que repara la desobediencia original del hombre y de la mujer (Cf. *ib.*, 53; san Ireneo, *Adversus hæreses*, III, 21, 10-22, 4). Por medio de esta obediencia, el Hijo de Dios entra en el mundo. Incluso la cruz ya está misteriosamente presente en el instante de la Encarnación, en el momento de la concepción de Jesús en el seno de María. En efecto, el *ecce venio* de la carta a los Hebreos (Cf. Hb 10, 5-9) es el acto primordial de obediencia del Hijo al Padre, con el que aceptaba su sacrificio redentor “ya cuando entró en el mundo”. En la espiritualidad monfortana, el dinamismo de la caridad se expresa especialmente a través del símbolo de la *esclavitud de amor a Jesús*, según el ejemplo y con la ayuda materna de María. [...] Se trata de la comunión plena en la *kénosis* de Cristo; comunión vivida con María, íntimamente presente en los misterios de la vida del Hijo: “No hay, asimismo, nada entre los cristianos que nos haga pertenecer tanto a Jesucristo y a su santa Madre como la esclavitud voluntaria, según el ejemplo del mismo Jesucristo, que ‘tomó la forma de esclavo’ (*Flp* 2, 7) por nuestro amor, y el de la Santísima Virgen, que se llamó sierva y esclava del Señor. El apóstol se llama por altísima honra ‘siervo de Cristo’ (*Ga* 1, 10). Los cristianos son llamados muchas veces en la Escritura sagrada, *servi Christi*”<sup>308</sup>.

Los que consideran superadas las devociones a la Virgen Santísima dan señales de que han perdido el hondo sentido cristiano que encierran, de que han olvidado la fuente de donde nacen: La fe en la voluntad salvadora de Dios Padre, el amor a Dios Hijo que se hizo realmente hombre y nació de una mujer, la confianza en Dios Espíritu Santo que nos santifica con su gracia. Es Dios quien nos ha dado a María, y no tenemos derecho a rechazarla sin rechazar el propio Dios. Por eso hemos de acudir a Ella con amor y con alegría de hijos<sup>309</sup>.

---

308 Cf. JUAN PABLO II. *Carta a la familia Monfortana*: Con ocasión del 160º aniversario de la publicación del *Tratado de la verdadera devoción a la Santísima Virgen*, de San Luis María Grignon de Montfort, del 13 de enero de 2004. *Enchiridion Vaticanum*, v. 22. Bologne: Dehoniane, 2006, p. 927.

309 Cf. ESCRIVÁ DE BALAGUER, Josemaría. Homilía pronunciada el 04.05.1957. En: *Es Cristo que pasa*: Homilias, 35. ed. Madrid: Rialp, 1973, p. 300-301.

## CAPÍTULO II

### PRESENCIA DE MARÍA EN LA LITURGIA

La liturgia cristiana, en su núcleo inicial, fue creada por los Apóstoles bajo la instrucción y por encargo de su Maestro, que escogió nacer en un pueblo heredero de una riquísima ritualidad, de una vida de oración bien definida y ordenada, en el cual vivió y practicó la religión derivada de Abraham, Isaac, Jacob y Moisés. Durante su vida Jesús dio muestras de que los ritos preanunciativos de su venida ya perdían su valor delante de la presencia del «Esposo». El rompimiento del velo del templo en el momento de la muerte de Cristo significó para la comunidad apostólica que el culto del Templo había cesado definitivamente. En los círculos más amplios de los discípulos la hermenéutica de esta comprensión no fue tan inmediata, habiendo un período inicial en que las costumbres judías y cristianas se entrecruzaban hasta prevalecer la distinción. Las invectivas paulinas y las revelaciones a Pedro llevaron a una separación que se tornó definitiva con el fin de los sacrificios, como consecuencia de la destrucción del Templo de Jerusalén por los romanos, alrededor del año 70 de nuestra era. Tras la venida del Paráclito la Iglesia apostólica creó nuevas fórmulas litúrgicas y oratorias para proclamar el acontecimiento salvífico de Jesucristo. Entre éstas podríamos incluir el Bautismo en nombre de la Trinidad, la fracción del pan o cena del Señor y memorial de su muerte, la imposición de las manos con el objetivo de conferir el Espíritu, la potestad de presidir la Eucaristía y perdonar los pecados<sup>310</sup>. Semejante despliegue histórico se ha dado con relación a la comprensión de la Madre de Jesús en la historia de la salvación, abierta por el *fiat* libre y total de María. Los apóstoles predicaban una Buena Nueva: Cristo muerto y resucitado había abierto las puertas del cielo para que por ella pase la humanidad redimida. Esta redención se había dado por la condescendencia encarnatoria del Verbo de Dios, que dejaba claro que la religión cristiana no puede ser considerada como las filosofías religiosas desencarnadas y panteístas. Después de Cristo, hablar de una religión prescindiendo de la Encarnación sería *flatus vocis*<sup>311</sup>.

El Verbo se ha encarnado, se ha hecho hombre en María y por María, con la colaboración activa de Ella, realidad que no puede dejar de ser parte de la estructura fundante de la salvación humana. Ya en el Antiguo Testamento se podía hablar de una sacramentología en previsión de la venida del Mesías, con verdaderos sacramentos no instituidos (remedio de

---

310 Cf. NEUNHEUSER, Burkhard. *História da liturgia através das épocas culturais*. São Paulo: Loyola, 2007, pp. 39-40.

311 Cf. HIDALGO DÍAZ, Pedro. *Cuestiones Actuales de Cristología*. Lima: Facultad de Teología Pontificia y Civil de Lima, 2010. (Apuntes de clase).



la religión) o instituidos, como la circuncisión, el cordero pascual, la consagración sacerdotal y los sacrificios, principalmente los ofrecidos por el pecado y de penitencia. Los testimonios bíblicos presentan la praxis sacrificial veterotestamentaria acompañada de la impugnación profética y la advertencia fundamental de que la obediencia vale más que el sacrificio, «la docilidad más que la grasa de carneros». (1 Sam 15, 22). De los labios de Jesús, sobre los sacrificios de la Ley, escuchamos: «Misericordia quiero y no sacrificios» (Mt 9, 13; 12, 7). La Historia testimonia que el culto del Templo siempre fue acompañado de una concéntrica conciencia de su fracaso: «¿Si yo tuviese hambre, no te lo diría?»; «El mundo es mío y su plenitud» (Sal 50 [49])<sup>312</sup>. Entre los sacrificios hay que destacar el de Melquisedec, rey de Salem, que ofreció pan y vino para dar gracias por la victoria de Abraham (Gn 14,18-20). Todos estos sacrificios contaban con la fe del fiel y del sacerdote que lo ofrecía, en preparación de la venida del sacrificio definitivo de Cristo en la Cruz, preanunciado en la Última Cena, donde ha instituido su permanencia entre los hombres a través de la Eucaristía. Permanencia esta que desde Pentecostés hasta la Parusía se renueva en el santo sacrificio de la Misa, apareciendo así la liturgia como modo específico por el cual se actualiza este Misterio de Cristo, bajo el velo de las señales sensibles eficaces, *ex opera operatur*. A diferencia del AT, ya no se está en la dependencia de una fe individual, sino de la fe de la propia Iglesia donde Dios, en Cristo, actúa en el hombre y el hombre, por intermedio de los mismos signos – en Cristo – presta a Dios el debido culto de latría, bajo el velo de las señales sagradas eficaces, de modo pleno, colocando en relieve los aspectos diversos del único misterio expreso y realizado enteramente en cada Misa<sup>313</sup>.

Si Cristo ha constituido a María como el camino de su venida, la «puerta de la aurora» de la salvación, no podría, al volver a la casa del Padre, prescindir de su participación que no sólo no ha cesado con su Asunción, sino que es continua y más eficiente en su acción junto a Aquél que «está sentado a la derecha del Padre».

En la Encíclica *Mysterium fidei*, el Papa Pablo VI hace una bella relación entre María y el sacrificio Eucarístico:

«La Santísima Virgen María, de la que Cristo tomó la carne que está contenida en el Sacramento de la Eucaristía intercede junto al Padre de las misericordias para que de la común fe y culto eucarístico brote y reciba más vigor la perfecta unidad de comunión entre los cristianos»<sup>314</sup>.

---

312 Cf. RATZINGER, Joseph. *Opera omnia*, Vol. IX: Teología della Liturgia. La fondazione sacramentale dell'esistenza cristiana. Città del Vaticano: Libreria Editrice Vaticana, 2011, p. 51.

313 Cf. VAGAGGINI, Cipriano. *O sentido teológico da liturgia*. São Paulo: Loyola, 2009, p. 157.

314 MF, n. 77.

## 1. Orígenes de la devoción mariana

### 1.1 Primeras oraciones

La primera oración de loor a María la encontramos en las propias Escrituras, floreciendo de los labios de Santa Isabel al recibir su visita, seguido del cántico de alabanza de la Madre de Dios a su Creador. Es previsible que los apóstoles recurrían a María en sus problemas y dificultades, sobre todo después de la Ascensión del Señor. Sin embargo el culto a Ella en una sociedad que recién empezaba su salida del paganismo y de la idolatría, no era deseado por la Providencia para aquel momento. Desde los primeros siglos la Iglesia ha sentido necesidad de orar con María (Hch 1, 14) y a María en el contexto de una oración eclesial por las necesidades de la comunidad o de algún miembro<sup>315</sup>. En el Cenáculo, «también María imploraba con sus oraciones el don del Espíritu, que en la Anunciación ya la había cubierto con su sombra»<sup>316</sup>. Los apóstoles habían recibido el mandato de evangelizar (Cf. Jn 17, 18) y María tiene su puesto en esta nueva etapa cooperando en la prolongación de la misión salvadora de Jesús, de la cual Ella fue *socia* en su estructura fundante. Juan había recibido a María no apenas en carácter personal, para sí solo, sino en contexto apostólico y eclesial. El colegio apostólico fundado por Jesús recibía a María en su seno por el mandato del propio Cristo, como Madre y consoladora de la Iglesia naciente, a quien Ella guiaría en sus primeros pasos como lo hizo cuando el Niño Jesús, en su naturaleza humana, aprendía a caminar: Una dirección humilde y silenciosa, como siempre fue toda la actuación mariana en la tierra. Aquélla que estaba destinada a que «todas las generaciones» la proclamasen Bienaventurada, durante su vida ha buscado siempre el silencio que permitiese la escucha perfecta de la Palabra hecha carne. En Pentecostés se dio la epifanía de la Iglesia y también de María, en cuanto Madre de la misma. El primitivo arte cristiano, una de las fuentes primordiales de la Tradición, pone de relieve este sentido epifánico de María al colocarla en el puesto central de la comunidad apostólica pentecostal, en que la dignidad de su misión activa y silenciosa en la comunidad primigenia, se expresaba en la maternidad espiritual de este Cuerpo místico que comenzaba a formarse y encontrar su concreción estructurante con la venida del Paráclito. La liturgia supo identificar este momento histórico y cristalizarlo en diversos prefacios marianos, como éste de la Misa Común de la Virgen (tercero):

---

315 Cf. ESQUERDA BIFET, Juan. *Espiritualidad Mariana de la Iglesia: María en la vida espiritual cristiana*. Madrid: Sociedad de Educación Atenas, 1994, pp. 100-101.

316 LG, n. 59.

«Ella, al aceptar tu Palabra con limpio corazón [...] y al dar a luz a su Hijo, preparó el nacimiento de la Iglesia. Ella, al recibir junto a la cruz el testamento de tu amor divino, tomó como hijos a todos los hombres [...] Ella, en la espera pentecostal del Espíritu Santo, al unir sus oraciones a las de los discípulos, se convirtió en el modelo de la Iglesia suplicante. Desde su ascensión a los cielos, acompaña con amor materno a la Iglesia peregrina y protege sus pasos [...] hasta la venida gloriosa del Señor»<sup>317</sup>.

La llena de gracia, en su silenciosa ocultación, se manifiesta en Pentecostés, – epiclesis de la Historia de la Salvación<sup>318</sup> – como la más auténtica y fiel colaboradora de Cristo en la obra apostólica de evangelización, de tal modo que podemos comprender la primera actuación de María, antes de Pentecostés principalmente como Madre de la Iglesia y después de la epifanía del Paráclito como Nuestra Señora de la Evangelización<sup>319</sup>. El culto a la Virgen nace de modo orgánico y espontáneo a medida en que se va conociendo la proximidad de su persona a la obra de Cristo, ocurriendo muy pronto testimonios de su veneración que, de modo natural, se convierte en culto al reconocer su persona y su poder de intercesión, hasta el momento escatológico profetizado por la propia Madre de Dios: «Todas la generaciones me llamarán bienaventurada» (Lc 1, 48)<sup>320</sup>. Algunos autores procuran remontar el culto a la Virgen a los albores del cristianismo, como, por ejemplo, el P. Francisco de Paula Solá, S.I., quién afirma que el culto mariano se hace presente en el siglo I y se manifiesta en Roma en el siglo II<sup>321</sup>. La gran mayoría de los autores, entretanto, indican las primeras señales del culto litúrgico mariano como posterior al de los mártires<sup>322</sup>. Era necesario – afirma René Laurentin – «que la Virgen quedase oculta durante algún tiempo, para que el mundo rompiese con la contaminación de los cultos de las diosas-madres»<sup>323</sup>. Una prueba de esta necesidad se encuentra en la actitud de San Epifanio cuando, en 377, fue obligado a reprender con expresiones enérgicas las «coliridianas», un grupo de mujeres que pretendían tributar a la

---

317 MR, *Prefacio tercero del Común de la Virgen*.

318 Cf. Expresión utilizada por Mons. Neophytus Edelby, en su intervención en el Concilio Vaticano II. (Cf. SÁNCHEZ CARO, José Manuel, *El Canon de la Biblia*. En: ARTOLA ARBIZA, Antonio María; SÁNCHEZ CARO, José Manuel. *Introducción al Estudio de la Biblia: 2. Biblia y Palabra de Dios*. Estella: Verbo Divino, España, 1989, p. 108.

319 Cf. PASCUAL DÍAZ DE AGUILAR, Juan Antonio. *Manifestación de María a través de la liturgia*. Madrid: BAC, 2004, pp. 63-65.

320 Cf. FERNÁNDEZ, Aurelio. *Teología Dogmática: Curso fundamental de la fe católica*. Madrid: BAC, 2009, pp. 404-405.

321 SOLÁ, Francisco de Paula. *La Santísima Virgen en las inscripciones, principalmente sepulcrales, en los primeros siglos del cristianismo*. En: *De primordiis cultus mariani II*, Roma, 1970, p. 77.

322 Cf. BERNAL, J. M. *Iniciación al Año Litúrgico*. Madrid: Cristiandad, 1984, pp. 286-287. El autor cita las siguientes referencias: RIGHETTI, M. *Historia de la liturgia*. Madrid: BAC, 1955, p. 883; CAPELLE, B. *La liturgie mariale en Occident*. En: *María: Études sur la Sainte Vierge I*, París, 1949, p. 219; Philips, G. *Le sens crétien de la foi et l'évolution du culte marial*. En: *De primordiis cultus mariani II*, Roma, 1970, p. 112; VISENTIN, P. *Formazione e sviluppo del santorale nell'anno liturgico*. En: «Rivista Liturgica» 65 [1978], p. 311.

323 LAURENTIN, René. *Breve Tratado de teología Mariana*. Petrópolis: Vozes, 1965, p. 53.

Virgen un culto propiamente divino y ofrecerle sacrificios<sup>324</sup>. Habían improvisado una liturgia calcada en costumbres paganas, con «sacerdotisas» que ofrecían un simulacro de Misa en honor a María, con sacrificio de panes a modo de Eucaristía denominados *collyrida*. A este tipo equivocado de culto se daría el nombre de Mariolatría, pero duró muy poco y no hubo reincidencias históricas<sup>325</sup>. En función de esto, San Epifanio hace una distinción que será fundamental entre el culto de adoración a Dios y de veneración a la Virgen, que posteriormente se va diferenciar del culto a los santos<sup>326</sup>, de manera que la teología actual considera tres categorías de culto:

- **Culto de latría:** También llamado adoración, es debido sólo a Dios por su infinita excelencia, que por ser el primer principio y soberano Señor de todo lo creado, merece el culto supremo, acto de la virtud de la religión (re-ligare). Se debe también a la humanidad del Salvador por su unión hipostática en la única Persona del Verbo, a la Eucaristía en cuanto presencia real de Cristo. Aplicable, también, por analogía, a la Santa Cruz, por su inmediata relación con el sacrificio redentor de Cristo y de modo relativo al crucifijo y a imágenes del Salvador, por el hecho de que lo representan<sup>327</sup>.
- **Culto de dulía:** También llamado de veneración, debido a los santos y por consecuencia a sus reliquias, subordinado al de la religión. El Concilio de Trento reafirma este culto a los santos como respuesta a los cuestionamientos de los pseudo-reformadores<sup>328</sup>.

---

324 Henri de Lubac, en su célebre obra *El Drama del Humanismo Ateo*, presenta las ideas de Augusto Comte sobre el culto a la Virgen María. Para Comte, más que las creaciones antropológicas del antiguo politeísmo, «la encarnación del motor universal» manifiesta una tendencia hacia la homogeneidad real entre los adoradores y los seres adorados. El catolicismo resaltó – continúa Comte – esta tendencia que debía conducir a la eliminación del ser ficticio cuando el ser real hubiera adquirido bastante grandeza para reemplazar a su precursor necesario. Especialmente por medio del culto a la Virgen se alteró profunda y beneficiosamente el monoteísmo occidental. La Virgen adquirió en los corazones occidentales una creciente preponderancia, que San Bernardo recoge y sistematiza. Esta «mediadora verdaderamente universal anunciaba el estado normal de nuestro culto». El filósofo intenta hacer una profecía frustrada que los años no confirmaron: «Esta devoción y no la de la Misa, es la que servirá de transición hacia el culto final “bajo el impulso gradual de los positivistas, asistidos por las mujeres y los jesuitas regenerados”». Reforzando su negación de Dios pero no su ateísmo, puesto que cree en una diosa: «La humanidad». Afirma el precursor del marxismo: «Es la imagen de la Virgen Madre la que habituará al pueblo, al emblema de «nuestra diosa», la Humanidad. (Cf. DE LUBAC, Henri. *El Drama del Humanismo Ateo*. Madrid: Encuentro, 1990 - pp. 140-142).

325 Cf. GARRIGOU-LAGRANGE, Reginald. *La Madre del Salvador y nuestra vida interior*. Madrid: Rialp, 1990, p. 341.

326 Cf. LAURENTIN, René. *Breve Tratado de teología Mariana*. Petrópolis: Vozes, 1965, p. 53; FERNÁNDEZ, Aurelio. *Teología Dogmática: Curso fundamental de la fe católica*. Madrid: BAC, 2009, p. 407.

327 Cf. GARRIGOU-LAGRANGE, Reginald. Op. cit. Madrid: Rialp, 1990, p. 340.

328 Cf. DH 1744, 1755, 1821; ed. 2007.

- **Culto de hiperdulía:** O de veneración calificada, debido a la Santísima Virgen en virtud de su condición de Madre de Dios, de su excepcional santidad y del papel específico que desempeñó en la historia de la salvación<sup>329</sup>. Estrictamente hablando, es un culto de *dulía*, pero tributado en la forma más eminente de este tipo de culto, que históricamente se fue tornando más definido por los escritos de San Modesto (siglo VII) y San Juan Damasceno (siglo VIII). Posteriormente Santo Tomás<sup>330</sup>, San Buenaventura<sup>331</sup>, Beato Juan Duns Escoto, Francisco Suárez y casi todos los teólogos católicos, bien como la liturgia en el Oficio de la Santísima Virgen<sup>332</sup> han reconocido este culto de *hiperdulía*. La Sagrada Congregación para los Ritos, en decreto del 1º de junio de 1884, declaraba:

«La Iglesia, con una veneración más alta de la que suele tributar a los demás santos, honra a la Reina y Señora de los Ángeles: A Ella, por consiguiente, como la Madre de Dios, se debe, no cualquier culto de dulía, sino el culto de hiperdulía»<sup>333</sup>.

La advocación de María como *Foederis Arca* constituye una figura importante para comprender el culto mariano. El Arca era, para los judíos, objeto de un culto de veneración, porque en ella había habitado Yahveh<sup>334</sup>. María – como Arca de la Nueva Alianza – es digna de culto por que en Ella habitó el Señor, que de Ella ha tomado carne humana y en Ella y por Ella se ha hecho único Mediador entre Dios y los hombres, lo que pone de relieve la Maternidad divina como fundamento supremo del culto de veneración a María. Ahora bien, el Arca era también, para los judíos, el lugar donde Dios escuchaba las oraciones de su pueblo. María en cuanto Arca de la Nueva Alianza es también el lugar privilegiado donde Dios escucha nuestras oraciones, arca viva, que puede añadir su voz a la nuestra<sup>335</sup>. La oración de María es como un espejo purísimo que no guarda nada de la luz, sino que la refleja toda. Toda

---

329 Cf. FERNÁNDEZ, Aurelio. *Teología Dogmática: Curso fundamental de la fe católica*. Madrid: BAC, 2009, pp. 449-450.

330 *S. Th.* II, II, q. 103, a. 4, ad. 2: «*Hiperdulia est potissima species dular communiter sumptæ: Maxima enim reverentia debetur homini ex affinitate quam haber ad Deum. Item, III, q. 25, a. 5: Cum beata Virgo sit pura creatura rationalis, non debetur ei adoratio latræ, sed solum veneratio duliæ: Eminentium tamen, quam cæteris creaturis, in quantum est Mater Dei. Et ideo decitur quod debetur ei non qualiscumque dulia, sed hyperdulia*».

331 En: *III Sent.*, d. 9, a.1, q. 3: «*Ex hoc quod Mater Dei est, prælata est ceteris creaturis, et eam præ ceteris decens est honorari et venerari. Hic autem honor consuevit a misgistris hyperdulia vocari*».

332 Cf. GARRIGOU-LAGRANGE, Reginald. *La Madre del Salvador y nuestra vida interior*. Madrid: Rialp, 1990, pp. 340-342.

333 «*Eminentiori veneratione, supra ceteros sanctos colit Ecclesia Reginam et Dominam angelorum, cui in quantum ipsa est Mater Dei, debetur, non qualiscumque dulia, sed hyperdulia*».

334 Después de la bajada de la nube sobre el Arca se comienza a utilizar el verbo *shakan*, cuyo significado principal es «habitar».

335 Cf. POZO, Cándido. *María en la Escritura y en la fe de la Iglesia*. Madrid: BAC, 1979, pp. 160-161.

la luz de Dios desciende hasta María que es el *Espejo de justicia*<sup>336</sup>. María de Nazaret es la respuesta plena del encuentro antropológico hombre-Dios, su oración es componente constitutiva de la experiencia religiosa que halla sus raíces específicas en una fuente siempre alimentada por el Espíritu del Padre y del Hijo<sup>337</sup>.

La invocación directa a María se encuentra registrada históricamente por primera vez en las obras de San Gregorio de Nacianzo. En su homilía XXIV relata como las vírgenes Tecla y Justina invocaron a la Madre de Dios y fueron oídas y auxiliadas por Ella<sup>338</sup>. Justina<sup>339</sup>, que fue perseguida por Cipriano de Antioquia, habiendo rezado y pedido la intercesión de la Virgen María para mantener su virginidad amenazada por el joven Aglaide y por las magias de Cipriano, fue ayudada por la Virgen que venció los intentos del mal con tal poder que determinó la conversión de Cipriano, siendo los dos martirizados por Diocleciano<sup>340</sup>.

El despliegue histórico es connatural a la existencia humana. No podemos imaginar, como Hegel, que los momentos de la historia son como átomos separados en el proceso de desarrollo del «espíritu objetivo». Por el contrario, estos acontecimientos tienen un valor inmediato en su propia esencia y en cuanto tal están directamente relacionados con Dios, son «eternos» en el sentido de que, habiendo un inicio, no tienen fin, o sea, por toda la eternidad

---

336 Cf. LOEW, Jacques. *En la escuela de los grandes orantes*. Madrid: Narcea, 2000, p. 143.

337 En este sentido es interesante conocer la visión ecuménica de la oración mariana presentada en la monografía «*Pregate incessantemente*», que se encuentra en AAVV. *Studi Ecumenici* 25 (2007) n. 3, pp. 335-457, en que María es presentada como el modelo femenino de la contemplación y de la oración sapiencial para toda la humanidad. Es también la voluntad de Cristo que la Madre sea reconocida por todos los redimidos y por toda la Iglesia, en la cual, por su providencial voluntad, se encuentra la comunión de los santos, como estuvo a los pies de la Cruz (Jn 19, 25-27) por acoger y ejercitar su diaconía materna en relación a un Dios que viene y un hombre que acoge, haciendo de este último, en el señorío del único *Pneuma*, la voz de súplica y loor elevada al Padre en sacrificio de suave olor. (Cf. CALABUIG, Ignazio Maria; PERELLA, Salvatores M. *Le litanie della Beata Vergine*: Storia - Teologia – Significato. Roma: Marianum LXX (2008), pp. 103-202).

338 Cf. GREGORIO NACIANCENO, *Oratio XXIV*: PG 35,1170-1194, Ed. 1857.

339 Vivía en Antioquia una bella y rica doncella llamada Justina, hija de Edeso y Cledonia, que eran paganos. Justina se convirtió por las predicaciones del diácono Prailo, dedicando su vida a oraciones y consagrando su virginidad. Un joven rico de nombre Aglaide se apasionó por Justina, pero esta no aceptó casarse. El joven recurrió a Cipriano – un hechicero – para alcanzar el cambio del pensamiento de Justina. Cipriano utilizó todo su conocimiento de la magia satánica pero no alcanzó ningún resultado, porque Justina se defendía con sus oraciones a la Virgen María. La ineficacia de su hechicería hizo que Cipriano se convirtiese al cristianismo, quemando sus libros satánicos y distribuyendo sus bienes a los pobres. La noticia de su conversión llegó hasta el Emperador Diocleciano y los dos fueron arrestados y torturados, pero no cedieron. Ellos fueron puestos en una caldera hirviente, pero nada les aconteció. Un antiguo discípulo de Cipriano, el hechicero Atanasio, intentando desafiar a Cipriano se lanzó en la caldera muriendo en pocos segundos. El día 26 de septiembre de 304, Diocleciano ordenó la decapitación de los dos y de otro cristiano de nombre Teotiso, que fueron ejecutados a las márgenes del Rio Galo en Nicomedia. Los cuerpos fueron expuestos por seis días hasta que un grupo de cristianos los recogió y los llevó a Roma. En el Imperio de Constantino las reliquias fueron trasladadas para la Basílica de San Juan de Letrán.

340 Cf. STICKELBROECK, Michael. *María Colaboradora del Redentor*. Lima: Facultad de Teología Pontificia y Civil de Lima, 2011. (Apuntes de clase).

aquel hecho, aunque fuese borrado de la memoria de todos los hombres, aconteció de modo irrevocable. Por eso el acompañamiento histórico debe seguir la norma suprema que deriva de la esencia misma del culto cristiano determinada por las autoridades constituidas y guiadas, una y otra, por la acción del Espíritu Santo<sup>341</sup>. Por ese proceso el desarrollo histórico de la himnología de la Iglesia primitiva enriqueció la liturgia y el culto cristiano con odas en honor a la Madre de Dios, que muchas veces la historia no ha alcanzado transmitirnos, sino por las resonancias en himnos posteriores como el *Akathistos*<sup>342</sup>, célebre poema mariano de la Liturgia Bizantina del siglo V, que se cantaba el quinto sábado de la Cuaresma donde se reconoce y se exalta a la Madre de Dios<sup>343</sup>. Se destaca la *Homilía* del obispo de Sardes en Lidia, Melitón (†195) que ocupa la última parte de un manuscrito en papiro del siglo IV<sup>344</sup>, considerado como homilía pascual, por ser una explicación de Ex. 12, 3-32 y que tiene mucho de *præconium paschale*, lleno de entusiasmo profético y poético<sup>345</sup>, siendo por eso mencionado por muchos autores como *Homilía Pascual*. En ella está claro el concepto de la divinidad y preexistencia de Cristo cuando habla de la Encarnación:

«Éste es el que se hizo carne en una virgen, cuyos [huesos] no fueron quebrantados sobre el madero, quien en la tumba no se convirtió en polvo, quien resucitó de entre los muertos y levantó al hombre desde las profundidades de la tumba hasta las alturas de los cielos. Este es el cordero que fue inmolado, éste es el cordero que permanecía mudo, éste es el que **nació de María, la blanca oveja**».

Para indicar la pureza inmaculada de María en una época donde no estaba definida la Inmaculada Concepción, ni la ausencia de pecados en Ella, ni dogmáticamente la triple virginidad<sup>346</sup>, Melitón utiliza la figura de la «blanca oveja» para simbolizar la pureza de la

---

341 Cf. NEUNHEUSER, Burkhard. *História da liturgia através das épocas culturais*. São Paulo: Loyola, 2007, p. 37.

342 En realidad no es un título originario, sino una rúbrica: *A-kathistos*, del griego, no sentados, y que era recitado de pie, en señal de reverencia a María, como se escucha el Evangelio. Trátase de una serie de himnos con ocho odas, acrecido de 24 estrofas llamadas «monumentos de loores». Las doce primeras narran la vida de la Virgen y las otras doce ensalzan su figura y sus hazañas, al tiempo que enuncian diversos dogmas marianos. Su origen es discutido, pero se cree que fueron compuestos en acción de gracias por las tres liberaciones de Constantinopla, invadida por los bárbaros.

343 Cf. FERNÁNDEZ, Aurelio. *Teología Dogmática: Curso fundamental de la fe católica*. Madrid: BAC, 2009, p. 406.

344 Publicado en 1940 y otro más completo en 1960, que han permitido conocer y fechar este escrito entre 160 y 170 de la era cristiana, bien como reconocerlo en traducciones latina, siríaca, copta y georgiana.

345 Cf. TREVIANO ETCHEVERRIA, Ramón. *Patrología*. Madrid: BAC, 1994, p. 103.

346 Proclamada oficialmente para la Iglesia universal en el II Concilio de Constantinopla (553) (DS, 427) y en otros documentos, como se encuentra en el CEC n. 499: «[...] Incluso en el parto [...]» (cf. San León Magno, c. *Lectis dilectionis tuae*: DS, 291; Ibid., 294; Pelagio I, c. *Humani generis*: Ibid. 442; Concilio de Letrán, año 649: Ibid., 503; Concilio de Toledo XVI: Ibid. 571; Pío IV, con. *Cum quorundam hominum*: Ibid., 1880). En efecto, el nacimiento de Cristo “lejos de disminuir consagró la integridad virginal” de su madre (LG 57). La liturgia de la Iglesia celebra a María como la *Aeiparthénon*, la “siempre-virgen” (cf. LG 52).

madre del Cordero. Hay un escrito falsamente atribuido a Melitón de Sardes, en versión latina del siglo V, titulado *De transitu Beatæ Virginis Mariæ*, que parece ser una narración apócrifa de la muerte y ascunción de María no anterior al siglo IV. El texto se ha conservado en varias revisiones griegas con el título «*ἡ κοίμησις τῆς Θεοτόκου*» y ha sido utilizado por la literatura suscitada por la declaración del Dogma de la Ascunción<sup>347</sup>. La oración encontrada en el desierto, traducida al latín con el título «*Sub tuum præsidium*» es de las más antiguas que llegan hasta nuestros días. En este tiempo ya se pedía la intercesión de los mártires junto a Cristo, pero es a partir del Concilio de Éfeso que se percibe perfectamente que María es la primera en este orden y se comienza a descubrir las verdaderas proporciones de su rol en el plano de salvación y en la mediación junto a su Hijo. Uno de los discursos pronunciados en el mencionado Concilio la invoca con carácter universal:

«Nosotros vos saludamos, María, Madre de Dios,  
Tesoro venerable del mundo entero,  
Luz jamás extinta...  
Templo jamás destruido, que abrigáis Aquel que no puede ser contenido, Madre  
y Virgen...»

La Iglesia encuentra en la devoción mariana la ayuda para la fidelidad a la voluntad de Dios, a tal punto que los teólogos posteriormente la llamarán de omnipotencia suplicante<sup>348</sup>, puesto que la invocación a María alcanza las gracias pedidas. Este atendimiento excita a la veneración e imitación de las virtudes marianas – aspecto importante del culto – en que los fieles, como el discípulo amado, reciben a María «en sus cosas» y en su vida. La recitación de la Salutación Angélica, del *Magnificat* y de otras oraciones marianas se fueron tornando praxis en la Iglesia, dando nacimiento a otras fórmulas como, por ejemplo, las letanías<sup>349</sup>.

## 1.2 Las letanías marianas

Etimológicamente letanías significa oración o súplica, son invocaciones breves o largas dialogadas entre un cantor y el pueblo en celebraciones, procesiones y otros actos de piedad, «que se hace en cierto orden, invocando a la Santísima Trinidad y poniendo por medianeros a Jesucristo, la Virgen y los santos»<sup>350</sup>. Hay diversos tipos de letanías: Al Corazón de Jesús, a

---

347 Cf. QUASTEN, Johannes. *Patrología I: Hasta el concilio de Nicea*. Madrid: BAC, 1961, pp. 231-236.

348 Cf. JUAN PABLO II. *Carta por ocasião do centenário da coroação de Nossa Senhora Aparecida*, 17 de julio del 2004, n. 4. En: *Insegnamenti di Giovanni Paolo II*, XXVII, 2, 2004 (Luglio-Dicembre). Città del Vaticano: Libreria Editrice Vaticana, 2006, pp. 22-23.

349 Cf. ESQUERDA BIFET, Juan. *Espiritualidad Mariana de la Iglesia: María en la vida espiritual cristiana*. Madrid: Sociedad de Educación Atenas, 1994, p. 100.

350 LETANÍAS. En: REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, *Diccionario de la Lengua Española*. Madrid, 1992.



todos los Santos<sup>351</sup>, por la Buena Muerte, etc. El término *litaniae*, usado en el plural en la liturgia latina y en la mayor parte de los idiomas originados del latín, deriva del griego *λιτανία* = plegaria, súplica. En el lenguaje litúrgico el término tomó dos acepciones:

1. La procesión propiamente dicha, durante el cántico de las mismas<sup>352</sup>.
2. El día en que se hacía la procesión, normalmente el 25 de abril, se recitaban las «letanías mayores» (o *Procesión de San Marcos*). En el triduo preparatorio para la fiesta de la Ascensión del Señor<sup>353</sup>, que se atribuye a San Mamerto, obispo de Viena<sup>354</sup>, el cual, hacia el año 470, prescribió realizar en esos días una procesión con letanías y públicas rogativas, en dirección a una de las iglesias de los suburbios de la ciudad, con el fin de impetrar la misericordia divina ante las calamidades que habían desolado aquella región<sup>355</sup>. Por eso se celebraban procesiones («*Rogationes*») que eran conocidas como «letanías menores», costumbre que se ha difundido en la Iglesia universal. Parece que estas rogativas sustituyeron a ciertas fiestas gentiles llamadas *Robigalia* o *ambarvalia*. Todo este ciclo terminaba con la gran fiesta de Pentecostés<sup>356</sup>.

La terminología fue asumida también por las oraciones de súplica e invocación, la primera donde prevalecen las peticiones de los orantes, como por ejemplo: «*Ut fructus terrae dare et conservare digneris: Te rogamus, audi nos*», de las letanías de todos los santos, parte integrante de la ceremonia de recepción de órdenes sagradas y las segundas en que prevalecen las invocaciones a las cuales se asocia una súplica, como, por ejemplo: «*Regina pacis: Ora*

---

351 La Letanía de los Santos surgida en torno del siglo VII o VIII, es sin duda la matriz de la Letanía a la Virgen María. En aquellos tiempos el culto a la Madre de Dios estaba ya bien enraizado en el Oriente y en el Occidente. No sorprende que en varios formularios de la Letanía de los Santos, las Iglesias locales incluyesen invocaciones propias y por tanto también invocaciones a la Madre de Dios, siempre en un lugar significativo. En las más arcaicas con *Sancta Maria* y después se añadieron las invocaciones *Sancta Dei Genitrix* y *Sancta Virgo Virginum*, que representaban los principales dogmas marianos definidos hasta aquella pericopa de la historia. Posteriormente se fueron añadiendo otros títulos de honor o invocación a la Virgen Santísima, promoviendo lo que podríamos llamar un proceso de marianización de la *Litaniae Sanctorum*.

352 En el *Registrum Epistolarum* de Gregorio I (590-604) se conserva el testimonio de que este Pontífice, el año 592 o 598 convocó a los fieles a la procesión que salía de la Iglesia de San Lorenzo hacia la Basílica de San Pedro: «*Sollemnitas annuae devotionis, filii dilectissimi, nos ammonet, ut laetantiam quae maior ab omnibus appellatur sollicitis ac devotis debeamus auxiliante Domino mentibus celebrare [...] Sexta igitur feria veniente a titulo beati Laurenti martyris qui appellatur Lucinae egredientes, ad beatum Petrum apostolorum principem Domino supplicantes cum hymnis et canticis spiritualibus properemus*».

353 Entre los siglos II y V Pentecostés tenía cincuenta días desde el domingo de Pascua hasta la conmemoración conjunta de la Ascensión del Señor y de la venida del Espíritu Santo. La octava pascual era conocida en Jerusalén, en Roma y otras. Desde mucho tiempo atrás, se tuvo en cuenta este tiempo para la *mistagogia* de los iniciados en los sacramentos pascuales. A finales del siglo IV se introdujo la fiesta de la Ascensión a los cuarenta días de la Pascua, tal como se la conoce en los sermones de san León Magno (440-461). (Cf. LÓPEZ MARTÍN, Julián. *La Liturgia de la Iglesia: Teología, historia, espiritualidad y pastoral*. Madrid: BAC, 1996, pp. 234-233).

354 No en Austria, más en el Delfinado (*Dauphiné*), una de las antiguas provincias del sureste de Francia.

355 ABAD IBAÑEZ, J. A.; GARRIDO BONAÑO, M. *Iniciación a la liturgia de la Iglesia*. 2 ed. Madrid: Palabra, 1998, p. 799

356 Cf. LORCA, Bernardino. *Manual de Historia Eclesiástica*. Barcelona: Labor, 1951, p. 236-237.

*pro nobis*». Cuando la letanía está insertada en una celebración litúrgica, como las letanías de intercesión, se pueden sumar peticiones formuladas por el celebrante<sup>357</sup>. No cabe una oposición o separación total entre los dos tipos de letanías porque ambos pueden coexistir en el mismo formulario, como es el caso de la letanía de los Santos, que comienza como de invocación y finaliza a modo de letanía de súplica. Este tipo de letanías se puede encontrar en los escritos de San Clemente de Roma a los Corintios, San Justino, en los Padres Apostólicos, etc., mientras las letanías de invocación – más antiguas – ya aparecen en los textos judíos y paganos<sup>358</sup>. La modalidad litánica de oración encuentra su origen en la Antigüedad y es connatural con la estructura psicológica y sobrenatural del hombre que percibiendo la distancia infinita entre él y el Creador, siente la necesidad de reiterar su pedido como indicación de que toda su fuerza viene de Dios. Este paralelismo es fácilmente perceptible si comparamos las letanías con los salmos, cánticos u oraciones de la Antigua Ley, como por ejemplo el Salmo 135 o el Cántico de los tres jóvenes (Dn 3, 57-58)<sup>359</sup>.

La liturgia es el *locus* donde el corazón creyente y orante encuentra su concreta formulación histórica. Este hecho es intrínseco al dinamismo de la estructura litúrgica de invocación, alabanza y súplica colectivas, constituyendo el fundamento último de la raíz sobrenatural y antropológica de la oración, que encuentra en la estructura litúrgica ejemplos bien definidos como la plegaria diaconal en el Oriente<sup>360</sup> y la plegaria de los fieles en el Occidente<sup>361</sup>. Aunque a primera vista pueda parecer raro, tanto la oración diaconal de la liturgia oriental, cuanto la oración de los fieles son, en cierto sentido, la base de las *«litaniae marianae»*. El examen de los testimonios patrísticos, desde la *Didaché*, Clemente de Roma (†101) y San Justino (†165), incluyendo San Ambrosio (†397), San Agustín (†431) y San Próspero de Aquitania (†455), muestra como la recomendación paulina «te encarezco, pues, ante todo, que se hagan súplicas, oraciones, peticiones y acciones de gracias por todos los

---

357 Cf. HUCKE, Helmut. *La música litúrgica*. En: *Concilium*: Revista internacional de Teología, febrero de 1965. Madrid: Cristiandad, 1965, p. 125.

358 Cf. SINOPOLI, Concetta. *Meditare le Litanie*. Bologna: EDB, 1992, p. 7.

359 Cf. BASTERO DE ELEIZALDE, Juan Luis. *Sinopsis histórica de las Letanías Lauretanas*. En: *Archivum Historiae Pontificiae*. Roma: Pontificia Università Gregoriana, Facoltà di storia ecclesiastica, 2006, p. 1340.

360 Así llamada porque es recitada por el diácono. Más frecuentemente recibe el nombre de «*ectenia*» (extensa), porque sus peticiones alcanzan a todas las personas y a todas sus necesidades. El diácono enuncia la petición o súplica y el pueblo contesta *Señor, ten piedad [Kyrie eleison]*. (Cf. *Ibid.*, p. 1342)

361 Inicialmente denominada «Oración Universal» ha evolucionado para la actual «Oración de los Fieles». Del final del siglo IV a finales del V se traducen los textos litánicos de la liturgia oriental. En tiempos del Papa Gelasio (siglo V) se revisan los textos para mejorarlos y adaptarlos a las circunstancias nuevas, dando lugar a diversas oraciones litánicas en los formularios de las diversas familias litúrgicas de la época. En la «oración universal» un lector o el mismo sacerdote recita la invocación y todo el pueblo repite una deprecación. Son paradigmáticas las recitadas en la liturgia del Viernes Santo y que se han conservado hasta nuestros días. (Cf. *Ibid.*, p. 1343)

hombres, etc.»<sup>362</sup>, había encontrado una formulación técnica bien definida en la celebración de la Eucaristía y en otros momentos de la plegaria litúrgica. Aunque existiesen diferentes formatos, tanto en la plegaria diaconal cuanto en la plegaria de los fieles, la estructura de las peticiones y el ritmo de la respuesta de la asamblea siempre obedecía al mismo orden: *Kyrie eleison; Exaudi, Domine; Domine, miserere; Te rogamus, audi nos...* Por tanto, un riguroso estudio de la naturaleza y de las formas de las letanías de la Virgen María debe partir del presupuesto de las primitivas oraciones litánicas, fuertemente radicadas en la tradición litúrgica que originó las letanías marianas<sup>363</sup>. Además de la influencia de la oración diaconal, de la oración de los fieles, de la letanía de los Santos, de las invocaciones y títulos marianos, el desarrollo de la devoción mariana y la traducción al latín – por Cristóbal, Obispo de Venecia<sup>364</sup> – del célebre himno *Akathistos*, la estructura de la letanía incluyó las invocaciones ofrecidas por la Sagrada Escritura en la cual la figura de María es preanunciada en el Antiguo Testamento (*templum, arca, fons, ianua, stella, domus, scala, turris, vas, rosa, radix...*) y testimoniada en el Nuevo, así como del creciente número de oraciones que la devoción popular o litúrgica desarrolló directamente a la Madre de Dios. A partir del siglo V principalmente en el Oriente, las homilias marianas de los Santos Padres fueron también una fuente rica en invocaciones a la Virgen recogidas en las letanías. La influencia del *Akathistos* en la eucología mariana del Occidente fue directa y notable en algunos casos, como en la parisina *Salutatio sanctæ Mariæ* del siglo XI y otras producciones occidentales.

En el siglo precedente a la composición de la Letanía de Santa María, las oraciones a la Virgen eran muy numerosas ya en el Occidente, sean presentes en la liturgia, sean las pertenecientes a la piedad privada. Poco a poco se fueron componiendo letanías exclusivamente de alabanzas marianas, de modo que se puede afirmar que ya en la segunda mitad del siglo XII existían letanías marianas completamente autónomas<sup>365</sup> que coexistían con letanías de los santos con un número elevado de invocaciones marianas. Muchas oraciones fueron compuestas de tal modo que con facilidad se les podría intercalar un elogio o la súplica *ora pro nobis*. Así la formación de la Letanía a la Madre del Señor se fue desarrollando de una manera orgánica y multiseccular, basando su estructura en la Letanía de los Santos. Fueron surgiendo muchas letanías locales de invocación y alabanza a la Madre de Dios, como por

---

362 1 Tim 2, 1-3.

363 Cf. CALABUIG, Ignazio Maria; PERELLA, Salvatore M. *Le litanie della Beata Vergine: Storia - Teologia – Significato*. Roma: Marianum LXX (2008), pp. 103-202.

364 Esta traducción pasó al Occidente a finales del siglo VIII o principios del IX. (Cf. BASTERO DE ELEIZALDE, Juan Luis. *Sinopsis histórica de las Letanias Lauretanas*. En: *Archivum Historiæ Pontificiæ*. Roma: Pontificia Università Gregoriana, Facoltà di storia ecclesiastica, 2006, p. 1350)

365 Cf. MEERSSEMAN, Gilles Gérard. *Der Hymnos Akathistos im Abendland*, II, Freiburg: Universitätsverlag, 1960, pp. 214-215.

ejemplo la atestiguada en el manuscrito parisino de fines del siglo XI con setenta invocaciones a la Virgen y un códice de Padua del Siglo XIV que tenía el apelativo de *Litaniae lauretanæ*, compuesto por invocaciones y súplicas que se refieren a María en perfecta unidad al Antiguo como al Nuevo Testamento y a los dones con que la Trinidad honró a la Madre del Redentor. Se denominan así las letanías que a finales del siglo XVI se recitaban en el Santuario de la Santa Casa de Loreto<sup>366</sup>, aunque su origen no esté en Loreto, sino en París, donde se encuentra la redacción más antigua de esas letanías, en un códice del siglo XII<sup>367</sup>. La *Litaniae Virginis Mariae*<sup>368</sup> fue la primera publicación oficial de la Letanía de la Madre de Dios, que con el pasar de los siglos fue siendo perfeccionada con nuevas invocaciones, sobre todo por los Papas. Con el transcurrir del tiempo se fueron multiplicando letanías en honor de la Virgen, de modo que, a inicios del siglo XVII se cuentan por lo menos 70 letanías marianas utilizadas en celebraciones públicas. La Santa Sede buscó unificar y ordenar estos formularios en un único denominado *Letanias lauretanæ*, aprobadas oficialmente por Sixto V con la Bula *Reddituri* del 11 de julio de 1587<sup>369</sup>, posteriormente promulgadas para las Iglesias latinas por el Decreto *Quoniam multi* del 06 de septiembre de 1601<sup>370</sup>, cuyo texto contiene 44 invocaciones. Con el despliegue histórico, contando con la concordancia expresa de la Sagrada Congregación para los Ritos<sup>371</sup>, fue aumentado el número de invocaciones, como por ejemplo *Auxilium Christianorum*, por San Pío V, en gratitud por la victoria de Lepanto; *Mater intemerata*, incluida por Clemente XIII en 1768, a pedido de Carlos III de España. El Papa Gregorio XVI (1831-1846) promulgó la inserción de la jaculatoria *Regina sine labe originali concepta* a diversas diócesis e institutos religiosos, después extendida a la Iglesia universal de forma espontánea, tras la proclamación del Dogma de la Inmaculada Concepción. A finales del siglo XIX León XIII quiso que se incluyera la invocación *Regina sacratissimi Rosarii*, en cuanto el Papa San Pío X, en 1903, aprobó la jaculatoria *Mater boni consilii* y dispuso que el Santo Rosario fuese finalizado con la oración de las letanías lauretanæ<sup>372</sup>. Durante la Primera

---

366 Según una piadosa tradición, en su interior se encuentra la Santa Casa donde nació la Virgen María y donde recibió el anuncio de la Encarnación del Hijo de Dios. Esa tradición narra que la Santa Casa fue trasladada por los ángeles en el año 1291 a Tarseto (Dalmacia, Croacia) y tres años más tarde, también por los ángeles, fue depositada en Loreto.

367 Cf. BASTERO DE ELEIZALDE, Juan Luis. *Sinopsis histórica de las Letanias Lauretanæ*. En: *Archivum Historiæ Pontificiæ*. Roma: Pontificia Università Gregoriana, Facoltà di storia ecclesiastica, 2006, p. 1357.

368 (Códice Vat. Ott. lat. 516, del fin del siglo XIV) publicada en la *Acta De Santi*, pp. 57-58.

369 Cf. *Bullarium Carmelitanum*, II, 243. Roma, 1718. Esta Bula estaba dirigida a los Carmelitas Descalzos y en ella se concedían 200 días de indulgencia a los fieles que recitasen las Letanias de la Virgen, pero precisaba que esas letanías debían ser las que se rezaban en la «Casa de la Virgen María».

370 Cf. *Magnum Bullarium Romanum*, III, 169, Lugduni 1655.

371 Que había emanado varios decretos prohibiendo el acrecentamiento de invocaciones a la Letanía (1631, 1821, 1839).

372 Esta costumbre se ha vuelto común en toda la Iglesia. Encontramos un ejemplo interesante en las Reglas manuscritas de la Beata Madre Teresa de Calcuta, M.C., fechada en el día de *Corpus Christi* del año 1947: «36 -

Guerra Mundial Benedicto XV añadió *Regina pacis* (5 de mayo de 1917). En 1950 Pío XII, en el día anterior a la proclamación del Dogma de la Asunción, agregó *Regina in coelum assumpta*. Más recientemente Pablo VI, en la clausura de la tercera Sesión del Concilio Vaticano II (21 de noviembre de 1964), a raíz de la proclamación de María como Madre de la Iglesia, manifestó el deseo de que la Virgen fuera honrada bajo la invocación *Mater Ecclesiae*. El 13 de marzo de 1980 Juan Pablo II incluyó esta jaculatoria en las letanías y, por ocasión del Año Internacional de la familia, este mismo Papa introdujo la jaculatoria *Regina familiae*<sup>373</sup>. Entre las innumerables invocaciones que dirigimos a Nuestra Señora desde hace siglos, la Iglesia ha escogido cuarenta y ocho, que forman las *Letanías de la Santísima Virgen*. Algunas de ellas exaltan la Maternidad divina de María (doce invocaciones), su Virginitad (seis invocaciones), su Realeza (once invocaciones), además de títulos simbólicos, inspirados en la Biblia<sup>374</sup>, en las homilías patrísticas, oraciones medievales e himnos marianos<sup>375</sup>. En el año 1981 se aprobaron también las Letanías de Santa María Reina<sup>376</sup>.

San Alfonso María de Ligorio cuenta en *Glorias de María* un hecho que permite finalizar este apartado con un ejemplo:

«En Reischersperg vivía Arnoldo, canónigo regular muy devoto de la Santísima Virgen. Estando para morir recibió los santos sacramentos y rogó a los religiosos que no le abandonasen en aquel trance. Apenas había dicho esto, a la vista de todos comenzó a temblar, se turbó su mirada y se cubrió de frío sudor, comenzando a decir con voz entrecortada: “¿No veis esos demonios que me quieren arrastrar a los infiernos?” Y después gritó: “Hermanos, invocad para mí la ayuda de María; en Ella confío que me dará la victoria”. Al oír esto empezaron a rezar las letanías de la Virgen, al decir: Santa María, ruega por él, dijo el moribundo: «Repetid, repetid el nombre de María, que siento como si estuviera ante el tribunal de Dios». Calló un breve tiempo y luego exclamó: “Es cierto que lo hice, pero luego también hice penitencia”. Y volviéndose a la Virgen le suplicó: “Oh María, yo me salvaré si tú me ayudas”. Enseguida los demonios le dieron un nuevo asalto, pero él se defendía haciendo la señal de la cruz con un crucifijo e invocando a María. Así pasó toda aquella noche. Por fin, llegada la mañana, ya del todo sereno, Arnoldo exclamó: “María, mi Señora y mi refugio, me ha conseguido el perdón y la salvación”. Y mirando a la Virgen que le invitaba a seguirlo, le dijo: “Ya voy, Señora, ya voy”. Y haciendo un esfuerzo para incorporarse, no pudiendo seguirla con el cuerpo, suspirando dulcemente la siguió con el alma a la gloria bienaventurada»<sup>377</sup>.

---

Diariamente las Hermanas harán media hora de Meditación. Dos veces al día examen de conciencia — El rosario completo — **las letanías de Nuestra Señora**, de los Santos y media hora de lectura espiritual. Los jueves y los domingos harán la hora de reparación. Cf. KOLODIJCHUK, Brian. (Edición y comentarios). *Madre Teresa, ven, sé mi luz: Las cartas privadas de «la santa de Calcuta»*. Barcelona: Planeta, 2008, p. 418.

373 Cf. BASTERO DE ELEIZALDE, Juan Luis. *Sinopsis histórica de las Letanías Lauretanas*. En: *Archivum Historiae Pontificiae*. Roma: Pontificia Università Gregoriana, Facoltà di storia ecclesiastica, 2006, pp. 1359-1362.

374 Cf. LELLOTE, F. *Rabbôni: Consignas y oraciones para mejor servir a Cristo*. Madrid: Stvdivm, 1964, p. 173.

375 Cf. BASTERO DE ELEIZALDE, Juan Luis. Op. cit., pp. 1347-1352.

376 Cf. CALABUIG, Ignazio Maria; PERELLA, Salvatore M. *Le litanie della Beata Vergine: Storia - Teologia - Significato*. Roma: Marianum LXX (2008), pp. 103-202.

377 DE LIGORIO, Afonso Maria. *Las Glorias de María: Comentarios a la Salve Regina*. Bogotá: Caballeros de la

## 2. Presencia de María en los textos litúrgicos

La liturgia, como obra pública al servicio de Dios y de su pueblo, es entendida en la actualidad como celebración del culto divino y participación en la oración de Cristo, dirigida al Padre en el Espíritu Santo, de manera que en ella toda oración cristiana encuentra su fuente y cumbre<sup>378</sup>. María está presente en la liturgia por su participación en el Misterio de Cristo y se puede apuntar, según *Marialis cultus*, cuatro características de esta presencia mariana en la liturgia: El culto mariano es por su naturaleza culto al Padre, por el Hijo y en el Espíritu Santo; por esto la primera característica es que el culto mariano es **trinitario**. El culto a la Virgen es todo en función de Cristo, por ser su madre y por eso es **cristológico**. Es un culto que presenta la obra del Espíritu Santo en María y alcanza como resultado el descubrimiento de inmensas riquezas escondidas en la Tradición cristiana, por eso es **pneumatológico**. María es, después de Cristo, aquélla que ocupa el lugar al mismo tiempo más importante en la Iglesia y más próxima de nosotros, por eso su culto es eminentemente **eclesial**<sup>379</sup>.

La liturgia supo resaltar la devoción mariana en las solemnidades del año litúrgico, cuando hace referencia explícita a María y en las fiestas de la Virgen<sup>380</sup>, que son la principal expresión litúrgica del culto mariano, obedeciendo a un aspecto de participación de María en el Misterio de Cristo, actualizado en la liturgia divina. La primera fiesta Mariana de que tenemos noticia es la de la *Presentación de Jesús en el templo*, la llamada *Candelaria*, que se celebraba en el siglo IV, una «cuadragésima» después de la Epifanía (14 de febrero). Con la fijación de la Navidad a 25 de diciembre, la fiesta de la Presentación fue trasladada para el 2 de febrero, cuarenta días después del nacimiento de Cristo. La presencia de María en la escena de la Presentación justifica que, a pesar de su carácter cristológico, desde sus inicios en el Oriente, fue siempre considerada una fiesta mariana, derivando de ella, inclusive, la invocación a Nuestra Señora de la Candelaria. La procesión de candelas, entretanto, no se introdujo hasta el siglo VI<sup>381</sup>. Cada fiesta mariana obedece a un aspecto de su participación en la *historia salutis* y su conjunto forma un verdadero ciclo eortológico<sup>382</sup> correlativo al de los misterios del Señor. Por eso, en su expresión litúrgica, desde los primeros siglos la veneración

---

Virgen, 2007, p. 111.

378 Cf. LG 11.

379 Cf. KRIEGER, Murilo S. R. *Com Maria a Mãe de Jesus*. São Paulo: Paulinas, 2001, pp. 164-165.

380 Cf. PASCUAL DÍAZ DE AGUILAR, Juan Antonio. *Manifestación de María a través de la liturgia*. Madrid: BAC, 2004, pp. 19-20.

381 Cf. LORCA, Bernardino. *Manual de Historia Eclesiástica*. Barcelona: Labor, 1951, p. 288.

382 «Del griego *εορτή*, fiesta, y *λόγος*, ciencia, estudio, palabra. Ciencia litúrgica que se ocupa de estudiar el origen, desarrollo y celebración de las fiestas y ciclos del año litúrgico». (EORTOLOGIA. En: PARRA SÁNCHEZ, Tomás. *Diccionario de liturgia*. México: Paulinas, 2003)

a María estuvo unida a la conmemoración de los misterios centrales de la vida de Cristo, especialmente la Pascua y la Navidad. Las primeras referencias históricas a Nuestra Señora en la liturgia las vamos a encontrar en la *Traditio Apostolica* de Hipólito<sup>383</sup>, que es la fuente más rica que poseemos para el estudio de la liturgia primitiva en el centro de la cristiandad y de la vida interior de la Iglesia antigua<sup>384</sup>.

## 2.1. La *Traditio Apostolica* de San Hipólito de Roma (†235)

Los datos bibliográficos sobre Hipólito son imprecisos: Es presentado como presbítero, escritor y hasta obispo, o aun el primer «antipapa»<sup>385</sup>. San Ambrosio, San Jerónimo y Gregorio de Elvira lo citan abundantemente. Eusebio le atribuye escritos sin identificar su procedencia: «Hipólito, jefe de una Iglesia [...] ha dejado cartas y diversas composiciones». Hipólito es considerado un escritor erudito, transmitiendo sus conocimientos sin citar las fuentes. Focio lo describe en su *Bibliotheca* (cód. 121) como un discípulo de Ireneo. Es citado como obispo de Roma, también como de la Diócesis de Porto – próximo de Roma – y hasta de la metrópoli de Arabia<sup>386</sup>. Una estatua descubierta en 1551 en Roma hace suponer que tenía en esta ciudad una posición de prestigio y que era obispo, pues está sentado en una cátedra episcopal. Hipólito intenta reconstruir una «tradición apostólica» fijando los recuerdos y costumbres de los seguidores de Cristo, cuyas fórmulas han sido escritas en Roma a comienzos del siglo III; pero no representan textos oficiales fijos, sino que se ofrecen como modelos. Es un reglamento eclesiástico que quiere recordar la disciplina de la Iglesia y dar directivas no sólo a la comunidad sino también a los jefes de otras iglesias<sup>387</sup>. En el capítulo sobre la Eucaristía, Hipólito describe el ritual en uso por los apóstoles lo que ha dado origen a la Plegaria Eucarística II, considerada la más antigua de la Iglesia. En algunos textos transmitidos por Hipólito ya hay mención de la Virgen María:

---

383 Cf. LÓPEZ MARTIN, Julián. *La Liturgia de la Iglesia: Teología, historia, espiritualidad y pastoral*. Madrid: BAC, 1996, p. 276.

384 Cf. QUASTEN, Johannes. *Patrología I: Hasta el concilio de Nicea*. Madrid: BAC, 1961, p. 443.

385 Cuando Hipólito era sacerdote romano se había indisputado con el papa Ceferino; no aceptando la elección de Calixto, por acusarlo de ser discípulo de Sabelio y hereje. Junto con algunos de sus partidarios dividió la comunidad romana haciéndose elegir obispo de Roma por una porción no grande, pero influyente, del presbiterado. Incluso cuando Calixto fue sucedido por Urbano (223-230) y éste, por Ponciano (230-235) el cisma continuó hasta que Maximino el Tracio desterró a ambos (Ponciano e Hipólito) a Cerdeña. Los dos renunciaron al gobierno de la Iglesia, cuando caminaban unidos al martirio, recibiendo juntos la palma gloriosa de morir por la Esposa de Cristo, el 13 de agosto. Por ello es venerado con el título de San Hipólito de Roma, señalado en la más antigua lista de mártires, la *depositio martyrum*, del año 354. (Cf. QUASTEN, Johannes. *Patrología I: Hasta el concilio de Nicea*. Madrid: BAC, 1961, p. 453)

386 Johannes Quasten explica que Orígenes fue a Roma durante el pontificado de Ceferino y se encontró allí con el más renombrado teólogo de la época, el presbítero romano Hipólito. «Poco antes del año 215 – dice Orígenes – le hallamos en Arabia, adonde había ido a instruir al gobernador romano, a petición suya». (Cf. *Ibid.*, p. 340)

387 Cf. TREVIANO ETCHEVERRÍA, Ramón. *Patrología*. Madrid: BAC, 1994, p. 141.

«Cuando se haya convertido en obispo [...] Que los diáconos le presenten la oblación y que él, imponiendo las manos sobre esta con todo el presbiterio diga, dando gracias: [...] Nosotros te damos gracias, oh Dios; por tu Hijo bien amado, Jesucristo, que nos enviaste en estos últimos tiempos como salvador, redentor [...] el cual, en tu beneplácito, enviaste desde cielo en el seno de una **virgen**, habiendo sido concebido se encarnó y manifestó como tu Hijo, nacido del Espíritu Santo y de **la Virgen** [...]»

En el capítulo sobre el Bautismo, después de explicar quiénes pueden acceder al sacramento y las etapas de preparación, indica los ritos del día anterior y el exorcismo. Explica Hipólito:

«En el momento en que el gallo cante se orará primero sobre el agua. [...] les ordenará renunciar diciendo: “Yo renuncio a ti, Satán, y a toda tu pompa y a todas tus obras” [...] Cuando aquél que será bautizado hubiera descendido al agua, el que lo bautiza, imponiéndole la mano, preguntará: “Crees tú en Dios Padre Todopoderoso?” Y él responderá: “Yo creo”. Seguidamente, (aquél que bautiza), teniendo la mano puesta sobre su cabeza lo hará por primera vez. A continuación dirá: “Crees tú en Jesucristo, Hijo de Dios, que nació por el Espíritu Santo **de la Virgen María**, que fue crucificado bajo Poncio Pilato, que murió y al tercer día resucitó de entre los muertos; que subió a los cielos y está sentado a la diestra del Padre; que vendrá a juzgar a los vivos y a los muertos?” Y cuando él haya dicho: “Yo creo”, será bautizado por segunda vez. Se le preguntará a continuación: “¿Crees en el Espíritu Santo, en la santa Iglesia?”. Y el responderá: “Yo creo”, y así será bautizado por tercera vez»<sup>388</sup>.

Esta profesión de fe afirmada por San Hipólito está de acuerdo con el Credo Romano o *Symbolum Apostolicum*, anterior al siglo IV. Tertuliano conocía ya esa profesión a finales del siglo II y hay razones para creer que fue compuesta mucho antes del tiempo en que se encuentran registros históricos. Las investigaciones refuerzan que esta fórmula del símbolo tiene que ser considerada como la madre de todos los credos occidentales. A una sencilla confesión trinitaria inicial se le fueron añadiendo afirmaciones cristológicas y en el Occidente se dio más importancia al nacimiento de Jesús de la Virgen María, mientras el Oriente se ha preocupado más en afirmar la existencia eterna del Verbo<sup>389</sup>.

## 2.2. Los panegíricos de Theoteknos de Livias

Es en el Oriente que aparecen las primeras señales de comprensión de los temas que, incorporados a los textos litúrgicos, se fueron diseminando por toda la Iglesia universal y tornándose *lex orandi*, que el pasar de los siglos consolidó formalmente en *lex credendi*. Juan Pablo II, en la Encíclica *Redemptoris Mater* y sobre todo en la Catequesis Mariana de 15 de

---

388 Cf. BECKHÄUSEN, Alberto (Coordinador). *Tradição Apostólica de Hipólito de Roma: Liturgia e Catequese em Roma no século III, tradução da versão latina e notas por NOVAK, Maria da Glória*. Petrópolis: Vozes, 1981, pp. 7-67.

389 Cf. QUASTEN, Johannes. *Patrología I: Hasta el concilio de Nicea*. Madrid: BAC, 1961, pp. 31-34.



mayo de 1996, encuentra a Theoteknos de Livias, San Andrés de Creta, San Germán de Constantinopla y San Juan Damasceno, en los siglos VII y VIII, referencias importantes, toda vez que en este tiempo las iglesias orientales estaban unidas a Roma y el protestantismo estaba lejos de surgir en Europa<sup>390</sup>. Para este trabajo analizaremos especialmente los dos primeros autores: Theoteknos de Livias y San Andrés de Creta.

Theoteknos fue obispo de Livias, una ciudad bajo la jurisdicción de la Iglesia de Jerusalén que se encuentra a la margen izquierda del río Jordán, frente a Jericó<sup>391</sup>. Vivió entre los años 550 y 650 y fue el primero en hablar en una homilía abiertamente sobre la Asunción de la Virgen María cuya fiesta litúrgica estaba fijada por la Iglesia para el día 15 de agosto. Doctrinariamente Theoteknos deja claro que después de su muerte María fue asunta al cielo en cuerpo y alma. La claridad de la afirmación denota el deseo expreso de no dejar margen a dudas. De acuerdo con Antoine Wenger es posible que el sermón haya sido escrito como reacción contra algunos apócrifos «según los cuales el cuerpo de María fue llevado al paraíso, sobre el árbol de la vida, donde recibiría la incorrupción, pero antes de reunirse con su alma»<sup>392</sup>. Esto permite pensar en un parentesco con el discurso de Juan de Tesalónica<sup>393</sup> sobre la muerte de María. De hecho las dos obras parecen una reacción a favor de la Asunción contra los escritos apócrifos que presentaban una visión distorsionada de la dormición de María<sup>394</sup>. Theoteknos no se queda sólo en la afirmación de la Asunción, él fundamenta este privilegio en las excelsas cualidades de la Madre de Dios exenta de pecado y de cualquier impureza.

La pureza virginal de María fue ensalzada sobre todo en el mismo Panegírico hecho por Theoteknos para la fiesta mariana del 15 de agosto, donde afirmaba claramente la asunción de María (*ἀνάληψις τῆς ἁγίας Θεοτόκου*)<sup>395</sup> en cuerpo y alma al cielo. Theoteknos presenta a María como «santa y toda hermosa», «pura y sin mancha», alude a su nacimiento con estas palabras: «Nace como los querubines la que está formada por una arcilla pura e

---

390 Cf. STICKELBROECK, Michael. *María Colaboradora del Redentor*. Lima: Facultad de Teología Pontificia y Civil de Lima, 2011. (Apuntes de clase).

391 Cf. EKONOMOU, Andrew J. *Byzantine Rome and the Greek Popes: Eastern Influences on Rome and the Papacy from Gregory the Great to Zacharias, A.D. 590-752*. Estados Unidos de América: Lexington Book, 2007, p. 263.

392 Cf. WENGER, Antoine. *L'Assomption de la Très Sainte Vierge dans la tradition byzantine du VI<sup>e</sup>. au X<sup>e</sup>. Siècle*. París: Archives de l'orient chrétien 5, 1955, p. 106.

393 La homilía del arzobispo Juan de Tesalónica es datada hacia inicios del siglo VII.

394 Cf. MIMOUNI, Simon Claude. *Dormition et Assomption de Marie: Histoire des traditions anciennes*. París: Beauchesne, 1995, pp. 153-154.

395 Cf. GARCÍA PAREDES, José Cristo Rey. *Mariología*. Madrid: BAC, 1995, p. 272.

inmaculada»<sup>396</sup>, expresión que recuerda la creación de Adán y Eva, formados de la pura arcilla, aún no manchada por el pecado, atribuyendo así al nacimiento de María las mismas características de un origen *puro e inmaculado*. El obispo compara a María con los querubines y reafirma la excelencia de la santidad que ha caracterizado la vida de la *Theotókos*, desde su concepción hasta su ascensión a los cielos. Esta afirmación fue el marco de una importante etapa del desarrollo teológico sobre el misterio de María, toda vez que la doctrina no estaba perfilada por los teólogos anteriores que habían admitido la purificación de María antes de la Encarnación, mientras Theoteknos afirma su origen perfectamente santa, sin mancha alguna<sup>397</sup>. Theoteknos fundamenta su afirmación de la Asunción de María en el hecho bíblico de que Elías y Enoc, por su santidad, fueron al paraíso sin pasar por la muerte. María, con mucho más derecho, no podría haber sufrido la deterioración de su cuerpo virginal. En 1955 Antoine Wenger<sup>398</sup> publicó un sermón del obispo de Livias, en el cual este afirma:

«Cristo tomó Su carne inmaculada de la carne inmaculada de María, y si había preparado un lugar en el cielo por los Apóstoles, ¡cuánto más a su madre! Si Enoc había sido llevado y Elías había ido al cielo, ¡cuánto más María que como la luna en medio de las estrellas brilla y sobresale entre los profetas y los apóstoles! Porque aunque Dios haya permitido que su cuerpo sufriese la muerte, no sufrió la corrupción, pero se conservó incorrupto, inmaculado y llevado al cielo con su alma pura y sin mancha».

La homilía describe cómo Cristo, después de haber ascendido al cielo, reunió a todos los santos en torno a la Virgen inmaculada y pura. María, a causa de su elevada posición, debía recibir más que todos los otros santos: «Encontró lo que Eva perdió. Encontró lo que Adán había perdido a través de su desobediencia». Theoteknos propuso el sólido principio de que el Hijo no puede renunciar a su Madre y la Madre no puede ser separada de su Hijo. Significativamente Theoteknos da mucha importancia a la relación entre el ser de María en cuanto Madre de Dios y su Asunción corporal:

«Porque convenía que el Santo al que engendró le debe ver sobre un trono elevado por encima de todo, y debe ver que todos curvan sus rodillas delante de Él: Los de arriba de la tierra y de abajo de la tierra, y toda lengua confesar que juzgará a los vivos y a los muertos [...] Fue conveniente [...] que Ella, que es mayor que todos los santos, de la cual Dios ha tomado el cuerpo, divino, puro, brillante con la luz divina y lleno de gloria, fuese llevada por los apóstoles en compañía de los ángeles y, después de ser colocada por un poco tiempo en la tierra, ser elevada al cielo en la gloria con su alma de la misma manera con que la amó Dios».

---

396 *Panegírico para la fiesta de la Asunción*, 5-6.

397 Cf. JUAN PABLO II. *La santidad perfecta de María*. Catequesis de 15 de mayo del 1996. En: *L'Osservatore Romano*, edición semanal en lengua española, del 17 de mayo del 1996.

398 WENGER, Antoine. *L'Assomption de la Très Sainte Vierge dans la tradition byzantine du VI<sup>e</sup>. au X<sup>e</sup>. Siècle*. París: Archives de l'orient chrétien 5, 1955, pp. 97s.

Otro argumento teológico muy profundo del punto de vista trinitario nos es proporcionado por Theoteknos:

«Porque Ella, la Santa, agradó a Dios Padre. Ella, la Virgen, agradó al Verbo nacido del Padre desde toda la eternidad. Ella, la Virgen, agradó al Espíritu dador de la vida, el iluminador de todo, que modela todos los ciudadanos del cielo»<sup>399</sup>.

### **2.3. Las homilias marianas de San Andrés de Creta (†740)**

Conocido también como Andrés de Jerusalén, fue Obispo de la Diócesis de Gortina, que se situaba en Creta, isla del Mediterráneo. Era un hombre de temperamento y grandeza singulares con exquisitos dones poéticos y un auténtico pastor de almas. Sus homilias cristológicas y marianas fueron incluidas en diversos textos litúrgicos por su profundidad teológica y bello tenor poético. Parece haber nacido en Damasco, alrededor del año 660. En su niñez fue curado milagrosamente de una dislalia al recibir la Primera Eucaristía. A los quince años fue para Jerusalén donde recibió la formación teológica y el cultivo de las letras. Por ocasión del VI Concilio Ecuménico y tercero de Constantinopla (680-681), se marchó a esta ciudad donde permaneció y fue posteriormente ordenado diácono en la iglesia de Santa Sofía. Hacia el año 700 fue consagrado obispo de Gortina, sede metropolitana de Creta, donde defendió la verdadera doctrina contra los iconoclastas. Como obispo metropolitano creó diversos lugares de asistencia a los desamparados y compuso sus famosas homilias, de las cuales se conservan unas veinte, que gozaron de mucha popularidad en las colecciones de la Iglesia bizantina para el uso en los textos y cánticos litúrgicos. La Iglesia ortodoxa bizantina profesa de manera especial su fe en la santidad de María, siguiendo a San Andrés de Creta que afirma la pureza total de María, que sobrepasa en santidad a toda criatura del cielo y de la tierra, donde tiene el primer lugar después de Dios<sup>400</sup>. El Concilio Vaticano II ha enriquecido la concepción católica de la santidad de María con la perspectiva de los Padres orientales cuando, intentando resumir su doctrina, dice:

«Inmune de toda mancha de pecado y como plasmada por el Espíritu Santo y hecha una nueva criatura, enriquecida desde el primer instante de su concepción con esplendores de santidad del todo singular»<sup>401</sup>.

---

399 Cf. HAFNER, Paul. *The Assumption of Our Lady*. En: AAVV. *Mariology: A guide for Priests, Deacons, Seminarians, and Consecrated Persons*. Estados Unidos da América: Queenship Publishing, 2007, pp. 332- 334.

400 Cf. DE CRETA, Andrés. *Encom. II in dies natalis*: PG 97, 832B.

401 LG, n. 56. El documento presenta una nota sobre este texto: Cf. San Germán Const., *Hom. in Annunt. Deiparae*: PG 98, 328A; *In Dorm.*, 2, 357. Anastasio Antioch., *Serm. 2. de Annunt.* 2: PG 89, 1377 AB; *Serm. 3.* 2: col. 1388C. San Andrés Cret., *Can. in B. V. Nat.* 4: PG 97, 1321B; *In B. V. Nat.* 1, 812A; *Hom. in dorm.* 1, 1068C. San Sofronio, *Or. 2 in Annunt.* 18: PG 87 (3), 3237BD.

El Concilio sólo cita en este caso a Padres Orientales católicos, entre los cuales se halla San Andrés de Creta<sup>402</sup>.

El Papa Juan Pablo II resalta que San Andrés de Creta «es el primer teólogo que ve en el nacimiento de María una nueva creación». La argumentación del Santo griego está basada en la nobleza y belleza inmaculada de la Virgen. Cuando las «vergüenzas del pecado habían oscurecido el esplendor y el atractivo de la naturaleza humana», es justamente que la Providencia divina hace nacer «la Madre del Hermoso por excelencia»<sup>403</sup>. El Papa pone de relieve la figura de la arcilla pura, imagen de la belleza primitiva con la cual Dios ha trabajado para modelar su hija predilecta<sup>404</sup>, de manera que la concepción inmaculada de María – afirma Juan Pablo II – aparece ya en San Andrés como un privilegio personal concedido a la mujer elegida para ser la Madre de Cristo, que inaugura el tiempo mesiánico de la gracia abundante. La doctrina de San Andrés es recogida por San Germán de Constantinopla y por San Juan Damasceno, iluminando el valor de la santidad original de María presentada como inicio de la redención del mundo<sup>405</sup>.

La vasta mariología de San Andrés de Creta ha influenciado decididamente en el desarrollo de la devoción a María en la Iglesia en dos aspectos: La mayor comprensión de sus virtudes y privilegios personales y sobre todo en su presencia más marcada primero en la liturgia oriental y posteriormente en la occidental. Muchos son los himnos o doctrinas del santo absorbidos por la liturgia, pero sólo una parte de su rica himnografía se halla incorporada en los libros oficiales y se utiliza regularmente. Muchos de sus textos permanecen en manuscritos y es únicamente accesible a los expertos. La masa principal de textos litúrgicos de los libros oficiales de la Iglesia se forman aun hoy en día por escritos de Andrés, bien como de muchos otros como Cosme el Melodo, hermano de leche del Damasceno, José, hermano de Teodoro Studita, etc<sup>406</sup>. La penitencia, en la visión de San Andrés de Creta, debe estar unida a la intercesión de María, como resalta este comentario de San Alfonso María de Liguorio:

«San Andrés Cretense llama a María seguridad del divino perdón. Se entiende que cuando los pecadores recurren a María para ser reconciliados con Dios, Él les asegura su perdón y les da la prenda de esta seguridad. Esta prenda es precisamente María, que Él nos la ha dado por abogada, por cuya intercesión, por los méritos de Jesucristo, Dios perdona a todos los pecadores que a Ella se encomiendan»<sup>407</sup>.

---

402 Cf. GARCÍA PAREDES, José Cristo Rey. *Mariología*. Madrid: BAC, 1995, p. 258.

403 *Sermón I, sobre el nacimiento de María*.

404 Ibid.

405 Cf. JUAN PABLO II. *La santidad perfecta de María*. Catequesis de 15 de mayo del 1996. En: *L'Osservatore Romano*, edición semanal en lengua española, del 17 de mayo del 1996.

406 Cf. JEDIN, Hubert. *Manual de Historia de la Iglesia III*. Barcelona: Herder, 1968, p. 121.

407 DE LIGORIO, Afonso Maria. *Las Glorias de María: Comentarios a la Salve Regina*. Bogotá: Caballeros de la

Se destacan sus homilias y panegíricos marianos, en las cuales el santo pone de relieve las principales prerrogativas de la Virgen, todavía no definidas dogmáticamente en su tiempo, como la Inmaculada Concepción y la Asunción. Afirma por ejemplo que «María, preservada de toda culpa, trae al mundo las primicias de la nueva creación»<sup>408</sup>, en clara alusión a que la Santísima Virgen estuvo inmune del pecado original<sup>409</sup>. Andrés reconocía que no había ninguna tradición positiva sobre la Asunción de María, pero rechaza la idea de que su cuerpo pudiera deteriorarse en el sepulcro porque no convenía ni a su maternidad divina, ni a su santidad, ni a su virginidad perpetua. Andrés afirmó también la mediación de María bajo tres puntos de vista:

- **Histórico:** María es mediadora de la Ley y de la Gracia, sello de la Antigua y Nueva Alianza.
- **Cósmico:** Después de la Asunción toda la creación fue dignificada con la mediación de María en los cielos.
- **Universal:** Con la subida de la Virgen a los cielos su mediación se ha tornado universal a todas las gracias. Doctrina completamente novedosa para su tiempo, tanto que hasta el momento no está definida dogmáticamente<sup>410</sup>.

La mariología del prelado cretense es muy avanzada, casi la misma de nuestro tiempo. Entre sus homilias se destacan cuatro sobre la Natividad de la Virgen<sup>411</sup>, una sobre la Anunciación y tres sobre la Dormición o Asunción a los cielos. La propia Constitución Dogmática *Lumen gentium* (ns. 56, 59, 62), utiliza doctrinas basadas en las homilias de San Andrés. Las palabras del Cantar de los Cantares son adjudicadas por él a María, con notoria propiedad: «Eres del todo hermosa, amada mía; no hay mancha en ti» (Ct 4, 7), texto que muchas veces aparece en las liturgias dedicadas a fiestas marianas. Su homilia sobre la Encarnación es casi un tratado de teología, haciendo una perfecta armonía entre el Antiguo y el Nuevo Testamento en la persona de María, como la Eva de la Nueva Alianza. Discurre sobre el pecado, la remisión de la culpa, la Eucaristía, el aspecto antropológico y las incidencias cósmicas del milagro operado en el seno virginal de María, con su participación activa. Conozcamos las palabras del Santo de Creta<sup>412</sup>:

---

Virgen, 2007, p. 56.

408 Cf. SENDÍN BLÁZQUEZ, José, *San Andrés de Creta*. En: AAVV. *Año Cristiano VII, julio*. Madrid: BAC, 2005, pp. 93-96.

409 Cf. VIVES, José. *Los Padres de La Iglesia en sus Textos* 04. Barcelona: Herder, 2002, p. 99.

410 Cf. GARCÍA PAREDES, José Cristo Rey. *Mariología*. Madrid: BAC, 1995, pp. 273-274.

411 Sus homilias sobre la Natividad comprueban la existencia de la fiesta de la Natividad de María celebrada por lo menos desde el siglo VII en la Iglesia oriental. (Cf. REUS, João Batista. *Curso de Liturgia III*. Edição revista e aumentada. Petrópolis: Vozes, 1952, p. 211)

412 Homilia I en la Natividad de la Santísima Madre de Dios.

«Madre inmaculada. Exulte hoy toda la creación y se estremezca de gozo la naturaleza. [...] porque el Señor ha tenido misericordia de su pueblo y nos ha suscitado un poderoso Salvador en la casa de David su siervo, es decir, en esta inmaculadísima y purísima Virgen por quien llega la salud y la expectación de los pueblos. [...] Salten de alegría las madres, pues la que carecía de descendencia [Santa Ana] ha engendrado una Madre virgen e inmaculada<sup>413</sup>. Alégrese las vírgenes, pues una tierra no sembrada por el hombre traerá como fruto a Aquél que procede del Padre sin separación, según un modo más admirable de cuanto puede decirse. Aplaudan las mujeres pues si en otros tiempos una mujer fue ocasión imprudente del pecado, también ahora una mujer nos trae las primicias de la salvación; y la que antes fue rea, se manifiesta ahora aprobada por el juicio divino: Madre que no conoce varón, elegida por su Creador restauradora del género humano. [...] Hoy Adán ofrece María a Dios en nuestro nombre, como las primicias de nuestra naturaleza; y estas primicias, que no han sido puestas con el resto de la masa, son transformadas en pan para la reparación del género humano. Hoy se pone de manifiesto la riqueza de la virginidad y la Iglesia, como para las bodas, se embellece con la perla inviolada de la verdadera pureza. [...] Y esta formación es una perfecta restauración; y esta restauración una divinización; y ésta una asimilación al estado primitivo. [...] Hoy ha aparecido el brillo de la púrpura divina y la miserable naturaleza humana se ha revestido de la dignidad real. Hoy, según la profecía, ha florecido el cetro de David, la rama siempre verde de Aarón, que para nosotros ha producido Cristo, rama de la fuerza»<sup>414</sup>.

El *Himnólogo de Creta* comprende la encarnación como el sol que penetra e ilumina las almas, «las cuales ya no permanecen a oscuras por causa de las tempestades de este mundo»<sup>415</sup>, tema que ha inspirado el Papa Benedicto XVI en la oración del *Angelus* de la fiesta de la Inmaculada Concepción, en el año 2008, donde resaltó el papel de San Andrés de Creta en la mariología, firmando los principios de la misma y influenciando en la liturgia de todos los tiempos. El Papa recuerda al santo cretense cuando afirma que «María – el refugio común de todos los cristianos – fue la primera en ser liberada de la primitiva caída de nuestros padres»<sup>416</sup> y lo compara con la doctrina presente en la oración colecta<sup>417</sup> de la liturgia actual, la cual afirma que Dios «preparó una digna morada para su Hijo y, en previsión de su muerte, la preservó de toda mancha de pecado»<sup>418</sup>.

---

413 San Andrés toma la palabra inmaculada (*ἄμωμος*) del propio Nuevo Testamento, por ejemplo: Ef. 1, 4; 5, 27; Col 1, 22. Cf. SÁNCHEZ ROJAS, Héctor Gustavo, *La Doctrina de los Padres en la Teología*. Lima: Facultad de Teología Pontificia y Civil de Lima, 2010. (Apuntes de clase).

414 Cf. LOARTE, José Antonio. *El tesoro de los Padres*: Selección de textos de los Santos Padres para el cristiano del tercer milenio. Madrid: Rialp, 1998, pp. 354-355.

415 ANDRÉS DE Creta, *Versos yámbicos*: PG 97,1439. En: FLECHA ANDRÉS, José Román; MARTÍNEZ PUCHE, José Antonio. *Via Crucis*: De la Cruz a la luz, 16 formularios. Madrid: Edibesa, 2002, p. 17.

416 *Homilía IV sobre la Natividad*, p. 97, 880a.

417 *Oratio Collecta sollemnitis Inmaculatæ Conceptionis*.

418 Cf. BENEDICTO XVI, *Oración del Angelus*, 08 de diciembre de 2008. En: *Insegnamenti di Benedetto XVI*, IV, 2, 2008 (Luglio-Dicembre). Città del Vaticano: Libreria Editrice Vaticana, 2006, pp. 784-785.

En las homilias de la Asunción o de la Dormición repite con insistencia la palabra Virgen porque, para San Andrés, la Asunción de María y la incorrupción en el sepulcro están en mutua interrelación con el misterio de su virginidad perpetua. Es importante para la correcta comprensión mariana las connotaciones eucarísticas con las cuales San Andrés hace una perfecta reversibilidad de María hacia la Eucaristía, como, por ejemplo, cuando afirma que Cristo es levadura que nos llega a través de María hasta el punto de convertirse en pan para la restauración del género humano<sup>419</sup>. Esta correlación entre María y Cristo es la más perfecta visión de una verdadera mariología: El camino para Cristo. Una mariología que llevase para otros caminos no podría ser una expresión del amor a aquella que dedicó todo su ser y su existencia – dedicación expresada físicamente por su total y consagrada virginidad – a ser Madre de Cristo y su colaboradora en el plan de salvación del hombre.

Las invasiones árabes a la isla, aunque no victoriosas, determinaron muchas dificultades y sufrimientos, a tal punto que Creta se quedó asolada por el hambre y peste. El Pastor se marchó a Constantinopla en busca de ayuda para sus diocesanos, pero en el regreso murió en el puerto de Erisso, isla de Lebos, el 04 de julio de 740<sup>420</sup>.

#### 2.4. Ritos orientales y rito latino

En la *Didaché* encontramos los formularios más primitivos de la Misa, que muestran la dependencia esencial de su estructura con las *berakah*, bendiciones bíblicas del Antiguo Testamento, que sigue hasta la fracción del pan y la Eucaristía, continuando con las bendiciones después de la misma, en un rito sanamente elemental, subordinado al texto – a la Palabra – que comprende estos elementos: Lecturas, homilía, preces comunes, abrazo de paz (despedida de los catecúmenos), presentación de los dones, oración eucarística, bendición del que preside, amén del pueblo y la sagrada comunión. En la Apología de Justino, insertada en su *Diálogo con Trifón* c. 41, se dice:

«La ofrenda de la flor de harina mandada ofrecer por los que se purificaban de la lepra era figura del pan de la Eucaristía, que nuestro Señor Jesucristo mandó que la ofreciéramos en memoria de la pasión que Él padeció por todos los hombres [...]»

Un siglo más tarde, hacia el año 200 o 215, nos encontramos con la *Tradición Apostólica* de San Hipólito que nos trae ya plegarias eucarísticas más elaboradas<sup>421</sup>, como fue

---

419 Cf. SENDÍN BLÁZQUEZ, José. *San Andrés de Creta*. En: AAVV. *Año Cristiano VII*, julio. Madrid: BAC, 2005, pp. 93-96.

420 Cf. *Ibid.*, pp. 93-96.

421 Cf. MALDONADO, Luis. *La Plegaria Eucarística: Estudio de teología bíblica y litúrgica sobre la misa*.

visto anteriormente. Por estos documentos y también por algunas homilias de Orígenes y las *Constituciones Apostólicas*, se puede concluir que en todas las sedes patriarcales (Roma, Alejandría, Antioquía y norte de África) había una gran uniformidad en las líneas generales de las celebraciones litúrgicas, donde el celebrante tenía una gran libertad en la composición de las oraciones y de los pormenores rituales, dentro del esquema básico común a las iglesias, que fue evolucionando para celebraciones más imponentes y complejas, donde la improvisación de los primeros tiempos se tornaba cada vez más difícil e inadecuada. Las fórmulas repetidas se fueron tornando tradicionales, especialmente las provenientes de grandes obispos, cuyos discípulos buscaban guardar por fidelidad y admiración, constituyendo los ritos de las Iglesias particulares<sup>422</sup>.

De interés mariano, vale resaltar la Liturgia Bizantina, que es un grupo propio dentro de la gran familia antioquena, de la cual hacían parte los himnólogos y teólogos San Romano el Meloda (490-†555), San Andrés de Creta y San Juan Damasceno. Cuenta con numerosos libros litúrgicos, donde se usa la célebre *Anáfora de San Juan Crisóstomo*<sup>423</sup>.

Desde los inicios, con la acción pneumatológica constante en la evolución de la liturgia cristiana, la devoción a María fue influenciando de varias maneras el culto litúrgico a través de una «*lex orandi*» mariana, sustentada por una «*lex credendi*» cada vez más sólida y doctrinariamente cimentada, tendiendo hacia una «*lex vivendi*» en que María es apoyo y garantía de autenticidad, encontrando en los creyentes la actitud mariana de apertura fiel y generosa. Poco a poco las oraciones y los textos eucológicos se fueron impregnando de esta devoción, caminando paso a paso con el desarrollo dogmático y teológico de la devoción a la Madre de Dios. María en su presencia terrena estuvo siempre silenciosa y en su presencia gloriosa junto a su Hijo, ha permitido que poco a poco se vaya realizando su profecía: «Todas las generaciones me proclamarán bienaventurada»; acción que Ella conduce con la misma palabra que alcanzó el primero milagro de Cristo: «Haced lo que Él os diga» (Jn 2,5)<sup>424</sup>.

---

Madrid: BAC, 1967, pp. 339-356.

422 Modernamente se utiliza la expresión *familia litúrgica* para referirse al conjunto de ritos que están «emparentados» entre sí por el origen y las características comunes. La presencia de la Iglesia en las metrópolis como Antioquia, Alejandría y Roma transformaron estas sedes episcopales en centros de difusión del catolicismo para las ciudades y regiones vecinas, que adoptaban las costumbres litúrgicas de la Iglesia Madre, dando cabida al nacimiento de los principales ritos de la época: El Antioqueno, el Alejandrino, el Bizantino y el Romano, que constituyeron las familias litúrgicas conocidas por los nombres de las 3 sedes principales: El Rito Romano, el Alejandrino y el Antioqueno, división que posteriormente se cristalizó en dos: Rito Occidental, o Latino y Ritos Orientales, ambos con sus ramificaciones. (Cf. LÓPEZ MARTIN, Julián. *La Liturgia de la Iglesia: Teología, historia, espiritualidad y pastoral*. Madrid: BAC, 1996, pp. 57-58; ARBEX, Pedro. *A Divina Liturgia Explicada e Meditada: Introdução à liturgia bizantina*. Aparecida: Santuário, 2001, p. 7)

423 Cf. LÓPEZ MARTIN, Julián. Op. cit., pp. 58-65.

424 Cf. ESQUERDA BIFET, Juan. *Espiritualidad Mariana de la Iglesia: María en la vida espiritual cristiana*. Madrid: Sociedad de Educación Atenas, 1994, pp. 81-83.



## 2.5. Las Misas dedicadas a la Virgen

Un aspecto moderno de la devoción mariana es su comprensión como un camino para la madurez devocional, evitando regresiones infantiles o transferencias de afectos. María pasa a ser contemplada no sólo como Aquélla que protege y ayuda, sino también como la que arrastra para la afirmación personal, para la santificación y donación al servicio de la irradiación del reino de Dios. Su maternidad es vista no como una prolongación en el espacio existencial del Hijo, exigiendo más una acción valiente de aquél que cree en la necesidad del servicio a Dios, a la Iglesia, a los hermanos, sin fugas ilusorias ni alejamientos, ni inmovilismos condenables. La devoción es un término que tiene un sentido activo: Significa entregarse, sacrificarse, o sea, la imitación de María en el don de sí a Dios. La ciencia histórica nos patentó que los grandes eventos no surgen de una forma brusca y espontánea – *nemo repente fit summus*<sup>425</sup> – ellos tienen una preparación proporcionada a sus causas y a la secuencia lógica de su desarrollo futuro<sup>426</sup>. La maduración histórica de la devoción mariana se percibe en su presencia en los formularios litúrgicos como camino a Cristo, por su senda de donación y santidad. Esto no sucedió de un día para otro, la presencia de la Virgen Santísima en la liturgia, como vimos, fue un proceso multiseccular en que el Espíritu Santo fue introduciendo la devoción, invocación, súplica y alabanza a la Madre de Dios a medida en que la comprensión de su papel en la historia salvífica se iba tornando cada vez más claro en la piedad popular, en la teología y en el Magisterio, de manera que las liturgias tanto del Oriente cuanto del Occidente dedican amplio espacio a su recuerdo en las plegarias eucarísticas, en la eucología sacramental y en las diversas expresiones de oración<sup>427</sup>. El Concilio Vaticano II así define el papel de María en las celebraciones litúrgicas:

«En la celebración de este círculo anual de los misterios de Cristo, la santa Iglesia venera con amor especial a la bienaventurada Madre de Dios, la Virgen María, unida con lazo indisoluble a la obra salvífica de su Hijo; en Ella la Iglesia admira y ensalza el fruto más espléndido de la Redención y la contempla gozosamente, como una purísima imagen de lo que ella misma, toda entera, ansía y espera ser»<sup>428</sup>.

La liturgia es señal de la presencia trinitaria entre los vivientes, apareciendo como el modo específico por el cual, del *ya* al *todavía no*, se actualiza el Misterio de Cristo inmoldado por nuestra salvación. Siendo Cristo único mediador y su Misterio Pascual la culminación de su misión salvadora, la Santa Misa – renovación incruenta de este sacrificio – es la cumbre de

---

425 RODRÍGUEZ, Alonso, *Ejercicio de perfección y virtudes cristianas*. Tomo I. Buenos Aires: Poblet, 1942, p. 49.

426 Cf. VIDIGAL DE CARVALHO, José Geraldo. *O Culto à Mãe de Deus na Tradição Católica*. Mariana: Dom Viçoso, 1990, pp. 9; 54-55.

427 Cf. CASTELLANO, J. *La Virgen María*. En: SARTORE, D.; TRIACCA, A.M.; CANALS, J.M. (dir.) *Nuevo diccionario de Liturgia*. 3 ed. Madrid: San Pablo, 1987, p. 2030.

428 SC, n. 103.

todos los actos litúrgicos y la propia «cumbre a la cual tiende la actividad de la Iglesia»<sup>429</sup>. En cada Misa, bajo el velo de los signos eficaces, la liturgia realiza a sí misma de modo pleno. Corolario de esta afirmación es que los otros actos litúrgicos son preparación o consecuencia de aquel estado esencial que coloca de relieve diferentes aspectos del único misterio realizado en cada Misa. Así, la Misa es «el primer y el máximo de los signos sagrados eficaces bajo cuyo velo, de Pentecostés a la Parusía, se realiza el encuentro entre el hombre y Dios»<sup>430</sup>. Es exactamente en la Santa Misa, y sobre todo en las celebraciones de las fiestas dedicadas a la Santísima Virgen María, que la liturgia ha encontrado un desarrollo significativo de acogida a los múltiples elementos de devoción mariana, a que la reforma posconciliar da especial atención, recogiendo la amplia tradición y reconociendo los logros teológicos alcanzados para la formación de los fieles en las celebraciones en honor de María:

«El santo Concilio enseña de propósito esta doctrina católica y amonesta a la vez a todos los hijos de la Iglesia que fomenten con generosidad el culto a la Santísima Virgen, particularmente el litúrgico; que estimen en mucho las prácticas y los ejercicios de piedad hacia Ella recomendados por el Magisterio en el curso de los siglos y que observen escrupulosamente cuanto en los tiempos pasados fue decretado acerca del culto a las imágenes de Cristo, de la Santísima Virgen y de los santos. Y exhorta encarecidamente a los teólogos y a los predicadores de la palabra divina a que se abstengan con cuidado tanto de toda falsa exageración cuanto de una excesiva mezquindad de alma al tratar de la singular dignidad de la Madre de Dios. Cultivando el estudio de la Sagrada Escritura, de los Santos Padres y Doctores y de las liturgias de la Iglesia bajo la dirección del Magisterio, expliquen rectamente los oficios y los privilegios de la Santísima Virgen, que siempre tienen por fin a Cristo, origen de toda verdad, santidad y piedad»<sup>431</sup>.

La Liturgia de la Iglesia no es sino un reflejo de «la liturgia celestial, que se celebra en la santa ciudad de Jerusalén, hacia la cual nos dirigimos como peregrinos»<sup>432</sup>. Es el modo más excelente de unirnos a la comunión de los santos peregrinos, padecientes y triunfantes, en un único loor a Dios, teniendo como ápice de esta comunión a la Cabeza que es Cristo, quien vino a nosotros por María. Por eso el Concilio no duda en afirmar que «al celebrar el sacrificio eucarístico es cuando mejor nos unimos al culto de la Iglesia celestial», unión que busca en primer lugar la adoración a la Trinidad eterna e increada, mas – refuerza el Concilio con una cita del canon romano – «entrando en comunión y venerando la memoria, **primeramente** de la gloriosa siempre Virgen María, mas también del bienaventurado José, de los bienaventurados Apóstoles, de los mártires y de todos los santos»<sup>433</sup>. Por otro lado, la

---

429 SC, n. 10.

430 Cf. VAGAGGINI, Cipriano. *O sentido teológico da liturgia*. São Paulo: Loyola, 2009, pp. 157-158.

431 LG, n. 67.

432 SC, n. 8.

433 LG, n. 50.

Exhortación Apostólica *Marialis cultus*, al indicar que cuando la Liturgia dirige su mirada a la Iglesia primitiva y a la contemporánea, encuentra puntualmente a María como presencia orante junto con los Apóstoles<sup>434</sup> e indica que la liturgia debe traducir el culto a la Virgen en un concreto amor por la Iglesia, citando la oración del *Postcommunio* del 15 de septiembre: «Para que, recordando a la Santísima Virgen Dolorosa, completemos en nosotros, por el bien de la santa Iglesia, **lo que falta a la pasión de Cristo** (Col 1, 24)».

La Eucaristía es por tanto un amplio *locus* para la celebración de la memoria de la Virgen, como nos indica la citada exhortación *Marialis cultus*, n. 10:

«Las preces eucarísticas del Misal, en admirable convergencia con las liturgias orientales, contienen una significativa memoria de la Santísima Virgen. Así lo hace el antiguo Canon Romano, que conmemora la Madre del Señor en densos términos de doctrina y de inspiración cultural: “En comunión con toda la Iglesia, veneramos la memoria, ante todo, de la gloriosa siempre Virgen María, Madre de Jesucristo, nuestro Dios y Señor”; así también el reciente Canon III, que expresa con intenso anhelo el deseo de los orantes de compartir con la Madre la herencia de hijos: “Que Él nos transforme en ofrenda permanente, para que gocemos de tu heredad junto con tus elegidos: Con María, la Virgen”. Dicha memoria cotidiana por su colocación en el centro del Santo Sacrificio debe ser tenida como una forma particularmente expresiva del culto que la Iglesia rinde a la “Bendita del Altísimo”» (Cf. Lc 1,28).

Sin gozar de la misma riqueza eucológica de la liturgia etíope que posee dos anáforas marianas y la bizantina, que reserva una memoria especial de la Madre de Dios inmediatamente después de la epiclesis eucarística, la liturgia romana ofrece en sus plegarias eucarísticas una síntesis de todos los vínculos posibles entre la celebración del misterio eucarístico y la Virgen María<sup>435</sup>. En la Plegaria Eucarística II, la más utilizada, derivada de la *Traditio Apostolica*, se recuerda la encarnación del Verbo por obra del Espíritu Santo en el seno de María. En la Plegaria Eucarística IV, basada en el Anáfora de San Basilio y que, en su redacción inicial buscaba ser un texto válido para celebraciones entre ministros del rito latino y orientales católicos (objetivo no alcanzado), después del *sanctus* recuerda la memoria de María con estas palabras:

«Al cumplirse la plenitud de los tiempos, nos enviaste como salvador a tu único Hijo. El cual se encarnó por obra del Espíritu Santo, nació de María, la Virgen, y así compartió en todo nuestra condición humana menos en el pecado; anunció la salvación a los pobres, la liberación a los oprimidos y a los afligidos, el consuelo»<sup>436</sup>.

---

434 MC, 11.

435 Cf. CASTELLANO, J. *La Virgen María*. En: SARTORE, D.; TRIACCA, A.M.; CANALS, J.M. (dir.) *Nuevo diccionario de Liturgia*. 3 ed. Madrid: San Pablo, 1987, p. 2039.

436 MR, Plegaria Eucarística IV.

Después de la oración por la Iglesia, la misma Plegaria acentúa el carácter escatológico de la presencia mariana: «Que todos tus hijos nos reunamos en la heredad de tu reino, con María, la Virgen Madre de Dios»<sup>437</sup>. Algunas liturgias orientales incluyen esta memoria en la anamnesis que sigue al relato de la institución de la Eucaristía en la Última Cena. El Canon Romano expresa de forma solemne la comunión con María: «*Communicantes et memoriam venerantes, in primis gloriosæ semper Virginis Mariæ, Genitricis Dei et Domini nostri Jesu Christi*». Fórmula teológicamente profunda que afirma la veneración y comunión con María, su perpetua virginidad y su papel esencial como Madre de Dios. Es interesante resaltar el aspecto pneumatológico del pedido de transformación en «ofrenda permanente» de la Plegaria III, en que se puede ver una alusión a la ofrenda de María y su asociación al Misterio de Cristo. Esta acción del Espíritu sobre la Virgen María es resaltada en la oración sobre las ofrendas del común de Santa María del tiempo de Adviento que recurre a un paralelismo que algunas liturgias orientales descubren entre la venida del Espíritu Santo, invocada en la epiclesis eucarística y la intervención del mismo Espíritu en la encarnación del Verbo en el seno virginal de María: «El Espíritu Santo, que fecundó con su poder el seno de María, santifique, Señor, las ofrendas...». Otros textos eucológicos conservan la antigua fórmula de fe eucarística que reconoce en el cuerpo y sangre del Señor la carne que el Verbo asumió de María: «*Ave, verum corpus, natum de Maria Virgine*».

Una de las cosas en que más se notó la libertad y el desarrollo del Cristianismo fue en la mayor abundancia y solemnidad de las fiestas dedicadas al Señor, que constituyen la base del Año Litúrgico, así como las dedicadas a la Santísima Virgen y a los Santos, que fueron tomando proporciones notables<sup>438</sup>. Durante el Año Litúrgico la Iglesia encuentra diversos momentos en que se recuerda la presencia de María en la salvación de la humanidad: En las fiestas cristológicas de contenido mariano, como por ejemplo, la Anunciación y la Presentación del Señor y en las fiestas, memorias y solemnidades dedicadas explícitamente a la Madre de Dios<sup>439</sup>, cuyo conjunto necesitaba un principio iluminador que pusiera de relieve el sentido profundo que tiene la figura de la Santa Madre de Dios en el Año Litúrgico. Por eso la revisión del calendario dedicó una atención especial al ciclo eortológico mariano. El resultado ha sido una nueva configuración de las celebraciones marianas más coherente con la importancia objetiva de cada una de ellas: Tres solemnidades (1 de enero, 15 de agosto y 8 de diciembre); dos fiestas (8 de septiembre y 31 de mayo); cuatro memorias obligatorias (21 de

---

437 MR, Plegaria Eucarística IV.

438 Cf. LORCA, Bernardino. *Manual de Historia Eclesiástica*. Barcelona: Labor, 1951, pp. 236-237.

439 Cf. CASTELLANO, J. *La Virgen María*. En: SARTORE, D.; TRIACCA, A.M.; CANALS, J.M. (dir.) *Nuevo diccionario de Liturgia*. 3 ed. Madrid: San Pablo, 1987, pp. 2040-2046.

noviembre, 15 de septiembre, 22 de agosto y 7 de octubre); cuatro memorias facultativas (Corazón de María, 16 de julio, 5 de agosto y 11 de febrero). En España hay una fiesta más el 12 de octubre, Nuestra Señora del Pilar, y una memoria obligatoria el 16 de julio, Nuestra Señora del Monte Carmelo. Con esto se ha equilibrado la presencia de fiestas conmemorativas de privilegios marianos y de las alusivas a sus invocaciones. Las primeras son en general más antiguas y celebradas también en el Oriente, contando siempre con lecturas y textos eucológicos propios. Las segundas son en general postmedievales y muchas veces sacadas de calendarios propios de órdenes religiosas, utilizando por lo general lecturas bíblicas del Común de la Virgen. Hoy en día las fiestas de María se insertan con más facilidad en el contexto de los tiempos litúrgicos. En este sentido puede hablarse de una nota o acento mariológico en la conmemoración de los misterios de la salvación<sup>440</sup>. El lugar reservado a María en los evangelios se refleja en las celebraciones litúrgicas de la Iglesia, especialmente en las lecturas y textos del Adviento y Navidad. La Iglesia ausculta en la celebración eucarística los indicios veterotestamentarios de la Madre de Dios y encuentra su acción en el Nuevo Testamento, como afirma LG 55, que las Escrituras (AT y NT) y la Tradición muestran «siempre muy claro la función de la Madre del Salvador en el plano de la salvación». Por eso Pablo VI, comentando el *Ordo lectionum Missæ* en la *Marialis cultus*, afirma que él hace una pausa para contemplar la fisonomía mariana, enfatizando al n. 12 del documento, que «el Leccionario contiene un número mayor de lecturas vetero y neotestamentarias referentes a la Bienaventurada Virgen», componiendo un «repertorio bíblico» con lecturas que se refieren directamente a la vida y misión de María, contienen profecías a su respecto, o figuras que desde los inicios de la Iglesia vienen siendo aplicadas a la Madre de Dios. El depósito de las perícopas bíblicas va impregnando el ciclo cuaternario del Año Litúrgico y en las celebraciones marianas inscritas en el Calendario General de la Iglesia orante, representando un progreso cuantitativo y cualitativo en la adopción de textos bíblicos referidos a María y a su posición en la economía de la salvación. El recuerdo de María añadido en relación al Misal se percibe en diversas ocasiones como el domingo IV de Adviento (A, B, C), el día antecedente a la Navidad, el Viernes Santo, en el ritual de la misa de matrimonios (Bodas de Caná), de las profesiones religiosas y consagraciones de vírgenes, etc., que están reunidas en el mencionado *Leccionario de las Misas de la Virgen María*, parte integrante de la *Colección de Misas de la Virgen*<sup>441</sup>.

---

440 Cf. LÓPEZ MARTIN, Julián. *La Liturgia de la Iglesia: Teología, historia, espiritualidad y pastoral*. Madrid: BAC, 1996, p. 278.

441 Cf. MAGGIONI, Corrado. *Maria nel Lezionario della Messa: Principi e prassi del "Missale Romanum"*. En: AAVV. *María e la parola de Dio: rivelata celebrata vissuta*, a cura di TONIOLO, Ermanno M. Roma: Centro di

## 2.6. Los textos que prepararan las definiciones dogmáticas

La liturgia comprendida como *locus theologicus* representa el sentir de la Tradición de la Iglesia como teología en acto, en la que los fieles realizan la profesión de fe y alabanza al Señor, como expresión del dogma, puesto que la liturgia es dogma en oración, o sea, en las oraciones se expresa el dogma. En este sentido, la liturgia es la manifestación viva del saber de Dios profesado por la Iglesia y el dogma es la profesión de fe en el Dios que se celebra en la liturgia. Cada una de estas dos ramas del saber teológico sirve a la otra<sup>442</sup>. La constitución Dogmática *Sacrosanctum Concilium* – n. 1 – presenta la liturgia como la clave de la historia de la salvación, por cuyo medio «se ejerce la obra de nuestra Redención». Esta definición conciliar pone de relieve una verdad muy importante: La liturgia debe ser enmarcada en el proyecto salvífico de Dios, que se identifica con el misterio de Cristo y, por lo tanto, con el misterio de María. La dimensión histórico-salvífica de la liturgia fue claramente expresada por Lambert Beauduin, pero su afirmación necesitaba de una profundización para llegar a su completa comprensión. En la década de 1930 D. Odo Casel presentó el pensamiento de Beauduin resaltando su importancia, demostrando que la liturgia de la Iglesia es la celebración sintética de toda la historia de la salvación. El proyecto salvífico de Dios se actualiza sacramentalmente en las acciones litúrgicas hasta su cumplimiento escatológico en la Parusía<sup>443</sup>. Este concepto histórico-salvífico, indisoluble del aspecto cristológico, permite localizar mejor el importante papel de María en el culto litúrgico. **En síntesis**, la acción trinitaria del Padre, por el Hijo y con el Espíritu Santo en el sacrificio eucarístico es una renovación actualizante del sacrificio de Cristo; es por tanto un acto eminentemente cristocéntrico y parte constituyente de la estructura fundante de la salvación en la cual – como quedó demostrado en el capítulo primero – María, por expresa voluntad de las tres Personas de la Santísima Trinidad, está indisolublemente ligada por el vínculo filial, esponsal, y maternal, desde su concepción inmaculada en previsión de la Maternidad divina, hasta su sufrimiento participativo y colaborador con el sacrificio de su Hijo; su sustentación a la Iglesia naciente y su constante colaboración con la Iglesia «*inter tempora*», por su posición de Madre y reina de la Iglesia y de los hombres. Por esta interrelación entre la *historia salutis* y la liturgia eclesial, la presencia de la devoción mariana en los textos litúrgicos no sólo de la Misa mas prácticamente de todos los actos litúrgicos de la Iglesia, fue, poco a poco, llevando la *lex orandi* a echar sus raíces en la *lex credendi*, influenciando definitivamente en la elaboración teológica que redundó en la definición de los dogmas marianos.

---

Cultura Mariana «Madre della Chiesa», 2009, pp. 86-91.

442 Cf. IVORRA, Adolfo. *Compendio de Liturgia Fundamental Lex credendi – Lex orandi*. Valencia: Edicep, 2007, pp. 85-86.

443 Cf. FLORES, Juan Javier. *Introdução à Teologia Litúrgica*. São Paulo: Paulinas, 2006, pp. 323-324.

En los inicios del IV siglo se conmemoraba ya en Jerusalén la Navidad y la Epifanía, además de la fiesta de *Hypapante*<sup>444</sup>, cuyo carácter mariano se debe a su relación con el ciclo natalicio<sup>445</sup>. Éstas no eran propiamente fiestas marianas, mas todas, de alguna forma, estaban relacionadas con la Virgen. El prototipo de las fiestas propiamente marianas es la solemnidad del 15 de agosto, que se conmemoraba en Jerusalén desde el siglo IV en memoria de la Virgen María y que ha recibido el nombre de *día de la Madre de Dios María*, como la denomina el Leccionario Armenio de Jerusalén (siglo V), aunque la fiesta se centró más tarde en la glorificación de María; es decir en su *dies natalis*, que se amplió para toda la Iglesia en el día 08 de septiembre, en conmemoración del nacimiento de María, que presumía su concepción milagrosa por su madre Santa Ana y con esto fue la antecesora de la fiesta de la Inmaculada Concepción del ocho de diciembre. Al comienzo la fiesta se celebró el nueve de diciembre pero muy pronto se fijó el ocho de diciembre, nueve meses antes del ocho de septiembre; esta última fecha coincidía con el comienzo del año judío. Los cristianos de Jerusalén quisieron recordar el nacimiento de María al comienzo de un tiempo nuevo. También la iglesia de Roma quiso celebrar una fiesta mariana el primer día del año: La solemnidad de la maternidad divina de María, tradición que la reforma conciliar recuperó en el calendario litúrgico<sup>446</sup>. También en el siglo V la Fiesta del Señor, conmemorada a 25 de marzo pasó a ser memoria de la Anunciación, de fondo cristológico íntimamente ligada a la Virgen María. El Concilio de Éfeso influyó sin duda en esa transformación. Esta fiesta, junto con las del 2 de febrero, 15 de agosto y 8 de septiembre, se encuentran ya en Roma en el siglo VII, siendo dotadas de una procesión por el papa Sergio I (†701). En Oriente la fiesta de la *Dormición de la Madre de Dios* es fijada el día 15 de agosto a finales del siglo IV por el emperador Mauricio (592-602). En el siglo XIV el Calendario Romano adoptó las fiestas de la Visitación, el 2 de julio y de la Inmaculada Concepción de María, el 8 de diciembre, conocida

---

444 Fiesta de la Purificación en el rito bizantino. El nombre proviene de la reunión del Niño Jesús y su Madre con Simeón y Ana. La fiesta está atestiguada en Jerusalén hacia 380-385, de donde pasó a Antioquía y Asia Menor a finales del siglo IV, a Egipto al inicio del siguiente siglo y en la segunda mitad del siglo VI a Constantinopla, extendiéndose a todo el Imperio, por influencia de Justiniano, llegando poco más tarde a Roma. Al inicio se celebraba el catorce de febrero y posteriormente se fijó el dos del mismo mes, a cuarenta días de la Navidad. En Oriente era una solemnidad cristológica, mientras que en Occidente pronto se convirtió en la fiesta de la Purificación de María, con un carácter marcadamente mariológico, que estaba latente en la celebración jerosolimitana donde se ha originado, pues se encuentra incluida en el relato lucano (2, 22-38), del que la solemnidad es propiamente una proyección litúrgica y da una preeminencia discreta a la persona de María. (Cf. ABAD IBAÑEZ, J. A.; GARRIDO BONAÑO, M. *Iniciación a la liturgia de la Iglesia*. 2 ed. Madrid: Palabra, 1998, pp. 762-763)

445 Cf. *Ibid.*, p. 762.

446 Cf. SIRBONI, Silvano. *El adviento: Conocer, celebrar y vivir la esperanza cristiana*. Bogotá: San Pablo, 2006, pp. 62-63.

en Oriente como la Concepción de Santa Ana<sup>447</sup>. Los textos bíblicos y eucológicos, las plegarias e himnos, utilizados en esas fiestas, como también las homilias de los Padres de la Iglesia o de los santos y predicadores importantes fueron levantando la cuestión teológica que influyó decididamente en la definición de los dogmas marianos de manera que, de la práctica de las devociones marianas y de las celebraciones litúrgicas derivaron, a lo largo de la historia, doctrinas, aportaciones del arte sacro y musical, múltiples obras literarias, que prepararon las definiciones dogmáticas. Entre las que el influjo de la liturgia fue de gran peso encontramos la Inmaculada Concepción y la Asunción de María, la segunda, por su vez, definida como consecuencia de la primera y las dos como consecuencia del primer Dogma de la Maternidad Divina, como también de la triple virginidad de María.

Las decisiones pontificias fueron poco a poco reconociendo lo que la piedad y la liturgia ya habían puesto en práctica, de manera que los Papas se «gloriaron en establecer, en la Iglesia romana, la fiesta de la Concepción», promoviendo el culto ya establecido y permitiendo que las instituciones utilizasen el nombre de Inmaculada Concepción, como también concediendo que algunas órdenes religiosas se obligasen bajo voto, a defender la Concepción Inmaculada de la Madre de Dios, decretando también que la festividad de la Concepción fuera conmemorada en toda la Iglesia universal, con octava y guardada como las fiestas de precepto, consagrando en la Basílica Patriarcal Liberiana anualmente, el día dedicado a la Concepción de la Virgen<sup>448</sup>. En la propia Bulla *Ineffabilis Deus*, del 8 de diciembre de 1854, se percibe la influencia determinante del culto litúrgico en la definición dogmática:

«Esta doctrina [...] puso de relieve la Iglesia misma cuando no titubeó en proponer al público culto y veneración de los fieles la Concepción de la misma Virgen. [...] la misma romana Iglesia no tuvo más en el corazón que profesar, propugnar, propagar y defender la Concepción Inmaculada de la Virgen, su culto y su doctrina, de las maneras más significativas»<sup>449</sup>.

El Beato Pío IX recuerda «el permiso para que públicamente se proclamase en las *letanias lauretanas* y en el mismo prefacio de la misa, la Inmaculada Concepción», como importantes señales de que con la «ley misma de orar» se estableciese «la norma de la fe». El Papa rememora lo determinado por Sixto IV quien autorizó el oficio propio de la Inmaculada

---

447 Cf. LÓPEZ MARTIN, Julián. *La Liturgia de la Iglesia: Teología, historia, espiritualidad y pastoral*. Madrid: BAC, 1996, p. 278.

448 Cf. ID, ns. 8-9.

449 ID, n. 4.



Concepción para uso en la Iglesia universal<sup>450</sup>, así como las palabras de su antecesor el Papa Alejandro VII (1599-1667):

«Considerando que la Santa Romana Iglesia celebra solemnemente la festividad de la Inmaculada siempre Virgen María, y que dispuso en otro tiempo un oficio especial y propio acerca de esto, conforme a la piadosa, devota, y laudable práctica que entonces emanó de Sixto IV, Nuestro Predecesor [...] en favor también de la fiesta y culto de la Concepción de la misma Virgen Madre de Dios, prestado, según se dice, conforme a esa piadosa sentencia, y mandamos que se observe bajo las censuras y penas contenidas en las mismas Constituciones»<sup>451</sup>.

Por fin, antes de la declaración solemne el Papa muestra cómo la doctrina de la Inmaculada Concepción había penetrado ya en todo el lenguaje teológico tanto eclesiástico cuanto civil y popular que, en consecuencia fue «transplantado para la liturgia y los oficios eclesiásticos»<sup>452</sup>. En el desarrollo dogmático, la doctrina, las fiestas, el lenguaje, han penetrado primero en la liturgia y ésta ha influenciado definitivamente la proclamación de la Bula Papal. Bula esta que, a su vez, también ha influenciado en la definición, casi cien años después, del Dogma de la Asunción gloriosa de la Virgen María a los cielos, como lo declara el propio Papa Pío XII cuando explica las razones que lo llevaron a la proclamación:

«Este privilegio resplandeció con nuevo fulgor desde que nuestro predecesor Pío IX, de inmortal memoria, definió solemnemente el dogma de la Inmaculada Concepción de la augusta Madre de Dios»<sup>453</sup>.

En el desarrollo dogmático de la Asunción, también el influjo de la liturgia, así como de los himnos y homilias con ocasión de las fiestas, primero en el Oriente y después en el Occidente, fueron de gran importancia histórica para la decisión de Pío XII que, en primer lugar se valió de la definición de su predecesor Pío IX para afirmar que por haber vencido el pecado por su concepción inmaculada, «no estuvo sujeta a la ley de permanecer en la corrupción del sepulcro ni tuvo que esperar la redención de su cuerpo hasta el fin del mundo»<sup>454</sup>. Otro factor de importancia fue la dedicación de las iglesias en honor a la Virgen asunta al cielo, así como de las imágenes expuestas a la veneración, además de diócesis y regiones colocadas bajo esta misma advocación<sup>455</sup>. La presencia de la oración, especialmente del Rosario, tuvo un peso importante también entre los argumentos del Pontífice:

---

450 Cf. ID, n. 10.

451 ID, n. 16.

452 Cf. ID, n. 31.

453 MD, n. 4.

454 MD, n. 5.

455 Cf. MD, n. 15.

«No debe olvidarse que en el rosario mariano, cuya recitación tan recomendada es por esta Sede Apostólica, se propone a la meditación piadosa un misterio que, como todos saben, trata de la Asunción de la beatísima Virgen»<sup>456</sup>.

El propio Papa resalta que uno de los factores más importantes fue el hecho de que la solemne fiesta litúrgica es celebrada desde la antigüedad, tanto en Oriente como en Occidente, donde la sagrada liturgia puede «oír argumentos y testimonios no de poco valor para determinar algún punto particular de la doctrina cristiana»<sup>457</sup>. Estos argumentos, artísticamente eternizados, bajo la inspiración constante del Espíritu Santo, en los libros litúrgicos que contienen las fiestas de la Dormición o de la Asunción de María, tienen expresiones que concuerdan en referir que «cuando la Virgen Madre de Dios pasó de este destierro», la Providencia divina quiso que con su cuerpo se diesen cosas «correspondientes a su dignidad de Madre del Verbo encarnado y a los otros privilegios que se le habían concedido»<sup>458</sup>. La liturgia Romana y las orientales están llenas de textos que exaltan la Asunción de María. La liturgia Bizantina, por ejemplo, asocia «repetidamente la Asunción corporal de María no sólo con su dignidad de Madre de Dios, sino también con sus otros privilegios, especialmente con su maternidad virginal», resaltando que «así como en el parto se conservó virgen, así en el sepulcro conservó incorrupto su cuerpo, y con la divina traslación lo glorificó»<sup>459</sup>. El Papa corona sus argumentos «litúrgicos» con la afirmación de que el puesto de honra de esta fiesta la coloca entre las más solemnes del ciclo litúrgico, habiendo sido confirmada con la institución de la procesión prescrita por el Papa San Sergio I (†701), a la cual San León IV (†855) quiso añadir una vigilia en la octava, participando personalmente de la misma, estando su solemnidad precedida por un ayuno obligatorio atestiguado por San Nicolás I (†867) cuando habla de los principales ayunos «que la santa Iglesia romana recibió de la antigüedad»<sup>460</sup>.

## **2.7. Los textos litúrgicos modificados por las definiciones dogmáticas**

Es patente el influjo decisivo de la liturgia en la elaboración dogmática eclesial, hecho que se torna evidente en las declaraciones de los Dogmas Marianos. Sin embargo la propia proclamación dogmática arroja una nueva luz para comprender los textos litúrgicos y las Escrituras. Los contemporáneos de los Apóstoles no habían alcanzado la comprensión de la verdad de la concepción inmaculada de María, expresada por el Ángel Gabriel en su

---

456 MD, n. 15.

457 Cf. MD, n. 16

458 Cf. MD, n. 17.

459 Cf. MD, n. 18.

460 Cf. MD, n. 19.

salutación: «Ave, llena de gracia, el Señor es contigo: Bendita eres tú entre las mujeres» (Lc 1, 28). Ese texto, al ser leído hoy, bajo la comprensión explicitada por el Dogma y, sobre todo, cuando es leído en la liturgia de la fiesta de la Inmaculada Concepción recibe una iluminación que esclarece perfectamente el significado de las palabras del ángel. El texto sobre la mujer del Apocalipsis recibe una comprensión apropiada por el hecho de ser reportado a la fiesta litúrgica de la Asunción de María, que es la conmemoración de su triunfo en el cielo, en cuerpo y alma. El propio *Magnificat*, proclamado por María en casa de Santa Isabel, encuentra nueva comprensión a la luz del desarrollo de los dogmas marianos<sup>461</sup>. Los textos litúrgicos actuales fueron escritos tras el Concilio Vaticano II y por tanto, sobre el telón de fondo de las proclamaciones dogmáticas marianas, percibiéndose eso claramente en algunas formulaciones, como por ejemplo en esta oración colecta:

«Dios lleno de misericordia, que para honrar la pura y **limpia Concepción** de la Virgen María [...] concédenos que, bajo su protección, nos veamos libres de todo peligro y seamos conducidos al gozo de la vida eterna»<sup>462</sup>.

O también este trecho de la oración de los Exorcismos:

«Te ordena la excelsa Virgen María, Madre de Dios, que con su humildad aplastó tu cabeza soberbia desde el primer instante de su **Inmaculada Concepción**»<sup>463</sup>.

Este influjo se hace más visible en las Misas de la Inmaculada Concepción y de la Asunción de María a los cielos, en que toda la doctrina de los dogmas ha penetrado en los textos litúrgicos, sin retirar la riqueza eucológica anterior, como se podrá apreciar en el análisis de los sus formularios, en el apartado siguiente.

### 3. La colección de misas dedicadas a la Virgen María

Considerando que la Eucaristía supera todo el entendimiento humano, María puede ser una guía verdadera y segura para la actitud de abandono necesaria a la verdadera comprensión de esta invitación de Cristo a participar del banquete de su sacrificio pascual. No es por casualidad que la Iglesia supo insertar «en las anáforas orientales y en las plegarias eucarísticas latinas la veneración a la gloriosa siempre Virgen María, Madre de Jesucristo», Señor del cosmos, de los seres visibles e invisibles. Mientras nosotros celebramos el sacrificio del Cordero, nos unimos a la liturgia celestial y damos nuestra mano a María que extiende la

---

461 Cf. VAGAGGINI, Cipriano. *O sentido teológico da liturgia*. São Paulo: Loyola, 2009, p. 415.

462 MR. Oración colecta del día 9 de Julio, fiesta de Nuestra Señora de Itatí, Argentina.

463 Ritual Romano promulgado por la autoridad de S.S. Juan Pablo II. *Ritual de los Exorcismos*.

suya hasta nosotros y nos lleva hacia su Hijo, hacia la Eucaristía, para el santo sacrificio de la Misa, renovación incruenta de Su sacrificio redentor. Este rayo de luz que baja del cielo a la tierra, rayo de gloria de la Jerusalén celeste es el único capaz de iluminar las tinieblas del camino en la sociedad hodierna<sup>464</sup>. Por esto la Iglesia siempre supo introducir en el ciclo litúrgico las fiestas y conmemoraciones marianas como camino verdadero para involucrar el hombre en este misterio de salvación. La liturgia romana ofrece a los fieles en su Calendario abundantes ocasiones para celebrar la participación de María en el misterio de la salvación, tanto en el Misal cuanto en la Liturgia de la Horas y demás libros litúrgicos. Las Misas dedicadas a María y aprobadas por el Papa Juan Pablo II, promulgadas por la Congregación para el Culto Divino el 15 de agosto de 1986, son ofrecidas en una edición especial intitulada *Misas de la Virgen María*, constituida por formularios procedentes de las actuales Misas propias de las Iglesias particulares e Institutos religiosos, como también del *Misal Romano*, para uso en las fiestas propias, en momentos oportunos (cuando se permiten «misas facultativas») o en los santuarios marianos. El tomo II ofrece las lecturas propias propuestas por la Iglesia para cada una de esas Misas.

En este apartado vamos a analizar sucintamente, sin pretensión de exhaustividad, algunos aspectos de estas Misas propuestas por la Iglesia en la *Colección de Misas de la Virgen María*<sup>465</sup>. Para no tornar muy extenso el análisis, la metodología aplicada será el estudio de temas específicos que abarcan diferentes Misas de la Virgen María, en una visión de conjunto. La Iglesia organiza los tiempos litúrgicos siguiendo, de cierta forma el esquema veterotestamentario semita que tenía su centro en la Pascua judaica, reinterpretado por la novedad del acontecimiento de Cristo, la verdadera y plena Pascua redentora, organizando las celebraciones del ciclo anual del misterio de Cristo y de los santos (SC, n. 104), comprendiendo los tiempos «fuertes» (Adviento, Navidad, Cuaresma y Pascua) y el tiempo ordinario<sup>466</sup>.

### **3.1. La Virgen María en cuanto estirpe y continuidad con el Pueblo de Israel<sup>467</sup>**

En el tiempo preparatorio para el nacimiento del Señor la Iglesia celebra el designio salvífico de Cristo, manifestado en la historia de la salvación de la humanidad, en la cual María está profundamente insertada como la llave que abre históricamente esta misma historia, el eslabón que liga la Alianza antigua con el nuevo pueblo de Dios que vive en la Iglesia «*inter*

---

464 Cf. EE, n. 19.

465 Cf. MISAS DE LA VIRGEN MARÍA, *Orientaciones generales*. España: Coeditores Litúrgicos, 2006, pp. 11-25.

466 Cf. TEMPO. En: ALDAZÁBAL, José. *Dizionario sintetico de liturgia*. Città del Vaticano: Libreria Editrice Vaticana, 2001, pp. 440-441.

467 Incluye las Misas n. 1 (La Virgen María, estirpe escogida de Israel), n. 3 (Visitación de la bienaventurada Virgen María) y n. 8 (Santa María de Nazaret).

*tempora*»; es decir puesta entre el *ya* del origen trinitario y el *todavía no* de la gloria prometida<sup>468</sup>. Como miembro «de nuestra estirpe, verdadera hija de Eva [...] y nuestra verdadera hermana, que ha compartido plenamente nuestra condición»<sup>469</sup>, vivió en un pueblo, en el cual experimentó la realidad humana y habiendo llevado consigo estos valores para el cielo, nos da la confianza de que Ella sabe pedir, junto al Altísimo, mucho mejor de como lo hizo Ester al rey Asuero<sup>470</sup>. Ester tenía cabida junto a Asuero por ser reina, su esposa y pedía por el pueblo electo por ser judía como ellos. María es mujer, es de nuestra estirpe, es la segunda Eva, la primera de la Nueva Alianza, como la otra había sido de la Antigua. María trabaja para que la totalidad del mundo se integre en el pueblo de Dios, en Cristo, Cabeza de todos y se rinda al Creador y Padre universal todo honor y gloria<sup>471</sup>. La señal de continuidad con la Alianza de Abraham está atestiguada por Mateo en su Evangelio, en lo que dice respecto a la paternidad jurídica de Jesús, en cuanto hijo legal de José, pero, la fe nos indica, como veremos a continuación, que también la continuidad material de la estirpe escogida encuentra en María la relación perfecta entre la estirpe real de David y la de María. Dios escogió a David para que de su descendencia naciera el Salvador del Mundo. Delante del profeta Samuel, Jesús le ha presentado a todos sus hijos pero sólo sobre David estaba la elección del Señor reconocida por el profeta. La humanidad ha presentado a Dios todas sus hijas, pero sólo María «ha encontrado gracia delante de Dios» (Lc 1, 30).

El maniqueo Fausto negaba que Cristo fuera de la estirpe de David, afirmando que la genealogía descrita por san Mateo termina en José, que no es padre carnal de Jesús. A esto responde San Agustín<sup>472</sup>:

«El propio evangelista dice que José era esposo de María, que la madre de Cristo era virgen y que Cristo era de la descendencia de David; sólo nos resta creer que María no era extraña a la descendencia de David; no es en vano que es llamada esposa de José, por la unión de los espíritus, [...] si la serie de generaciones termina en José es por la consideración debida a la dignidad del marido. Por eso creemos que también María era del linaje de David, porque tenemos fe en las Escrituras que afirman ambas cosas: Que Cristo es de la descendencia de David según la carne y que María es su madre siendo virgen, sin tener unión carnal con su marido»<sup>473</sup>.

---

468 Cf. FORTE, Bruno. *Iglesia Ícono de la Trinidad: Breve eclesiología*. Salamanca: Sígueme, 1992, p. 36.

469 MC, n. 56.

470 Cf. JUAN PABLO II. *Carta por ocasião do centenário da coroação de Nossa Senhora Aparecida*, 17 de julio del 2004, n. 4. En: *Insegnamenti di Giovanni Paolo II*, XXVII, 2, 2004 (Luglio-Dicembre). Città del Vaticano: Libreria Editrice Vaticana, 2006, pp. 22-23.

471 Cf. FORTE, Bruno. Op. cit., pp. 97-98

472 AGUSTÍN DE HIPONA. *Contra Faustum*, 1, XXIII, c. 3: ML 42, 468. En: *Obras Completas de San Agustín*, Tomo XXXI: Escritos antimaniqueos (2º) *Contra Fausto*, edición bilingüe. Madrid: BAC, 1993, pp. 651-652.

473 Texto reproducido por Santo Tomás de Aquino en *S. Th.* III q. 31 a. 2.

Eusebio de Cesarea presenta una argumentación hecha por Julio Africano<sup>474</sup>, autor de las obras tituladas *Kestoi*, de quien se conserva también una carta escrita a Orígenes y cinco libros de *Cronografías*. En la carta a Arístides sobre la pretendida diferencia entre las genealogías de Cristo en Mateo y Lucas, establece con absoluta seguridad la concordancia de los evangelistas a partir del relato recibido por él. Al terminar la presentación de Africano, Eusebio completa:

«Hasta aquí, Africano. Una vez trazada la genealogía de José, también se puede mostrar que María era de su misma línea, pues según la Ley de Moisés era ilícito entremezclar las distintas tribus y se ordenaba unir en matrimonio con uso del mismo pueblo y de la misma tribu, para que la heredad de la familia no pasara de una tribu a otra»<sup>475</sup>.

En la teología actual hay dos corrientes sobre la cuestión de la estirpe de María: Una sustenta que no hacía falta que Ella fuera de la estirpe de David, toda vez que para que Jesús sea de esta estirpe le basta y es necesaria la descendencia paterna, aunque no sea carnal y ésta está plenamente garantizada en los Evangelios<sup>476</sup>. La segunda afirma que la Virgen era de la estirpe real davídica. Santo Tomás de Aquino citando a San Jerónimo afirma que María y José eran de la misma tribu y por eso era obligado por la ley a tomarla como esposa y que las escrituras no acostumbraban establecer una genealogía según las mujeres. Citando a San Agustín, el Aquinate afirma que era preciso prolongar la serie de generaciones hasta José para que no se hiciese afrenta en este matrimonio al sexo masculino. De esa forma en nada sufría la verdad, pues José y María eran del linaje de David<sup>477</sup>. Así tenemos San Jerónimo, San Agustín y Santo Tomás afirmando que María era de la estirpe real de David. Para no buscar más, citamos dos otros autores de esta corriente.

El primero, Karl Rahner:

«María es, según la Escritura, de la estirpe de David, emparentada con la casta sacerdotal de Zacarías e Isabel, prometida y desposada con José de Nazaret»<sup>478</sup>.

---

474 *HE* Libro VI - 32, 1-3; 33, 1-3.

475 Cf. *HE* Libro I, Cap. 7, 17 – 7, 15-17; 8, 1-4 – DE CESAREA, Eusebio. *Historia Eclesiástica: La formación de la Iglesia desde el siglo I hasta el siglo III*, Traducción directa del griego por GRAYLING, George. Barcelona: Clie, 2008, pp. 51; 218.

476 Esta corriente mantiene que la Virgen pertenece a la estirpe sacerdotal por su parentesco con Isabel y que, por tanto sería de la tribu de Leví, de la familia de Aarón, teniendo garantizada la ascendencia davídica de Cristo por procedencia legal. En esta visión, Jesús jurídicamente es hijo de David y según su filiación carnal, hijo de Aarón, aunando en su persona el carácter real y sacerdotal. (Cf. POZO, Cándido. *María en la obra de la Salvación*. Madrid: BAC, 1984, pp. 210-212; BASTERO DE ELEIZALDE, J. L. *María, Madre del Redentor*. 2. ed. Pamplona: EUNSA, 2004, pp. 36-37)

477 Cf. *S. Th.* III, q. 28, a.1.

478 Cf. RAHNER, Karl. *María Madre del Señor*. Barcelona: Herder, 1966, p. 18.

El segundo P. Antonio Royo Marín, quien afirma:

«Sabemos ciertamente que María descendía de la nobleza más alta de su pueblo, la casa de David. San Pablo dice expresamente que Jesús era, “según la carne, descendiente de David” (Rm1, 3). Pero esto no sería exacto si María no fuera hija de la casa de David, porque no a través de José, sino exclusivamente a través de María, tiene Jesús entronque según la carne con la estirpe de David. Las palabras del ángel Gabriel: El Señor Dios le dará el trono de David, su padre (Lc 1, 32), deben tomarse en sentido estricto»<sup>479</sup>.

Por eso la oración colecta eleva a Dios la alabanza por haber «elegido a la bienaventurada Virgen María, excelsa entre los humildes y los pobres, Madre del Salvador», cumpliendo en Ella las «promesas hechas a nuestros Padres», al elegir la «Hija de Sión» de quien el Cordero inmaculado, que veo poner fin a los sacrificios de la antigua Alianza, ha nacido para reinar por todos los siglos (*oso-01*)<sup>480</sup>. Esta verdadera hija de Abraham, flor que nace de la vara de Jesé es constituida como cumbre de Israel y principio de la Iglesia a fin de que todos los pueblos conozcan que la salvación que viene de Israel brota de un tronco elegido de esta estirpe, María, hija de Adán, de quien nace el Nuevo Adán adorado por los ángeles (*pf-01*) que se entregó por nosotros y quiso permanecer por el Pan de Vida y santificarnos por los sacramentos. Por su misericordia, nacido de la Virgen Madre, cumple en Ella las promesas hechas a nuestros padres en la fe y nos prepara para la segunda venida del Salvador (*odc-01*). María, considerada como la «Hija de Sión» convoca a todo Israel a gritar de júbilo, pues la condena que pesaba sobre el pueblo, la «maldición» del castigo, ha sido cancelada. En cuanto «esposa del Cantar de los Cantares» (2, 8-14), María, al saber por la Anunciación, de la venida del amado, que desea escuchar la voz de la amada propone al pueblo electo recibir al «Esposo» esperado, constituyendo la continuidad de la estirpe de Israel que se alegra por la llegada de la salvación que viene para toda Israel, que aquí figura la humanidad entera. La Anunciación está íntimamente ligada al nacimiento del Bautista, milagrosamente concebido por Isabel, a quien María se fue sin demora a visitar. La esterilidad de su prima curada milagrosamente es símbolo de la humanidad redimida y por eso ella recibe a María con un grito: «¡Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre! ¿Quién soy yo para que me visite la madre de mi Señor? [...] Dichosa tú, que has creído, porque lo que te ha dicho el Señor se cumplirá». Isabel parece escuchar la profecía de Sofonías, afirmando que la culpa de la humanidad había sido cancelada. Cuando nuestros primeros

---

479 Cf. ROYO MARÍN, Antonio. *La Virgen María: Teología y espiritualidad marianas*. Madrid: BAC, 1996, p. 5.

480 Se citará la Misa indicando el número correspondiente en la *Colección de Misas de la Virgen*, asignada al pie de página en cada conjunto comentado, luego de indicar el momento de la celebración según la sigla prefijada en la tabla de siglas y abreviaturas. Por ejemplo: (*oso-21*) – Oración sobre las ofrendas de la Misa n. 21 (El santo Nombre de la bienaventurada Virgen María).

padres desobedecieron a Dios y perdieron la convivencia divina, tres maldiciones – afirma Santo Tomás<sup>481</sup> – fueron proferidas por el Altísimo contra el género humano:

- **La primera contra la mujer:** Habría de traer su hijo en el sufrimiento y dar la luz con dolores.
- **La segunda contra el hombre:** Comerás el pan con el sudor de tu rostro (Gn 3, 19).
- **La tercera común a los dos:** *Memento homo, quia pulvis es, et in pulverem reverteris* (Gen 3, 19), frase que Dante «ve» escrita en la puerta del infierno.

Santa Isabel proclama aquí la victoria de María sobre esa triple maldición:

- **Primera:** La Bienaventurada Virgen no llevó su Hijo en penas, sino en alegrías y no sólo no pasó por el trauma de los dolores de parto, sino que ni siquiera su virginidad perpetua fue modificada por el nacimiento virginal de su Hijo santísimo, permaneciendo Ella virgen antes, durante y después del parto<sup>482</sup>. Ella concibió el Salvador sin corrupción, lo ha traído alegremente en su seno y en alegría ha dado a luz. A Ella se aplica las palabras de Isaías: «La tierra germinará, exultará, cantará loores» (Is 35, 2).
- **Segunda:** María Santísima fue exenta de esta pena, afirma el Aquinate.
- **Tercera:** La Madre de Dios fue preservada de la corrupción provocada por la muerte y fue gloriosamente asunta a los cielos en cuerpo y alma. Su propia muerte, aunque sea creída por la mayoría de los teólogos, hasta hoy no se puede afirmar con seguridad, utilizando la Iglesia la bella expresión Dormición para definir su tránsito de la Iglesia peregrina a la triunfante. A Ella se aplica el cántico del salmista: «Levántate, Señor, entra en el reposo; tú y la arca de tu santificación».

Así como el Arca de la Alianza había recibido al propio Dios, María llevaba en sí el Verbo encarnado, arca de la Nueva Alianza, que lleva la salvación y el gozo a la casa de Isabel. María fue también aquí el primer apóstol, primera enviada para proclamar la Buena

---

481 Cf. *La Salutación Angélica*. En: DE AQUINO, Tomás. *Catecismo Tomista*: El Credo, el Padrenuestro, los Mandamientos, El Avemaría, Los Dos Preceptos de la Caridad, Los Artículos de la Fe y los Sacramentos de la Iglesia. Buenos Aires: Gladius / Vórtice, 2005, pp. 108-181; DE AQUINO, Tomás. *O Pai Nosso e a Ave Maria*. Rio de Janeiro: Cadernos Permanência, 1979, p. 60.

482 Sobre esta convicción, el Oda XIX del *Odae Salomonis*, libro apócrifo, considerado canónico por las iglesias orientales, compuesto probablemente a finales del siglo II, afirma: «El Espíritu extendió sus alas sobre el seno de la Virgen, Ella concibió y ha dado a luz, y a pesar de Virgen, se tornó Madre, llena de misericordia. Ella quedó encinta y, **sin dolor**, ha dado a luz un Hijo. Contrariamente a lo que afirma el apócrifo *Protoevangelio de Santiago*, el Oda XIX dice: «Y para que no aconteciese nada de inútil, no llamó comadrona para asistirle». (Cf. CORDEIRO, José de Leão (organización). *Antologia Litúrgica*: Textos litúrgicos, patristicos e canónicos do primeiro milénio. Fátima: Secretariado Nacional de Liturgia, Santuário de Fátima, 2003, pp. 149-150)



Nueva de la salvación a la humanidad, Ella, experimentando la acción apostólica, conoce sus dificultades y con eso alcanza de Dios las gracias para que seamos dóciles a la inspiración del Espíritu para «llevar a Cristo a los hermanos» (oc-03). María por su fe ha merecido ser madre de Dios y por eso es saludada como dichosa. Ella misma proclama las grandezas del Señor que «ha mirado la humillación de su esclava» (pf-03). Este cántico procede del trato santo y habitual de la Virgen Santísima con Dios, fruto de la meditación larga y profunda de María en las palabras de las Sagradas Escrituras, de los hombres y mujeres santas que esperaban al Salvador. María proclama la grandeza del Señor, reconoce la humillación que la primera Eva no quiso reconocer – su ser contingente y sumiso a la voluntad del Creador – y las «obras grandes» que Dios ha hecho. Esta es una declaración inequívoca de que María tenía plena consciencia de la misión a que Dios le había convocado y a la cual Ella, sin dudar ni tergiversar, había aceptado por entero, en una acción que no se limita a los acontecimientos inmediatos, y se abre a todas las generaciones, cumpliendo la promesa hecha a Abraham de la liberación del pecado de nuestros ancestros.

María en su visitación a su prima nos estimula para no retroceder delante de ninguna ocasión legítima de proclamar el Hijo de Dios y de obedecer con valentía al mandato que en el futuro daría Cristo:

*«Quod dico vobis in tenebris, dicite in lumine; et, quod in aure auditis, prædicate super tecta».* (Mt 10, 27)

Es urgente recobrar, enfatiza el Documento de Aparecida, el valor y la audacia apostólicos, fortalecidos por el auxilio divino y la protección mariana.

«Nos ayude la compañía siempre cercana, llena de comprensión y ternura, de María Santísima. Que nos muestre el fruto bendito de su vientre y nos enseñe a responder como Ella lo hizo en el misterio de la anunciación y encarnación. Que nos enseñe a salir de nosotros mismos en camino de sacrificio, amor y servicio, como lo hizo en la visitación a su prima Isabel, para que, peregrinos en el camino, cantemos las maravillas que Dios ha hecho en nosotros conforme a su promesa»<sup>483</sup>.

Jesús, habiendo nacido como judío, quiso vivir el exilio como su pueblo, ser extranjero en una tierra distante y así vivió en Egipto hasta la muerte de Herodes, el inseguro rey que temblaba delante de un niño nacido en una gruta en los alrededores de Belén. Muerto Herodes y sabiendo que Arqueleao reinaba en su lugar, José se dirigió a Nazaret, en Galilea, donde vivió con María y Jesús en la humildad, recogimiento y oración preparatorias para los años de

---

483 DA, n. 553.

«vida pública» (*Ev – II - 08*). San Lucas describe en su Evangelio que «Jesús crecía en sabiduría, en estatura y en gracia» (*Ev – I - 08*). Este crecimiento no es lógicamente de su esencia divina, en sí misma inmutable, sino en «lo accidental». María, «llena de gracia» desde su Inmaculada Concepción, era pasible de crecimiento en virtud, sabiduría, gracia y dones, dado que su esencia creatural estaba sujeta al crecimiento y progreso, características innatas a la condición de viviente, que ontológicamente no difiere del conjunto de los seres humanos. Sin embargo, mientras Jesús por su personalidad divina no necesitaba de fe, María ha sido maestra en la fe. Su vida fue creada en determinado momento, aunque prevista y amada desde toda la eternidad, su ser en su realidad esencial fue creado en el tiempo y ha caminado en una ascensión progresiva hacia la eternidad, creciendo de don en don, de mérito en mérito, auxiliada y acrecida por la gracia y por el profundo amor con que decía sí hasta a las menores invitaciones de la gracia<sup>484</sup>. Su vida humilde y oculta como integrante del pueblo elegido y madre del nuevo Pueblo de Dios, le ha preparado para estar junto a la Cruz del Señor como consorte del ofrecimiento que Él hizo a Dios, ofreciendo su propia persona y la de su Hijo al Padre, en colaboración con Aquél que era al mismo tiempo Sacerdote, Altar y Víctima y que venía para permitir a los hombres que se tornasen hijos de Dios (*pl-08*).

María en Nazaret viviendo la continuidad de la estirpe de David, es un ejemplo de vida humilde, que cargaba en sus manos la esperanza de Israel (*sr-08*). Él que creó el mundo cabía en los brazos de su Madre, Ella, Virgen y Madre del propio Dios que siendo infinitamente mayor que todo el universo, se encerró en su seno (*aEv-08*) y se hizo pequeño para ser llevado por las manos purísimas de la más bella de las hijas de Adán. La CMV ofrece dos conjuntos de lecturas para la Misa de Santa María de Nazaret: El primero con dos opciones de Evangelio, uno que describe el crecimiento de Jesús y el segundo sobre la pérdida del Niño en Jerusalén, encontrado después entre los doctores de la Ley, momento en que Jesús proclama delante de las autoridades religiosas de la capital del reino judaico que su Padre no es José, que lo buscaba afligido, junto con María, sino el Padre que habitaba en el templo, o sea Dios. Es María quien le observa su actitud y no José, como sería natural, toda vez que Ella sí era su Madre y ejerce aquí su derecho de maternidad, no en sentido de repreensión, sino de perplejidad ante su acción, porque Ella conociendo la divinidad de su Hijo sabía que Él no había hecho esto por una distracción pueril sino que tendría un motivo muy grande, que Ella deseaba conocer.

---

484 Cf. LAURENTIN, René. *La Vergine Maria: Mariologia post-conciliare*. 4 ed. Roma: Paoline, 1973, pp. 213-214.

El período de la vida de María en la humilde casa de Nazaret le permitió conocer más profundamente la grandeza divina de su Hijo y profundizar en su maternidad espiritual que ahora ejercía cumulativamente a la maternidad real como madre del Hijo de Dios y posteriormente había de ejercer para con toda la humanidad. Su gracia materna ha recibido un nuevo fundamento en la Encarnación, y paralelamente, a los pies de la Cruz, la de dispensadora de la maternidad a los hombres, momento esperado por Cristo y expresado en su última hora<sup>485</sup>, en el *testamentum crucis*, que nos ha hecho conocer más profundamente el misterio de la Palabra que se ha hecho carne, llevando una vida escondida en la tierra y levantado en la Cruz para nuestra salvación, acompañado siempre por su Madre (*oc-08*) y dejándonos a Ella en compañía de nosotros cuando entregaba su espíritu al Padre. Por eso, a ejemplo de la Virgen de Nazaret, ofrezcámonos a nosotros mismos como hostia agradable a Dios (*oso-08*). La Madre en Nazaret, punto de diferenciación y continuidad entre las dos Alianzas, se ha hecho discípula de su Hijo, conservando todas las cosas en su corazón purísimo, unida y obediente a José por un virginal vínculo de amor, celebró las grandezas de Cristo, adorándolo y glorificándolo en el silencio, con su vida y su trabajo (*pf-08*). María es quien nos puede alcanzar la docilidad a la palabra e inspiraciones del Espíritu Santo en nuestras almas, como recordaba el Papa Benedicto XVI en la oración con ocasión del *Ágora* de los jóvenes italianos en Loreto:

«María, que en Nazaret habitaste con Jesús, imprime en nuestra vida tus sentimientos, tu docilidad, tu silencio que escucha y hace florecer la Palabra en opciones de auténtica libertad»<sup>486</sup>.

La Virgen Santísima es así el cumplimiento de las promesas hechas a Abraham, es el templo elegido, no aquél que David intentaba construir por la fuerza de su poder y orgullo, a quien el Señor ha preguntado: «¿Acaso eres tú quien me va a construir una casa para que habite en ella?» (2 Sam 7, 5) y después que David reconoció su pequeñez delante del Altísimo, le fue prometido: «Tu casa y tu reino durarán por siempre en mi presencia» (2 Sam 8, 16). Este reino escatológico encontró su cuna primera y definitiva en el *fiat* de María, una joven que en una humilde casa en Nazaret de Galilea, cerraba las puertas de la espera del Mesías y abría de par en par la esperanza del Reino de David, su padre, como llave de oro que cerraba un tiempo antiguo y abría uno nuevo, de plenitud mesiánica.

---

485 Cf. LAURENTIN, René. *La Vergine Maria: Mariologia post-conciliare*. 4 ed. Roma: Edizione Paoline, 1973, pp. 296-297.

486 BENEDICTO XVI, *Oración a la Virgen de Loreto*, en la *Visita Pastoral a Loreto con ocasión del Ágora de los jóvenes italianos*, 1º de septiembre del 2007. En: *Insegnamenti di Benedetto XVI*, III, 2, 2007 (Luglio-Dicembre). Città del Vaticano: Libreria Editrice Vaticana, 2008, p. 195.

### 3.2. La Anunciación hace de la Virgen Madre de Dios<sup>487</sup>

El ciclo preparatorio al nacimiento del Hijo de Dios se inicia con el mensaje de San Gabriel a María: «Alégrate, llena de gracia...» (Ev-02). La importancia de la Encarnación del Verbo para la liturgia cristiana es fundamental – explica San Luis María Grignion de Montfort – porque fue el momento en que Cristo quiso someterse a la Virgen, habitando en su seno y obedeciendo en todo a la voluntad de la madre. En términos teológicos la conmemoración de la Anunciación es de primordial importancia para la comprensión del valor de la cooperación de María en la estructura fundante de la salvación humana, ya que Dios en su omnipotencia podría haberse encarnado y venido a la tierra en cuerpo adulto – como pretendía Marción – o haberse encarnado en María sin consultarle, tal vez simplemente avisándole, como fue hecho con San José a quien el ángel le avisó en sueños que María había concebido por acción del Espíritu Santo. Entre tanto no fue ésta la voluntad de Dios. Él quiso la cooperación voluntaria, activa y eficaz del ser humano representado por la aceptación libre de María, en la plenitud de su capacidad volitiva.

La unidad del hombre es de fundamental importancia para comprender la doctrina de la redención operada por Cristo. Esta unidad es de naturaleza y de origen: De naturaleza por las características esenciales de todo hombre (inteligencia, libertad, inmortalidad del alma, etc.), y de origen porque todos los hombres derivan de una sola creación inicial<sup>488</sup>. Por esta unidad esencial y original de la humanidad, el pecado de Adán y Eva ha alcanzado a todo el género humano subsecuente a ellos. Era entonces conveniente que un miembro de la misma humanidad reparase la acción no individual sino colectiva de la naturaleza humana. Este es el fundamento teológico del deseo de Dios de contar con la participación activa de María, en cuanto mujer, con su aceptación libre, voluntaria e integral, cristalizada en su respuesta a la embajada angélica: «*Fiat mihi secundum verbum tuum*» (Lc 1, 38). Al decir *fiat mihi* María comprendía y afirmaba claramente que su aceptación no acrecentaba nada a la omnipotencia divina, ya que la Encarnación era obra de Dios, como la creación del mundo<sup>489</sup>. Con este *fiat* pronto e incondicional María aceptó la divina maternidad con todas las consecuencias de asumir una función de colaboradora en la misión de su Hijo que vino para habitar entre los

---

487 Incluye las Misas n. 2 (La Virgen María en la Anunciación del Señor), n. 4 (La Virgen María Madre de Dios), n. 5 (La Virgen María, Madre del Salvador), n. 7 (Santa María en la Presentación del Señor) y n. 19 (Santa María, Madre del Señor).

488 Cf. SCHMAUS, Michael. *Dogmatica Cattolica*, Tomo I: Introduzione Dio-creazione. 3 ed. Torino: Marietti, 1964, pp. 695-696.

489 Cf. DE LA PUENTE, Luis. *Meditaciones sobre los Misterios de Nuestra Santa Fe con la practica de la oración mental sobre ellos*, Tomo I. Madrid: Apostolado de la Prensa, 1962, p. 395.

hombres, dispuesto a sufrir y a morir por la salvación de todo el género humano<sup>490</sup>. La fiesta se dirige a la concepción de Jesucristo, Hijo de Dios, igualmente a María Santísima como su madre, virgen que se hizo fértil por obra del Espíritu Santo (*oso-02*) y que, en el decir poético de San Luis María Grignon de Montfort, hizo fértil al Espíritu que era estéril en la eternidad<sup>491</sup>. Por eso la oración colecta de la Misa de la Anunciación alaba a Dios que ha anunciado por el ángel su deseo de que su Hijo se encarnara en el seno de María, la Virgen a quien la Iglesia proclama Madre de Dios. El Leccionario brinda la lectura de la profecía de Isaías a Ajaz que San Mateo ilumina con el verdadero sentido mesiánico cumplido en la Anunciación. Al aceptar María ser madre de Dios «la virgen está encinta» y se puede proclamar con toda propiedad que en Ella, «Dios está entre nosotros» y este hecho ocurre exactamente por la prontitud de María que dice «aquí estoy, Señor, para hacer tu voluntad», para llevar «tu ley en las entrañas» y con eso proclamar la salvación ante la gran asamblea de la humanidad (*sr-02*). En el Evangelio María parece polemizar con el ángel, poniendo su deseo de virginidad por encima de la voluntad de Dios, apariencia que se deshace con la explicación angélica del cómo acontecerá el milagro, que deja claro que la pregunta ¿Cómo será eso, pues no conozco a varón? no es una polémica sino la expresión del deseo de saber cómo se dará la voluntad de Dios, la cual Ella, anteladamente, está dispuesta a aceptar de modo incondicional. María se halla delante de un abismo tan profundo cuanto el propio Dios: Si contesta un *no*, se queda aquende del abismo y sigue perteneciendo al mundo pequeño de la mediocridad sin cambio en su vida, pero para siempre le permanecería la espina que se clava en aquéllos que no aceptan la vocación de servicio a Dios. Esta espina la sentiríamos nosotros también, porque permaneceríamos en nuestros pecados sin que haya quien nos redimiese. En cambio, contestando *sí* María dice no a sí misma, dejó de pertenecerse a su propia voluntad, que ha entregado totalmente a Dios. Le llena la alegría del deber cumplido mientras la espada de dolor se afila para penetrar su Corazón Inmaculado. Será Ella la Virgen de las vírgenes, que ha renunciado a toda dicha terrena y se ha lanzado en el abismo infinito de Dios con confianza incondicional, igualmente cuando treinta y tres años después, este *fiat* le era de nuevo solicitado al contemplar, exangüe, el fruto bendito de sus entrañas, el Hijo de Dios, clamar en agonía «¿Dios mío, Dios mío, por qué me abandonaste?»<sup>492</sup>, es la Palabra que grita y después enmudece<sup>493</sup>, para transformarse en cántico de gloria por la salvación de la humanidad. El año 1608, la solemnidad de la Anunciación se celebró, por coincidencia del

---

490 Cf. MARTINS MOREIRA, Francisco Adail. *Festas litúrgicas de Jesus e Maria*. São Paulo: Loyola, 2003, p. 68.

491 Ver notas 289 – 290 – Capítulo I.

492 Cf. ADAM, Karl. *Cristo nuestro hermano*. Barcelona : Herder, 1963, pp. 227-228.

493 Cf. VON BALTHASAR, Hans Urs. *Gloria: Una estética teológica*. Madrid: Encuentro, 1989, p.78.

calendario en el mismo día del Viernes Santo, quedando conectadas la concepción y la crucifixión del Mesías. En esta ocasión el poeta John Donne compuso un poema<sup>494</sup> «sobre la anunciación y la pasión», en que decía con propiedad:

«Las fiestas de este día, más todo lo intermedio, la vida del Señor aúnan en compendio (como el Este, en extremo, del mapa Oeste es): El *Ave* del arcángel y el *Consumatum est*».<sup>495</sup>

Todo el relato de la Anunciación deja claro la afirmación del propio Dios transmitida por el ángel Gabriel respecto a la filiación divina de Jesús. En consecuencia el título «Hijo de Dios» encuentra aquí una declaración inequívoca que vincula para su madre el título de Madre de Dios. La relación expresa entre el título «Hijo de Dios» y el momento existencial de la concepción humana de Jesús implica connotaciones que superan indiscutiblemente el mero carácter de adopción<sup>496</sup>. En todo el Evangelio de San Lucas, los únicos momentos en que él proclama la realeza de Cristo es en el relato de la pasión y exactamente en la Anunciación, en que suenan las palabras del ángel que desvelan ante los ojos de María el horizonte de un reinado futuro que rebasará los límites de Israel: «El Señor Dios le dará el trono de David, su padre: Reinará para siempre en la casa de Jacob, y su reinado no tendrá fin» (Lc 1, 32)<sup>497</sup>. Esta salutación descrita por San Lucas, combinada con el loor de Isabel y la súplica eclesiástica cristalizada en el Concilio de Éfeso, ha plasmado la insuperable oración que se ha eternizado por los siglos y que todos los poemas del mundo nunca alcanzarán en sublimidad: El Avemaría. Como consecuencia directa de la Anunciación, la Maternidad divina es la raíz del árbol y los cimientos de nuestro «edificio» salvífico. No hay privilegio mariano que no encuentre su razón de ser en el hecho de que María fue la elegida para ser la Madre de Dios. Las propias oposiciones a esta elección han contribuido indirectamente al progreso del conocimiento dogmático<sup>498</sup> en que el conflicto permite que la luz de Cristo obligue a la mentira y al pecado a manifestarse a las claras<sup>499</sup>. Cuando los errores del Patriarca constantinopolitano puso las dos grandes escuelas teológicas de las capitales de Siria y Egipto en conflicto, a inicios del siglo V, ésta fue la ocasión providencial para que el Santo Patriarca

---

494 GARDNER, N. (editor). *The Divine Poems of John Donne*. Oxford: Clarendon, 1966, p. 29.

495 Cf. BROWN, Raymond E. *La muerte del Mesías: Desde Getsemaní hasta el sepulcro*. Tomo I: Comentarios a los relatos de la Pasión de los cuatro evangelios. Navarra: Verbo Divino, 2005, pp. 36-37.

496 Cf. FITZMEYER, Joseph A. *El Evangelio según Lucas*, Tomo I, Introducción general. Madrid: Cristiandad, 1986, pp. 348-349.

497 Cf. *Ibid.*, p. 363.

498 Cf. CONGAR, Yves. *Propiedades esenciales de la Iglesia*. En: *Mysterium Satutis: manual de teología como historia de la salvación*. Madrid: Cristiandad, 1973, pp. 457-459.

499 Cf. BOBRINSKOY, Boris. *¿Cómo permanece la Iglesia en la Verdad? Respuesta ortodoxa*. En: *Concilium, Revista internacional de Teología*, n. 168, ¿Quién tiene la palabra en la Iglesia?. Madrid: Cristiandad, 1981, p. 190.

Cirilo de Alejandría se levantase con su fuerte argumentación y la cuestión llegase a Roma, culminando con la proclamación dogmática del Concilio de Éfeso (431), fundamental para toda la teología subsecuente. La elocuente homilía de San Cirilo, con ocasión de la reunión conciliar marcó la historia y es conmemorada con alegría en el primer día de cada año:

«¿Quién entre los hombres es capaz de celebrar dignamente los loores de María? Ella es madre y virgen; oh realidad admirable, ¡oh sorprendente maravilla! ¿Quién alguna vez escuchó decir que el constructor fuera impedido de habitar en el templo que él propio construyó? ¿Quién podrá considerar ignominia el hecho de tomar la propia sierva como su madre? [...] Veneremos la indivisible Trinidad, al celebramos las alabanzas de la siempre Virgen María, templo santo de Dios, que es su Hijo y Esposo inmaculado»<sup>500</sup>.

María en cuanto Madre del Señor hace manifiesta la plena eficacia de la obra redentora de su Hijo a favor de los hombres. Si un día resucitaremos es porque Jesús ha resucitado y nos ha redimido, con la participación de María a partir del momento en que aceptó tener un Hijo que sería «Dios con nosotros»<sup>501</sup> y lo llevó en su seno durante nueve meses para que naciese en su naturaleza humana la Persona divina<sup>502</sup>. Con la proclamación solemne de Éfeso nadie más ha osado negar la maternidad divina como una dignidad eminente en el orden sobrenatural. La justa inteligencia de esta grandeza es el fundamento principal del culto de hiperdulía dedicado a la Virgen Santísima y hace comprender la dignidad excelsa de María, en sí misma, en sus consecuencias, en sus relaciones con la Santísima Trinidad, en comparación con las demás perfecciones, cualidades y dotes sobrenaturales de la Madre de Dios<sup>503</sup>. La CMV ofrece una rica liturgia para la solemnidad de la Maternidad divina, cuyos textos son un eco de los sermones de los santos Padres y de la antigua liturgia, entre ellos la sentencia de San Agustín (†431), quien afirma la concepción de María en su espíritu antes que en su seno (*Sermo* 25, 7: PL 46, 937), además de la expresión de San Bernardo (†1153) quien puntualiza que María concibió a Dios por su humildad<sup>504</sup> y el prefacio de la Misa que pone admirablemente de relieve la virginal y salvadora maternidad de santa María Virgen y es enumerado entre los más antiguos de santa María, que se encuentra ya en el Sacramentario Paduano (SP 387), donde se refuerza: «Se gozó, en efecto [santa María], de dos gracias: Se admira porque concibió virgen, se alegra porque alumbró al Redentor» (*pd-04*).

---

500 Cf. CORDEIRO, José de Leão (organización). *Antologia Litúrgica: Textos litúrgicos, patristicos e canónicos do primeiro milénio*. Fátima: Secretariado Nacional de Liturgia, Santuário de Fátima, 2003, pp. 1004-1005.

501 Cf. CIRARDA LACHIONDO, José María. *María, la Virgen*. Madrid: Cuadernos BAC, 1978, p. 17.

502 Cf. POZO, Cándido. *María en la Escritura y en la fe de la Iglesia*. Madrid: BAC, 1979, p. 158.

503 Cf. MERKELBACH, Benito Enrique. *Mariología: Tratado de Santísima Virgen María Madre de Dios y mediadora entre Dios y los hombres*. Bilbao: Desclée de Brouwer, 1954, p. 87.

504 *In laudibus Virginis Matris*, 1, 5. En: *Opera omnia*, IV. Roma: Cirtercienses, 1966, p. 18. (cita de la CMV).

En el formulario de la Misa de la Virgen María, Madre del Salvador, Nuestra Señora es glorificada desde la antífona de entrada, como la «Virgen Madre de Dios», Madre santa, Madre del Rey (*ae I y II - 04*), que ha enviado a su Hijo, palabra de salvación y pan de vida (*oc-04*). La lectura propuesta no podría ser otra que la carta paulina a la iglesia de Galacia, (4, 4-7), el texto bíblico de contenido más explícito sobre el tema de la Maternidad divina de María, para que pudiéramos ser hijos por adopción y recibir el Espíritu de su Hijo que clama «¡*Abbá!* Padre», pasando de la esclavitud del pecado a la calidad de hijos y también herederos del reino de Dios. Esta manumisión de liberación nos fue concedida por la venida del Hijo de Dios que habita en el santuario de la esperanza de Israel (*sr-04*), donde fueron puestos a salvo nuestros padres que gritaron con confianza a Dios y se quedaron libres por la salvación de Cristo que hizo a la santa Virgen María dichosa (*aEv-04*) y digna de toda alabanza, pues de Ella ha salido el sol de justicia, Cristo, nuestro liberador y Redentor que quiso nacer humilde y pobre en una gruta alrededor de la pequeña ciudad de Belén, donde los pastores «encontraron a María y a José, y al Niño acostado en el pesebre» (*Ev-04*). El Evangelio termina con la afirmación de la profunda adoración y meditación del Corazón Inmaculado de la Madre de Dios: «Y María conservaba todas estas cosas, meditándolas en su corazón», en la disposición virginal a obedecer a la voluntad de Dios que le permitió ser madre sin conocer varón, permanecer virgen durante y después del parto, gozar del don de gracia en plenitud y alumbrar al propio Redentor (*pf-04*). Así como María llevó el Hijo eterno por todos los lugares por donde haya caminado, también a nosotros nos entrega el Hijo y nos lleva hacia Él en la Eucaristía, por quien, alimentados podemos confesar con ufanía, testimoniar con fe como los mártires, la palabra y obra del Hijo nacido de Madre Virgen (*odc-04*).

La Maternidad divina tiene por corolario la **maternidad espiritual** en relación a todos los hombres y su mediación como intercesora perenne en favor del pueblo de Dios para alcanzar los bienes de la salvación conquistada por el sacrificio de su Hijo que vive y reina con el Padre y el Espíritu (*oc-05*). El peor mal para el ser humano sería el verse separado de su Creador, sobre todo si esa separación tiene que ser definitiva por el pecado mortal, capaz de llevar al hombre a las «tinieblas y sombras de muerte» (*pf-05*). María es quien nos puede alcanzar la gracia del arrepentimiento, de la contrición, de la conversión, Ella nos puede hacer partícipes de la divinidad de su Hijo (*odc-05*), alcanzando que, por el sacramento de la Penitencia, merezcamos el perdón de nuestras culpas y el desarrollo integral en la plenitud de nuestro ser, a la vez espiritual y corporal, en la vida eterna, unidos a Dios, nuestro Creador.

La historia del género humano que era de alegría y gozo en el Paraíso, fue desviada por la soberbia que no aceptó la superioridad creadora y necesaria de Dios y con esto mereció el



destierro terreno. El pueblo de los hijos de Adán caminaba en las tinieblas hasta que vio una grande luz que brilló y le llenó de alegría (*pl-05*), al punto de exclamar con la liturgia: «*O felix culpa*»<sup>505</sup>, que nos mereció tan grande Redentor. Donde abundó el pecado, ahora sobreabundó la Gracia y «la piedra que desecharon los arquitectos es ahora la piedra angular»<sup>506</sup> de un edificio espiritual indestructible<sup>507</sup>. Este Niño que nos ha nacido lleva a hombros el principado y su nombre es «Consejero, Dios guerrero, Padre perpetuo, Príncipe de la paz» (*pl-05*), el Mesías a quien las Escrituras antiguas clamaban y las nuevas cantan.

La orden de Augusto, de hacer un censo de todos los pueblos bajo su poder (*Ev-05*), fue de hecho un designio divino operado por instrumento humano. José tomó a María, con todo desvelo y devoción y la llevó a Belén, donde nació el Hijo de Dios que Ella acostó en un pesebre, recibiendo ahí a los pastores convocados por el ángel. Cuando toda la escena estaba montada, y el Hijo de Dios estaba delante de los testigos, en la más pura realidad de su naturaleza humana, apareció una legión del ejército celestial que alababa a Dios diciendo: «Gloria a Dios en el cielo, y en la tierra paz a los hombres que aman el Señor». Las potencias celestiales proclamaban la filiación divina de aquel Niño embalado en las manos de la mujer prototípica. «Único y solo Dios, Hijo de Dios, en dos naturalezas, pero en la singularidad de una sola persona, sin mezcla ni división»<sup>508</sup>.

San Luís María Grignon de Montfort afirma que la salvación no se limita a sacar al pecador de su miseria moral, más llevarlo a su meta final que es la salvación eterna e inmutable. Armado con esta perspectiva, Montfort ve desde la Madre de Dios nuestra salvación: «La salvación del mundo comenzó por medio de María y por medio de Ella debe consumarse»<sup>509</sup>.

Tanto la Anunciación como la consecuente Maternidad divina de María son partes constitutivas de su colaboración con la misión salvífica de su Hijo, hecho que se ha confirmado y ligado al sacrificio futuro del Redentor cuando de la Presentación del Señor en el Templo, fiesta también contemplada en la CMV y para la cual el formulario prevé la celebración de la Misa en el sábado o en las ferias más cercanas al día 02 de febrero, en que se recuerda la función salvadora de Nuestra Señora en el misterio de la presentación del Señor en

---

505 «*O felix culpa, quæ talem et tantum meruit habere redemptorem*» (MR. Pregón pascual).

506 Cf. Lc 20, 17; Salmo 118,22.

507 Cf. JUAN PABLO II. *Homilía en la Vigilia Pascual* del 19 de abril de 2003. En: *Insegnamenti di Giovanni Paolo II*, XXVI, 1, 2001 (Gennaio-Giugno). Città del Vaticano: Libreria Editrice Vaticana, 2005, p. 582.

508 Símbolo de la fe, de la Carta *Congratulamur vehementer*, a Pedro, obispo de Antioquía, del 13 de abril de 1053, del Papa San León IX (1049-1054). DH 681, ed. 2007.

509 «*C'est par Marie que le salut du monde a commencé, et c'est par Marie qu'il doit être consommé*». TVDf, n. 49, pp. 47-48.

el Templo, la primera «función litúrgica» en que Cristo, en su naturaleza humana ha participado (*pd-07*). Dios realizó el designio inefable de comunicar su vida a los hombres por medio de su amado Hijo, el cual, al encarnarse quedó constituido el «Primogénito de muchos hermanos»<sup>510</sup>, hecho que da un significado muy profundo a la presentación de Jesús en el Templo, porque Él no era sólo primogénito de María, sino primogénito de toda la humanidad. En su persona era la humanidad que se ofrecía en el Templo y este ofrecimiento fue preparado y hecho por María, hasta donde le permitía su calidad de mujer y «laica». El aspecto oficial del ofrecimiento fue hecho por un sacerdote debidamente «ordenado», según los ritos del tiempo, para ejercer una función ministerial. La actitud sacerdotal de María en ofrecer su Hijo a Dios fue mucho más profunda que la del ministro, pero Ella supo mantenerse en sus límites, cediendo al ministro aquello que a él le cabe por un mandato divino. De la misma forma como María se ha asociado al ministro en el ofrecimiento de su Hijo, también a los pies de la Cruz Ella se ha asociado a Cristo que se ofrecía al Padre por nosotros y actualmente se une a todos los sacerdotes ministeriales que ofrecen el memorial de la pasión, muerte y resurrección del Señor en la Santa Misa. En este sacrificio en que participan todos los miembros en la «comunidad de los santos» participa Aquélla que es el miembro más excelente y al mismo tiempo madre de los miembros, de la Cabeza y de todo el Cuerpo místico, por ser Madre de Dios, de los hombres y de la Iglesia. Esta comunión de los santos no es una aglomeración indiscriminada de individuos, sino una verdadera unión de los bienes espirituales, jerárquicamente ordenados según sus grados de amor y mérito, que son puestos en las manos de Dios como propiedad de todos los hermanos, heredad de los hijos de un mismo Padre. Cuanto más el cristiano desarrolla en sí el amor abnegado a Dios, tanto más pueden todos los demás vivir de sus bienes como si fueran propios de ellos. María, como la más pura de todas las criaturas, irradia del suyo más ampliamente y con el mismo y total amor y abnegación con que presentó su Hijo en el Templo, de manera que cada hombre, dentro de la comunión de los santos, tiene en sí algo de mariano<sup>511</sup>.

La Iglesia celebra el ofrecimiento del Primogénito en conformidad con las leyes mosaicas y las profecías de Simeón que unen indisolublemente la acción de Cristo con la de María, siendo la primera proclamación de la colaboración mariana en el misterio salvífico de Cristo, en el cual la Santísima Virgen nos es presentada como modelo para toda la Iglesia y cuya «lámpara de fe» se mantiene siempre encendida al encuentro del Esposo, con su

---

510 Cf. CARDENAL FERNÁNDEZ, Teodoro. *La liturgia fuente de santificación*. Madrid: Cuadernos BAC, n. 54, 1982, pp. 4, 5.

511 Cf. RATZINGER, Joseph; VON BALTHASAR, Hans Urs. *María, Iglesia naciente*. Madrid: Encuentro, 2006, pp. 95-96.

integridad virginal, purísima que ha engendrado castamente el Hijo del eterno Padre (*ae-07*). La Iglesia es virgen en su pureza e integridad doctrinal que se mantiene totalmente dedicada a la nueva alianza de amor, imitando la humildad de la esclava que se presentó sin mancha a Dios (*oc-07*) y al mismo tiempo es madre fecunda que, en el Espíritu Santo, genera todos los hijos de Dios por las aguas purificadoras del Santo Bautismo y los conduce hacia Dios por los sacramentos hasta su despedida de la tierra y llegada a la eternidad, por la Unción de los Enfermos. La Iglesia actualiza el ofrecimiento hecho por santa María Virgen (*oso-07*) para rescatar al Hijo de Dios que nos ha rescatado, Él mismo, a nosotros. Las ofrendas de María eran humildes en su valor aparente, pero inmensas en su valor real: En aquellas dos tórtolas estaban representadas las ofrendas de Judá y Jerusalén, la ofrenda de todos los pueblos y de todos los tiempos.

El Evangelio narra que en aquel día el Espíritu Santo inspiró al anciano Simeón que fuera al Templo y viéndolos entrar fue iluminado con el conocimiento de la misión y divinidad de aquel niño que venía para la tan esperada salvación de su pueblo. Tomándolo en sus brazos, bendijo a Dios diciendo: «Ahora, Señor, según tu promesa puedes dejar tu siervo irse en paz...». Cuando la Virgen entró en el templo, había ahí muchas personas de todas las condiciones: Sabios, sacerdotes, nobles y gente del pueblo, pero sólo a Simeón Dios abrió los ojos con su luz celestial para que le conociese, en premio de su vida santa y de su obediencia a la inspiración del Espíritu, alabando a Dios y proclamando la vocación divina del Mesías y llenando de alegría al Corazón Inmaculado de María por ver a su Hijo reconocido y reverenciado por las palabras que sobre Él decía Simeón<sup>512</sup>. La misión que el Espíritu Santo destinaba a Simeón era doble: Reconocer la salvación que venía al templo y pronosticar sobre aquel Corazón, que estaba lleno de alegría, un vaticinio trágico: «Una espada te traspasará el alma». San Lucas no cuenta la reacción de María a este oráculo proferido por Simeón, pero en su total e incondicional entrega a Dios dada en la casa de Nazaret cuando dice sí al proyecto salvífico de Dios, se había tornado consorte en la alegría y en el dolor, indisolublemente ligada a Cristo en todos los momentos, con la misma determinación de no retroceder un paso siquiera en la entrega que había hecho al Señor. El mismo amor que se «admiraba» con las alabanzas a su Hijo, se «acrisolaba» con la predicción de que Él sería «signo de contradicción» y de la confirmación de que su ofrecimiento de sufrir todo en unión a su Hijo fuera aceptado por Dios, que le enviaba de nuevo una embajada, esta vez no de un ángel, sino de un hombre, un profeta, por boca de quien hablaba Dios a esta Hija de Sión que,

---

512 Cf. DE LA PUENTE, Luis. *Meditaciones sobre los Misterios de Nuestra Santa Fe con la practica de la oración mental sobre ellos*, Tomo I. Madrid: Apostolado de la Prensa, 1962, pp. 503-507.

cumpliendo con la ley presentó su Hijo al Templo con la disposición de aceptar todo lo que Dios quisiera que aconteciese, preparando al Cordero pascual, puro e inmaculado para ser inmolado por toda la humanidad (pf-07).

María comprende que el reino de Jesús no es de gloria material y mundana, que con Él se abría una nueva humanidad verdaderamente espiritual y en contrapartida con todas las «glorias» humanas proclamadas en el mundo, que se deshacen como «pompas de jabón» o como el humo. La verdadera gloria de Jesús es la de ser Hijo de Dios y esto María lo ha comprendido perfectamente con la explicación del ángel, aceptando esta realeza coronada de espinas y este trono en forma de Cruz, esta espada que conquista la salvación penetrando en su corazón y la lanza del soldado que no hiere para alcanzar poder, mas para derramar la sangre y el agua que redimieron la humanidad del pecado de soberbia y orgullo cometido por nuestros primeros padres. María, en la Anunciación, preparaba el nacimiento de la humanidad redentora de Cristo y el sacrificio de su Hijo, que destruiría definitivamente la muerte del pecado.

### **3.3. La Virgen María en las manifestaciones epifánicas del Señor<sup>513</sup>**

Epifanía significa revelación, manifestación, la primera ocurrida en la visita de los pastores y de los Magos, pero que de cierta forma sigue ocurriendo en la vida de cada hombre bajo la forma de una manifestación indirecta de Dios, oblicua y sesgada, que pasa a través de lo ordinario de nuestra existencia<sup>514</sup>. Constituyendo la tercera fiesta añadida después de la Pascua y Pentecostés, celebradas por los Apóstoles, la Epifanía (del griego *ἐπι* – exterior; *φάνεια* – manifestación) es la manifestación del Señor a todas las gentes y aparece en el Oriente ya en el siglo II, introduciéndose poco a poco también en Occidente. A partir del siglo IV las fiestas del Señor se agruparon en dos ciclos: *Navidad y Pascua*. El Occidente ha recibido del Oriente la fiesta de la *Epifanía* que clausuraba el *ciclo de Navidad*<sup>515</sup>. El contenido que la tradición occidental asignó a la fiesta, comprende tres manifestaciones de Jesucristo: A los Magos, en el Bautismo y en las Bodas de Caná, los principales momentos epifánicos de Cristo en los Evangelios<sup>516</sup>. La CMV presenta dos formularios referentes a estas manifestaciones, el propio de la Epifanía y el otro de «Santa María de Caná». En el primero se

---

513 Incluye las Misas n. 6 (La Virgen María en la Epifanía del Señor), y n. 9 (Santa María de Caná).

514 Cf. FLORISTÁN, Casiano. *Celebraciones de la comunidad*: Año litúrgico, Sacramentos, Situaciones diversas, Antología de textos. Santander: Sal Terrae, 1996, pp. 75-77.

515 Cf. LORCA, Bernardino. *Manual de Historia Eclesiástica*. Barcelona: Labor, 1951, pp. 109-110; 237.

516 Cf. ABAD IBAÑEZ, J. A.; GARRIDO BONAÑO, M. *Iniciación a la liturgia de la Iglesia*. 2 ed. Madrid: Palabra, 1998, p. 732.

contempla la manifestación de Cristo a los paganos y al mundo en general, mientras que en el segundo se contempla la de su poder. El bautismo del Jordán, en que los Padres ven la purificación y toma de posesión de la Iglesia y de cada una de las almas<sup>517</sup>, no es contemplado en la CMV. El formulario de la Misa de «la Virgen María en la Epifanía del Señor» considera la manifestación de Jesús a los judíos, representados por los pastores y a los paganos representados por los Magos, en que el Misterio de Cristo es presentado como la luz que significa la gloria de Dios Padre; luz que ha envuelto a los pastores y ha guiado a los Magos hasta Jesús. Por otro lado, la ciudad santa de Jerusalén, adonde llegan los Reyes, representa la Iglesia que basa su fe en Cristo. El formulario resalta la mediación de la Virgen en este momento de la Epifanía cuando en la Antífona de Entrada expone claramente: «Brilló la grandeza de Dios y su poder se manifestó por medio de una Virgen» (*pd-06*). Cuando a finales del siglo IV Roma aceptó la fiesta oriental del 06 de enero y el Oriente la romana del 25 de diciembre, ambas conservaron su propio carácter y se completaron una a otra: La Epifanía es el desarrollo lógico del misterio de la Navidad pues Aquél que nació de la Virgen, en este día es reconocido por el mundo entero. Dios ha aparecido en la tierra tomando carne mortal, manifestándose a los hombres y tomando posesión de su pueblo, acciones expresadas con belleza en la rica liturgia de esta festividad<sup>518</sup>. La oración colecta declara que Dios «se manifestó por medio de una Virgen», pues María ha vivido con total profundidad este misterio de la manifestación de Cristo. Es así que por intermedio de María son atraídas para la fe del Evangelio todas las familias de los pueblos para reconocer a Cristo como Salvador de la humanidad (*pf-06*). En Cristo se encuentra estereotipada toda la grandeza infinita de Dios que se manifiesta públicamente desde el regazo maternal de María quien conduce a los hombres hacia Él, como la estrella ha conducido a los Magos, pues la fe de María brilla como la estrella que ilumina a la verdadera comprensión de la grandeza de Cristo, anunciada por los profetas del Antiguo Testamento y ahora atestiguada por los pueblos de toda la tierra, representados por los pastores y los reyes que hallan al Niño con su madre, lo adoran como Dios, lo proclaman Rey y lo confiesan como Redentor<sup>519</sup>. Con la genealogía del inicio de su Evangelio, Mateo ha señalado las raíces de Jesús en la historia del pueblo de Israel (Mt 1,1-17). A continuación su mirada se dirige a la acogida por parte de aquellos para los que Él ha venido.

---

517 Cf. FRANQUESA, Adalberto M. *Epifanía del Señor*. En: AAVV. *Año Cristiano 01 – enero*. Madrid: BAC, 2005, pp. 130-136.

518 Cf. *Ibid.*

519 Cf. *Ibid.*

La descripción de Mateo nos presenta tres grupos de personas: Los Magos que buscan al Niño y quieren rendirle homenaje; los escribas, que conocen el lugar de su nacimiento, pero no se interesan por Él y Herodes que ve amenazado su propio poder por este Niño y por eso quiere eliminarlo. Los Magos que eran astrónomos y gozaban de gran prestigio, figuran a los paganos<sup>520</sup>. Los escribas son expertos en las Escrituras (cf 23,2-3) y pueden deducir de ellas el lugar del nacimiento del Mesías: Belén de Judá (cf Miq 5, 1-3). Ellos escuchan la llamada pero no aceptan cambiar su vida para seguir en dirección a Jesús y se quedan en Jerusalén. Herodes era, por concesión de Roma, rey de los judíos (lo fue desde el 37 hasta el 4 a.C). Puesto que provenía de Idumea, situada al sur de Judea, y favorecía la cultura helenística era odiado por los judíos a pesar de la magnífica restauración del templo que él mandó realizar. Nada podía ser más inoportuno para él que un recién nacido rey de los judíos. Herodes personifica aquí a todos aquellos que se ven poseídos por sus propios intereses y proyectos. Lo encuentran sin reconocerlo y hacen todo por eliminarlo<sup>521</sup>. Todos han recibido la noticia, todos, en cierto modo, han visto la estrella pero no todos se han puesto en camino. Los judíos, representados por Herodes, los escribas y los sumos pontífices, no aceptan acompañar a los Magos peregrinos, rechazan al Mesías y Herodes – representante civil de su pueblo – lo manda matar. Pablo se sacudirá el polvo de sus sandalias itinerantes en señal de reprobación y de renuncia a seguir evangelizándolos (Hch 13,51). En cambio muchos paganos acogen la gran noticia e inician la peregrinación de la fe al encuentro del Señor Jesús<sup>522</sup>. Los Magos se postran ante el Niño, reconociendo su señorío, expresando esto con sus preciosos regalos, signo de su reconocimiento del Señor<sup>523</sup>.

En la Liturgia de la Palabra como lazo de unión entre las dos lecturas está el canto del salmo y del aleluya. El primero hace eco a las alegrías profetizadas por Isaías que ve llegaren las riquezas de los pueblos, una inundación de camellos y dromedarios de Madián y de Efá (*pl-06*), que se postran en señal de adoración representando a todos los pueblos de la tierra, confiando su juicio al rey enviado para que en sus días florezca la justicia para todo y siempre (*sr-06*). El mensaje del Trito-Isaías que se escucha en la primera lectura, en el momento histórico en que fue escrito primitivamente, intentaba dar valor y confianza al pueblo de Israel recién liberado del exilio babilonio: «La gloria del Señor amanece sobre ti» (Is 60,1). Más

---

520 Cf. STOCK, Klemens. *La liturgia de la Palabra: Comentarios a los Evangelio dominicales y festivos. Ciclo B (Marcos)*. Madrid: San Pablo, 2005, p. 66-69.

521 Cf. Ibid.

522 Cf. ALAIZ, Atilano. *El Don de la Palabra: Ciclo C*. Madrid: PS Editorial, 2003, pp. 56-57.

523 Cf. STOCK, Klemens. Op. cit., p. 66-69.

significativa, sin embargo, es la imagen de *la redención universal* que se dibuja simultáneamente: «Caminarán los pueblos a tu luz; los reyes al resplandor de tu aurora» (Is 60, 3-4)<sup>524</sup>.

El aleluya, en cambio, anticipa el Evangelio, subrayando la idea principal de la fiesta: Aparición y adoración, o luz y dones, que es también lo que expresa en otras palabras el salmo (*aEv-06*). Además de los hechos históricos narrados, el Evangelio nos hace ver que hay una llamada vocacional representada por los que son convocados a adorar al Niño en Belén, por eso el Decreto *Ad Gentes* nos afirma que «la actividad misionera es nada más y nada menos que la manifestación o epifanía del designio de Dios y su cumplimiento en el mundo y en su historia»<sup>525</sup> como convocatoria a seguir esta nueva «estrella» que nos guía rumbo a Jesús en medio de un mundo que, como Herodes, no cree en su divinidad. Esta epifanía de Cristo se da hoy en su Iglesia, llamada a ser luz del mundo y guía de las naciones y en la cual la liturgia, ejercida como dimensión sacramental de la vida eclesial, se torna la verdadera epifanía o «manifestación de la Iglesia»<sup>526</sup>, siendo, toda ella, signo eficaz del misterio del Reino<sup>527</sup>. El universo cósmico es como una epifanía – señala Von Balthasar – es como un regalo de Dios que se comunica a sí mismo, como habitación del Dios inmanente a todas las cosas, del trabajo de Dios «que labora en todas las cosas» y finalmente como luz y agua que brota a raudales del mismo Dios<sup>528</sup>. Con la Epifanía estaba abierta la adoración sin restricción de lugar o raza, Dios hecho carne era adorado en una casa (o gruta, según algunos relatos) y por gentes de todos los pueblos, circuncisos e incircuncisos. Lo que posteriormente vendría San Pablo a luchar para defender, ya Cristo en su Epifanía proclamaba para todos los pueblos: La salvación es universal y viene por Él que inicia su vida humana por la acción colaboradora de María, que la presenta a todas las gentes como la «Estrella de la Nueva Evangelización», como colaboradora de Jesús también en su manifestación y acción apostólica.

La Antífona de la Comunión es especialmente expresiva pues nos invita a seguir la estrella que hemos visto y a adorar al Señor. Nuestro corazón — después de la sagrada comunión — es el pesebre y a su vez el trono del Señor, allí hemos de someterle el oro de nuestro amor, el incienso de nuestra adoración y la mirra de nuestra mortificación, que

---

524 Cf. LÄPPLÉ, Alfred. *Anuncio de Cristo en el año litúrgico: Comentarios bíblico-pastorales a las perícopas dominicales y festivas - Ciclo A*. España: Paulinas, 1971, pp. 92-93.

525 AG, n. 9.

526 SC, n. 41.

527 Cf. ALBERICH, Emilio Sotomayor. *La catequesis en la Iglesia: Elementos de catequesis fundamental*, 2 ed. Madrid: Central Catequística Salesiana, 1991, p. 222.

528 Cf. VON BALTHASAR, Hans Urs. *El encuentro con Dios en el mundo actual*. En: *Concilium: Revista internacional de teología*, n. 6, cuestiones fronterizas. Madrid: Cristiandad, 1965, pp. 31.

ofrecemos a Cristo para que seamos salvados por su nacimiento, los que celebramos con fe y la memoria de su Madre, que es la verdadera «puerta» por la cual entran los pueblos a adorar el verdadero Dios<sup>529</sup>. Puerta abierta por la gracia divina que se revela a todos y a cada uno de los seres humanos como «epifanía» del amor de Dios a los hombres (Tit 2, 1; Is 3, 4-7), gracia que hace referencia al acontecimiento salvador de Cristo<sup>530</sup>, participado por el hombre de una manera excelente en la colaboración que María ha prestado en toda la vida de su Hijo y en toda la historia de la salvación, que se actualiza en los sacramentos, entre los cuales figura el matrimonio, puesto en realce en la manifestación epifánica de Jesús en ocasión de las Bodas de Caná. El sacramento del matrimonio determina el estado de vida de la inmensa mayoría de los cristianos en edad adulta. Si la Virgen no tuviera ninguna relación con él, su función materna en el interior de la vida cristiana quedaría notablemente empequeñecida. Es necesario atribuir a la Virgen una acción sobre los esposos y padres no sólo en cuanto cristianos, sino también en su condición concreta y específica derivada del sacramento del matrimonio. Una acción que llega a todos los hombres, como servicio de la universal función materna que María posee y ejerce en dependencia y por gracia de Cristo. La íntima unión entre Jesús y María nos permite suponer que las cosas entre ellos no acontecían «al azar», por simple y aleatorio juego de circunstancias, sino por un designio claro e infalible de Dios. El autor de todos los sacramentos es Cristo y las acciones de María en relación a la institución de los mismos debe siempre dejar a salvo la obra de Él. Ahora bien, la Persona de Cristo y la de la Virgen no se excluyen, se integran y por eso sus acciones no pueden contener gérmenes de oposición, sino que contribuyen entre sí para alcanzar la salvación y santificación de los hombres, toda vez que Él ha venido al mundo para salvar. En los hechos salvíficos que fundamentan la sacramentología de la institución del matrimonio, encontramos la presencia de María. El Verbo de Dios quiso venir al mundo en el contexto del matrimonio, en la condición de un hijo: Hijo de Dios, desde toda la eternidad, y de María, en la identidad y unidad de su Persona. La institución del matrimonio como sacramento recoge, actualiza y perpetúa el valor de este hecho decisivo: Que Cristo haya querido tomar el matrimonio como el «cuadro humano» para su entrada en la tierra de los mortales, dejando patente que su entrada en el mundo reclama un sacramento que da origen a la familia. **En síntesis**, el matrimonio es sacramento porque Cristo quiso depositar en él la eficacia salvífica de su entrada en el mundo, la cual tuvo lugar naciendo de la Virgen María, previamente preparada

---

529 Cf. FRANQUESA, Adalberto M. *Epifanía del Señor*. En: AAVV. *Año Cristiano 01 – enero*. Madrid: BAC, 2005, pp. 130-136.

530 Cf. LADARIA, Luis F. *Introducción a la Antropología teológica*. Navarra: Verbo Divino, 1993, p. 130.



para este acontecimiento por su matrimonio con San José<sup>531</sup>. La Encarnación se da en el contexto del matrimonio con San José – como resaltan los Evangelios – y de la comunión de María con la Trinidad, conectando la institución del matrimonio con la condición divina y humana de Jesús mismo. Por eso Jesús quiso que fuese operado su primer milagro en una fiesta de bodas, en la ciudad de Caná, luego en los inicios de su vida pública.

El formulario para la Misa de Santa María de Caná nos presenta a María junto a su Hijo en el momento en que Jesús se mostró a sí mismo como el Mesías prometido por Dios (*pf-09*), como Maestro y Señor, el Moisés de la nueva Alianza, como Esposo de la Iglesia por quien se ha entregado en la cruz, donde, de su lado abierto, brotó sangre y agua, símbolos de la redención. María por voluntad de Dios estuvo presente en este momento único con la misma función salvadora en que fue partícipe de la manifestación de su Hijo (*pd-09*). Los dones ofrecidos al Padre, como el agua que se ofreció a Cristo para transformarse en vino, a ruegos de su Madre, son presentados a Dios para la redención de la humanidad (*oso-09*). María en su caridad sublime ha percibido la ansiedad de los esposos por la falta de vino, signo de la ausencia de gracias anterior a la venida de Jesús y ha intercedido para que todos se alegrasen con el vino de superior calidad, anuncio de la llegada del tiempo mesiánico y también de la sangre que sería derramada en profusión en la cruz para la salvación de la humanidad (*pf-06*). Por María, Jesús realizó el primero de sus signos, por Ella preparó el vino de la salvación y por Ella los discípulos creyeron en su Maestro (*ac-06*). Por eso Juan nos cuenta la escena como un inmenso rasgo de solicitud maternal de María en las Bodas de Caná.

La fiesta del Bautismo del Señor, como manifestación epifánica de su divinidad, encierra el ciclo navideño y da inicio al tiempo común. San Marcos (1, 1-12) formula esta epifanía en directa referencia a la actividad escatológica de Juan Bautista, con un significado profundo que lo inserta en el plan de salvación para el cual Jesús ha venido como el Mesías esperado en la plenitud de los tiempos. Juan no es sólo un precursor, él prepara los caminos y está insertado en el plan redentor de Dios al ser testimonio ocular de la manifestación trinitaria más elocuente de todas las Escrituras Sagradas: «En el instante en que salía del agua, vio los cielos abiertos y el Espíritu, como paloma, que descendía sobre Él, y se dejó oír desde los cielos una voz: “Tú eres mi Hijo amado, en quien yo me complazco”»<sup>532</sup>.

---

531 Cf. BANDERA, Armando. *La Virgen María y los Sacramentos*. Madrid: Rialp, 1978, 229-234.

532 Cf. PUENTE OJEA, Gonzalo. *El Evangelio de Marcos: De Cristo de la fe al Jesús de la Historia*. Madrid: Siglo Veintiuno de España, 1992, pp. 78-79.

### 3.4. Santa María, discípula del Señor y madre de sus discípulos<sup>533</sup>

María es al mismo tiempo la más perfecta discípula del Maestro por excelencia y la madre de sus discípulos. Ella que enseñó a Jesús en sus primeros pasos, se hace ahora discípula que todo aprende de su Hijo, que vive en función de su Maestro y que mereció ser proclamada verdadera Madre, cuando Jesús parecía negar esta maternidad: «¿Quiénes son mi madre y quiénes son mis hermanos?» (Mt 12, 48). Jesús señaló con la mano a sus discípulos y afirmó: «Todo el que hace la voluntad de mi Padre que está en el cielo, ése es mi hermano, mi hermana y mi madre» (Mt 12, 50). Como la más excelente de las discípulas, María es proclamada aquí por su Hijo como aquélla que es verdaderamente su Madre y su hermana. Entre los textos eucológicos de la Misa de Santa María, discípula del Señor se «escucha» la voz de Cristo, que, a la alabanza anónima de una mujer judía respondió: «Mejor, dichosos los que escuchan la palabra de Dios y la cumplen» (Lc 11, 28), la «voz de Jesús» encuentra también un eco en la frase de San Agustín al comentar el texto del Evangelio (Mc 3, 33) (*pd-10*): «Cumplió Santa María, con toda perfección, la voluntad del Padre, y, por esto, es más importante su condición de discípula de Cristo que la de madre de Cristo, es más dichosa por ser discípula de Cristo que por ser madre de Cristo»<sup>534</sup>. Estas palabras de San Agustín se confirman con las de Jesús que la llama dichosa porque buscó solícita la voluntad de Dios y la supo cumplir fielmente (*pf-10*). María es el modelo a ser imitado en el discipulado fiel que busca cumplir la Palabra de Dios, que abre nuestros corazones para escuchar el mensaje de salvación (*oc-10*) y nos alcanza el don de la sabiduría que no podemos conseguir por nuestras propias fuerzas (*oso-10*), para que seamos, a su ejemplo, verdaderos discípulos de Cristo (*odc-10*). Siendo Jesús la Palabra hecha carne, el ser de María está marcado decisivamente por la escucha de esta palabra y por su condición de discípula y creyente, como la aclamó Isabel: «Dichosa eres tú que has creído» (Lc 1, 45). María se queda aquí incorporada a la exaltación de los grandes creyentes de la Historia, cuya fe es alabada en las Escrituras en su dimensión más profunda de la relación fundamental del hombre con Dios, al lanzarse en sus designios, ofrecerse y ponerse en sus manos como una esclava indefensa en las manos de su señor<sup>535</sup>. Esta fe de María se convierte aquí en la verdadera conformación con Dios, objetivo mayor de todo discípulo, que es con-«formarse» con su maestro, seguir sus huellas, alcanzar

---

533 Incluye las Misas n. 10 (Santa María, discípula del Señor), ns. 11-12 (La Virgen María junto a la cruz del Señor I y II), n. 13 (La Virgen María confiada como madre a los discípulos), n. 14 (La Virgen María, Madre de la Reconciliación), y n. 15 (La Virgen María en la Resurrección del Señor).

534 *Sermo 25, 7*: PL 46, 937. En: *Liturgia das Horas, segundo o Rito Romano*. Tomo IV, Tempo Comum, 18ª – 34ª semana. São Paulo: Editores Reunidos, 1999, p. 1466.

535 Cf. RATZINGER, Joseph; VON BALTHASAR, Hans Urs. *María, Iglesia naciente*. Madrid: Encuentro, 2006, p. 36.

su doctrina, alcanzando la cumbre de santidad como posesión preciosa (*pl-10*) de quien supo escuchar las palabras del Maestro como verdadera y fiel discípula en todos los momentos tanto de alegría cuanto de dolor.

Cuando María contempla los sufrimientos humanos de su Hijo moribundo y ofrece, junto con Él este sacrificio altísimo, coopera generosamente y permanece intrépida junto al altar de la cruz (*oc y oso - 11*), como el sacerdote que ofrece la víctima de holocausto al Padre. En el Calvario María era puro dolor, pero estaba firme, decidida. Nunca se escuchó, ni en los Evangelios, ni en los apócrifos, ni siquiera de los enemigos de la Iglesia, que en algún momento María tuvo miedo. ¿Quién la podría separar de su Hijo? ¿Aflicción? ¿angustia? ¿persecución? Para Ella ni muerte ni vida, ni fuerza cualquiera venida de la tierra o de los infiernos podría apartarla del amor inseparable a su Hijo (*pl-11*). Allí estaba, junto a la esposa de Cleofás y a la Magdalena, para recibir toda la humanidad bajo su protección representada por su procurador, el discípulo amado (*Ev-11*).

Jesús fue abandonado por sus amigos, por las personas a quienes había curado, por sus discípulos, por sus apóstoles, pero hubo alguien que nunca lo abandonó: María. Allí estaba Ella, firme – *stabat Mater dolorosa iuxta crucem lacrimosa* – sufriendo en profunda comunión con su Hijo. Junto a la cruz y de pie, porque esta actitud de coraje – afirma Dom Próspero Guéranger – es la que la mantiene unida al Señor<sup>536</sup>. Con Ella están las Santas Mujeres y Juan. En el silencio de la escena dolorosa Jesús entregó a María su discípulo amado y entregó su Madre a Juan, quien la recibe y la introduce en su casa, en su vida. Con esa entrega, la oración a María posibilita a cada ser humano una especial confianza y cercanía<sup>537</sup>. Como dice León XIII, en la Encíclica *Iucunda semper*, ante los ojos de la Virgen Santísima se cumplió el sacrificio de Cristo, víctima a quien Ella había alimentado con su más pura substancia. De pie, junto a la cruz, María ofrecía su propio Hijo a la justicia de Dios<sup>538</sup>. Por otro lado, afirma San Pío X que su misión fue también guardar esa víctima, alimentarla y presentarla al altar en el día fijado, en que padeció con Él. Ella preferiría sufrir en sí misma todos los tormentos por los cuales pasó su Hijo, a verlo padecer en la cruz<sup>539</sup>. En la Carta apostólica *Inter Sodalicia*, Benedicto XV afirma que María «soportó el dolor y casi la muerte; abdicó los derechos de Madre sobre su Hijo para conseguir la salvación de los hombres; e

---

536 Cf. DOMINI, Anastasia, *La festa dei "Sette Dolori della B.V.M." secondo Dom Prosper Guéranger*. En: AAVV. *Corredemptrix Annali Mariani*, 2008, Santuario della B.V.M. Del Buon Consiglio. Frigento: Casa Mariana, 2008, p. 235.

537 Cf. RATZINGER, Joseph; SEEWALD, Peter. *Dios y el Mundo, una conversación con Peter Seewald*: Las opiniones de Benedicto XVI sobre los grandes temas de hoy. Madrid: Galaxia Guttemberg, 2005, p. 278.

538 Cf. MARÍN, Hilario. *Doctrina Pontificia IV*: Documentos marianos. Madrid: BAC, 1954, n. 412, p. 287.

539 Cf. *Ibid.*, n. 488, pp. 370-371.

inmoló (*inmolavit*) a su Hijo, de manera que se puede afirmar con razón que redimió al linaje humano con Cristo»<sup>540</sup>. Pío IX en la Encíclica *Miserentissimus Redemptor* afirma que María «habiéndonos dado y criado a Jesús Redentor, y ofreciéndolo junto a la cruz como víctima, fue también y es piadosamente llamada Redentora por la misteriosa unión con Cristo y por su gracia absolutamente singular»<sup>541</sup>. Pío XII en la Encíclica *Mystici Corporis* enseña que Ella ofreció (*obtulit*) su Hijo como nueva Eva al Eterno Padre en el Gólgota, juntamente con el holocausto de sus derechos y amor materno por todos los hijos de Adán manchados con su deplorable pecado<sup>542</sup>. La *Lumen Gentium*, n. 58, afirma que Ella se asoció «con entrañas de madre a su sacrificio, consintiendo amorosamente en la inmolación de la víctima que Ella misma había engendrado». Las expresiones del Magisterio apuntan a una actitud de María típicamente sacerdotal en el sentido de que Ella cooperó con el sacrificio, preparó la víctima, asistiendo junto al altar de la cruz, ofreciendo el propio sacrificio de la cruz junto con Cristo. El uso reiterado de la fórmula sacrificial «ofreció» (*obtulit*) no admite un significado meramente metafórico. María cooperó moral e inmediatamente en el sacrificio de la cruz, ya que Ella, siendo Madre de Cristo está asociada a su Hijo para realizar la obra redentora culminada en el Santo Madero. Esta cooperación de María en el sacrificio de Cristo, es llamada por muchos autores de cooperación típicamente sacerdotal<sup>543</sup>, **no debiendo identificarse con el sacerdocio ministerial**; Ella cooperó efectivamente al sacrificio de la cruz y en Ella se da una especial vinculación con la Víctima divina para cumplir la obra de la Redención. Su actitud sacerdotal no es ministerial, ya que Ella no ha recibido el sacramento de la orden ni la potestad de presidir la Eucaristía y perdonar los pecados. Su oblación sacrificial constituye una peculiar participación en el sacerdocio de Cristo y por eso difiere del sacerdocio común de los bautizados y del ministerial.

En la Audiencia General del 12 de agosto de 2009, Benedicto XVI resaltó la conexión profunda entre la Virgen María y el sacerdocio, en función de la Encarnación, precedida del sí dado en proyección al Misterio Pascual. Afirma el Papa:

«María está real y profundamente involucrada en el misterio de la Encarnación, de nuestra salvación. Y la Encarnación, el hacerse hombre del Hijo, desde el inicio estaba orientada al don de sí mismo, a entregarse con mucho amor en la cruz a fin de convertirse en pan para la vida del mundo. De este modo sacrificio, sacerdocio y Encarnación van unidos, y María se encuentra en el centro de este misterio»<sup>544</sup>.

---

540 Cf. MARÍN, Hilario. *Doctrina Pontificia IV*: Documentos marianos. Madrid: BAC, 1954, n. 556, p. 419.

541 Cf. *Ibid.*, n. 608, p. 450.

542 Cf. *Ibid.*, n. 713, pp. 562-563.

543 Cf. IBÁÑEZ, Javier; MENDOZA, Fernando. *La Madre del Redentor*. Madrid: Palabra, 1988, pp. 272-275.

544 BENEDICTO XVI. Audiencia General del 12 de agosto de 2009. En: *L'Osservatore Romano*, del 14 de agosto

El Pontífice no habla sobre la actitud sacerdotal de María, probablemente para dejar esta cuestión a los teólogos, que ya han estudiado el tema en diversos textos y congresos internacionales<sup>545</sup>. El Concilio de Trento definió la institución de los sacerdotes ministeriales por Cristo, por la consagración del pan y del vino en su memoria (cf. DS 1740-41,52). La teología post-tridentina va a insistir en la figura del sacerdote «separado» de los hombres por ser *alter Christus*, quien ofrece el sacrificio de la Misa y con eso se llega a ser superior a los ángeles, y hasta la misma Madre de Dios<sup>546</sup>. En el siglo VIII, Urbain Robinet (1706) compuso una melodía para acompañar la ceremonia de renovación de las promesas clericales, llamada *Quam pulchre graditur Filia principis*, donde utiliza la expresión *Virgo sacerdos*. El 09 de mayo de 1906, el Papa San Pío X indulgenció una oración donde se invoca a Maria Madre de Cristo, Sumo Sacerdote: «*Sacerdos pariter et altare* (San Epifanio) [...] *Maria Virgo sacerdos, ora pro nobis*»<sup>547</sup>. Por otro lado, para evitar confusiones la Iglesia ha prohibido que María sea representada revestida con ornamentos sacerdotales; el decreto descarta la presencia del sacerdocio jerárquico y ministerial en María y afirma la necesidad de mayor precisión de language<sup>548</sup>. Después del Concilio Vaticano II se encuentra una impostación que determina un punto de inflexión que coloca su foco en «el único sacerdocio de Cristo» diversamente involucrado en la Iglesia, evitando toda confusión:

«El sacerdocio común de los fieles y el sacerdocio ministerial o jerárquico, aunque diferentes esencialmente y no sólo en grado, se ordenan, sin embargo, el uno al otro, pues ambos participan a su manera del único sacerdocio de Cristo». (LG 10).

---

de 2009, p. 12.

545 Cf. A. BANDERA, «La Virgen María y el sacerdocio de Cristo», in *Teología espiritual* 42 (1998), 35-60; I. BIFFI, «Maria, tipo della Chiesa, popolo sacerdotale», in *La Madonna* 30 (1982), 61-70; S. DE FIORES, «Significato e valore della devozione mariana nella vita e nel ministero sacerdotale», in *Mater Ecclesiae* 9 (1973) 220-230; ID., «Popolo sacerdotale», in ID., *Maria. Nuovissimo dizionario*, Dehoniane, Bologna 20082, II, 1273-1320; F. FRANZI-J. ESQUERDA BIFET, «Sacerdoti» in NDM 1229-1242; MERCEDES NAVARRO, «Sacerdocio (María y el sacerdocio de Cristo)», in *Nuevo Diccionario de mariología*, Paulinas, Madrid 1988, 1770-1790; B. GHERARDINI, «Maria e il sacerdozio», in *Divinitas* 34 (1990), 250-258; M. GUERRA GÓMEZ, «La Virgen María y su “sacerdocio” auxiliar del unico sacerdote, Jesucristo: Algunas consideraciones filosófico-teológicas en torno a un texto patristico», in *Burgense* 37 (1996), 125-155; R. LAURENTIN, *Maria Ecclesia Sacerdotium, I. Essai sur le développemet d’une idée religieuse; Marie, l’église et le sacerdoce, II. Étude théologique*, Paris 1952-1953; E.M. TONIOLO, «Agganci storici per una teologia mariana del sacerdozio», S. FELICI (ed.), *La formazione al sacerdozio ministeriale nella catechesi e nella testimonianza di vita dei padri*, Roma 1992, 237-254; G. LANZETTA, *Il sacerdozio di Maria nella teologia cattolica del XX secolo. Analisi storica e teologica*, Pontificia Facoltà teologica Sanctae Crucis, Roma 2006. (cita del original – nota 558)

546 Cf. CONGAR, Y. *Il sacerdozio del Nuovo Testamento. Misione e culto*. En: CONGAR, Y.; FRISQUE, J. (ed.). *I preti. Formazione, ministero e vita*. Roma: AVE, 1970.

547 Pío X. *Indulgentia pro oratione «Maria mater misericordiae»*, del 09 de mayo de 1906. *ASS* 40 (1907), pp. 109-110.

548 *AAS* 8 (1916), p. 146. (Cf. LLAMERA, Marceliano. *El sacerdocio maternal de María*. En: *Scripta Maria* 4 (1981), pp. 551-623). Este decreto del Santo Oficio, de quince de enero de 1913, fue promulgado el ocho de abril de 1916.

Sobre el tema, enfatiza Stefano de Fiores:

Si todos los creyentes son sacerdotes de Cristo, ¿por qué deberíamos excluir María? Si todos son sacerdotes, que participan en el sacerdocio universal, María es sacerdote. Es verdad que no todos somos ministros por la imposición de las manos, mas todos los miembros de la Iglesia participan del sacerdocio de Cristo por el bautismo o por el encuentro directo con Cristo en el sacramento primordial. Así que no podemos decir que María es sacerdote ministerial u obispo, pero tenemos que reconocer en Ella la *sacerdos Virgo*<sup>549</sup>.

A. Lhoumeau sostiene que el título de *Virgo sacerdos* María ha obtenido de la tradición católica<sup>550</sup>. No es que Ella haya recibido el carácter y el poder que confiere la ordenación sacerdotal; su sexo la impediría. Sin embargo – enfatiza el autor – «Ella no es sacerdote solamente en el sentido en que San Pedro lo decía de todos los cristianos: “Sois reyes y sacerdotes”... (1 Pe, 2, 5)», sino que «Ella cumplió funciones más eminentemente sacerdotales primero en el Calvario, y después cada vez que se renueva sobre el altar el sacrificio de la cruz»<sup>551</sup>. Según *Lumen gentium*, el sacerdocio comun de los fieles es consecuencia del Bautismo. Para Suárez María con certeza recibió el Bautismo – como enseñan todos los teólogos (añade Suárez) – para ofrecer un ejemplo para todos los fieles y para estar en condiciones de recibir el sacramento de la Eucaristía<sup>552</sup>. Asimismo, la Madre de Dios es saludada por el Ángel Gabriel como la «llena de gracia» (Lc 1, 26), su Inmaculada Concepción es como un Bautismo elevado a la máxima potencia, en cuanto anticipando los méritos de la pasión y resurrección de Cristo Mediador, en función de cuya Encarnación Ella fue preservada del Pecado Original. En la Encarnación Ella anticipa la aceptación del sacrificio de Cristo y su oblación espiritual que alcanza su máxima intensidad en el Calvario, donde la actitud sacerdotal de María aparece en la importante tarea de representar a la Iglesia, que recibe la redención y coopera con ella. En el Calvario se culmina la actitud amorosa y ofrente de María que, con su fe ejemplar, conserva su fidelidad hasta el final. Los teólogos contemporáneos ponen de relieve que el sacerdocio de María «es colocado al lado del

---

549 Traducción nuestra. **Texto original:** «Ora se tutti i credenti sono sacerdoti in Cristo, per quale motivo dovremmo escludere Maria? Se tutti sono sacerdoti, partecipando al sacerdozio universale, anche Maria è sacerdote! È vero che non tutti sono ministri mediante l'imposizione delle mani, ma tutti i membri della Chiesa partecipano al sacerdozio di Cristo in base al battesimo o all'incontro diretto con Cristo sacramento primordiale. Quindi non possiamo dire che Maria è prete o vescovo, ma dobbiamo riconoscere in lei la *Virgo sacerdos*! In questo ambito il titolo non è equivoco, come lo era al tempo di Pio X, perché esso indica che Maria partecipa in senso proprio, non metaforico o simbolico, al sacerdozio regale del popolo di Dio, ma non risulta che abbia partecipato al sacerdozio ministeriale». (DE FIORES, Stefano. «*Popolo sacerdotale*». En: Id. *Maria. Nuovissimo dizionario*, II. Bologna: Dehoniane, 2008, p. 1300)

550 Se puede ver en: *María y el Sacerdocio*, de Mons. Van den Benghe (Vivès, París), la rica colección de testimonios aportados por el autor. (cita del original – nota 551)

551 Cf. LHOUMEAU, Antonin. *La Vida Espiritual en la escuela de San Luis María Grignon de Montfort*. Córdoba: Talleres Gráficos de Corintios 13, 2011, pp. 362-363.

552 SUÁREZ, F. *De Mysteriis vitae Christi*, q. 37, sectio 3.

sacerdocio común de los fieles, pero con sus particularidades específicas»<sup>553</sup>, o «en grado sublime»<sup>554</sup>, siendo modelo del «pueblo sacerdotal».

Pablo VI precisa que «María, después de Cristo y por el poder de Cristo, se encuentra en el vértice de la economía de la salvación; precede y supera el Sacerdocio»<sup>555</sup>. Esta precedencia – puntualiza De Fiores – no es solo cronológica, mas sobre todo ontológica, porque nadie, en el plano de la santidad y la cercanía a Cristo, puede llevar a cabo como Ella el ministerio sacerdotal. La Santísima Virgen fue proclamada por ese Papa Madre de la Iglesia y por tanto de todo el pueblo de Dios, tanto de los fieles cuanto de los pastores, que la llaman madre amorosísima<sup>556</sup>. En esta misma línea Juan Pablo II llama María «la madre del sacerdocio, que recibimos de Cristo» y exhorta a los presbíteros a confiar a Ella su propio sacerdocio<sup>557</sup>.

Por tanto, María participa no solo en sentido metafórico o simbólico, del sacerdocio real del pueblo de Dios, aunque no haya participado en el sacerdocio ministerial<sup>558</sup>. Su actitud sacerdotal difere portanto ontológicamente del ministerial, pero está íntimamente ligada a la oblación de Cristo, de la cual nace todo sacerdocio ministerial Cristiano y reconoce en María el título de *mujer eucarística*. Así, no hay razones para excluir María de la participación en el sacerdocio de los fieles, que el Concilio Vaticano II diferencia del ministerial al qual aplica el término *presbiterato*<sup>559</sup>. Esta precisión terminológica legitima el título de *Virgo sacerdos* con que a Ella se refirió el Papa San Pío X. Con esa afirmación no si imagina atribuir a María el sacerdocio presbiteral o ministerial, sino el sacerdocio verdadero e proprio de todos los miembros de la Iglesia, pero en modo excelente, como *tipo del pueblo sacerdotal*, toda vez que Ella posee los tres elementos constitutivos del tipo: Representación concreta y excelsa de la actitud sacerdotal, en cuanto la creatura más íntimamente unida al sacrificio redentor del Hijo, *vínculo interno* con todos los seres humanos por ser hermana de los fieles y madre de todo el pueblo de Dios, que comprende los fieles y los pastores, *ejemplaridad* como modelo de entrega, de escucha, de actitud cultural, oración y maternidad, propiamente – como la llamó

---

553 COLZANI, G. *Maria Mistero di grazia e di fede*. Milano: San Paolo, 1996, pp. 286-287.

554 AUER, J. *Gesú il Salvatore: Soteriologia mariologia*. Assisi: Cittadella, 1993, pp. 476-477.

555 PABLO VI, Udienza generale, 7 de octubre de 1964.

556 Id. *Allocuzione de Conclusione della III Sessione del Concilio Vaticano II: Festa della Presentazione di Maria Santissima al Tempio Sabato, 21 de noviembre del 1964*. En: TRIVIÑO, María Victoria. *Como un sello en el corazón: Cantar de los Cantares*. Madrid: Caparrós, 2007, p. 231.

557 JUAN PABLO II. *Lettera a tutti i sacerdote della Chiesa*, 8 de abril de 1979, EV 6, 1325.

558 Cf. DE FIORES, Stefano. *Maria Virgo Sacerdos nell'orizzonte del popolo sacerdotale*. En: TONIOLO, Ermanno M. (a cura di). *Maria e il sacerdozio*. Roma: Centro de Cultura Mariana, 2010, pp. 139-157.

559 Cf. GRISEL, G. SACEDOCIO. En: BAUER, J. B.; MOLARI, C. (ed), *Dizionario teológico*. Assisi: Cittadella, 1974, p. 640.

Juan Pablo II – *mujer eucarística*, o sea, proyectada a la Eucaristía durante toda su vida terrena<sup>560</sup>. María así supera todas las categorías conocidas tanto en el Antiguo cuanto en el Nuevo Testamento. Su oblación constituye una peculiar participación en el sacerdocio de Cristo que difiere y trasciende al sacerdocio común de los fieles. Sin embargo, la actitud sacerdotal de María no es ministerial ya que Ella no ha recibido el sacramento del orden<sup>561</sup>. Junto a la cruz del Señor Ella representa a toda la humanidad y la ofrece a Dios, participando en este sacrificio que nos obtuvo la salvación.

Uno de los formularios de la CMV para la «Misa de María junto a la cruz del Señor» presenta a Judit<sup>562</sup> – figura de María – que es alabada por Ozías por exponer su propia vida, en cuanto miembro de la estirpe de Israel, procediendo con rectitud en presencia de Dios, aplastando la cabeza del enemigo y salvando con su inocencia, a su pueblo. En este episodio, el lamento de Jesús de que «los hijos de las tinieblas son más astutos que los hijos de la luz» (Cf. Lc 16, 8) quedó suspenso por la valentía de esta heroína que puso en riesgo su vida para salvar a su pueblo y por eso es alabada como prefigura de Aquélla que es ensalzada por su valentía, por las infinitas penas que ha sufrido junto a su Hijo moribundo (*oc-11*), cooperando generosamente al permanecer intrépida junto al altar de la cruz (*oso-11*) de manera a obtener que la plenitud de gracias (*odc-11*) conquistadas por el sacrificio de Jesús inunde con su amor la Iglesia y el mundo entero. Ella, como Virgen que no teme las amenazas, es la fortaleza de sus hijos para que no desfallezcan frente a las persecuciones ostensivas o veladas, guardando siempre íntegra su fe, como Ella ha guardado íntegra la fidelidad prometida al Esposo (*pf-11*).

Orígenes afirmaba que «nadie puede comprender el Evangelio si no reclinó su cabeza sobre el pecho de Jesús y no haya recibido de Él a María como Madre»<sup>563</sup>, resaltando así la figura del apóstol Juan, quien representó a toda la humanidad al recibir de Jesús a María como madre de los hombres, en especial de sus verdaderos discípulos, que no deben ser comprendidos apenas como los Doce, sino todos los «hombres de buena voluntad», pues la Virgen – afirma San Luis de Montfort – ha recibido por heredad a los predestinados<sup>564</sup>. En el momento en que María percibe que la vida de su Hijo se va al Padre, se evidencia que Ella se quedará como madre de sus discípulos, que debe cuidar para que fructifique con todo vigor aquella semilla plantada por Jesús. Ella está allí no sólo como madre sino como socia de los

---

560 Cf. DE FIORES, Stefano. *Maria Virgo Sacerdos nell'orizzonte del popolo sacerdotale*. En: TONIOLO, Ermanno M. (a cura di). *Maria e il sacerdozio*. Roma: Centro de Cultura Mariana, 2010, pp. 157-160

561 Cf. IBÁÑEZ, Javier; MENDOZA, Fernando. *La Madre del Redentor*. Madrid: Palabra, 1988, pp. 272-275.

562 Jdt 13, 17-20.

563 *Comentario a Juan 1, 6*. Cf. QUASTEN, J. *Patrología I*: Hasta el concilio de Nicea. Madrid: BAC, 1961, p. 379.

564 Cf. TVDe, ns. 30-31, pp. 20-22.



sufrimientos y mediadora entre Jesús y los hombres, entre Jesús y sus discípulos, y por eso escucha las palabras: «Mujer, he aquí a tu hijo». Juan, el virgen a quien Cristo encomendó la Virgen<sup>565</sup>, representando a todos los discípulos de todos los tiempos está apto a recibir la última voluntad de Cristo: «Hijo, he aquí a tu madre», o sea, déjate conducir e instruir por Ella, encuentra en Ella a tu Maestro. María escucha aquellas palabras y «las confiere en su corazón». De la misma forma en que en la Anunciación Ella aceptó todo el desarrollo posterior, aquí también se consuma una maternidad especial de María en relación a los discípulos y a la Iglesia. Ella acepta la misión que nunca jamás será borrada de la humanidad.

Los labios de Jesús se abren de nuevo: «Tengo sed». Misteriosamente reducido casi sólo a su naturaleza humana, Él necesita de la ayuda de alguien para saciar su sed. El Creador pide auxilio a sus criaturas para una cosa tan elemental. Pero ni siquiera en esta hora recibe una consolación. Le ofrecen una esponja con vinagre<sup>566</sup>. María, siente la «espada» penetrar más a fondo en su Corazón por este acto de rechazo de la humanidad. Cuántas veces, en la niñez de Jesús, la Virgen le ha dado de beber y ahora no puede hacerlo. Sufre en su impotencia, siendo Ella la «omnipotencia suplicante», en su pobreza, siendo la Reina de los cielos y de la tierra pero Ella conoce los designios de Dios, sabe que hasta esto no acontecía por casualidad y renueva su «*fiat*». Todo se ha cumplido y es en el momento supremo en que Él parece derrotado que se da la más elocuente y gloriosa victoria de toda la Historia. Sus ojos se cierran, su cabeza cae. La tierra tiembla, el velo del templo es rasgado. Para María se inicia la misión de madre de los discípulos, Madre de la Iglesia, a quien Ella consoló después de la muerte de Jesús y sustentó en la oración hasta la venida de Pentecostés, acompañó en sus primeros pasos y sigue guiándola hasta la venida escatológica de su Hijo. Las últimas palabras de Jesús a Juan: «Ahí tienes a tu madre» (Jn 19, 26-27) siempre fueron comprendidas por la Iglesia como un testamento particular en que el Señor ha confiado a todos los discípulos como hijos a la Virgen Madre, como afirma León XIII en la Encíclica *Octobri mense*<sup>567</sup> y encomendó a sus discípulos venerarla como madre, estableciendo un vínculo de amor que el texto litúrgico pone de relieve y celebra (*pd*-13).

La muerte de Jesús fue necesaria para alcanzar la reconciliación de los hombres con Dios y por eso la CMV propone un formulario especialmente dedicado a esta reconciliación, que se puede definir como la recuperación de la amistad entre dos personas, en el caso

---

565 BERNARDO DE CLARAVAL, Sentencias Parte III. En: YÁÑEZ NEIRA, María Damián (organización). *Las alabanzas de María y otros escritos escogidos*. Madrid: Ciudad Nueva, 1998, p. 178.

566 Cf. SPIAZZI, Raimundo M. *María en el Misterio Cristiano*. Madrid: Stvdivm, 1958, pp. 130-134.

567 AAS 24 [1891-1892], p. 195.

concreto, entre Dios y el hombre, pérdida por el pecado. En previsión del sacrificio de Cristo, plenitud de la reconciliación, Dios había promovido alianzas reconciliadoras con su pueblo, dándoles la promesa de la tierra de bendición y el Decálogo, pero las infidelidades inherentes a la naturaleza decaída hacen necesario nuevas reconciliaciones participativas de la reconciliación de iniciativa divina. Actos litúrgicos y rituales permitían la recuperación del beneplácito divino, con mayor énfasis en la expiación (*kipper* – limpiar), que permite impetrar el perdón divino mediante un don sacrificial. Por eso, en la liturgia Israelí el *Yom Kippur*, o «día de la expiación» era la fiesta más importante. En ese día el Sumo Sacerdote realiza la expiación por sí mismo, por los sacerdotes y por el pueblo, para alcanzar la consciencia de la reconciliación con Dios<sup>568</sup>. Encontramos en los textos veterotestamentarios términos que procuran expresar el cambio (*ἀλλάσσω* = cambio) que se busca alcanzar en Dios, para conseguir su reconciliación con la criatura (reconciliar = *καταλλάσσειν*). De esta raíz derivan el verbo *διαλλάσσω* (hacer las paces), el sustantivo *καταλλαγή* (reconciliación) y el verbo *καταλλάσσω* (reconciliar). La principal diferencia es que el primer verbo se refiere a una reconciliación entre iguales y en la segunda expresión hay diferencia entre ambos, siendo del superior la iniciativa de restablecimiento de la unidad malograda. Las palabras del arcángel Gabriel a María dan una nueva dimensión a la reconciliación veterotestamentaria. Mientras en ésta, la relación hombre-Dios era siempre «*καταλλάσσω*», a partir de la Encarnación el hombre tiene un Mediador para hacer esta reconciliación. Por esta razón, en la nueva Alianza la *καταλλαγή* del hombre para con Dios sufre un cambio esencial, toda vez que es el propio Dios quien expía nuestros pecados, encarnándose y muriendo por nosotros en la cruz. Es interesante que sólo en las «Cartas del cautiverio» San Pablo utiliza el término *ἀποκαταλλάσσω*, expresión que remarca la reconciliación por medio de Jesús<sup>569</sup>. Una vez «rasgado el velo del templo», el «*ιλαστήριον*»<sup>570</sup> pierde su función reconciliadora que pasa a ser exclusiva del Verbo Encarnado. Santo Tomás afirma que Cristo, por ser al mismo tiempo Dios y hombre, se debe decir que es mediador entre Dios y los hombres sólo en cuanto hombre, pues, en cuanto Dios, no difiere del Padre y del Espíritu

---

568 Cf. BENEDICTO XVI. Audiencia general del 25 de enero de 2012. En: *L'Osservatore Romano*, n. 5, 29 de enero del 2012, p. 12.

569 Cf. SÁNCHEZ ROJAS, Héctor Gustavo. *Jesucristo Reconciliador: La reconciliación por Jesucristo en La Ciudad de Dios de San Agustín*. Lima: Vida y Espiritualidad, 1996, pp. 14-27.

570 Lugar físico destinado a la expiación. En Éx 25, 17 *ιλαστήριον* es una plancha de oro colocada encima del Arca de la Alianza, flanqueada por las esculturas representando los querubines, donde se rociaba la sangre del sacrificio expiatorio. San Bernardo afirma que la integridad de la pureza de María fue suscitada por Dios para cubrir con oro purísimo el Arca de la Alianza. Cf. YÁÑEZ NEIRA, María Damián (organización). [BERNARDO DE CLARAVALL]. *Las alabanzas de María y otros escritos escogidos*. Madrid: Ciudad Nueva, 1998, p. 179.

ni en naturaleza ni en poder. En esta calidad de hombre es que cabe a Él unir los hombres a Dios<sup>571</sup>, pues fue la Encarnación que permitió este cambio en el carácter de la reconciliación. La aceptación de la misión maternal y aquello que «la esclava» cedió a su Señor para permitir este cambio, coloca la persona de María en el centro mismo de la Reconciliación neotestamentaria. Es Ella la Madre del Reconciliador, mediadora de la reconciliación de los hombres con su Hijo, ya que Ella trajo a Jesús a los hombres y los lleva hacia Él. Esta Reconciliación sólo se puede alcanzar mediante la acción de la gracia divina, sin la cual no podemos alcanzar la meta de la salvación ni vencer el «aguijón» de la carne que nos abofetea, pues la gracia es la fuerza que basta a nuestra debilidad<sup>572</sup> (Cf. 2 Cor 12, 9).

La invocación de María como *Reconciliatricis peccatorum* es muy expresiva de la verdadera devoción mariana: Estar encaminada a Jesús (*pd-14*). En nuestros días María nos entrega a su Hijo en la Eucaristía, pero preparándonos y dirigiéndonos para esto, estimulándonos a buscar el Sacramento de la reconciliación por excelencia, que es la confesión, dando ocasión para que el Señor, que es «cariñoso con sus criaturas» (*ae-14*), perdone las culpas de aquéllos que son presentados por el «corazón misericordioso para con los pecadores, de la Santísima Virgen María» (*pf-14*).

La misión reconciliadora y maternal de María en relación a los discípulos fue absolutamente única antes de la Resurrección del Señor. La muerte de Cristo fue un golpe duro para sus seguidores, pues todas las esperanzas mesiánicas parecían haber muerto en el «*consumatum est*». En medio de la desolación del sepulcro cerrado, María reza por los discípulos, algunos de los cuales se reúnen en torno de Ella para tributar las honras funerarias al Cuerpo sacrosanto de Jesús. Hay en el silencio de estos instantes una primera claridad de esperanza que nace. María supo percibir en esto una señal que confirmaba sus esperanzas en medio de tanto dolor; su fe le hacía ver en su Hijo sepultado un presagio del triunfador glorioso<sup>573</sup>. Cabía a Ella la misión de no permitir que el desánimo dañase la fe de los que volvían. Era deber suyo prepararlos para la mañana gloriosa de la Resurrección que completaría la misión de Cristo<sup>574</sup>, convertida por Él mismo en fuente de vida para toda la humanidad<sup>575</sup>. Sin la resurrección nuestra fe sería vana, afirma San Pablo, con ella, Jesús se ha

---

571 Cf. *S. Th.* III, q. 26, a. 2.

572 Cf. SÁNCHEZ ROJAS, Héctor Gustavo. «*Para mí la vida es Cristo*»: Una aproximación a la teología de San Pablo. Arequipa: Universidad Católica San Pablo, 2009, pp. 35-36.

573 Cf. CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. *Via Crucis, Catolicismo n. 3*, São Paulo, Marzo de 1951, p. 10.

574 Cf. DV, n. 17.

575 Cf. ROSELL DE ALMEIDA, Carlos Alberto. Panel en la Conferencia: *La Formación inicial y la formación permanente en la vida del presbítero*, pronunciada en el Simposio Teológico Sacerdotal Nacional, organizado por

entronizado como Hijo del hombre, que realiza los numerosos anuncios que de Él se habían hecho, fundamenta su autoridad delante de los discípulos aturdidos y los envía a todo el mundo (Mt. 28, 16-20)<sup>576</sup>, haciendo de la fe prepascual el sustentáculo y preparación a la postpascual<sup>577</sup>, en que por así decir, la esperanza mesiánica resucita junto con Jesús en los corazones de los Apóstoles. En este momento el papel de María será fundamental como figura de la Iglesia que Ella lo cumplió durante la muerte y sepultura de su Hijo, en la sustentación de la esperanza y preparación para el envío. De esta forma, la glorificación de la Iglesia y su caminar rumbo a la meta escatológica del Reino de Cristo está ligada a la persona de María, que comenzó a ser glorificada en la resurrección de Jesús. La Iglesia – refuerza *Lumen gentium* n. 56 – «ha alcanzado en la Santísima Virgen la perfección», realidad que se hace más cercana con la posibilidad que tiene la Iglesia de seguir asociada a Cristo resucitado en la unión a la fe de María, signo de esperanza que permite llegar a la meta que «*todavía no*» ha llegado, dimensión de antropología integral, puesto que el ser humano forma una unidad de cuerpo y alma, cuyo gozo pascual muestra que la separación no será definitiva y que, por la comunión de los santos, la Resurrección de Cristo y la Asunción gloriosa de su Madre pertenecen a todos<sup>578</sup>. El factor que seguramente plasmó más eficazmente los evangelios fue la fe en la resurrección de Jesús<sup>579</sup>, que debería existir antes de su muerte para que el acontecimiento pascual pudiera entenderse como su cumplimiento. Lo que sucedió en la Cruz y en la Resurrección fue el desarrollo de la ley inscrita ya en la Encarnación y por eso Von Balthasar concluye que se puede decir que la participación de María fue también activa en la Resurrección de su Hijo<sup>580</sup>, porque en su aceptación inicial, confirmada con el vaticinio de Simeón y su fidelidad en todos los momentos de la vida de su Hijo, sobre todo en el momento supremo de la consumación del sacrificio redentor, Ella asumió la unión de «vida y aflicciones» por la cual ha aceptado la participación colaboradora y subordinada a todos los actos salvíficos de su Hijo, entre los cuales si incluye la Resurrección. Es por tanto una participación por su fe y unión sobrenatural consecuente de su aceptación inicial y no como acción directa y efectiva para provocar la resurrección.

---

la Comisión del Clero de la Conferencia Episcopal Peruana, Lima, agosto del 2010.

576 Cf. LE POITTEVIN, P.; CHARPENTIER, Etienne. *El evangelio según san Mateo*. 8 ed. Navarra: Verbo Divino, 1987, p. 17.

577 Cf. VON BALTHASAR, Hans Urs. *Gloria: Una estética teológica*, Vol. 7. Madrid: Encuentro, 1998, p. 82.

578 Cf. ESQUERDA BIFET, Juan. *Espiritualidad Mariana de la Iglesia, María en la vida espiritual cristiana*. Madrid: Sociedad de Educación Atenas, 1994, p. 75.

579 Cf. GNILKA, Joachim. *Jesús de Nazaret: Mensaje e historia*. Barcelona: Herder, 1993, pp. 32-33.

580 Cf. VON BALTHASAR, Hans Urs. Op. cit., p. 82.

La resurrección de Cristo rompió no sólo los vínculos de la muerte, sino los vínculos horizontales de ligación del hombre con la tierra, abriendo una nueva perspectiva para la Iglesia naciente que veía en María, el eslabón de unión con su Hijo. De esta forma, la Virgen Madre a quien Dios en la resurrección de Jesús colmó de alegría (*pd-15*) es aquel vínculo que desliga el hombre de las amarras terrenales y lo ata a Dios – verdadero «sol de justicia» – que venció las tinieblas del sepulcro (*ae-15*). Aunque los Evangelios no describan nada de la presencia de María en los acontecimientos postpascuales, es cierto que la resurrección de su Hijo colmó de alegría a la Santísima Virgen, Ella quien había concebido creyendo y creyendo esperó su resurrección, sustentando con su fe la Iglesia naciente, exultó al ver de nuevo a su Señor inmortal (*pf-15*) que la colmó de la fuerza salvadora de su resurrección a fin de abrirle las puertas de las alegrías eternas (*odc-15*).

### **3.5. Santa María, Fuente de luz, vida y esperanza de la Iglesia**<sup>581</sup>

Como ya fue visto, las primeras referencias litúrgicas a la Madre de Dios se encuentran en las fórmulas bautismales, fuente primera de la vida de la gracia en los seres humanos, donde María ya es presentada como «la Virgen» de la cual nació Cristo, reconociendo ya de modo implícito, desde las primitivas comunidades cristianas, la fe en la Maternidad divina y en la perpetua virginidad de María. La presencia de la «Misa de Santa María fuente de luz y vida» propuesta por la CMV para el período pascual, es especialmente oportuna en función de ser este tiempo el más propicio para la administración de los sacramentos de iniciación cristiana, que configuran los catecúmenos en verdaderos hijos de Dios por el Bautismo, en «soldados de Cristo» por la recepción del don del Espíritu y la participación en la *koinonía* con el Señor por la recepción primera de la Santísima Eucaristía. María, que por haber engendrado a Cristo es Madre de la Iglesia, regenera a los pueblos creyentes por el agua virginal del bautismo (*ae-16*). En el momento en que el «poder de las tinieblas» parecía vencer al propio Cristo, es cuando María más ejerce su papel de Madre de la Iglesia, dando a luz a hombres que se tornan celestiales por la participación en los méritos del Redentor, conducidos por Ella a los sacramentos de la gracia para identificarse con Cristo, verdadera Fuente de Luz y Vida (*oc-16*), tornándose la maestra de toda conducta humana, enseñando la obediencia a Dios y abriendo para los hombres una escuela de oración y humildad, manteniendo siempre la actitud de fe, de visión sobrenatural ante todo lo que sucedía a su alrededor. Nadie puede ser mejor maestra de amor a Dios que esta Reina que tiene la relación

---

581 Incluye las Misas n. 16 (Santa María, Fuente de Luz y de Vida), n. 17 (La Virgen María del Cenáculo), n. 18 (La Virgen María, Reina de los Apóstoles), n. 32 (La Virgen María, madre y maestra espiritual), n. 34 (La Virgen María, causa de nuestra alegría) y n. 37 (La Virgen María, madre de la santa esperanza).

más íntima que le es posible a una simple criatura con la Trinidad<sup>582</sup>. El corolario lógico es que el amor a la Santísima Virgen María debe ser el soplo que encienda las brasas de las virtudes que se ocultan en el alma oscurecida por la tibieza espiritual, la luz que ilumina las tinieblas de la incertidumbre y del relativismo. Ella que ha sido la «fuente» de donde ha emanado la verdadera Luz y la verdadera Vida de la humanidad, como canta el Prólogo del Evangelio teológico: «En ella [la Palabra – el ΛÓΓΟΣ] estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres» (Jn 1, 4). Esta luz, entre tanto, no fue aceptada por toda la humanidad. En realidad, una pequeña minoría la ha aceptado y en nuestros días muchos la han abandonado. Aquí es donde entra especialmente el papel de María en cuanto «fuente de Luz y de Vida», pues la «luz brilla en las tinieblas, y las tinieblas no la recibieron» (Jn 1, 5). El papel de María es exactamente alcanzar las gracias para que las «tinieblas» del alma pecadora acepten ser iluminadas por la luz verdadera de Cristo. Se podría decir, de esta forma, que Ella es fuente y camino de la luz y para la Luz, de la vida y para la Vida, llevando a los bautizados, una vez renacidos, a la unción del Espíritu Santo por el aceite precioso del crisma, preparando la mesa a sus hijos para alimentarlos con el Pan bajado de los cielos (*pf*-16), para iluminar las sendas de la Iglesia como un día santificó la vida entera de la tierra dando a luz al Hijo de Dios encarnado (*odc*-16) que, antes de irse al Padre, prometió la venida del «Espíritu de Verdad y de Fortaleza» (Jn 16, 7).

La acción del Espíritu Santo, aunque siempre presente, a partir de la muerte y Ascensión del Señor se hace más evidente, al punto que algunos desearan llamar los «Hechos de los Apóstoles» el «Evangelio del Espíritu Santo», por la guía continua que Él ha dado a la Iglesia primitiva, culminando en el día de Pentecostés, fiesta eminentemente pneumatológica, pero también de carácter marcadamente mariológico, toda vez que la presencia de María en la preparación de la misma y en la oración de Ella con los apóstoles en el Cenáculo, nos es atestiguada por los Hechos de los Apóstoles, en la expectación de la venida del Espíritu Santo que ciertamente Ella debe haber recibido junto con los Apóstoles y los demás miembros de la Iglesia, como nos recuerda la formulación del tercer misterio glorioso del Rosario. Si María ha precedido a los hombres en la virtud y si la presencia de Cristo se ha dado primero en Ella y después en el mundo, es arquitectónico imaginar que el Espíritu haya bajado primero sobre Ella y presente en Ella, bajado después sobre todos los que estaban reunidos a su alrededor. De esta forma, así como María ha inaugurado la obra de Cristo con la Encarnación, ahora es

---

582 Cf. ESCRIVÁ DE BALAGUER, Josemaría. *Forja*. México: Minos III Milenio, 2001, p. 207.

Ella también quien inaugura la obra dirigida de modo especial por el Paráclito<sup>583</sup>. Obra que ya no se limita al pueblo judío, como en los días de Jesús, quien afirmó a la cananea: «No está bien tomar el pan de los hijos, para tirárselo a los cachorros» (Mt 15, 26). Después de la venida del Espíritu, la Buena Nueva debe extenderse «hasta los confines del mundo». Tras la Ascensión, los apóstoles volvieron a Jerusalén y se dedicaron a la oración en común «con María, la madre de Jesús» (*pl*-18). La Virgen es ahí ejemplo y sustentáculo de la Iglesia primitiva, maestra que enseña y reúne los apóstoles en la oración, haciendo que perseveren en la expectación del Espíritu (*oc*-18) y alcanzando su venida con ruegos ardientes. Ella misma, que fue cubierta con la sombra del Espíritu para la encarnación de la Palabra, es de nuevo colmada de gracias para preparar el nacimiento de la Iglesia enriquecida por los dones del Defensor, en la espera de la venida escatológica de Cristo. En esta expectativa cabe a la Iglesia la misión de llevar a todo el orbe la Buena Noticia del acontecimiento de Cristo. Por esto, afirmaba San Pablo: «*Væ enim mihi est, si non evangelizavero!*» (1 Cor 9, 16). Las palabras del «Apóstol de las gentes» son una verdadera convocatoria a que el mandato de Jesús sea cumplido no sólo por aquellos que lo recibieron directamente sino por todos sus discípulos en todos los tiempos. Cada cristiano es, *per se*, un apóstol y tiene la obligación de llevar el mensaje de Cristo a toda la sociedad, de manera que aquello que ha escuchado al oído lo «proclame de arriba de los techos» (Mt 10, 27). Sobre esto, David Bosch, en su obra *Misión en transformación*, afirma:

«La misión cristiana expresa la relación dinámica entre Dios y el mundo, en primer lugar a través del relato del pueblo del pacto, Israel, y más tarde en forma plena a través del nacimiento, muerte, resurrección y exaltación de Jesús de Nazaret»<sup>584</sup>.

El formulario de la CMV para la «Misa de Santa María, reina de los Apóstoles» tiene una gran fuerza misional. Su prefacio celebra la primera acción apostólica de la historia cristiana, cuando María, recién habiendo concebido a Jesús, ya lo lleva «conducida por el Espíritu Santo», a la casa de Isabel (*pf*-18) y tan pronto Jesús nació, lo muestra a los pastores y a los Magos. La lectura (*pl*-18) nos presenta la acción de los apóstoles que, juntos con María, «se llenaron todos del Espíritu Santo» y así fortalecidos proclamaron al mundo el Evangelio de Cristo (*pd*-18). La necesidad de la salvación es una realidad que, no excluyendo otras, debe ser vista con primordial interés por el cristiano. La perspectiva de la misión como salvación de las almas no abarca la totalidad de la dimensión misionera, pero es uno de los pilares de

---

583 Cf. SPIAZZI, Raimundo M. *María en el Misterio Cristiano*. Madrid: Stvdivm, 1958, p. 181.

584 Cf. BOSCH, David J. *Misión en transformación: Cambios de paradigma en la teología de la misión*. Michigan: Desafío, 2005, p. 13.

toda misionología, actividad donde la presencia de María se hace fundamental desde el inicio, puesto que la acción misionera cristiana nace en la Encarnación y se justifica plenamente – afirma Alexandre Durand, S.I. – en el dogma de la Encarnación, que ha dado inicio a la salvación alcanzada por los méritos infinitos de Cristo y llega normalmente a los seres humanos a través de la actividad misionera de la Iglesia visible, que no subordina ni sujeta la acción divina a la nuestra, pudiendo ésta prescindir del concurso humano. Sin embargo, la voluntad divina siempre ha utilizado las mediaciones y la economía redentora se vincula normalmente a la acción humana. Acción esta que, en el caso de María pertenece a la estructura fundante de la redención, ya que sacarla de la misma sería como sacar los cimientos de un edificio: Puede ser que por un milagro no se derrumbe, pero en la economía normal, el edificio caería por tierra. **En resumen**, la función misionera, iniciada por María y seguida por los apóstoles y demás cristianos, está ordenada a construir la Iglesia visible y constituye por lo tanto «un elemento estructural esencial de la economía redentora», de modo que la función misionera y su ejercicio son considerados como necesarios por la naturaleza misma de la Iglesia y por el hecho de la encarnación redentora<sup>585</sup>.

Siendo la primera a llevar a Cristo y la Madre de la Iglesia, María es también la Maestra de los apóstoles que deben luchar permanentemente para alcanzar la santidad para sí mismos y para los otros, lo que no es viable sin la asistencia divina. La Madre de Dios, como madre de los hombres y maestra espiritual, es quien nos enseña la práctica de la necesidad de la oración para la sustentación y progreso en la vida espiritual. Para que esta piedad no quede como una palabra vacía «*sicut cymbalum tinniens*» (1 Cor, 13, 1), ni se torne una simple imagen o sentimiento efímero, es urgente afirmarla sobre los cimientos sólidos de la inocencia e integridad de costumbres, que aborrece y huye hasta de la más pequeña mancha de pecado, ya que tenemos como ejemplo e intercesora una Virgen que fue inmaculada en su concepción, en su vida, en sus dolores y en sus alegrías<sup>586</sup>. La función apostólica encuentra en María su ápice, pudiéndose afirmar con la Iglesia que María es la Reina de los Apóstoles, que guía a los cristianos de todos los tiempos para la siembra y pesca ordenadas por su Hijo. Sin María, en balde se lanzan las redes, con Ella, así como los pescadores de Galilea, la barca de la Iglesia se puede llenar, mientras Cristo en la orilla espera<sup>587</sup>, llamando a los cristianos a vivir con coherencia su vocación y con esto alcanzar la felicidad que la Virgen, «causa de nuestra

---

585 Cf. SANTOS, Angel. *Teología Sistemática de la Misión*: Progresiva evolución del concepto de misión. Navarra: Verbo Divino, 1991, pp. 278-281.

586 Cf. Pío XII, Carta Encíclica *Fulgens Corona*, indicación del Año Mariano, de 08 de septiembre del 1953, n. 21. *AAS* 45 (1953), p. 584.

587 Cf. ESCRIVÁ DE BALAGUER, Josemaría. Homilía pronunciada el 11.10.1964. En: *Amigos de Dios, Homilias* 25 ed. Madrid: Rialp, 1977, p. 392-393.



alegría», tenía en plenitud. Esta verdadera alegría sólo se puede encontrar cuando se cumple con la finalidad ontológica humana de amor y servicio a Dios. Por eso María, que ha cumplido con excelencia esta finalidad en su misión de cooperadora en nuestra salvación, está no sólo llena de gracia sino también llena de alegría y puede así ser la fuente y causa de nuestra alegría: *Causa nostra lætitiæ*. Muchas conversiones y decisiones de entrega al servicio de Dios han sido precedidas de un encuentro con María, a partir del que Ella ha fomentado en las almas los deseos de búsqueda, activando las inquietudes, haciéndolas conocer el verdadero sentido de la vida que les alcanzará la alegría, que es un bien cristiano que sólo puede ser ocultado con la ofensa a Dios, pues el pecado es producto del egoísmo y éste, causa de tristeza<sup>588</sup>. Colocando en María el motivo de nuestra alegría nada puede destruir nuestras esperanzas, puesto que Ella misma es «madre de la santa esperanza» que da verdadero sustentáculo a la Iglesia y a sus miembros. Los hijos de Adán habían perdido las esperanzas por el pecado de sus padres, pero la Virgen Santísima fue la madre de la nueva esperanza mesiánica y cristiana, prestando su obediente acogida al proyecto salvífico de Dios.

Cuando todas las esperanzas de los discípulos agonizaban junto con el Señor en el madero, Cristo ha entregado a todos ellos a María para que los sustentase con su santa esperanza. María fue modelo de esperanza en la expectación del Mesías y recibió como premio la dicha de ser Madre de Dios. Fue madre de la Esperanza al llevar a Jesús en su seno y dio a los hombres la razón de las esperanzas en el reinado mesiánico. Fue columna de la esperanza de la Iglesia cuando, a los pies de la Cruz, se mantuvo firme y dolorosa. Fue madre de la Iglesia niña y razón de su esperanza durante la oscuridad que antecedió la Resurrección. Fue madre de la esperanza en el crecimiento y en las persecuciones de la Iglesia primitiva. Es, y siempre será, la Madre de la santa esperanza mientras la Iglesia espera la aparición gloriosa del gran Dios y Salvador nuestro, Jesucristo (*ac-37*).

### **3.6. El nombre de María, la nueva mujer, templo y esclava del Señor<sup>589</sup>**

La gracia salvífica de Dios y la única mediación de Jesús son el camino que el Señor destinó para la salvación de la humanidad pecadora. Jesucristo es al mismo tiempo «el Hombre Nuevo» y el eslabón entre toda la humanidad que lo ha precedido y la que lo sucede. Unida a su Hijo, María es la «mujer nueva» anunciada desde el primer libro de las Escrituras, que vencerá el combate escatológico como figura portentosa en el cielo (*ae-20*), cerrando los anales de la Historia, así como el último libro que la menciona clausura las Escrituras. Ella es

---

588 Cf. ESCRIVÁ DE BALAGUER, Josemaría. *Forja*. México: Editorial Minos III Milenio, 2001, p. 368.

589 Incluye las Misas n. 20 (Santa María, la nueva mujer), n. 21 (El santo Nombre de la bienaventurada Virgen María), n. 22 (Santa María, esclava del Señor), y n. 23 (La Virgen María, Templo del Señor).

modelada por el Espíritu Santo para ser las «primicias de la nueva creación» (*oc-20*), para que nos configuremos cada día más con Cristo, el «hombre nuevo que vive y reina por los siglos de los siglos» (*odc-20*). Su nombre Santísimo es celebrado en muchas iglesias particulares e Institutos religiosos el día 12 de septiembre. La CMV retira este formulario, con excepción del prefacio, del *Proprium missarum Societatis Mariæ*, que glorifica ante todo el «Nombre de Jesús», delante del cual se dobla toda rodilla (*pf- Fil 2, 10*) y en función de esto el «Nombre de María» conforta a los que recurren a su protección (*oc-21*) y debe estar en los labios de los fieles (*pf-21*) dándoles fuerzas y alimentándolos como el maná alimentaba el Pueblo de Dios. Por eso, San Máximo de Turín (380-†465) afirmaba que «es preferible llamar a María el maná, porque Ella es delicada, espléndida, suave y Virgen. Como si viniese del Cielo, ha dado a todos los pueblos de la Iglesia un alimento más dulce que la miel»<sup>590</sup>. Sería prácticamente imposible mantener y conservar por todos los tiempos la devoción y el culto a María si esa alabanza no tuviese una importancia positiva para la salvación<sup>591</sup>. De esta forma, así como al Nombre de Jesús «se dobla toda rodilla», el Nombre de María hace doblarse toda rodilla para reconocer y encontrar la salvación en Cristo Jesús. Actitud de sumisión, de la cual María fue modelo ejemplar al presentarse al ángel como «la esclava del Señor». La declaración espontánea de esclavitud voluntaria expresa el compromiso de servicio al prójimo, que se manifiesta, por ejemplo, en la Visitación para la cual María se pone en camino «de prisa» (Lc 1, 39) y en actitud de plena disponibilidad. Con su obediencia total Ella se asocia íntegramente a la vida de Cristo en íntima participación, incluso hasta la «espada» que atravesará su alma<sup>592</sup>.

La autorrevelación del *Magnificat* presenta su compromiso personal para con el designio divino, en su realidad humana, demostrando ser, en la fe que profesa, el prototipo del creyente que engendra el Mesías, anunciado como descendiente de Abraham, el «padre de la fe», que se hace realidad en la «humildad» de su esclava, que en su condición de mujer ha dado concreción humana a la naturaleza creada de Jesús. María, desde la Anunciación hasta Pentecostés, se nos presenta como mujer enteramente disponible a la voluntad divina<sup>593</sup>, que se ha hecho por esta disponibilidad el verdadero templo del Señor, por su cooperación

---

590 DE TURIN, Massimo, *Homilia 45*. En: CORDEIRO, José de Leão (organización). *Antologia Litúrgica: Textos litúrgicos, patrísticos e canónicos do primeiro milénio*. Fátima: Secretariado Nacional de Liturgia, Santuário de Fátima, 2003, p. 666.

591 Cf. POZO, Cándido. *María en la Escritura y en la fe de la Iglesia*. Madrid: BAC, 1979, p. 156

592 Cf. JUAN PABLO II. *Audiencia general* de 4 de septiembre del 1996. En: Id. *La Virgen María: Catequesis sobre el Credo* (V). 2 ed. Madrid: Palabra, 2001, pp. 131-134.

593 Cf. BENEDICTO XVI. Exhortación Apostólica postsinodal *Verbum Domini*, sobre la Palabra de Dios en la vida y en la misión de la Iglesia, de 30 sept. 2010, n. 27 *AAS* 102-11 (2010), p. 706.

próxima y directa en la obra redentora con que Cristo nos salvó<sup>594</sup>. Dándose la Encarnación en el seno virginal de María, se puede concluir que, de cierto modo, la natividad de la Virgen Santísima marcó el inicio de la historia de nuestra salvación, pues con Ella nacían todas las esperanzas de indulgencia, de reconciliación, de redención y de misericordia que se abrieron para el género humano en aquel bendito día en que María surgió en esta tierra de exilio. Día sin duda magnífico y feliz, marco inicial de una existencia insondablemente perfecta que era el prólogo de la venida del Redentor de la humanidad<sup>595</sup>. María nació, por lo tanto, para ser el nuevo Templo en previsión de la ruptura del velo del antiguo. Ella, aceptando la Encarnación, fue el primer y más perfecto Templo de la Nueva Alianza, el único Templo a la altura del Señor, toda vez que, aun partícipe del género humano, es Madre de Dios y por lo tanto, digna de que resida en su interior el Creador que antes residía en el *Sancta Sanctorum*. Residencia diversa pues en María la presencia de Dios estaba en perfecta comunión del Creador con su «templo vivo».

### **3.7. El trono de la Sabiduría: Madre y auxilio de la Iglesia y de los cristianos<sup>596</sup>**

La Sabiduría eterna y encarnada es, por su propio carácter divino y humano, Rey por derecho y por conquista como dicen a cada paso las Sagradas Escrituras<sup>597</sup>. Jesús es así el Rey y Mesías exaltado que reina hasta que se consuma la obra de la redención con la resurrección de los muertos<sup>598</sup>. Desde el siglo XII en las Laudes y letanías marianas se atribuyen a la Santísima Virgen algunas advocaciones que ponen de relieve su vinculación con la Sabiduría eterna: *Madre de la Sabiduría*, *Fuente de la Sabiduría*, *Trono de la Sabiduría*, de los cuales prevaleció el último, incluso en el culto litúrgico en algunas Iglesias particulares o Institutos, entre los cuales se destaca la Compañía de María, fundada por San Luis Grignon de Montfort. La CMV recoge del *Proprium missarum* de la Compañía de María montfortiana el formulario para la misa de la «Virgen María, trono de la Sabiduría», a excepción del prefacio (pd-24). Como trono verdadero de la Sabiduría eterna y encarnada, María es el verdadero ícono de la Iglesia y al mismo tiempo su Madre, por ser Madre de su Cabeza que es Cristo.

---

594 Cf. CARDA PITARCH, Jose Maria. *El Misterio de María*. 2 ed. Madrid: Sociedad de Educación Atenas, 1986.

595 Cf. CLÁ DIAS, João Scognamiglio. *Pequeno Ofício da Imaculada Conceição comentado*. 2 ed. São Paulo: Associação Católica Nossa Senhora de Fátima, 2010, p. 318.

596 Incluye las Misas n. 24 (La Virgen María, trono de la Sabiduría), ns. 25, 26, 27 (La Virgen María, imagen y madre de la Iglesia – I, II y III), n. 29 (La Virgen María, reina del universo), n. 42 (La Virgen María, auxilio de los cristianos), n. 43 (La Virgen María de la Merced) y n. 44 (La Virgen María, salud de los enfermos).

597 Cf. PÍO XI, Carta Encíclica *Quas Primas*, sobre la fiesta de Cristo Rey, del 11 de diciembre de 1925. n. 7. *AAS* 17 (1925) p. 596.

598 Cf. BROWN, Raymond E.; FITZMYER, Joseph A.; MURPHY, Roland E. *Comentario Bíblico «San Jerónimo»*, Tomo IV: Nuevo Testamento II. Madrid: Cristiandad, 1972, p. 41.

San Agustín afirma que la Iglesia es mayor que la Virgen María porque Ella es parte de la Iglesia, miembro santo, supereminente, pero miembro del cuerpo total. Si Ella pertenece al cuerpo total – continúa el cartaginense – luego es mayor el cuerpo que el miembro<sup>599</sup>. Progresivamente se fue comprendiendo que la visión eclesiológica paulina de Cuerpo de Cristo encuadra María al mismo tiempo como miembro excelente y Madre del mismo Cuerpo. El paralelismo entre María y la Iglesia, a pesar de ser tempranamente percibido, no fue, sin embargo, tema principal de la patrística<sup>600</sup>. La figura de María como *Mater Ecclesiae* se desarrolló ampliamente por la visión del paralelismo entre María y la Iglesia, a partir del Congreso Mariológico de Lourdes de 1958. En vista de la doctrina del Cuerpo místico y de su unidad con la naturaleza humana de Cristo, hay una identidad substancial entre la maternidad de la Iglesia y la maternidad de María, estableciendo un paralelismo María-Iglesia que equivale a la representación de la humanidad y de la Iglesia por María en la aceptación de la redención objetiva<sup>601</sup>. Este paralelismo, que ha llevado a la polarización de las dos corrientes mariológicas en el siglo XX, encontró su cabal explicación en la declaración de Pablo VI del carácter maternal de María en relación a la Iglesia, cuando la proclamó *Mater Ecclesiae*. María es así ícono escatológico de la Iglesia peregrina, imagen y principio de la Iglesia que encontrará su cumplimiento en la vida futura (LG 68), hija y miembro ejemplar de la misma Iglesia y – volviendo a San Agustín – «madre de los miembros que creyeron en su Hijo, porque cooperó con su amor a que los fieles naciesen en la Iglesia»<sup>602</sup>, siendo madre del Pueblo de Dios, debe ser invocada como Madre de Cristo y también Madre de la Iglesia<sup>603</sup>. Además de esto, las prerrogativas de la Virgen, por su participación en la Redención alcanza una amplitud que sobrepasa los límites temporales de su propia existencia, pudiendo ser considerada la Reina de todo el Universo por ser la «Madre del Rey de los reyes» (Apoc. 19, 16). Por eso decía San Efrén que se habrá de honrar más a la Madre del Creador, que a su trono que es el universo<sup>604</sup>; a lo que San Gregorio Nacianceno añade: María es «Madre del Rey de todo el universo»<sup>605</sup> y Prudencio lo confirma afirmando que Ella ha engendrado a Dios

---

599 Cf. *Sermo 25*, 7: PL 46, 937. En: *Liturgia das Horas, segundo o Rito Romano*. Tomo IV, Tempo Comum, 18ª – 34ª semana. São Paulo: Editores Reunidos, 1999, pp. 1466-1467.

600 Cf. VOLLERT, Cyril. *María y la Iglesia*. En: CAROL, J. B. (dir.). *Mariología*. Madrid: BAC, 1964, p. 921.

601 Cf. DE IRAGUI, Serapio. *El papel de la Virgen María en el misterio de la Redención*. Publicado en *Anales de la Facultad de Teología* n. 15-16. Santiago de Chile: Universidad Católica de Chile, pp. 68; 75-76.

602 *De Sancta Virginitatis*, 6, 6. En: AGUSTÍN DE HIPONA. *Obras completas de San Agustín*, edición bilingüe, Tomo XII, Tratados morales. Madrid: BAC, 2007, p. 699.

603 Cf. PABLO VI. *Allocuzione de Conclusione della III Sessione del Concilio Vaticano II*: Festa della Presentazione di Maria Santísima al Tempio Sabato, 21 de noviembre del 1964. *AAS* 56 (1964), p. 1015.

604 Cf. S. Ephræm *Hymni de B. María* (ed. Th. J. Lamy t. II, Mechliniæ, 1886) hymn. XIX, p. 624.

605 S. Greg. Naz. *Poemata dogmatica* XVIII v. 58 PG 37, 485.

como hombre pero «también como Sumo Rey»<sup>606</sup>. Por eso el Papa Pío XII instituyó la fiesta de María Reina, a ser celebrada el día 31 de mayo<sup>607</sup>, fecha posteriormente trasladada al 22 de agosto por Pablo VI cuando promulgó el Calendario Romano general, haciéndola coincidir con la octava de la Asunción misterio de la glorificación terrena de María, que en el cielo fue ensalzada como Reina del Universo<sup>608</sup>. En un fragmento de una homilía atribuida a Orígenes encontramos el comentario a las palabras de Santa Isabel: «Soy yo quien debería haber ido a ti [...] Tú, la madre de mi Señor, tú, mi Señora» (*Fragmenta*: PG 13, 1902D). En este contexto – explica el Papa Juan Pablo II – se pasa espontáneamente de la expresión «la madre de mi Señor» al apelativo «mi Señora» anticipando el título de «Soberana»<sup>609</sup>. Soberana que al mismo tiempo se preocupa por cada uno de sus súbditos y les presta todos los auxilios que precisan.

Desde los albores de la era cristiana, principalmente en Antioquía, Éfeso, Atenas y Alejandría, prevaleció la costumbre de invocar la valiosísima ayuda de la Madre de Dios como *Βοηθός* – Auxiliadora<sup>610</sup>. A lo largo de la historia, en momentos decisivos para la integridad de la Europa cristiana, como en la batalla de Lepanto, el sitio de Viena, la Revolución Francesa, la prisión de los Papas Pío VI y Pío VII, la Iglesia recibió especial ayuda de María bajo su advocación *Auxilium Christianorum*. El propio Beato Pío IX envió un donativo de 500 francos a San Juan Bosco para la construcción de la Basílica de María Auxiliadora, junto con una carta que decía «ciertamente es un título grato a la Reina del Cielo»<sup>611</sup>. En la iconografía bizantina se encuentra la presencia de la *Theotókos-Boetheia* como testimonio de que esta invocación no pertenece sólo a los ritos latinos<sup>612</sup>.

Otra invocación presente en la CMV es la de Virgen de las Mercedes, patrona de la Orden de los Mercedarios fundada como Cofradía laica para el rescate de cautivos y que se transformó en el año 1234 en orden militar y, a principios del siglo XIV, también en orden mendicante<sup>613</sup>. Tomando en cuenta el carisma de la Orden de la Virgen de las Mercedes, los textos eucológicos celebran a Cristo Redentor de los hombres (*oc-43*), y María es rememorada como la nueva Judit

---

606 Prudent. *Dittochæum* XXVII PL 60, 102 A.

607 ACR, n. 20.

608 Cf. LG, n. 59.

609 Cf. JUAN PABLO II. *Audiencia general* de 23 de julio del 1997. En: *La Virgen María: Catequesis sobre el Credo* (V). 2 ed. Madrid: Palabra, 2001, pp. 206-208.

610 *De cultu mariano sæculis VI-IX - Acta Congressus Mariologici Mariani Internationalis in Croatia* anno 1971, Vol. 4. Roma: Pontificia Academia Mariana Internationalis, 1972, p. 392.

611 Cf. ZOVATTO, Pietro (a cura di). *Storia della spiritualità italiana*. Roma: Città Nuova, 2002, p. 570.

612 Cf. *De cultu mariano sæculis VI-IX - Acta Congressus Mariologici Mariani Internationalis in Croatia* anno 1971, Vol. 4. Roma: Pontificia Academia Mariana Internationalis, 1972, p. 392.

613 Cf. CLARAMUNT, Salvador. *Las síntesis culturales: Las universidades. Los mendicantes y las formas de piedad en el siglo XIII*. En: AAVV. *Historia de la Edad Media*. 2 ed. Barcelona: Ariel, 2008, p. 248.

(*pl*-43), aquélla que anuncia la misericordia al pueblo de Israel (*ae*-43), asociada a la pasión de Cristo (*Ev*-43), madre, abogada y patrona de los cristianos (*pf* y *odc* - 43). La realidad concreta del mundo es dependiente y procedente de Dios, no por la justicia, sino por la condescendencia divina y por lo tanto por su merced. Dios ha creado el mundo con el deseo de darse y conceder al hombre la posibilidad de participar de su vida, exteriorizando su merced por una autocomunicación condescendiente. La expresión definitiva de esta comunicación se encuentra en el hecho de que Dios mismo se hace presente en el mundo por la Encarnación, en que María, con su «*fiat*» libre, ha dado la existencia terrena al Hijo de Dios mediante la cual podrá constituirse miembro de la nueva raza humana y de esta forma ser su Redentor ( Mt 1, 18-23; Lc 1, 26-38). María, siendo la redimida de modo más perfecto, es el arquetipo de los rescatados y también el medio para que se alcance la fidelidad necesaria para la efectiva participación en este rescate conquistado por su Hijo<sup>614</sup>. La advocación de María como Virgen de las Mercedes nos presenta a la Madre de Dios como el camino para que alcancemos la merced y el rescate que su Hijo ha ofrecido por nosotros con la participación de su Madre, como su auxilio para todas las necesidades humanas, sobre todo las relacionadas con la salvación, que abarca la integridad del ser humano: Cuerpo, alma y espíritu. El peregrinar en la tierra es camino para la patria eterna (*pd*-43). Esta visión es de sí misma liberadora de los males que pesan sobre el hombre viador: El pecado, el dolor, el miedo, la enfermedad. En su vida pública, Jesús anunció el Reino de Dios y curó todas las enfermedades, tanto del alma como del cuerpo, por su propia fuerza divina. El poder de obrar milagros y la gracia de curación se pueden reducir a una sola gracia, porque las dos se ordenan a la manifestación de la divina potencia por obras milagrosas que, cuando hechas en beneficio de la salud corporal de otros, son gracia de curaciones. Durante su existencia terrena no está demostrado históricamente que la Virgen haya hecho, por sí misma, curaciones especialmente públicas, pues la doctrina evangélica debía ser confirmada con los milagros de Cristo. Sin embargo, es posible que su impetración – como en las Bodas de Caná – haya sido fundamental en la obtención de algunas curas hechas por su Hijo. Después de la Ascensión de Cristo es posible que las necesidades hayan exigido la intercesión de María para algunas curaciones, toda vez que resultaba en un gran beneficio para la Iglesia, que Ella fuese reconocida y venerada como Madre de Dios. Es difícil imaginar que los fieles no le hayan pedido a Ella que rezase por sus necesidades. En este caso, es seguro que Ella no debe haber cerrado su corazón a las peticiones de los fieles o que Dios dejase de atender sus oraciones, puesto que las Escrituras nos muestran que en aquel tiempo seguía habiendo milagros (Cf.

---

614 Cf. RAHNER, Karl. *María Madre del Señor*. Barcelona: Herder, 1966, pp. 17-19.

Hch 3, 6)<sup>615</sup>. Las innumerables curas de enfermedades en Lourdes, Gennazano y otros santuarios marianos presentan la solicitud maternal de la Virgen María como salud de los enfermos para alcanzarles la cura de los achaques y dolores, si es voluntad de Dios, o la fortaleza para soportarlos si esto es mejor para el progreso espiritual del individuo, porque «jamás se ha oído decir que ninguno de los que han acudido a su protección, fuese desamparado»<sup>616</sup>.

### 3.8. El Inmaculado Corazón de la Virgen María<sup>617</sup>

Siempre se ha relacionado la permanente pulsación del corazón con las emociones humanas. De su característica pulsátil viene su nombre, que deriva del sánscrito *hrid*, el cual pasó a ser fonéticamente *krid* o *kurd*, cuyo significado es órgano que salta. De ahí evolucionó a *kardia* (griego), y *cor* en latín<sup>618</sup>. En la medicina antigua era considerado el centro de la emoción y de la pasión, razón por la cual pasó a ser considerado como centro del microcosmos del complejo cuerpo-alma, jugando un papel importante en la poesía, la literatura, las Escrituras y la liturgia. En la revelación cristiana el corazón se relaciona especialmente a las nociones de caridad, amor, alegría santa, contrición, perdón, beatitud y sufrimiento<sup>619</sup>. En la presentación del Niño Jesús, el profeta Simeón había predicho que el Corazón de la Madre sería atravesado por una espada de dolor. El Corazón de María ha sido, en este sentido cristiano, el órgano que representa la unión íntima y la colaboración activa de María con la obra salvífica de Cristo y sobre todo con su sacrificio redentor. Como decía el Pseudo-Alberto, María sufrió en su corazón lo que Jesús sufrió en su cuerpo<sup>620</sup>. Es exactamente esta misericordia divina participada por María que lleva a San Juan Eudes (1601-†1680) a afirmar que se podría considerar como una sola estas dos devociones, acuñando la expresión: «El Sagrado Corazón de Jesús y María»<sup>621</sup>. El Corazón de María recibió a Cristo

---

615 Cf. ALASTRUEY, Gregorio. *Tratado de la Virgen Santísima*. Madrid: BAC, 1952, pp. 345-347.

616 Cf. Oración Acordaos o *Memorare* de autoría de San Bernardo de Claraval. (Cf. FORMENT GIRALT, Eudaldo. *Historia de la filosofía II: Filosofía medieval*. Madrid: Palabra, 2004, p. 104)

617 Incluye las Misas n. 28 (El Inmaculado Corazón de la Virgen María), n. 30 (La Virgen María, madre y medianera de la gracia), n. 31 (La Virgen María, fuente de la salvación), n. 38 (Santa María, madre y reina de la unidad) y n. 46 (La Virgen María, puerta del cielo).

618 Cf. TAJER, Carlos. *El corazón enfermo: Puente entre las emociones y el infarto*. Buenos Aires: Libros del Zorzal, 2008, p. 12.

619 Cf. VON HILDEBRAND, Dietrich. *El corazón: un análisis de la afectividad humana y divina*. Madrid: Palabra, 1996, pp. 31-35.

620 Mariale, quæst. 150; *Opera omnia*, Augustus Borgnet, Paris, Francia, 1890-1899, apud, CAROL, Juniper, B. *De correptione Beatæ Virginis Mariæ*. Città del Vaticano: Typis Polyglottis Vaticanis, 1950, p. 181.

621 «Dos Corazones unidos entre sí por el mismo espíritu y el mismo amor que une al Padre de Jesús con su Hijo muy amado, para no hacer de ellos más que un Corazón; no en unidad de esencia, cual es la unidad del Padre y del Hijo, sino en unidad de sentimiento, de afecto y de voluntad». En: EUDES, Juan. *El Corazón admirable de la Madre de Dios*. Madrid: Editorial y Librería CO. CUL., 1959, p. 109. En otra obra afirma también el Santo: «Es así como el Corazón de Jesús es el corazón de María, y ambos corazones no son sino uno solo; y por donación que nos hicieron el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo y nuestra divina Madre, ese único Corazón también es nuestro, para que los hijos de Jesús y de María tengan el mismo corazón» (Id. *El Corazón de*

en la Encarnación, lo acompañó en su vida pública y lo entregó en el Calvario, por eso es llamado en primer lugar «mansión del Verbo» (*oc-28*) y santuario del «Espíritu Santo» (LG 33) por la inhabitación continua en él del Espíritu en unión trinitaria (*pd-28*). Este Corazón nuevo, sabio, humilde y dócil, hizo a María digna de concebir virginalmente a su Hijo y la capacitó para contemplarlo eternamente. Corazón firme que supo soportar con fortaleza la espada de dolor y esperar, lleno de fe, la resurrección gloriosa de Cristo (*pf-28*). María, la mejor discípula de su Hijo, asume una actitud firme y decidida delante del dolor y de la muerte, con un llanto sereno y profundo pero no vacío de esperanza.

«Quién, Señora, viéndoos así en llantos, osaría preguntar ¿por qué lloráis? Ni la Tierra, ni el mar, ni todo el firmamento, podrían servir de término de comparación al dolor inmenso de este Inmaculado Corazón»<sup>622</sup>.

La aceptación pura del dolor por parte de este Corazón inmaculado hizo de María la Madre de Dios y, en consecuencia madre de los hombres, encontrándose Ella en una posición privilegiada para la mediación de gracias entre los hombres y Dios, puesto que es madre de ambas partes entre las cuales se hace la mediación. Ella nos mereció todas las gracias que alimentan y sostienen nuestra vida sobrenatural, en unión íntima y subordinación perfecta a su Hijo, ya que es natural que el que consiguió una cosa para otro, sea también quien se las distribuya. Ésta es la enseñanza común de los Pontífices, como por ejemplo León XIII: «No se distribuye nada si no es por María»<sup>623</sup>; San Pío X: «[María] es la dispensadora de todos los tesoros que Jesucristo nos conquistó»<sup>624</sup>; Pío XI: «Aun siendo Jesucristo el único Mediador de Dios y los hombres, quiso asociarse a su Madre como abogada de los pecadores y medianera de las gracias»<sup>625</sup> y Pío XII establece que Ella «puede disponer de los tesoros del Reino del divino Redentor»<sup>626</sup>. La profunda compenetración de amor y voluntad entre Jesús y María es el fundamento ontológico del influjo universal de la gracia por su intermedio en las almas, por donde Ella desarrolla su misión en el Cuerpo Místico como Madre espiritual de todos los hombres<sup>627</sup>, de donde manan las gracias que nacen del Corazón Sagrado de su Hijo «Fuente de vida y santidad». La maternidad divina de María fue la llave que abrió para los hombres este manantial inagotable de salvación (*oc-31*) que es al mismo tiempo la fuente de agua viva que apaga la sed de los fieles. Por su maternidad espiritual, María nos señala la fuente que

---

*Jesús*. Bogotá: Editorial San Juan Eudes, 1957, p. 170).

622 Cf. CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio, *Via Crucis*. En: *Catolicismo* n. 3, Brasil, Marzo de 1951, p. 3.

623 OM, n. 12

624 ADI, n. 8.

625 BENEDICTO XV. Carta Apostólica *Inter sodalicia*, del 22 de marzo del 1918; *AAS* 10 (1918), p. 182.

626 ACR, n. 15.

627 Cf. CUERVO, Manuel. *El postulado de la Maternidad Divina en Mariología*. Guadalajara (España): Ope, 1970, pp. 103-104.



brotó del costado de Cristo y que se conserva fecunda en los sacramentos (*pf*-31). Ella, por cuya intercesión se alcanzó el primero de los signos de Cristo convirtiendo el agua en vino (*oso*-31), es la fuente de donde ha brotado la Fuente, por haber colaborado efectiva y voluntariamente con la materia humana para que fuese engendrada esta «Fuente de agua viva». Se puede decir que María es la fuente de la salvación porque con su participación ha sido creada la sangre que Cristo ha derramado por nosotros en rescate por la mancha original y por nuestros pecados actuales.

María es alabada por la CMV como Reina de la unidad. Dios es uno y por eso hay un solo mediador entre Dios y los hombres, el hombre Jesucristo (*pl*-38), en Él, Dios reúne a su pueblo disperso y anuncia que aquél que dispersó a Israel lo reunirá y como Buen Pastor guardará a su rebaño (*sr*-38). Siempre que las tinieblas rechazan a la luz, esta acción se expresa por la ruptura de la unión, como los fariseos delante de los signos de Jesús, que buscaban dividir el pueblo respecto de su Persona. Uno de ellos, Caifás, que era Sumo Sacerdote aquel año, afirmó que sería mejor que Jesús pereciese por la nación, pero en realidad – dice el evangelista – habló proféticamente anunciando que Jesús iba a morir por la nación y no sólo por la nación, sino también para reunir a los hijos de Dios dispersos (*Ev I* - 38) para que todos sean uno en Cristo y aquéllos que le fueron confiados estén con Él donde Él estuviere y contemplen su gloria (*Ev II* - 38). Esta unidad encuentra en María su personificación que, en cuanto Madre de todos los hombres, hace que los fieles se reúnan en el pueblo de la nueva Alianza (*oc*-38) por la función unificadora de María, como consecuencia de su participación en el sacrificio redentor de Cristo, puesto que:

«El Señor Jesús fue exaltado en la cruz y glorificado, derramó el Espíritu que había prometido, por el cual llamó y congregó en unidad de la fe, de la esperanza y de la caridad al pueblo del Nuevo Testamento»<sup>628</sup>.

Esta unidad, de la cual María es Reina y Madre, nos presenta Cristo como el único Pastor del único rebaño de los redimidos. Él es la puerta por donde pasan las ovejas que van al redil<sup>629</sup>. No la puerta por donde pasan igualmente los pastores y las ovejas, sino la puerta, el camino por donde se entra en el recinto sagrado de la vida eterna. Esta puerta fue abierta por su sacrificio redentor, que es la verdadera puerta del cielo, cerrada con las llaves del pecado de Adán y Eva y abierta por las llaves del «Buen Pastor», que da la vida por sus ovejas y de Aquélla que, unida a este sacrificio del pastor abrió su vientre con la «llave» de su aceptación libre y se hizo, por esto, Ella también llave y puerta del cielo que se abren de par en par para

---

628 UR, n. 2.

629 «*Dixit ergo iterum Iesus: "Amen, amen dico vobis: Ego sum ostium ovium"*» (Jn 10, 7).

la entrada de la humanidad redimida por el ofrecimiento hecho por Cristo, preparado por María y aceptado por el Padre. Por eso la CMV dedica un formulario especialmente a María en cuanto verdadera «puerta del cielo» por su intrínseca unión con su Hijo. Ella abrirá la puerta a sus devotos – afirma San Gabriel de la Dolorosa – Ella que es la misma puerta. Ella es la apertura de la Jerusalén celestial, feliz puerta del cielo<sup>630</sup>.

### 3.9. La Madre del buen consejo y de la misericordia, Reina de la paz<sup>631</sup>

El título de María, madre del Buen Consejo, es atribuido a San Agustín y daba el nombre al convento y a la iglesia de los frailes agustinianos de la ciudad de *Genazzano*, a pocos kilómetros de Roma, donde se encuentra un bajo-relieve venerado desde el siglo IV con este título, en la antigua capilla del convento<sup>632</sup>. A través de su intercesión muchos santos, sobre todo fundadores, han encontrado el consejo acertado para resolver situaciones difíciles. Varios papas tuvieron especial devoción a esta advocación de Nuestra Señora<sup>633</sup>. El principal don a ser pedido es la sustentación de la fe, de la cual María, como fue proclamado por Isabel, es modelo y también amparo para los que vacilan en los caminos difíciles, perplejos delante del misterio, de la oscuridad y de la incertidumbre. La actitud mariana y eclesial ha sido de la

---

630 Cf. MADRES PASIONISTAS DE OVIEDO. *San Gabriel de la Dolorosa: Un Santo todo de María*. 2. ed. Lima: 2007, p. 21.

631 Incluye las Misas n. 33 (La Virgen María, madre del buen consejo), n. 35 (La Virgen María, amparo de la fe), n. 36 (La Virgen María, madre del amor hermoso), n. 39 (Santa María, reina y madre de misericordia), n. 40 (La Virgen María, madre de la divina providencia), n. 41 (La Virgen María, madre del consuelo) y n. 45 (La Virgen María, reina de la paz).

632 Cf. CLÁ DIAS, João Scognamiglio. *Mãe do Bom Conselho*. São Paulo: Artpress, 1995, p. 36. La relación de la devoción a la Virgen del Buen Consejo con la pequeña ciudad italiana se remonta al siglo XV, en que el fresco de la *Virgen de Scútari*, pequeña ciudad de Albania, según la tradición, en el año 1467 se ha despegado de la pared del Santuario y cruzando los aires bajo las vistas de dos soldados albaneses (Giorgio y De Sclavis), ha llegado a *Genazzano* el día 25 de abril del mismo año, donde se encuentra «junto a la pared sin tocarla de modo algún». (Cf. DILLON, Georges F. *La Vierge Mère du Bon Conseil*. Bruges: Desclée de Brouwer, 1885, pp. 233-234)

633 Por ejemplo, San Pío X encontró a los pies de un altar dedicado a la Virgen del Buen Consejo, erigido por Pío IX en el Vaticano, la respuesta a su duda en aceptar el ministerio petrino decidido por el cónclave que lo eligiera. El primer Papa en relacionarse con esta devoción fue Pablo II en 1467. Su sucesor Sixto IV lo imitó. Alejandro VI amenazó excomulgar algunos ladrones que querían robar el santuario y concedió el especial privilegio de liberación de un alma de las penas del Purgatorio a cada Misa celebrada en el altar de la Madre del Buen Consejo, en *Genazzano*. San Pío V recurría también a Ella, así como el Bienaventurado Inocencio XI. Clemente XI concedió al santuario privilegios idénticos al de Loreto y Benedicto XIV quiso ser el primero en inscribirse en la *Pía Unión de Nuestra Señora del Buen Consejo*, que él mismo aprobara poco antes. En esta sociedad se han inscrito Pío VI, Pío VII, Pío VIII, Gregorio XVI, Pío IX, León XIII y Juan XXIII. El 23 de abril de 1903 San Pío X incluyó la invocación a la Madre del Buen Consejo en las *Letanías Lauretanas*; Pío XII acostumbraba a frecuentar el santuario y Pablo VI anunció que lo visitaría, pero razones de salud lo obligaron a delegar su representación al Cardenal Aloisi Masella. Juan Pablo II, en la audiencia del 25 de octubre de 1978, recién electo como 263º Sucesor de Pedro, preguntándose cómo hacer para actuar prudentemente como nuevo Papa, dijo: «Los que desean que el Papa sea el Pastor prudente de la Iglesia, imploran para él el don del consejo y también para sí propios pidan ese don por la especial intercesión de la Madre del Buen Consejo» (JUAN PABLO II, *Audiencia general* de 25 de octubre del 1978. En: *Insegnamenti di Giovanni Paolo II – 1978*, Vol. I. Città del Vaticano: Libreria Editrice Vaticana, 1979, p. 63. Cf. CLÁ DIAS, João Scognamiglio. Op. cit.. São Paulo: Artpress, 1995, pp. 228-234).

reflexión admirativa, unida a la razón, que pasa a ser aceptación amorosa y fiel del misterio, en la donación total de sí: «Ellos no entendieron [...] su madre contemplaba todas estas palabras en su corazón» (Lc 2,50-51). María como modelo perfecto de fe es al mismo tiempo la sustentación y el amparo de la fe de los cristianos, sobre todo en los momentos de aflicción, angustia y duda, de la misma manera que durante la tempestad en el Mar de Galilea Jesús dormía en la pequeña barca y fue el amparo de los Apóstoles delante de las fuerzas de la naturaleza. Cuando «los hombres de poca fe» ven las olas del mar que parecen querer deglutirlos, María está tranquila, en la paz de su fe que no vacila, para ampararlos y guiarlos, como la columna de luz que guiaba al pueblo de Dios durante la noche en el desierto (*ae-35*). Es Ella quien nos puede hacer permanecer firmes en la fe y generosos en el amor (*oso-35*), toda vez que, concebida sin pecado, no contaminada por la corrupción del sepulcro e intacta en su virginidad perpetua, fue constituida tálamo precioso del cual salió Cristo «luz de las gentes y esposo de la Iglesia» (*pf-35*). Este tálamo es el ejemplo prototípico de amor de la criatura por el Creador, toda vez que el amor de María no es un amor cualquiera, sino es el **Amor**. Amor inmaculado donde no hay traiciones, ni cálculos, ni olvidos, pues las madres no contabilizan los detalles, no pesan ni miden con criterios mezquinos. Un amor hermoso porque tiene como principio y como fin el Dios tres veces Santo, que es toda la Hermosura y toda la Bondad y toda la Grandeza<sup>634</sup>, alcanzando una salvación que procede del cielo y que, en María, brota de la tierra, pues el Mesías Salvador es «el Hijo del Altísimo y también fruto de las entrañas de una mujer, la Virgen María»<sup>635</sup>.

La CMV propone el formulario para la Misa de «Santa María, reina y madre de misericordia», pues Ella misma fue el fruto más excelente de la misericordia de Dios y es el camino para alcanzar la compasión del Señor. Cuando pecamos, renunciamos a la amistad divina por un acto voluntario de nuestra libertad humana y con eso merecemos el rechazo de Dios, pues nosotros mismos nos distanciamos de Él. Sin embargo, basta el arrepentimiento para que todo cambie, para que Dios venga a nuestro encuentro como el padre del «Hijo Pródigo»: «¡Estaba perdido y ha sido hallado!» (Lc 15, 24). María, como Reina clemente que ha experimentado la misericordia de Dios, que «puso los ojos en la humillación de su esclava», acoge a todos los que en Ella se refugian y los escucha cuando la invocan, para alcanzarles el perdón de sus pecados (*pf-39*), ofreciéndose a sí misma y a la Sangre preciosa de su Hijo como rescate al amor misericordioso de Dios que está dispuesto a sustentarnos en

---

634 Cf. ESCRIVÁ DE BALAGUER, Josemaría. Homilía pronunciada el 11.10.1964. En: *Amigos de Dios*, Homilias. 25 ed. Madrid: Rialp, 1977, p. 394; 391.

635 Cf. JUAN PABLO II, Mensaje en el *Angelus*, 4 de diciembre de 1983. En: *Insegnamenti di Giovanni Paolo II*, VI/2. Città del Vaticano: Libreria Editrice Vaticana, 1983, p. 1250-1251.

nuestras debilidades y carencias, cuidando de todo lo que necesitamos. «*Deus providebit*» fue la respuesta de Abraham delante de la posibilidad de tener su único hijo muerto a sus pies y la ruina de la promesa de Dios. María como Madre de la fe es en consecuencia Madre de la confianza que todo espera y alcanza de la Providencia divina. La advocación de Nuestra Señora como Madre de la Divina Providencia recoge la riqueza de la expresión bíblica neotestamentaria con la evangélica en la cual Jesús confía a la Iglesia – en la persona de Juan – a los cuidados maternos de María. Perfecta discípula e imitadora de Dios, Ella nunca se olvida de sus hijos y provee solícitamente por todas sus necesidades, como en Caná de Galilea – primicias de los signos mesiánicos – y se ha sublimado con su entronización como reina a la derecha de su Hijo, donde atiende las necesidades de toda la Iglesia y es dispensadora de la gracia y madre providente (*pf-40*). Este auxilio de María no se limita a lo material, sino sobre todo busca la santificación de los discípulos de su Hijo, de los cuales Ella es Maestra. Su papel es como el del corazón de este Cuerpo: Se encarga de enviar la sangre de Cristo para que lleve la vida a todos sus miembros.

Jesucristo quiso necesitar del Cireneo para llevar su cruz y quiso necesitar de los cristianos para llevar la luz y la esperanza a los que yacen en tinieblas; el consuelo, a los afligidos; la vida, a los muertos en el pecado, imitando ellos, de este modo, el desnudo con que la Virgen Santísima se torna consuelo de todos los afligidos<sup>636</sup>. La compasión de María a los pies de la cruz y su papel de consoladora de los discípulos perplejos por la muerte del maestro, hacen de la Virgen Santísima «especial luz al pueblo de Dios peregrinante, como signo de esperanza segura y de consuelo» (LG 68). Ella, con su amor de madre, consuela a los que la invocan con fe hasta que llegue el día de la gloria escatológica de Cristo (*pf-41*) y así como fortaleció a los Apóstoles en las pruebas prepascuales, por los sacramentos pascuales nos alcanza la victoria sobre el pecado (*ac-41*), apoyados en la esperanza que nunca falta pues está fundada en la Maternidad de la Verdad misma, para alcanzar aquello que todos buscan y que Pilato cristalizó en su pregunta: «¿Qué es la verdad?». La verdad es Dios y sólo en Él se alcanza el sentido verdadero de la vida y la paz con la propia existencia.

La verdadera paz es la semejanza del hombre con Dios y por eso fue alcanzada por Cristo al reconciliar a los hombres con el Creador. Es la paz que el mundo no puede dar pero que el hombre busca ansioso y casi desesperadamente, sin saber donde encontrarla. La Santa Iglesia presenta el camino para esta búsqueda en la invocación a María como Reina de la

---

636 Cf. CONCILIUM LEGIONIS MARIE. *Manual oficial de la Legión de María*. Dublin, 1997, pp. 58-60.

paz<sup>637</sup>. «El reino de Dios es paz en el Espíritu» (Cf. Rm 14, 17). Es por lo tanto una obligación del cristiano alimentar esta acción pneumatológica procurando lo que fomente la paz y la armonía, evitando usar su libertad de manera que hiera y perjudique al prójimo<sup>638</sup>. La invocación a María es capaz de alcanzar en nuestro tiempo la tranquilidad deseada para que el amor fraterno pueda construir la paz (*oc-45*) aún en los momentos de dolor, toda vez que Ella, por el anuncio del ángel concibió al Príncipe de la Paz y durante los momentos más difíciles de su vida se mantuvo de pie, en la hora en que, con su sangre preciosa, Cristo pacificó el universo. María concede la paz a quien a Ella se aproxima, fortaleciendo la esperanza, y Ella, que supo esperar con confianza en la Promesa del Padre (*pf-45*) sabrá cultivar eficazmente en los hombres la esperanza y así obtenerles la paz que Jesucristo ha comprado para la humanidad, muriendo en la cruz (*odc-45*).

---

637 Cf. FUENTES MENDIOLA, Antonio, *La aventura divina de María*. Madrid: Rialp, 1998, p. 131.

638 Cf. JUAN PABLO II. *Creo en el Espíritu Santo*: Catequesis sobre el Credo (III). 6 ed. Madrid: Palabra, 2003, p. 400-401.

## CONCLUSIÓN

En su viaje al Brasil, por ocasión del II Encuentro Mundial del Papa con las Familias, el Beato Juan Pablo II decía:

«María Santísima, Esperanza de los cristianos, nos da fuerza y seguridad para nuestro camino en la tierra. Por eso, le pedimos: “Sé tu misma nuestro camino; porque Tú, oh Madre bendita, conoces las vías y los atajos que, por medio de tu amor, llevan al amor y a la gloria de Dios”»<sup>639</sup>.

La presencia de María como guía en los caminos difíciles del peregrinar humano ilumina a los hombres y los lleva hacia su Hijo Jesús, la luz del mundo. Nunca los hombres tuvieron a su disposición tantas posibilidades de desarrollo social, tecnológico y económico; pero al mismo tiempo tanta orfandad de amor, cariño y caridad. Las formas de esclavitud a la máquina, al dinero, al pecado parecen una elocuente contradicción con el grito de libertad de la sociedad hodierna, que se encuentra lacerada por fuerzas antagónicas y conflictos políticos, sociales, económicos y sobre todo existenciales<sup>640</sup>. En esta oscuridad del ateísmo práctico o declarado, la pérdida del sentido de la vida, del perdón y del amor van plasmando una sociedad de competencia y violencia, donde la institución familiar, «*celula mater*» de la sociedad se va debilitando como un enfermo terminal de un cáncer que poco a poco, pero irreversiblemente, va destruyendo el funcionamiento normal del organismo.

En el cuerpo tomado por el cáncer en estado avanzado, ya los medicamentos pueden apenas prolongar la vida por un tiempo más, o aminorar los efectos del dolor, de la angustia, de la depresión, pero la batalla muchas veces se encuentra perdida y la soledad del sepulcro aguarda la derrota de la medicina. En el caso de la vida espiritual de la sociedad hay una diferencia fundamental: El remedio existe y es mucho más fuerte que la enfermedad, sólo hace falta que él llegue al enfermo y que éste lo acepte con amor. Cristo vino para salvar. Salvar al hombre del pecado, salvarlo de las consecuencias en las cuales el hombre se hunde al alejarse del Creador, buscando hacer su vida en una «tierra distante» de la casa de su Padre. Es urgente, por tanto, ayudar a cada uno individualmente y a la sociedad en su conjunto, a encontrar el camino que los lleva de vuelta al Médico que está realmente presente en cada momento, en cada iglesia, en cada Misa, en cada Eucaristía, para curar las heridas y llenar de felicidad a los que viven en las «sombras de la muerte».

---

639 JUAN PABLO II. Homilía durante la celebración Eucarística en la Catedral Metropolitana de São Sebastião do Rio de Janeiro, Brasil, n. 4., en 4 de octubre del 1997. En: *A Família: Dom e Compromisso, Esperança da Humanidade*. II Encontro Mundial do Papa com as Famílias. Rio de Janeiro: Agir, 1997, p. 6.

640 Cf. GS. n. 4.

La oración litúrgica de la Iglesia hecha signo eficaz de la gracia divina es el remedio para alcanzar la verdadera fe y hacer florecer la oración, embotada en el interior de las almas paráliticas de los millones de hombres y mujeres que caminan – como puntualiza Goethe – sin saber de «dónde vienen ni para dónde van, que conocen poco del mundo y menos aún de sí mismos»<sup>641</sup>. La oración que nace de la fe y que fortifica la fe es el verdadero camino para la «vuelta a la casa paterna» tan necesaria a nuestra sociedad. En este camino, como Maestra de la fe, de la oración, ejemplo de quien en la historia misma de la Iglesia supo hacer la perfecta simbiosis entre la *lex orandi* y la *lex credendi*, María es el faro que puede iluminar los ojos entumecidos del hombre distanciado de Dios.

En esta situación histórica en que la Providencia indica el camino más perfecto para su plan divino de salvación, en el cual se constata la necesidad de la voluntad libre de los seres dotados de inteligencia, con la posibilidad de colaborar meritoriamente con los designios del Creador o incluso cambiar los rumbos de sus deseos, la condescendencia creadora, muchas veces pone sus caminos bajo la decisión del libre albedrío de sus creaturas. Los ángeles se dividieron en fieles e infieles; la humanidad, creada según el Génesis varón y mujer, malversando la libertad concedida por el Creador, rompió el plan de unidad con el Pecado Original, condenándose a través de una acción solidaria de Adán y Eva, donde la integridad de la humanidad se alejó voluntariamente del plan salvífico de Dios. La misericordia divina determinó salvar el hombre por el mismo hombre, tomando la Segunda Persona de la Trinidad la semejanza en todo (excepto en el pecado), con los seres humanos, tornándose el Nuevo Adán, nacido, en la plenitud de los tiempos, de una mujer elegida para ser la Nueva Eva. En este panorama se puede contemplar la presencia de María dentro del inmenso plan divino de la salvación y estudiar su acción, su libre decisión, su participación activa y solidaria en la Redención, como su continua maternidad ejercida por la mediación e intercesión por los hombres, sobre todo en el Sacrificio Eucarístico y en las oraciones litúrgicas, llegándose de esta manera a poder **concluir**, desde los temas expuestos, algunos puntos esenciales de esta participación mariana en la *historia salutis* en su despliegue histórico, dogmático y litúrgico:

1. María fue elegida libremente por el Creador para renovar la Alianza con los hombres quebrada por el pecado de Adán, tornándose en la Nueva Eva, que deshace los errores de la primera mujer y colabora en la salvación de manera definitiva, solidaria y subordinada a la Redención del Verbo, que recapitula en sí mismo el pecado de Adán – cabeza de la humanidad irredenta – siendo la Cabeza de la humanidad redimida.

---

641 En 1829, Goethe había dicho a Eckermann: «El hombre es una criatura confundida; no sabe de dónde viene, ni a dónde va; sabe poco del mundo y, sobre todo, poco de sí». En: *Mundo Nuevo*. Revista de América Latina. París: Instituto Latinoamericano de Relaciones Internacionales, enero de 1967, p. 29.

2. María ejerce su acción participativa en cuanto mujer, por su capacidad de colaborar con su propia naturaleza a la formación del cuerpo de Cristo, que permitirá su sacrificio redentor, renovado y actualizado siempre en la Eucaristía, convirtiéndose en el prototipo de la mujer en su integridad antropológica de esposa, virgen y madre. Esta cualidad fue remarcada por su propio Hijo al referirse a Ella siempre con el título de *mujer*, confirmando su misión de vencer la serpiente tentadora del Génesis y el dragón del Apocalipsis.

3. La *Koinonia* Trinitaria se abre a la *Oikonomia* a través de la Creación, apertura que alcanza su ápice con la condescendencia encarnatoria del Verbo, desde la cual María se hace partícipe de la obra redentora llevada a cabo por la Santísima Trinidad.

4. María sella una alianza irreversible con el Creador, de la cual, las anteriores eran imágenes; concibiendo, en la plenitud de su integridad virginal, al Verbo de Dios, convirtiéndose en la única criatura que puede ser Madre de su propio Creador, en su naturaleza humana, confirmando con su *fiat salvífico* – como bellamente cualifica Pablo VI – la realización de las Alianzas con los primeros padres en la fe.

5. Las Sagradas Escrituras testimonian el papel de María en la *estructura fundante* de la salvación. En el Antiguo Testamento su rol aparece de una forma más insinuada, pero real y confirmada por los escritos neotestamentarios, la Tradición, el Magisterio y la liturgia, como la *mujer* del Génesis, cuyo linaje aplastará la cabeza de la serpiente, como una nueva mujer, anunciada por Isaías como la virgen que concebirá y que por su intermedio Dios estará con nosotros, nacido para la salvación en Belén, ciudad de David, oráculo pronunciado por Miqueas y confirmado por San Mateo. Ella es también pre-figurada por las mujeres santas del Antiguo Testamento y testimoniada por la literatura neotestamentaria como la mujer de la cual nace el Salvador (Ga 4, 4), la colaboradora del Redentor (Rm 5, 21), la Virgen, la Madre de Jesús, la llena de gracia que, por su voluntad libre se asocia a la única salvación operada por Cristo, único Mediador entre Dios y los hombres, cooperando activamente – como afirma *Lumen gentium* – en este sacrificio, por la Encarnación y por su participación solidaria a los pies de la Cruz. Esta participación se caracteriza siempre por la más perfecta aceptación con su propia y libre voluntad, como tipo y modelo de entrega total a Dios y a la humanidad.

6. Los Padres de la Iglesia desde Ignacio de Antioquía, Justino, Ireneo, hasta los últimos, confirman el papel fundamental de María en la Historia de la Salvación, primero como Nueva Eva y siempre Virgen, después como Madre de Dios, tema que levantó la polémica nestoriana, instrumento utilizado por la Providencia para la definición dogmática de Éfeso (431) y las posteriores definiciones del II Concilio de Constantinopla (553) y todas las enumeradas en el Catecismo de la Iglesia Católica n. 499.



7. El nivel de la participación de María en la salvación humana no es secundario, sino que pertenece a la estructura fundante de la misma por su íntima relación con el Misterio de Cristo y por la determinación omnipotente de Dios, que la quiso hacer partícipe de esta salvación a dos niveles: Primero para sí misma, redimiéndola con la forma más perfecta de redención que es la preservativa y después por su participación voluntaria, como colaboradora de la salvación operada por Cristo.

8. La cuestión de la participación de María en cuanto unida directamente a Cristo o como partícipe de su obra, la Iglesia, generó una división que se cristalizó en la polarización de las escuelas cristotípica y eclesiotípica evidenciada en el decurrir del Concilio Vaticano II, finalizada con el Capítulo VIII de la *Lumen gentium*, que sienta las bases de una recta mariología y por la oportuna declaración por Pablo VI de su Maternidad eclesial, concediéndole el título de Madre de la Iglesia.

9. La plenitud final de gracias permitió a María ser fiel a todas las inspiraciones divinas en su vida – de la manera más perfecta – resultando con su Asunción a los cielos la culminación de su misión en la tierra e inicio de su importante misión mediadora, desde la Iglesia celestial, al lado de su Hijo «sentado a la derecha del Padre».

10. En cuanto salvados por Cristo necesitamos de la intercesión de María que cooperó activamente por nuestra salvación y se tornó, por su Maternidad divina y por el *testamentum crucis*, en la Madre espiritual de todos los hombres. Esta maternidad espiritual se revela de manera voluntaria, histórica y total, como la respuesta a la elección divina. María es dispensadora de la gracia de una manera totalmente distinta de la intervención de otras criaturas, que siempre son cambiables o dispensables, mientras su actuación, subordinada a la de Cristo, nunca puede ser substituida por la de otra criatura. De esto se deduce que la más perfecta forma de unión del hombre con Cristo, no puede ser sino a través de la entrega total a Él por las manos de María, preconizada por San Luis María Grignon de Montfort y por otros doctores de la Iglesia.

11. Este papel salvífico participativo de María se tornó presente en la Liturgia ya en los inicios de la misma, desde el momento de Pentecostés, epíclesis de la historia de la salvación. La devoción a María se hizo presente de forma gradual, evolucionando, según los planes de Dios hacia un progreso más evidente después del Concilio de Éfeso (431) e insertándose en la *lex orandi* a través de las fiestas cristológicas de contenido ligado a la mariología y de las propias fiestas litúrgicas dedicadas a la Santísima Virgen, lo que se torna muy claro en el desarrollo de las oraciones marianas y de las letanías a la Madre de Dios.

12. Esta presencia de María en los textos litúrgicos se hace patente desde los inicios del cristianismo, como testimonia la *Traditio Apostolica* de San Hipólito de Roma y las descripciones de San Justino, penetrando más hondamente en los textos eucológicos con las homilias marianas de los Padres de la Iglesia, entre los cuales Juan Pablo II resalta a Theoteknos de Livias, San Germán de Constantinopla, San Andrés de Creta y San Juan Damasceno. Poco a poco el ciclo eortológico fue proporcionando una presencia más marcante de la Madre de Dios en los textos litúrgicos, llegando a formularios de Misas dedicadas especialmente para sus fiestas, que colaboraron definitivamente para las definiciones dogmáticas marianas, sobre todo de la Inmaculada Concepción y de la Asunción gloriosa a los cielos. Estas definiciones, a su vez, también modificaron los textos litúrgicos, en una perfecta síntesis de la *lex orandi* con la *lex credendi*.

13. La Santa Iglesia, en su sabiduría maternal, supo reunir en un libro litúrgico propio los principales formularios marianos, en los que la Virgen es contemplada como continuidad de la estirpe de Israel, Madre de Dios, partícipe de las manifestaciones epifánicas del Señor, discípula y madre de los discípulos, fuente de luz, vida, esperanza de la Iglesia, nueva mujer, templo de la Sabiduría, esclava del Señor, cuyo nombre es señal de alianza con Dios, cuya acción es maternal, auxiliadora, consejera y misericordiosa, Reina de la paz, cuyo Inmaculado Corazón concibió primero a Cristo antes incluso de concebirlo en sus entrañas.

Sólo en el cielo, afirma Hans Urs von Balthasar, vamos a poder medir cuánto debe la Iglesia a María en la inteligencia de la fe. Por eso se podría escribir una historia de lo que María ha enseñado a los «sencillos» más aún que a los «sabios y entendidos» a lo largo de los siglos. María, que en la tierra fue tan contemplativa, ahora en el cielo es activa y atenta a las necesidades de sus hijos. Por medio de Ella el hombre encuentra la Iglesia y por medio del culto eclesial se puede alcanzar la *actuosa participatio* y todo lo demás nos será dado por añadidura<sup>642</sup>. María puede, precisamente desde su perfecta humildad, señalarse a sí misma porque en ello no señala sino lo que la gracia omnipotente de Dios puede hacer, y al tiempo, lo que tenemos que esforzarnos para ser dignos recipientes de esta gracia, y desempeñar el verdadero papel de la Iglesia (como cuerpo y esposa de Cristo) en su misión salvífica para el mundo<sup>643</sup>. Ella misma quiere estar con nosotros como estuvo con Jesús en el Calvario, quiere pasar las cuentas del rosario junto a los que rezan, quiere «juntar a sus hijos, como la gallina junta a sus pollitos bajo las alas» (Mt. 23:37), pero nuestros ojos están empañados y cegados.

---

642 Cf. HIDALGO DÍAZ, Pedro, *Aspectos Dogmáticos de la Teología Litúrgica*, Facultad de Teología Pontificia y Civil de Lima, 2011. (Apuntes de clase)

643 Cf. VON BALTHASAR, Hans Urs. *María hoy*. Madrid: Encuentro, 1988, pp. 43-44.

Precisamos ver con los ojos de María a «Jesús flagelado por nosotros», por nuestros pecados que flagelan también el corazón de la Virgen. Inclusive delante de su Hijo despreciado por todo el pueblo y cargando el pesado madero de nuestra salvación, María camina oculta, velada, en plenitud de fuerza y debilidad al tiempo. Su Corazón es el auténtico paño de Verónica. Lo que Cristo es para Ella se convierte en modelo de lo que debería ser para nosotros<sup>644</sup>.

Los días actuales repiten el camino del Calvario, camino de dolor y de muerte; mas al mismo tiempo de salvación para aquéllos que siguiendo los pasos de María, a Ella se juntaron a los pies de la Cruz o en el Cenáculo, donde la que había recibido al Espíritu Santo lo recibirá de nuevo el día de Pentecostés después de la resurrección gloriosa de Jesús<sup>645</sup>. María permaneció firme, de pie, mientras veía a su Hijo agonizar. Permaneció, aun traspasada de extremo dolor, con firme confianza en la resurrección, pues su fe era inamovible. Suárez afirmaba que la Santísima Virgen tuvo más fe que todos los hombres y ángeles juntos. Su fe fue sometida a una triple prueba: A la prueba del invisible, a la prueba del incomprensible y a la prueba de las apariencias contrarias. Esta triple prueba Ella la superó del modo más heroico.

**En efecto:**

- Vio a su Hijo en el establo de Belén y creyó que era el Creador del mundo.
- Lo vio huir de Herodes y no dejó de creer que era Rey de los reyes.
- Lo vio nacer en el tiempo y creó que era eterno.
- Lo vio pequeño y lo creyó inmenso.
- Lo vio pobre, necesitado de alimento y de ropas y lo creyó Señor del Universo.
- Lo vio débil y sujeto a sufrimientos, llorando sobre la paja y lo creyó Omnipotente.
- Observó que no hablaba y lo creyó Verbo del Padre, la propia Sabiduría encarnada.
- Lo oyó gemir y creyó que era la alegría del Paraíso.
- Lo vio, en fin, maltratado y crucificado, morir en el más ignominioso patíbulo y creyó siempre en su Divinidad.

Sin nunca vacilar en su fe, Ella permaneció siempre firme, no vaciló jamás.<sup>646</sup>

---

644 Cf. VON BALTHASAR, Hans Urs. *María hoy*. Madrid: Encuentro, 1988, pp. 44-45.

645 Cf. FERLAY, Philippe. *María, Madre de los hombres: Orar a María en la Iglesia*. Santander: Sal Terrae, 1987, p.156.

646 Cf. ROSCHINI, Gabriel Maria. *Instruções Marianas*. São Paulo: Paulinas, 1960, p.162.

La afirmación del actual Papa Benedicto XVI en su citado libro *«Dios y el Mundo, una conversación con Peter Seewald»*, es muy aplicable a nuestros días: «Cuanto más envejezco más importante y cercana se vuelve la Madre de Dios para mí»<sup>647</sup>. Cuanto más el hombre se distancia de las cosas de la tierra y más se aproxima a Dios, más cercana se vuelve el alma humana para las realidades sobrenaturales y esta mirada hasta Jesús encuentra en el camino los ojos de María. La victoria de María es la victoria de Dios, el triunfo de Dios sobre la tierra. Sin embargo, este triunfo no se dará por la fuerza humana o por el clamor de batalla de los ejércitos. El mundo está distante de Dios, está lejos de la tierra firme de los proyectos divinos. Sólo la guía maternal de la Virgen puede ser el camino seguro para el mundo que zozobra. Así terminamos con las hermosas exhortaciones del *Doctor Mellifluo*, al contemplar la bellísima fórmula con que San Lucas concluye el relato de la Anunciación: «Y el nombre de la Virgen era María...» (Lc 1, 27).

«¡Oh! tú, quienquiera que seas, que te sientes lejos de la tierra firme, arrastrado por las olas de este mundo, en medio de las borrascas y tempestades, si no quieres zozobrar, no quites tus ojos de la luz de esta Estrella.

«Si se levanta la tempestad de las tentaciones, si caes en el escollo de las tristezas, eleva tus ojos a la Estrella del Mar: ¡Invoca a María!

«Si te golpean las olas de la soberbia, de la maledicencia, de la envidia, mira a la Estrella, ¡invoca a María!

«Si la cólera, la avaricia, la sensualidad de tus sentidos quieren hundir la barca de tu espíritu, que tus ojos vayan a esa Estrella: ¡Invoca a María!

«Si ante el recuerdo desconsolador de tus muchos pecados y de la severidad de Dios, te sientes ir hacia el abismo del desaliento o de la desesperación, lánzate una mirada a la Estrella, e invoca a la Madre de Dios.

«En medio de tus peligros, de tus angustias, de tus dudas, piensa en María, invoca a María! Implorándole no te desesperarás. ¡Pensando en Ella no te descarriarás!

«Si Ella te tiene de la mano no te puedes hundir. Bajo su manto nada hay que temer.

«¡Bajo su guía no habrá cansancio, y con su favor llegarás felizmente al Puerto de la Patria Celestial!

«Y así verificarás, por tu propia experiencia, con cuanta razón fue dicho: **“¡Y el nombre de la Virgen era María!”**»<sup>648</sup>.

---

647 Cf. RATZINGER, Joseph; SEEWALD, Peter. *Dios y el Mundo, una conversación con Peter Seewald*: Las opiniones de Benedicto XVI sobre los grandes temas de hoy. Madrid: Galaxia Guttemberg, 2005, p. 276. Cuando el Libro fue escrito el Cardenal Joseph Ratzinger todavía no habría sido elegido Papa.

648 BERNARDO DE CLARAVAL. *Alabanzas de la Virgen María, «Super missus»*, 2ª homilía, 17. Apud: AUBRON, Pierre, *L'ouvre mariale de Saint Bernard*. Les Cahiers de la Vierge, n° 13-14, marzo del 1936. París: Edition du Cerf, pp. 68-69.

## BIBLIOGRAFÍA

### DOCUMENTOS DEL MAGISTERIO Y DE LOS PAPAS

1. CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II. Constitución conciliar *Sacrosanctum concilium*, sobre la Sagrada Liturgia, del 4 de diciembre de 1963. *AAS* 58 (1966).
2. \_\_\_\_\_. Constitución dogmática *Dei Verbum* sobre la Revelación Divina, del 18 de noviembre de 1965. *AAS* 58 (1966).
3. \_\_\_\_\_. Constitución dogmática *Lumen gentium*, sobre la Iglesia, del 21 de diciembre de 1964. *AAS* 57 (1965).
4. \_\_\_\_\_. Constitución pastoral *Gaudium et spes*, sobre la Iglesia en el mundo actual, del 07 de diciembre de 1965. *AAS* 58 (1966).
5. \_\_\_\_\_. Decreto *Ad gentes*, sobre la actividad misionera de la Iglesia, del 07 de diciembre de 1965. *AAS* 58 (1966).
6. \_\_\_\_\_. Decreto *Unitatis redintegratio*, sobre el Ecumenismo, del 21 de noviembre de 1964. *AAS* 57 (1965).
7. \_\_\_\_\_. Decreto *Christus Dominus*, sobre el Ministerio Pastoral de los Obispos, del 28 de octubre de 1965. *AAS* 58 (1966).
8. Pío IX. Bula *Ineffabilis Deus*: Epístola apostólica del 8 de diciembre de 1854, sobre la Inmaculada Concepción. Pii IX Pontificis Maximi Acta, Pars prima, Vol. 1.
9. \_\_\_\_\_. *Constitutio Apostolica Divini Cultus Sanctitatem Annus XXI*. Roma: Typis Vaticanis, 1928.
10. LEÓN XIII. Carta Encíclica *Octobri mense*, sobre el Rosario, del 22 de septiembre de 1891. *ASS* 24 [1891-1892].
11. \_\_\_\_\_. Carta Encíclica *Iucunda semper*, sobre la devoción al Santísimo Rosario, del 8 de septiembre de 1894. *ASS* 27 [1894-1895].
12. Pío X. Encíclica *Ad diem illum lætissimum, iubilæum extraordinarium orbi catholico indicentis, occasione quinquagesimi anniversarii a dogmatica definitione Immaculatæ B. M. V. Conceptionis*. *ASS* 36 (1903-1904).
13. \_\_\_\_\_. *Indulgentia pro oratione «Maria mater misericordiae»*, del 09 de mayo de 1906. *ASS* 40 (1907).
14. BENEDICTO XV. Carta apostólica *Inter sodalicia*, del 22 de marzo de 1918. *AAS* 10 (1918).
15. Pío XI, Carta Encíclica *Quas Primas*, sobre la fiesta de Cristo Rey, del 11 de diciembre de 1925. n. 7. *AAS* 17 (1925).
16. \_\_\_\_\_. Carta Encíclica *Lux Veritatis*, en el XV Centenario del Concilio de Éfeso, en que se proclamó la Maternidad Divina di Maria, del 25 de diciembre de 1931. *AAS* 23 (1931).

17. \_\_\_\_\_. Carta Encíclica *Casti Connubii*, sobre el matrimonio cristiano, del 31 de diciembre de 1930. *AAS* 22 (1930).
18. Pío XII. Carta Apostólica *Deiparae Virginis Mariae*: Propuesta de definición del Dogma de la Asunción de la Bienaventurada Virgen María, del 1º de mayo de 1946. *AAS* 42, 1950.
19. \_\_\_\_\_. Carta Encíclica *Ad Caeli Reginam*, sobre la realeza de la Santísima Virgen María y la Institución de su fiesta, del 11 de octubre de 1954. *AAS* 46 (1954).
20. \_\_\_\_\_. Carta Encíclica *Fulgens Corona*, indicación del Año Mariano, del 08 de septiembre de 1953. *AAS* 45 (1953).
21. \_\_\_\_\_. Constitución Apostólica *Munificentissimus Deus*, del 01 de noviembre de 1950. *AAS* 42 (1950).
22. \_\_\_\_\_. Carta Encíclica *Sacra Virginitas*, sobre la sagrada virginidad, del 25 de marzo de 1954. *AAS* 46 (1954).
23. PABLO VI. *Allocuzione de Conclusione della III Sessione del Concilio Vaticano II: Festa della Presentazione di Maria Santissima al Tempio*. Sabato, del 21 de noviembre de 1964. *AAS* 56 (1964).
24. \_\_\_\_\_. *Credo del Pueblo de Dios*, del 30 de junio de 1968. *AAS* 60 (1968).
25. \_\_\_\_\_. Exhortación Apostólica *Marialis Cultus*, para la recta ordenación y desarrollo del culto a la Santísima Virgen María, del 02 de febrero de 1974. *AAS* 66 (1974).
26. JUAN PABLO II. *Don y misterio: Autobiografía*, en el quincuagésimo aniversario de mi ordenación sacerdotal. Città del Vaticano: Libreria Editrice Vaticana, 1996.
27. \_\_\_\_\_. Audiencia general del 17 de diciembre de 1986. En: *Creo en Dios Padre: Catequesis sobre el Credo*, Tomo I. 5 ed. Madrid: Palabra, 1999.
28. \_\_\_\_\_. Audiencia general del 23 de julio de 1997. En: *Id. La Virgen María: Catequesis sobre el Credo (V)*. 2 ed. Madrid: Palabra, 2001.
29. \_\_\_\_\_. Audiencia general del 25 de octubre de 1978. En: *Insegnamenti di Giovanni Paolo II – 1978, Vol. I. Città del Vaticano: Libreria Editrice Vaticana, 1979*.
30. \_\_\_\_\_. Audiencia general del Miércoles, 29 de noviembre de 1995. En: *La Virgen María: Catequesis sobre el Credo (V)*. 2 ed. Madrid: Palabra, 2001.
31. \_\_\_\_\_. Audiencia general del 4 de septiembre de 1996. En: *La Virgen María: Catequesis sobre el Credo (V)*. 2 ed. Madrid: Palabra, 2001.
32. \_\_\_\_\_. *Carta a la familia Monfortana: Con ocasión del 160º aniversario de la publicación del Tratado de la verdadera devoción a la Santísima Virgen, de San Luis María Grignon de Montfort*, del 13 de enero de 2004. *Enchiridion Vaticanum*, v. 22. Bologne: Dehoniane, 2006.
33. \_\_\_\_\_. Carta Apostólica *Mane nobiscum Domine*, del 7 de octubre de 2004. *AAS* 97-4 (2005).

34. \_\_\_\_\_. Carta Apostólica *Mulieris dignitatem*, del 15 de agosto de 1988. AAS 80 (1988).
35. \_\_\_\_\_. Carta Apostólica *Rosarium Virginis Mariae*, sobre el Santo Rosario, del 16 de octubre de 2002. AAS 95 (2003).
36. \_\_\_\_\_. *Carta por ocasião do centenário da coroação de Nossa Senhora Aparecida*, 17 jul. 2004. En: *Insegnamenti di Giovanni Paolo II*, XXVII, 2, 2004 (Luglio-Dicembre). Città del Vaticano: Libreria Editrice Vaticana, 2006.
37. \_\_\_\_\_. Catequesis mariana del 09 de abril de 1997: *María, la única colaboradora en la redención*. En: *L'Osservatore Romano*, edición semanal en lengua española, del 11 de abril de 1997.
38. \_\_\_\_\_. *Creo en el Espíritu Santo: Catequesis sobre el Credo (III)*. 6 ed. Madrid: Palabra, 2003.
39. \_\_\_\_\_. Encíclica *Redemptoris Mater*, sobre a Bem-aventurada Virgem Maria na vida da Igreja peregrina. São Paulo: Paulinas, 1987.
40. \_\_\_\_\_. Encíclica *Redemptoris missio*, sobre la validez permanente del Mandato Misionero, del 07 de septiembre de 1990. AAS 83 (1991).
41. \_\_\_\_\_. *Homilía durante la celebración Eucarística en la Catedral Metropolitana de São Sebastião do Rio de Janeiro*, Brasil, en 4 de octubre del 1997. En: *A Família: Dom e Compromisso, Esperança da Humanidade*. II Encontro Mundial do Papa com as Famílias. Rio de Janeiro: Agir, 1997.
42. \_\_\_\_\_. Homilía en la Vigilia Pascual del 19 de abril de 2003. En: *Insegnamenti di Giovanni Paolo II*, XXVI, 1, 2001 (Gennaio-Giugno). Città del Vaticano: Libreria Editrice Vaticana, 2005.
43. \_\_\_\_\_. *La santidad perfecta de María*. Catequesis del 15 de mayo de 1996. En: *L'Osservatore Romano*, edición semanal en lengua española, del 17 mayo de 1996.
44. \_\_\_\_\_. *María en el Protoevangelio*, Catequesis del 24 de enero de 1996. En: *L'Osservatore Romano*, edición semanal en lengua española, del 26 de enero de 1996.
45. \_\_\_\_\_. Mensaje en el Angelus, 4 de diciembre de 1983. En: *Insegnamenti di Giovanni Paolo II*, VI/2. Città del Vaticano: Libreria Editrice Vaticana, 1983.
46. BENEDICTO XVI. Audiencia general del 25 de enero de 2012. En: *L'Osservatore Romano*, n. 5, del 29 de enero de 2012.
47. \_\_\_\_\_. Exhortación Apostólica postsinodal *Verbum Domini*, sobre la Palabra de Dios en la vida y en la misión de la Iglesia, del 30 de septiembre de 2010. AAS 102-11 (2010).
48. \_\_\_\_\_. *Homilía en la Basílica de Santa Sabina, Miércoles de Ceniza*, del 06 de febrero de 2008. En: OROZCO, Antonio. *Aprender de María*. Madrid: Rialp, 2010.
49. \_\_\_\_\_. *Homilía en la Solemnidad de la Madre de Dios*, del 01 de enero de 2008. En: *Insegnamenti di Benedetto XVI*, Vol. 1, 2008. Città del Vaticano: Libreria Editrice Vaticana, 2009.

50. \_\_\_\_\_. *Oración del Angelus*, del 08 de diciembre de 2008. En: *Insegnamenti di Benedetto XVI*, IV, 2, 2008 (Luglio-Dicembre). Città del Vaticano: Libreria Editrice Vaticana, 2006.
51. \_\_\_\_\_. *Oración a la Virgen de Loreto, en la Visita Pastoral a Loreto con ocasión del Ágora de los jóvenes italianos*, del 1º de septiembre de 2007. En: *Insegnamenti di Benedetto XVI*, III, 2, 2007 (Luglio-Dicembre). Città del Vaticano: Libreria Editrice Vaticana, 2008.
52. \_\_\_\_\_. Audiencia General del 12 de agosto de 2009. En: *L'Osservatore Romano*, del 14 de agosto de 2009.
53. \_\_\_\_\_. *Silencio y Palabra: Camino de evangelización. Mensaje para la XLVI Jornada mundial de las comunicaciones sociales*, del 20 de mayo de 2012. En: *L'Osservatore Romano*, n. 5, del 29 de enero de 2012.
54. CONSELHO EPISCOPAL LATINO-AMERICANO – CELAM. *A celebração do mistério pascal: Outras expressões celebrativas do mistério pascal e a liturgia na vida da Igreja*. São Paulo: Paulus, 2007.
55. CONSEJO EPISCOPAL LATINOAMERICANO – CELAM. V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe. *Aparecida: Documento final*. Lima: Conferencia Episcopal Peruana, 2007.
56. \_\_\_\_\_. IV Conferencia General del Episcopado latinoamericano (Santo Domingo, 1992). *Nueva Evangelización, promoción humana, cultura cristiana: «Jesucristo ayer, hoy y siempre»*. Lima: Conferencia Episcopal Peruana, 1992.
57. CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA. *Misas de la Virgen María I – Misal*. 8 ed. España: Coeditores Litúrgicos, 2006.
58. \_\_\_\_\_. *Misas de la Virgen María II – Leccionario*. 8 ed. España: Coeditores Litúrgicos, 2006.
59. CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE. Declaración *Dominus Iesus: Sobre la Unicidad y la Universalidad Salvífica de Jesucristo y de la Iglesia*. Lima: EPICONSA, Conferencia Episcopal Peruana, Paulinas, 2002.
60. CONGREGATIO PRO DOCTRINA FIDEI, *Documenta: Inde a Concilio Vaticano Secundo expleto edita (1966-2005)*. Città del Vaticano: Libreria Editrice Vaticana, 2006.
61. \_\_\_\_\_. *Declaratio de duobus operibus professoris Ioannis Küng*, del 15 de febrero de 1975. *AAS* 67 (1975).
62. \_\_\_\_\_. *Declaratio de quibusdam capitibus doctrinæ theologicae professoris Ioannis Küng*, del 15 de diciembre de 1979. *AAS* 72 (1980).
63. \_\_\_\_\_. *Lettera ai vescovi della Chiesa Cattolica sulla collaborazione dell'uomo e della donna nella Chiesa e nel mondo*, del 31 de mayo de 2004. 2. ed. Roma: Paoline, 2004.



## BIBLIOGRAFÍA GENERAL

64. AAVV. *Lectio divina para cada día del año*, n. 11: Ferias del Tiempo Ordinario (semanas 18-25), años impares. Navarra: Verbo Divino, 2003.
65. ABAD IBAÑEZ, J. A.; GARRIDO BONAÑO, M. *Iniciación a la liturgia de la Iglesia*. 2 ed. Madrid: Palabra, 1998.
66. ADAM, Karl. *Cristo nuestro hermano*. Barcelona : Herder, 1963.
67. AGUSTIN DE HIPONA. *Obras completas de San Agustín*, edición bilingüe, Tomo X, *Sermones* (2º) 51-116. Sobre los Evangelios Sinópticos. Madrid: BAC, 2007.
68. \_\_\_\_\_. *Obras completas de San Agustín*, edición bilingüe, Tomo XII, *Tratados morales*. Madrid: BAC, 2007.
69. \_\_\_\_\_. *Obras Completas de San Agustín*, Tomo XXXI: *Escritos antimaniacos* (2º) *Contra Fausto*, edición bilingüe. Madrid: BAC, 1993.
70. ALAIZ, Atilano. *El Don de la Palabra: Ciclo C*. Madrid: PS Editorial, 2003.
71. ALASTRUEY, Gregorio. *Tratado de la Virgen Santísima*. Madrid: BAC, 1952.
72. ALBERICH, Emilio Sotomayor. *La catequesis en la Iglesia: Elementos de catequesis fundamental*. 2 ed. Madrid: Central Catequística Salesiana, 1991.
73. ALDAZÁBAL, José. *Dizionario sintetico de liturgia*. Città del Vaticano: Libreria Editrice Vaticana, 2001.
74. AMBROSIO DE MILÁN. *Escritos sobre la virginidad*. Introducciones, traducción y notas de Domingo Ramos-Lissón. Madrid: Ciudad Nueva, 2011.
75. ARBEX, Pedro. *A Divina Liturgia Explicada e Meditada: Introdução à liturgia bizantina*. Aparecida: Santuário, 2001.
76. ARTOLA ARBIZA, Antonio María. *Mística y sistemática en la Mariología*. Callao: Facultad de Teología *Redemptoris Mater*, 2010.
77. \_\_\_\_\_. *La Biblia como palabra de Dios en el Vaticano I y el Vaticano II*. En: Alfa Omega 7, 2004.
78. ASIMOV, Isaac. *Guía de la Biblia: Antiguo Testamento*. Barcelona: Plaza & Janes, 1988.
79. AUER, Johann. *Curso de Teología Dogmática*, Tomo IV/2, Jesucristo, Salvador del Mundo, María en el plan Salvífico de Dios. Barcelona: Herder, 1990.
80. BAGATTI, B. *L'Eglise de la Circoncision*. Jerusalén: Studium Biblicum Franciscanum, 1965.
81. BALZ, Horst; SCHNEIDER, Gerhard. *Diccionario Exegético del Nuevo Testamento*. Salamanca: Sígueme, 2005.
82. BANDERA, Armando. *La Virgen María y los Sacramentos*. Madrid: Rialp, 1978.

83. \_\_\_\_\_. *María en el misterio de Cristo: La unidad por María*. Burgos: OPE, 1967.
84. BASTERO DE ELEIZALDE, Juan Luis. *Sinopsis histórica de las Letanías Lauretanas*. En: *Archivum Historiæ Pontificiæ*. Roma: Pontificia Università Gregoriana, Facoltà di Storia Ecclesiastica, 2006.
85. \_\_\_\_\_. *María, Madre del Redentor*. 2. ed. Pamplona: EUNSA, 2004.
86. \_\_\_\_\_. *Virgen Singular: La reflexión teológica mariana en el siglo XX*. Madrid: Rialp, 2001.
87. BECKHÄUSEN, Alberto (Coordinador). *Tradição Apostólica de Hipólito de Roma: Liturgia e Catequese em Roma no século III, tradução da versão latina e notas por NOVAK, Maria da Glória*. Petrópolis: Vozes, 1981.
88. BERNAL, J. M. *Iniciación al Año Litúrgico*. Madrid: Cristiandad, 1984.
89. BERRIZBEITIA HERNÁNDEZ, Francisco. *La Credibilità della Rivelazione Cristiana*. Roma: Pontificia Università Gregoriana: Facoltà di Teologia – Dipartimento di Teologia Fondamentale, 2009.
90. BETTENCOURT, Estêvão Tavares. *Curso de Liturgia*. Rio de Janeiro: *Mater Ecclesiæ*, 1999.
91. \_\_\_\_\_. *Curso de Mariologia*. Rio de Janeiro: *Mater Ecclesiæ*, 1997.
92. BIANCHI, Enzo. *El Apocalipsis: Comentario exegético-espiritual*. Salamanca: Sígueme, 2009.
93. BISINOTO, Eugênio. *Para conhecer e amar Nossa Senhora*. Aparecida: Santuário, 2005.
94. BOBRINSKOY, Boris. *¿Como permanece la Iglesia en la Verdad? Respuesta ortodoxa*. En: *Concilium*, Revista internacional de Teología, n. 168, ¿Quién tiene la palabra en la Iglesia?. Madrid: Cristiandad, 1981.
95. BOCCACCINI, Gabriele. *Além da hipótese essênica: A separação dos caminhos entre Qumran e o judaísmo enóquico*. São Paulo: Paulus, 2010.
96. BOSCH, David J. *Misión en transformación: Cambios de paradigma en la teología de la misión*. Michigan: Desafío, 2005.
97. BOSSUET, Jacques Bénigne. *II.<sup>e</sup> Sermon pou la fête de L'Assomption de la S.<sup>te</sup> Vierge*, (prêché devant la Reine), Oeuvres de Bossuet, évêque de Meaux, revues sur les manuscrits originaux, et les édition les plus correctes, Tome XV. Versailles: De L'imprimerie de J. A. Lebel, Imprimeur du Roi, 1816.
98. BOYER, Charles. *Réflexions sur la Corédemption de Marie*. En: *Alma Socia Christi*. Roma, 1952.
99. BROWN, Raymond E. *La muerte del Mesías: Desde Getsemaní hasta el sepulcro*. Tomo I: Comentarios a los relatos de la Pasión de los cuatro evangelios. Navarra: Verbo Divino, 2005.
100. BROWN, Raymond E.; FITZMYER, Joseph A.; MURPHY, Roland E. *Comentario Bíblico «San Jerónimo»*, Tomo IV: Nuevo Testamento II. Madrid: Cristiandad, 1972.

101. BURKLE, Hörst (dir.). *La Misión de la Iglesia*. Primera Parte: Sistemática, problemas teológicos fundamentales. Valencia: EDICEP, 2002.
102. CALABUIG, Ignazio Maria; PERELLA, Salvatores M. *Le litanie della Beata Vergine: Storia - Teologia – Significato*. Roma: Marianum LXX (2008).
103. CANTALAMESSA, Raniero. *María Espejo de la Iglesia*. Valencia: EDICEP, 1991.
104. CANTU, Cesare. *História Universal*, Vol. 2. São Paulo: Editora das Américas, 1953.
105. CARDA PITARCH, Jose Maria. *El Misterio de María*. 2 ed. Madrid: Sociedad de Educación Atenas, 1986.
106. CARDENAL FERNÁNDEZ, Teodoro. *La liturgia fuente de santificación*. Madrid: Cuadernos BAC, n. 54, 1982.
107. CAROL, Juniper B. (dir.). *Mariología*. Madrid: BAC, 1964.
108. CEUPPENS, P. F. *Theologia Biblica*, Tomo IV. Torino: Marietti, 1948.
109. CHARPENTIER, Etienne. *¡Cristo ha resucitado!*. 4. ed. Navarra: Verbo Divino, 1981.
110. CIRARDA LACHIONDO, José María. *María, la Virgen*. Madrid: Cuadernos BAC, 1978.
111. CLÁ DIAS, João Scognamiglio. *Mãe do Bom Conselho*. São Paulo: Artpress, 1995.
112. \_\_\_\_\_. *Pequeno Ofício da Imaculada Conceição comentado*. 2 ed. São Paulo: Associação Católica Nossa Senhora de Fátima, 2010.
113. CLARAMUNT, Salvador. *Las síntesis culturales: Las universidades. Los mendicantes y las formas de piedad en el siglo XIII*. En: AAVV. *Historia de la Edad Media*. 2 ed. Barcelona: Ariel, 2008.
114. CLARET, Antonio María. *Catecismo de la doctrina cristiana: Explicado y adaptado a la capacidad de los niños*. Barcelona: Imprenta de Pablo Riera, 1851.
115. CONCILIUM LEGIONIS MARIE. *Manual oficial de la Legión de María*. Dublin, 1997.
116. CONGAR, Yves Marie-Joseph. *Diario del Concilio: Segunda Sesión: Iglesia, episcopado, ecumenismo, la Virgen María*. Barcelona: Estela, 1964.
117. \_\_\_\_\_. *El Espíritu Santo*. Barcelona: Herder, 1991.
118. \_\_\_\_\_. *Propiedades esenciales de la Iglesia*. En: *Mysterium Satutis: Manual de teología como historia de la salvación*. Madrid: Cristiandad, 1973.
119. \_\_\_\_\_. *Sacerdocio y laicado*. Barcelona: Estela, 1964.
120. CORDEIRO, José de Leão (organización). *Antologia Litúrgica: Textos litúrgicos, patrísticos e canónicos do primeiro milénio*. Fátima: Secretariado Nacional de Liturgia, Santuário de Fátima, 2003.
121. CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. *Via Crucis*. En: *Catolicismo n. 3*, São Paulo: Pe. Belchior Pontes, marzo de 1951.

122. COYLE, Kathleen. *Maria na tradição cristã: A partir de uma perspectiva contemporânea*. 2 ed. São Paulo: Paulus, 2005.
123. CUADRADO, Anastasio. *Liturgia Sacra*. Valladolid: Instituto de Fomento de Cultura, 1954.
124. CUERVO, Manuel. *El postulado de la Maternidad Divina en Mariología*. Guadalajara (España): Ope, 1970.
125. CURY, Augusto. *Maria, a maior educadora da História: Dez princípios que Maria utilizou para educar o Menino Jesus. Uma visão da Psicologia, Psiquiatria e Pedagogia sobre a mulher mais famosa e desconhecida da História*. São Paulo: Planeta, 2007.
126. DAL COVOLO, Enrico; SERRA, Aristide (a cura di). *Storia della mariologia*. Vol. 1: Dal modello biblico al modello letterario. Italia: Città Nuova, 2009.
127. DE ALDAMA, José Antonio. *María en la Patrística de los siglos I y II*. Madrid: BAC, 1970.
128. \_\_\_\_\_. *María en sus relaciones con la Santísima Trinidad*. En: AAVV. *Mariología Fundamental: María en el Misterio de Dios*. Salamanca: Secretariado Trinitario, 1995.
129. DE AQUINO, Tomás, *Suma Teológica: O Mistério da Encarnação*. Vol. VIII: Parte III, Questões 1-59. São Paulo: Loyola, 2002.
130. \_\_\_\_\_. *Catecismo Tomista: El Credo, el Padrenuestro, los Mandamientos, El Avemaría, Los Dos Preceptos de la Caridad, Los Artículos de la Fe y los Sacramentos de la Iglesia*. Buenos Aires: Gladius / Vórtice, 2005.
131. \_\_\_\_\_. *Commento alle Sentenze di Pietro Lombardo e testo integrale di Pietro Lombardo*. Libro Quarto. Distinzioni 24-42. *L'Ordine, il Matrimonio*. Traduzione a cura della Redazione delle Edizione Studio Domenicano. Bologna: ESD, 2001.
132. \_\_\_\_\_. *O Pai Nosso e a Ave Maria*. Rio de Janeiro: Cadernos Permanência, 1979.
133. DE CESAREA, Eusebio. *Historia Eclesiástica: La formación de la Iglesia desde el siglo I hasta el siglo III*. Traducción directa del griego por GRAYLING, George. Barcelona: Clie, 2008.
134. DE FIORES, Stefano. *Maria Virgo Sacerdos nell'orizzonte del popolo sacerdotale*. En: TONIOLO, Ermanno M. (a cura di). *Maria e il sacerdozio*. Roma: Centro de Cultura Mariana, 2010
135. \_\_\_\_\_. (dir.) *Diccionario de Espiritualidad Monfortiana*. Santafé de Bogotá: Centro Monfortiano, 1998.
136. \_\_\_\_\_. (dir.) *Dictionnaire de Spiritualité Monfortaine*. Québec: Novalis, 1994.
137. DE FIORES, Stefano; MEO, Salvatore. *Nuevo Diccionario de Mariología*. Madrid: Paulinas, 1988.
138. DE FIORES, Stefano; GAMBERO, Luigi (a cura di). *Testi Mariani del Secondo Millennio*. Tomo 6: Autori moderni dell'Occidente (secc. XVIII-XIX). Roma: Città Nuova, 2005.

139. DE IRAGUI, Serapio. *El papel de la Virgen María en el misterio de la Redención*. Publicado en *Anales de la Facultad de Teología* n. 15-16. Santiago de Chile: Universidad Católica de Chile, 1964.
140. DE LA PUENTE, Luis. *Meditaciones sobre los Misterios de Nuestra Santa Fe con la practica de la oración mental sobre ellos*, Tomo I. Madrid: Apostolado de la Prensa, 1962.
141. DE LIGORIO, Afonso Maria. *Las Glorias de María: Comentarios a la Salve Regina*. Bogotá: Caballeros de la Virgen, 2007.
142. DE LUBAC, Henri. *El Drama del Humanismo Ateo*. Madrid: Encuentro, 1990.
143. DE LUIS, Pío. *La Santa Virginitad: Introducción, versión, bibliografía y notas*. En: Obras completas de San Agustín, edición bilingüe, Tomo XII, Tratados morales. Madrid: BAC, 2007.
144. DE SALES, San Francisco. *Tratado del amor de Dios*, VII, c. XII. Buenos Aires: Starveritas, 2006.
145. DELIUS, Walter. *Geschichte der Marienverherung*. Basel, 1963, p. 26. Apud: POSENER, Alan. *María*. Madrid: Edaf, 2004.
146. DENZINGER, Heinrich; HÜBERMAN, Peter. *Compêndio dos Símbolos*. São Paulo: Paulinas, 2007.
147. DENZINGER, Heinrich; SCHÖNMETZER, Adolfus. *Enchiridion Symbolorum: Definitionum et Declarationum de rebus fidei et morum*. Barcelona: Herder, 1964.
148. DILLON, Georges F. *La Vierge Mère du Bon Conseil*. Bruges: Desclée de Brouwer, 1885.
149. DODD, C.H. *El Fundador del Cristianismo*. Barcelona: Herder, 1977.
150. DOMINI, Anastasia. *La festa dei "Sette Dolori della B.V.M." secondo Dom Prosper Gueránger*. En: AAVV. *Corredemptrix Annali Mariani*, 2008, Santuario della B.V.M. Del Buon Consiglio. Frigento: Casa Mariana, 2008.
151. \_\_\_\_\_. *La Beata Vergine Maria "Summa Contemplatrix": La spada del cuore*. En: AAVV. *Corredemptrix Annali Mariani*, 2008, Santuario della B.V.M. Del Buon Consiglio. Frigento: Casa Mariana, 2008.
152. \_\_\_\_\_. *Regina Angelorum*. En: AAVV. *Corredemptrix Annali Mariani*, 2008, Santuario della B.V.M. Del Buon Consiglio. Frigento: Casa Mariana, 2008.
153. EDIN, Hubert. *Manual de Historia de la Iglesia III*. Barcelona: Herder, 1968.
154. EKONOMOU, Andrew J. *Byzantine Rome and the Greek Popes: Eastern Influences on Rome and the Papacy from Gregory the Great to Zacharias, A.D. 590-752*. Estados Unidos de América: Lexington Book, 2007.
155. EL CORÁN. Versión castellana de Julio Cortés. San Salvador: Biblioteca Islámica «Fátimah Az-Zahra», 2005.
156. ESCRIVÁ DE BALAGUER, Josemaría. *Amigos de Dios: Homilías*. 25. ed. Madrid: Rialp, 1977.

157. \_\_\_\_\_. *Camino*. 4. ed. Lima: Hemisferio, 1998.
158. \_\_\_\_\_. *Consideraciones espirituales*. Cuenca, 1934.
159. \_\_\_\_\_. *Es Cristo que pasa: Homilias*. 35. ed. Madrid: Rialp, 1973.
160. \_\_\_\_\_. *Forja*. México: Minos III Milenio, 2001.
161. \_\_\_\_\_. *Gurutz-Bidea, Via Crucis*. Madrid: Rialp, 1981.
162. \_\_\_\_\_. *Santo Rosario*. 41 ed. Madrid: Rialp, 1997.
163. \_\_\_\_\_. *Surco*. Madrid: Rialp, 1986.
164. ESQUERDA Bifet, Juan. *Espiritualidad Mariana de la Iglesia: María en la vida espiritual cristiana*. Madrid: Sociedad de Educación Atenas, 1994.
165. \_\_\_\_\_. *Giovanni Paolo II pellegrino in Santa Maria Maggiore: La «Statio» mariana di Papa Giovanni Paolo II*. Roma: Centro de Cultura Mariana «Madre della Chiesa», 2001.
166. EUDES, Juan. *El Corazón admirable de la Madre de Dios*. Madrid: Editorial y Librería CO. CUL., 1959.
167. \_\_\_\_\_. *El Corazón de Jesús*. Bogotá: Editorial San Juan Eudes, 1957.
168. FERLAY, Philippe. *María, Madre de los hombres: Orar a María en la Iglesia*. Santander: Sal Terrae, 1987.
169. FERNÁNDEZ, Aurelio. *Teología Dogmática: Curso fundamental de la fe católica*. Madrid: BAC, 2009.
170. FERNÁNDEZ, Rosa A. *Devociones y oraciones marianas*. Caracas: Paulinas, 2001.
171. FERRATER MORA, José. *Dicionário de Filosofia*, Tomo I: A-D. São Paulo: Loyola, 2000.
172. FITZMEYER, Joseph A. *El Evangelio según Lucas*, Tomo I, Introducción general. Madrid: Cristiandad, 1986.
173. FLECHA ANDRÉS, José Román; MARTÍNEZ PUCHE, José Antonio. *Via Crucis: De la Cruz a la luz, 16 formularios*. Madrid: Edibesa, 2002.
174. FLICK, Maurizio; ALSZEGHY, Zoltan. *Antropología Teológica*. Salamanca: Sígueme, 1970.
175. FLORES, Juan Javier. *Introdução à Teologia Litúrgica*. São Paulo: Paulinas, 2006.
176. FLORISTÁN, Casiano. *Celebraciones de la comunidad: Año litúrgico, Sacramentos, Situaciones diversas, Antología de textos*. Santander: Sal Terrae, 1996.
177. FORMENT GIRALT, Eudaldo. *Historia de la filosofía II: Filosofía medieval*. Madrid: Palabra, 2004.
178. FORTE, Bruno. *Iglesia Ícono de la Trinidad: Breve eclesiología*. Salamanca: Sígueme, 1992.

179. \_\_\_\_\_. *Maria, a mulher ícone do mistério: Ensaio de mariologia simbólico-narrativa*. São Paulo: Paulinas, 1992.
180. FRANQUESA, Adalberto M. *Epifanía del Señor*. En: AAVV. *Año Cristiano 01* – enero. Madrid: BAC, 2005.
181. FUENTES MENDIOLA, Antonio. *La aventura divina de María*. Madrid: Rialp, 1998.
182. GALOT, Jean. *María en el Evangelio*. Madrid: Apostolado de la Prensa, 1960.
183. GARCIA MAZO, Santiago José. *El Catecismo de la doctrina cristiana explicado*. Valladolid: Imprenta de Don Julian Pastor, 1839.
184. GARCÍA PAREDES, José Cristo Rey. *Mariología*. Madrid: BAC, 1995.
185. GARDNER, N. (editor). *The Divine Poems of John Donne*. Oxford: Clarendon, 1966.
186. GARRIGOU-LAGRANGE, Reginauld. *La Madre del Salvador y nuestra vida interior*. Madrid: Rialp, 1990.
187. GHERARDINI, Brunero. *La Corredentrice nel mistero di Cristo e della Chiesa*. Roma: Vivere In, 1998.
188. \_\_\_\_\_. *La Madre: Maria in una sintesi storico-teologica*. Frigento: Casa Mariana, 2007.
189. \_\_\_\_\_. *Sta la Regina alla tua destra*. Saggio storico-teologico sulla Regalità di Maria. Roma: Vivere In, 2002.
190. \_\_\_\_\_. *Iglesia*. En: DE FIORES, Stefano; MEO, Salvatore. *Nuevo Diccionario de Mariología*. Madrid: Paulinas, 1988
191. GNILKA, Joachim. *Jesús de Nazaret: Mensaje e historia*. Barcelona: Herder, 1993.
192. GONZÁLEZ MARTÍN, Marcelo. *Nuevos escenarios y líneas emergentes en la teología católica contemporánea*. En: *Revista de la Facultad de Teología de la Pontificia Universidad Católica Argentina*, N°. 84, 2004.
193. GONZÁLEZ, Carlos Ignacio. *María en los Padres Griegos: Estudio introductorio y textos*. México: Conferencia del Episcopado Mexicano, 1993.
194. GONZÁLEZ, Justo L. *Historia del Pensamiento Cristiano: Desde los principios hasta nuestros días*, Tomo II, Desde San Agustín hasta la Reforma Protestante. Miami: Caribe, 1992.
195. GRANDSAIGNES D'HAUTERIVE, R. *Dictionnaire des racines des langues européennes*. París: Larousse, 1948.
196. GRELOT, Pierre. *Hombre, ¿quién eres?: Los once primeros capítulos del Génesis*. Navarra: Verbo Divino, 1976.
197. GRIGNION DE MONTFORT, Louis-Marie. *El Amor de la Sabiduría Eterna*. En: PEREZ, Nazario; ABAD, Camilo Maria. *Obras Completas de San Luis Maria Grignion de Montfort*. Madrid: BAC, 1954.

198. \_\_\_\_\_. *Trattato della vera devozione a Maria*. Introducción, notas y comentarios de Battista Cortinovis. Roma: Città Nuova, 2000.
199. \_\_\_\_\_. *Traité de la vraie dévotion à la sainte Vierge*. Montreal: Librairie Monfortaine, 1961.
200. \_\_\_\_\_. *Tratado de la verdadera devoción a la Santísima Virgen*. 4 ed. Lima: Consecratio Mundi, 2009.
201. GUARDINI, Romano. *El Espíritu de la Liturgia*. Cuadernos Phase. Barcelona: Centre de Pastoral Litúrgica, 2006.
202. \_\_\_\_\_. *La Madre del Señor: Una carta y en ella un esbozo*. Madrid: Guadarrama, 1965.
203. HAFFNER, Paul. *The Assumption of Our Lady*. En: AAVV. *Mariology: A guide for Priests, Deacons, Seminarians, and Consecrated Persons*. Estados Unidos de América: Queenship Publishing, 2007.
204. HIDALGO DÍAZ, Pedro. *El Continente de mi esperanza: Juan Pablo II y la Nueva Evangelización de América*. Lima: Sociedad de San Pablo, 2011.
205. \_\_\_\_\_. *Cuestiones Actuales de Cristología*. Lima: Facultad de Teología Pontificia y Civil de Lima, 2010. (Apuntes de clase).
206. HIERONIMY, Eusebi. *De Perpetua Virginitate Beatæ Mariæ, Adversus Helvidium*, Liber unus, n. 17, PL 23, 211, ed. 1883.
207. HUCKE, Helmut. *La música litúrgica*. En: *Concilium: Revista internacional de Teología*, febrero de 1965. Madrid: Cristiandad, 1965.
208. IBÁÑEZ, Javier; MENDOZA, Fernando. *La Madre del Redentor*. Madrid: Palabra, 1988.
209. IBÁÑEZ, Javier. *San Atanasio*. En: *Gran Enciclopedia Rialp: Humanidades y Ciencia*. Rialp, España, 1991.
210. IRINEU de Lião. *Contra as Heresias: Denúncia e refutação da falsa gnose*, L. V, 19, 1. São Paulo: Paulus, 1995.
211. IVORRA, Adolfo. *Compendio de Liturgia Fundamental Lex credendi – Lex orandi*. Valencia: Edicep, 2007.
212. JEANJACQUOT, Pierre. *Simple explications sur la coopération de la Très-Sainte Vierge a l'oeuvre de la Rédemption et sur sa qualité de Mère des Chrétiens*. París: Joseph Albanel Libraire, 1868.
213. JOSEFO, Flavio. *História dos Hebreus: De Abraão à queda de Jerusalém*. Obra completa. Rio de Janeiro: Casa Publicadora das Assembléias de Deus, 2008.
214. KOLODIEJCHUK, Brian. (Edición y comentarios). *Madre Teresa, ven, sé mi luz: Las cartas privadas de «la santa de Calcuta»*. Barcelona: Planeta, 2008.
215. KRIEGER, Murilo S. R. *Com Maria a Mãe de Jesus*. São Paulo: Paulinas, 2001.



216. KÜNG, Hans. *Libertad conquistada: Memorias*. Madrid: Trotta, 2003.
217. LACORDAIRE, Henri-Dominique. *La vie de Saint Dominique: Précédée du Mémoire pour le rétablissement en France de l'Ordre des Frères Prêcheurs*. 5 ed. París: Librairie de Mme. Ve. Poussielgue-Rusand, 1857.
218. LADARIA, Luis F. *Introducción a la Antropología teológica*. Navarra: Verbo Divino, 1993.
219. LAFRANCE, Jean. *La oración del corazón*. Madrid: Narcea, 1984.
220. LÄPPLE, Alfred. *Anuncio de Cristo en el año litúrgico: Comentarios bíblico-pastorales a las perícopas dominicales y festivas - Ciclo A*. España: Paulinas, 1971.
221. LAURENTIN, René. *Breve Tratado de teología Mariana*. Petrópolis: Vozes, 1965.
222. \_\_\_\_\_. *La Vergine Maria: Mariologia post-conciliare*. 4 ed. Roma: Paoline, 1973.
223. \_\_\_\_\_. *La Vierge au concile: Présentation, texte et traduction du chapitre VIII de la Constitution dogmatique Lumen Gentium consacré à la Bienheureuse Vierge Marie, mère de Dieu dans le Mystère de l'Eglise*. París: P. Lethielleux, 1965.
224. \_\_\_\_\_. *Le titre de Coredemptrice: Étude historique*. París: Nouvelles Editions Latines, 1951.
225. \_\_\_\_\_. *María Clave del Misterio Cristiano: La más cercana a los hombres, porque es la más cercana a Dios*. Madrid: San Pablo, 1996.
226. \_\_\_\_\_. *Structure et Théologie de Lucas I-II*. París: Gabalda, 1957.
227. LE BACHELET, X. *Immaculée Conception*. En: *Dictionnaire de Théologie Catholique*, Tomo VII. París: Letouzey et Ane, 1913.
228. LE POITTEVIN, P.; CHARPENTIER, Etienne. *El evangelio según san Mateo*. 8 ed. Navarra: Verbo Divino, 1987.
229. LECLERCQ, Jean. *La Liturgia y las paradojas cristianas*. Bilbao: Mensajero, 1966.
230. LELLOTE, F. *Rabbôni: Consignas y oraciones para mejor servir a Cristo*. Madrid: Stvdivm, 1964.
231. LHOUMEAU, Antonin. *La Vida Espiritual en la escuela de San Luis María Grignon de Montfort*. Córdoba: Talleres Gráficos de Corintios 13, 2011.
232. LITURGIA DAS HORAS, segundo o Rito Romano. Tomo IV, Tempo Comum, 18ª – 34ª semana. São Paulo: Editores Reunidos, 1999.
233. LLAMERA, Marceliano. *El sacerdocio maternal de María*. En: *Scripta de Maria 4* (1981). Huesca: Instituto Mariológico de Torreciudad, 1981.
234. LOARTE, José Antonio. *El tesoro de los Padres: Selección de textos de los Santos Padres para el cristiano del tercer milenio*. Madrid: Rialp, 1998.

235. LOEW, Jacques. *En la escuela de los grandes orantes*. Madrid: Narcea, 2000.
236. LÓPEZ MARTIN, Julián. *La Liturgia de la Iglesia: Teología, historia, espiritualidad y pastoral*. Madrid: BAC, 1996.
237. LORCA, Bernardino. *Manual de Historia Eclesiástica*. Barcelona: Labor, 1951.
238. LUDWIG, Ott. *Manual de Teología Dogmática*. Barcelona: Herder, 1966.
239. LUIS, Ángel. *Asunción de Nuestra Señora*. En: AAVV. *Año Cristiano, VIII – Agosto*. Madrid: BAC, 2005.
240. MADRES PASIONISTAS DE OVIEDO. *San Gabriel de la Dolorosa: Un Santo todo de María*. 2. ed. Lima: 2007.
241. MAGGIONI, Corrado. *Maria nel Lezionario della Messa: Principi e prassi del “Missale Romanum”*. En: AAVV. *María e la parola de Dio: Rivelata celebrata vissuta, a cura di TONIOLO, Ermanno M.* Roma: Centro di Cultura Mariana «Madre della Chiesa», 2009.
242. MALDONADO, Luis. *La Plegaria Eucarística: Estudio de teología bíblica y litúrgica sobre la misa*. Madrid: BAC, 1967.
243. MANELLI, Stefano M. *La soteriologia mariana nei misteri dolorosi del Rosario*. En: AAVV. *Corredemptrix Annali Mariani*, 2008, Santuario della B.V.M. Del Buon Consiglio. Frigento: Casa Mariana, 2008.
244. MANSI, Joannes Dominicus. *Sacrorum Conciliorum: Nova et amplissima collectio*, Tomo XXIX. Venecia: Franciscum ex Nicolao Pezzana, 1788.
245. MANZANERA, Miguel. *María Corredentora en la Historia de la Salvación*. En: *Yanchay*, Revista de cultura, filosofía y teología, año 15, n. 27. Cochabamba: Universidad Católica Boliviana, 1998.
246. MANZANO, Mercedes G. *La cuestión de la mujer*. Madrid: Cuadernos BAC, 1987.
247. MARÍN, Hilario. *Doctrina Pontificia IV: Documentos marianos*. Madrid: BAC, 1954.
248. MARTINS MOREIRA, Francisco Adail. *Festas litúrgicas de Jesus e Maria*. São Paulo: Loyola, 2003.
249. MASTRAL, Daniel; MASTRAL, Isabela. *Voz que clama no deserto*, Vol. 2. São Paulo: Naós, 2007.
250. MATEO-SECO, Lucas F. *Envió Dios a su Hijo, nacido de Mujer: Gálatas 4, 4-5 en el pensamiento patrístico anterior al Concilio de Éfeso*. En: *Scripta Theologica*, Revista de la Facultad de Teología de La Universidad de Navarra, Vol. 32, Fasc. 1. Pamplona: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, 2000.
251. MEERSSEMAN, Gilles Gérard. *Der Hymnos Akathistos im Abendland*, II, Freiburg: Universitätsverlag, 1960.
252. MERKELBACH, Benito Enrique. *Mariología: Tratado de Santísima Virgen María Madre de Dios y mediadora entre Dios y los hombres*. Bilbao: Desclée de Brouwer, 1954.

253. MESTERS, Carlos y equipo bíblico CRB. *Seguir a Jesús: Los Evangelios*. Serie Tu Palabra es vida. Navarra: Verbo Divino, 2000.
254. MIMOUNI, Simon Claude. *Dormition et Assomption de Marie: Histoire des traditions anciennes*. París: Beauchesne, 1995.
255. MIRAVALLE, Mark I. (Editor). *Mary, Coredemptrix, Mediatrix, Advocate: Theological foundations. Towards a Papal Definition?* Santa Barbara: Queenship, 1995.
256. \_\_\_\_\_. *Mary, Coredemptrix, Mediatrix, Advocate*. Santa Barbara: Queenship, 1993.
257. \_\_\_\_\_. *La Corredención y Mediación de Nuestra Señora en relación a la Santísima Trinidad, en el Simposio Internacional sobre la Corredención Mariana*. Inglaterra: Actas del Simposio sobre la Corredención Mariana, 1999.
258. MONTOJO MAGRO, Ignacio. *La herejía nestoriana y el dogma de la Maternidad Divina*. En: *Revista Heraldos del Evangelio*, n. 92. Lima, marzo de 2011.
259. MÜLLER, Alois. *María en el acontecimiento Cristo*. En: AAVV. *Mysterium Salutis: Manual de teología como historia de la salvación*, Tomo III. Madrid: Cristiandad, 1971.
260. NAPIORKOWSKY, Stanislaw. *Panorama actual de la mariología*. En: *Concilium*, Revista internacional de Teología, 29, espiritualidad. Madrid: Cristiandad, 1967.
261. NEUNHEUSER, Burkhard. *História da liturgia através das épocas culturais*. São Paulo: Loyola, 2007.
262. NEVES, Audálio, C.M. *Maria no Evangelho*. Rio de Janeiro: Revista Continente, 1983.
263. NICOLAS, Marie-Joseph. *Theotokos le Mystere de Marie*. Paris: Desclée, 1965.
264. OROZCO, Antonio. *Madre de Dios y Madre Nuestra: Iniciación a la Mariología*. 2. ed. Madrid: Rialp, 1996.
265. PADOVESE, Luigi. *Introducción a la Teología Patrística*. Navarra: Verbo Divino, 1996.
266. PARRA SÁNCHEZ, Tomás. *Diccionario de liturgia*. México: Paulinas, 2003.
267. PASCUAL DÍAZ DE AGUILAR, Juan Antonio. *Manifestación de María a través de la liturgia*. Madrid: BAC, 2004.
268. PATSCH, José. *A Mãe do Senhor*. São Paulo: Paulinas, 1959.
269. PEYRET, Raymond. *A vida silenciosa de Marthe Robin*. París: Desclée de Brouwer, 1988.
270. PEZZINI Domenico. *Preghiamo: Meditazioni sulle collette delle domeniche e delle feste*. Bologna: Paoline, 1995.
271. PHILIPON, Marie-Michel. *Los dones del Espíritu Santo*. Barcelona: Balmes, 1966.
272. PIÉ-NINOT, Salvador. *La teologia fondamentale: «Rendere ragione della speranza»*. 3. ed. Brescia: Queriniana, 2007.
273. PIKAZA IBARRONDO, Xavier. *La Madre de Jesús: Introducción a la mariología*. 2. ed. Salamanca: Sígueme, 1990.

274. PLAZAOLA, Juan. *Historia y sentido del Arte Cristiano*. Madrid: BAC, 1996.
275. PONCE CUÉLLAR, Miguel. *María, Madre del Redentor y Madre de la Iglesia*. 2 ed. Barcelona: Herder, 2001.
276. POZO, Cándido. *María en la Escritura y en la fe de la Iglesia*. Madrid: BAC, 1979.
277. \_\_\_\_\_. *María en la obra de la Salvación*. Madrid: BAC 1984.
278. PUENTE OJEA, Gonzalo. *El Evangelio de Marcos: De Cristo de la fe al Jesús de la Historia*. Madrid: Siglo Veintiuno de España, 1992.
279. QUASTEN, Johannes. *Patrología I: Hasta el concilio de Nicea*. Madrid: BAC, 1961.
280. \_\_\_\_\_. *Patrología II: La edad de oro de la literatura patristica griega*. Madrid: BAC, 1962.
281. RÁBANOS, R. *La Maternidad espiritual en el Protoevangelio y en S. Juan*. Madrid: Estudios Marianos 7, 1948.
282. RAHNER, Hugo. *María y la Iglesia*. Madrid: Cristiandad, 2002.
283. RAHNER, Karl; RATZINGER, Joseph. *Revelación y Tradición*. Barcelona: Herder, 1971.
284. RAHNER, Karl. *Escritos de Teología I*. 5. ed. Madrid: Cristiandad, 2000
285. \_\_\_\_\_. *Escritos de Teología III*. Madrid: Cristiandad, 2002.
286. \_\_\_\_\_. *María Madre del Señor*. Barcelona: Herder, 1966.
287. \_\_\_\_\_. *Meditazioni di un teologo sull'avvento e sul natale*. Torino: San Paolo, 1997.
288. RATZINGER, Joseph; MESSORI, Vittorio. *Informe sobre la fe*. 2 ed. Madrid: BAC, 1985.
289. RATZINGER, Joseph. *Introdução ao espírito da liturgia*. 2 ed. São Paulo: Paulinas, 2006.
290. \_\_\_\_\_. *Opera omnia*, Vol. IX: Teologia della Liturgia. La fondazione sacramentale dell'esistenza cristiana. Città del Vaticano: Libreria Editrice Vaticana, 2011.
291. \_\_\_\_\_. *Un canto nuevo para el Señor*. Salamanca: Sígueme, 2005.
292. RATZINGER, Joseph; VON BALTHASAR, Hans Urs. *María, Iglesia naciente*. Madrid: Encuentro, 2006.
293. RATZINGER, Joseph; SEEWALD, Peter. *Dios y el Mundo, una conversación con Peter Seewald: Las opiniones de Benedicto XVI sobre los grandes temas de hoy*. Madrid: Galaxia Guttemberg, 2005.
294. \_\_\_\_\_; \_\_\_\_\_. *Luz del Mundo: El Papa, la Iglesia y los signos de los tiempos. Una conversación con Peter Seewald*. Madrid: Herder, 2010.
295. REAL ACADEMIA ESPAÑOLA. *Diccionario de la Lengua Española*. Madrid, 1992.
296. REGAMEY, Pie. *Los mejores textos sobre la Virgen María*. Madrid: Rialp, 1992.

297. REUS, João Batista. *Curso de Liturgia III*. Edição revista e aumentada. Petrópolis: Vozes, 1952.
298. RITUAL MARONITA DE SACRAMENTOS Y BENDICIONES. 1 ed. D.F. México: Eparquía Nuestra Señora de los Mártires de Líbano. Diócesis Maronita de México, 1999.
299. RODRÍGUEZ, Alonso, Ejercicio de perfección y virtudes cristianas. Tomo I. Buenos Aires: Poblet, 1942.
300. RODRÍGUEZ, Victorino. *Estudios de antropología teológica*. Madrid: Speiro, 1991.
301. ROPS, Daniel, A Igreja dos Apóstolos e dos Mártires. São Paulo: Quadrante, 1988.
302. \_\_\_\_\_. *São Paulo: Conquistador de Cristo*. Porto: Civilização, 2006.
303. ROSCHINI, Gabriel Maria. *Instruções Marianas*. São Paulo: Paulinas, 1960.
304. \_\_\_\_\_. *La Madre de Dios según la fe y la teología*, Tomo I. 2. ed. Madrid: Apostolado de la Prensa, 1963.
305. ROSELL DE ALMEIDA, Carlos Alberto. *Panel en la Conferencia: La Formación inicial y la formación permanente en la vida del presbítero*, pronunciada en el Simposio Teológico Sacerdotal Nacional, organizado por la Comisión del Clero de la Conferencia Episcopal Peruana, Lima, agosto de 2010.
306. \_\_\_\_\_. *Contexto y Doctrina del Concilio Vaticano II*. Lima: 2010 (Apuntes de clase).
307. ROYO MARÍN, Antonio. *La Virgen María: Teología y espiritualidad marianas*. Madrid: BAC, 1996.
308. SAN JERÓNIMO. *A Eustoquia*. En: *Cartas de San Jerónimo*, Edición Bilingüe, Tomo I. Introducción, versión y notas por Daniel Ruiz Bueno. Madrid: BAC, 1962
309. S. JOANNIS DAMASCENI. *Homiliae duae de dormitione Virginis Mariae*. PG 96, 686, ed. 1864.
310. SAINT-LAURENT, Thomas de. *A Virgem Maria*. São Paulo: Artpress, 1996.
311. SÁNCHEZ CARO, José Manuel. *El Canon de la Biblia*. En: ARTOLA ARBIZA, Antonio María; SÁNCHEZ CARO, José Manuel. *Introducción al Estudio de la Biblia: 2. Biblia y Palabra de Dios*. Estella: Verbo Divino, España, 1989.
312. SÁNCHEZ ROJAS, Héctor Gustavo. *Jesucristo Reconciliador: La reconciliación por Jesucristo en La Ciudad de Dios de San Agustín*. Lima: Vida y Espiritualidad, 1996.
313. \_\_\_\_\_. *«Para mí la vida es Cristo»: Una aproximación a la teología de San Pablo*. Arequipa: Universidad Católica San Pablo, 2009.
314. \_\_\_\_\_. *La Doctrina de los Padres en la Teología*. Lima: Facultad de Teología Pontificia y Civil de Lima, 2010. (Apuntes de clase).
315. SANTOS, Angel. *Teología Sistemática de la Misión: Progresiva evolución del concepto de misión*. Navarra: Verbo Divino, 1991.

316. SARTORE, D.; TRIACCA, A. M.; CANALS, J.M. (dir.) *Nuevo diccionario de Liturgia*. 3 ed. Madrid: San Pablo, 1987.
317. SCHELKLE, Karl Hermann. *A Mãe do Senhor: Maria em sua dimensão histórico-salvífica, tipo da redenção e da Igreja*. São Paulo: Paulinas, 1972.
318. SCHILLEBEECKX, Edward. *En torno al problema de Jesús: Claves de una cristología*. Madrid: Cristiandad, 1983.
319. SCHMAUS, Michael. *Dogmatica Cattolica*, Tomo I: Introduzione Dio-creazione. 3 ed. Torino: Marietti, 1964.
320. SCHULTZ, Samuel J. *A história de Israel no Antigo Testamento: Um exame completo da História e Literatura do Antigo Testamento*. São Paulo: Vida Nova, 2008.
321. SCHÜSSLER FIORENZA, Elisabeth. *En memoria de ella: Una reconstrucción teológico-feminista de los orígenes del cristianismo*. Bilbao: Desclée de Brouwer, 1989.
322. SERRA, Aristide. *Miryam Figlia di Sion: La Donna di Nazaret e il femminile a partire dal giudaismo antico*. Milano: Paoline, 1997.
323. SENDÍN BLÁZQUEZ, José. *San Andrés de Creta*. En: AAVV. *Año Cristiano VII*, julio. Madrid: BAC, 2005.
324. SENTENÇAS DE SÃO MÁXIMO CONFESSOR, ABADE. *Centuria I, 8: PG 90, 1182-1186*. En: *Liturgia das Horas, segundo o Rito Romano, Tomo I, Advento e Natal*. São Paulo: Editores Reunidos, 1999.
325. SINOPOLI, Concetta. *Meditare le Litanie*. Bologna: EDB, 1992.
326. SIRBONI, Silvano. *El adviento: Conocer, celebrar y vivir la esperanza cristiana*. Bogotá: San Pablo, 2006.
327. SOTO Posada, Gonzalo. *Ardor, símbolo e conceito*. En: *Revista Arautos do Evangelho*. São Paulo, n. 96 (Diciembre de 2009).
328. SPIAZZI, Raimundo M. *María en el Misterio Cristiano*. Madrid: Stvddivm, 1958.
329. STEAGALL DE TOMMASO, Wilma. *Arte sacra no Oriente: Estilo bizantino*. En: AAVV. *Teologia e Arte: Expressões de transcendência, caminhos de renovação*. São Paulo: Paulinas, 2011.
330. STICKELBROECK, Michael. *María Colaboradora del Redentor*. Lima: Facultad de Teología Pontificia y Civil de Lima, 2011.
331. STOCK, Klemens. *La liturgia de la Palabra: Comentarios a los Evangelio dominicales y festivos. Ciclo B (Marcos)*. Madrid: San Pablo, 2005.
332. TAJER, Carlos. *El corazón enfermo: Puente entre las emociones y el infarto*. Buenos Aires: Libros del Zorzal, 2008.
333. TONIOLO, Ernanno Maria (dir.), *La Vergine Madre dal secolo VI al secondo millennio: Itinerari mariani di due millenni*. Roma: Centro di Cultura Mariana, 1998.

334. TOSCANO, Custódio. *A Assunção de Nossa Senhora e a racionalidade da fé católica*. Goiânia: Redentorista, 1991.
335. TREVIJANO ETCHEVERRIA, Ramón. *Patrología*. Madrid: BAC, 1994.
336. TRIVIÑO, María Victoria. *Como un sello en el corazón: Cantar de los Cantares*. Madrid: Caparrós, 2007.
337. VAGAGGINI, Cipriano. *El sentido teológico de la liturgia: Ensayo de liturgia teológica general*. Madrid: BAC, 1964.
338. \_\_\_\_\_. *O sentido teológico da liturgia*. São Paulo: Loyola, 2009.
339. VANNI, Ugo. *Lectura del Apocalipsis: Hermenéutica, exégesis, teología*. Navarra: Verbo Divino, 2005.
340. VERMEERSCH, Arthur. *Méditations sur la Sainte Vierge*. Tomo I: Fêtes de Marie. París: Beyaert, 1953.
341. VIDIGAL DE CARVALHO, José Geraldo. *O Culto à Mãe de Deus na Tradição Católica*. Mariana: Dom Viçoso, 1990.
342. VIGIL, José María. *Vivir el Concilio: Guía para la animación conciliar de la comunidad cristiana*. Madrid: Paulinas, 1985.
343. VILLAR, José Ramón. *El Espíritu Santo, «Principium unitatis Ecclesiae»*. En: *Scripta Theologica* 30 (1998/3), Navarra, 1998.
344. VIVES, José. *Los Padres de La Iglesia en sus Textos* 04. Barcelona: Herder, 2002.
345. VOLLERT, Cyril. *Fundamental Principle of Mariology*. Apud: CAROL, Juniper B. (editor) *Mariology*, vol. 2. Milwaukee: The Bruce Publishing Company, 1957.
346. VON BALTHASAR, Hans Urs. *El encuentro con Dios en el mundo actual*. En: *Concilium: Revista internacional de teología*, n. 6, cuestiones fronterizas. Madrid: Cristiandad, 1965.
347. \_\_\_\_\_. *Gloria: Una estética teológica*, Vol. 7. Madrid: Encuentro, 1998.
348. \_\_\_\_\_. *María hoy*. Madrid: Encuentro, 1988.
349. VON HILDEBRAND, Dietrich. *El corazón: Un análisis de la afectividad humana y divina*. Madrid: Palabra, 1996.
350. WEISS, Juan Bautista. *Historia Universal*, Tomo X: La Pseudo-Reforma Protestante. Barcelona: La Educación, 1933.
351. WENGER, Antoine. *L'Assomption de la Très Sainte Vierge dans la tradition byzantine du VI<sup>e</sup>. au X<sup>e</sup>. Siècle*. París: Archives de l'orient chrétien 5, 1955.
352. WERNER, Olza Aparecida. *Manual de metodologia: Normas para trabalhos acadêmicos*. São Paulo: Instituto Teológico São Tomás de Aquino, 2011.
353. WILTGEN, Ralph M. *El Rin desemboca en el Tíber: Historia del Concilio Vaticano II*. Madrid: Criterio, 1999.

354. YÁÑEZ Neira, María Damián (organización). [Bernardo de Claraval]. *Las alabanzas de María y otros escritos escogidos*. Madrid: Ciudad Nueva, 1998.
355. ZÁRATE RENGIFO, Nilton Ronie. *Hermenéutica de la Revelación*. Lima: Facultad de Teología Pontificia y Civil de Lima, 2010. (Apuntes de clase).
356. ZERNOV, Nicolás. *Cristianismo Oriental: Orígenes y desarrollo de la Iglesia Ortodoxa Oriental*. Madrid: Guadarrama, 1962.
357. ZOVATTO, Pietro (a cura di). *Storia della spiritualità italiana*. Roma: Città Nuova, 2002.